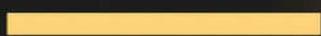


PILAR MUÑOZ ÁLAMO

AQUELLO
QUE
FUIMOS



NOVELA

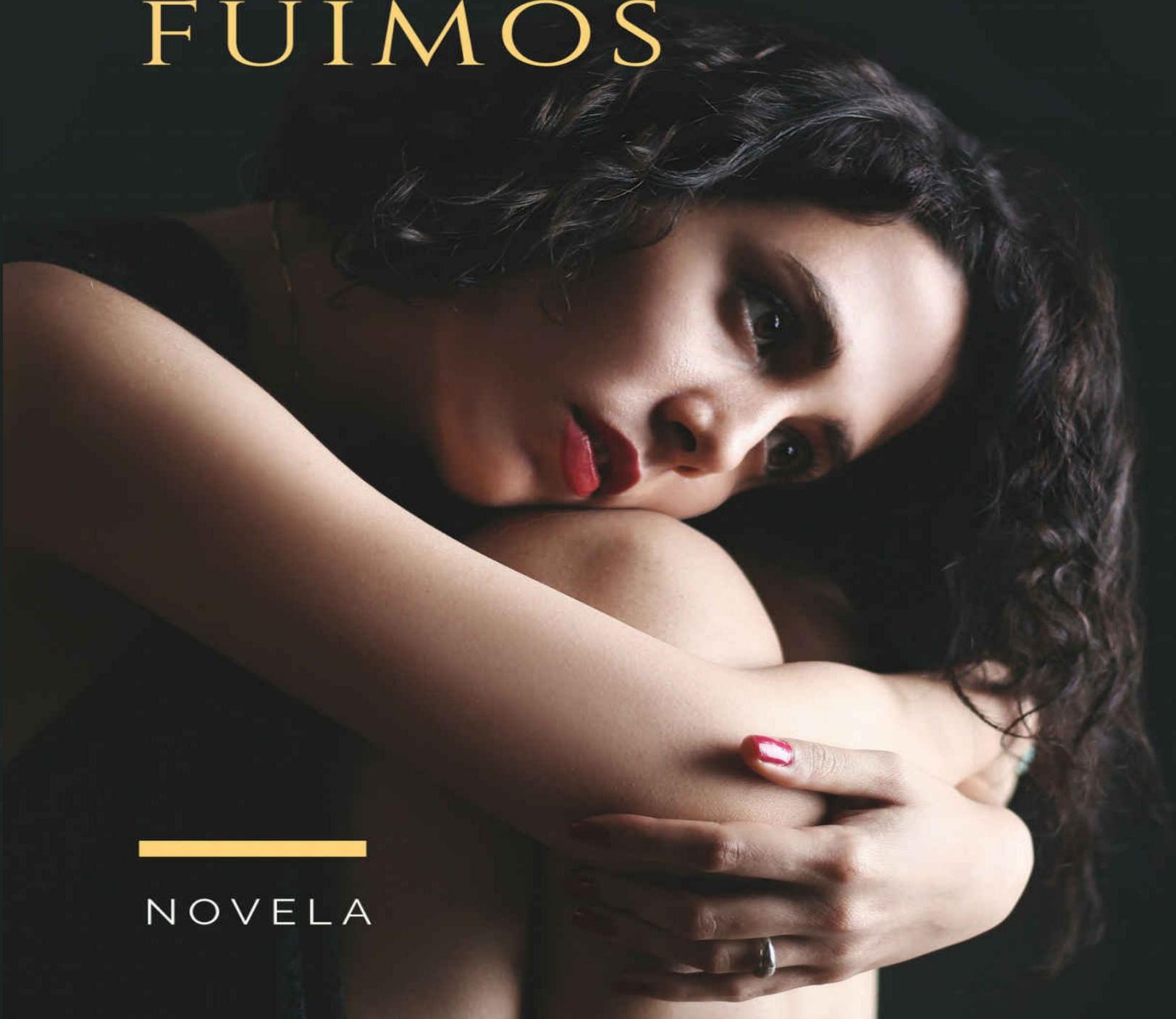


Table of Contents

Portadilla
Portada
Dedicatoria
Cita
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la novela](#)

[Sobre la autora](#)

Aquello que fuimos

Aquello que fuimos

Pilar Muñoz Álamo

Primera edición: julio 2018.

©Pilar Muñoz Álamo - 2017.

Registro de la Propiedad Intelectual: CO-20-17

Diseño de cubierta: Pilar Muñoz Álamo.

Imagen de cubierta: Zohre-nemati-486669 Unsplash.com

Maquetación: Pilar Muñoz Álamo

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los autores del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A María José, Alberto y Mayte.
Tres faros inestimables.*

*A mi familia.
Lo mejor que me ha pasado.*

*«Querido lector, espero que nunca padezcas lo que yo
padecí entonces. Que nunca broten de tus ojos
unas lágrimas tan tempestuosas, abrasadoras y
dolorosas como las que brotaron de los míos.
Que nunca clames al cielo con ruegos tan angustiosos
y desesperanzados como los que salieron de mis labios.
Que nunca temas ser la causa de la desgracia
del que más amas».*

«Jane Eyre» (Charlotte Brontë)

Prólogo

Cuántas veces habremos escuchado que cada cual debe actuar como siente que ha de hacerlo, sin importarle la aprobación o la condena de los demás. Pero tal afirmación es cuanto menos ilusoria, una sencilla utopía que pretende calmar la conciencia sin conseguirlo. El dolor causado con nuestra actitud a quienes amamos se vuelve contra nosotros como un búmeran envenenado y no nos deja vivir en paz. Quizás por ello se haga necesario confesarse, exorcizar los demonios dándoles forma y mostrándolos al exterior para que dejen de corroernos por dentro, redimir las culpas que sentimos tener, aunque a lo largo de los años nos hayamos repetido de manera incesante que hemos sido un producto de las circunstancias, que nuestra libertad de acción se ha podido ver condicionada por causas ajenas a nuestra voluntad. Nos mueve la necesidad de restablecer el orden, de colocar los afectos en su justo lugar, tanto los nuestros como los de aquellos que nos rodean y cuyas vidas se entrelazan con la nuestra, víctimas de las acciones y desafortunadas decisiones, de la mentira construida para paliar el dolor de la realidad.

Esta es nuestra historia. Una historia de la que no solo nosotras somos protagonistas. Porque la vida, tal cual se dice, es una gran obra de teatro. Y todo aquel que entra en escena tiene sus propias razones para sentir, para pensar, para actuar, para vivir.

1

Octubre de 2013.

Apretó los dientes. Jamás terminaría de acostumbrarse a esas llamadas que te cortan la respiración y ahogan, como a un mal nadador, por mucho que se hubieran repetido a lo largo de su vida. La secuencia volvía a reproducirse. Monótona y asfixiante. Palabras, en frases entrecortadas, que aceleraban su pulso y lo sacaban del trabajo en una huida apresurada, abocándolo a sortear el tráfico para atender a un requerimiento obligado. Con la mente inquieta. Con los pensamientos revueltos en el intento de anticipar lo que habría podido pasar, lo que podría encontrar esa vez.

No había atendido del todo a la vecina que lo había llamado, bloqueado por su voz de alarma. Solo había escuchado que mencionaba a su madre y el traslado urgente hasta el hospital, lo que había provocado en él una reacción en cadena que lo había impulsado a colgar el teléfono para no malgastar tiempo, o quizá por miedo a una sentencia fatal. Ahora tenía la mente confusa y el lamento de siempre comiéndole las entrañas. La vida no le concedía treguas, ¿por qué? ¿Dónde estaba esa rutina monótona que no había conocido jamás?

Exhaló un suspiro y aceleró con rabia, sorteando unos cuantos vehículos que entorpecían el trayecto al hospital. Existencias calmadas al volante, contrastando con la suya, disfrutando de un paisaje que a él le costaba observar. Al cambiar de dirección, la brisa penetró en el coche y le acarició el rostro, como un soplo dulce y suave que atenuara sus temores. Se templaron sus nervios por un instante y fue entonces cuando se dijo a sí mismo que todo iría bien, ajeno a la realidad de unos hechos aún peores de lo que podía prever.

Una ambulancia de Emergencias Sanitarias, con su canto de sirena, había irrumpido en la zona de Urgencias del hospital Carlos Haya hacía apenas dos horas. En la misma se daba traslado a una mujer aquejada de un fuerte dolor en la zona abdominal. Se llamaba Fuensanta. Una vecina la había encontrado en el interior de su casa, en circunstancias extrañas y tirada en el suelo. Alarmada por su aparente estado de gravedad, había llamado al 061 y se había brindado a acompañarla, dada la imposibilidad de localizar a su hijo. Fuensanta no podía hablar, se limitaba a contestar a las preguntas formuladas con débiles movimientos de cabeza. Encogida sobre sí misma, no manifestó en ningún momento el dolor que sentía; evidenciaba, a través de sus gestos, el estoicismo de quien está acostumbrada a padecer a solas.

Los resultados de las pruebas y exploraciones pertinentes, realizadas por el equipo médico, indicaron la necesidad de operar. Sin dilación. Así fue trasladada a un quirófano, entre lamentos sordos y un devenir incierto, cobijada en un manto de soledad.

—¿Me habías llamado?

Una celadora irrumpió en la sala mientras la enfermera apuraba un café tardío.

—Sí —contestó en un susurro, soltando el vaso de plástico sobre la mesa—. Llévale esto al doctor Gálvez. Pero no tardes mucho, María, lo está esperando.

—¿Fuensanta? —Había leído la etiqueta adherida a la carpeta—. ¿Esta es la señora que entró hace rato con el 061?

—¿La conoces?

—Estaba en la puerta cuando llegaron. Venía acompañándola una vecina y me tuve que sentar con ella para consolarla, estaba fatal. Por eso me quedé con el nombre. ¿Cómo está?

—Ha entrado en quirófano.

—¡Pobre mujer! Venía con un dolor muy fuerte, se echaba mano aquí. —Se tocó el abdomen—. ¿Qué tiene?

—Una rotura de bazo.

—¿Sabéis cómo ha sido? —preguntó, con cierta expectación.

—La mujer que ha venido con ella dice que por un puñetazo. Pero con estas cosas hay que ser muy cautos, tú ya sabes lo que se inventa a veces

—¿Ella no ha dicho nada?

—¿La paciente? —María asintió—. Los compañeros del 061 preguntaron

a un par de vecinas, pero no aclararon mucho, dijeron que habían escuchado voces en su casa y que subieron alarmadas a ver qué pasaba. La encontraron en el suelo. Habrá que esperar para saber qué ocurrió.

—Ojalá no sea otro caso de violencia machista.

La enfermera la miró sorprendida. Aquella era una hipótesis que había pasado también por su mente; una hipótesis que desearía descartar.

—¿Y por qué iba a serlo?

—No sé. —María se encogió de hombros al tiempo que suspiraba, soltando rienda a la intuición—. Un puñetazo, en su casa y viviendo en la Palmilla... Me da mala espina, ojalá me equivoque.

—Energúmenos hay en todas partes. Y gente buena, también.

—Sí, eso es verdad —contestó resolutiva—. Esperemos que se recupere.

Un celador entró sin previo aviso, soltó una pequeña caja de material para curas y comenzó a hablar sin mirarla.

—Hay un tipo en la puerta haciendo preguntas. Dicen que es un periodista *free lance*, un perro viejo de los que trabajan buscando basura para la prensa amarilla.

—¿Y se puede saber qué quiere? —preguntó la enfermera, con exasperación en su voz.

—Información sobre la mujer esa... La del puñetazo —añadió, para hacerse entender.

Ambas se miraron.

—¡Dios mío, cómo corren las noticias! —exclamó la celadora—. Son como buitres.

—Ese tipo ha estado en el centro de salud de su barrio antes de venir para acá. Dice que allí han atendido al marido. Iba con un corte profundo en el brazo y le han dado más de diez puntos de sutura.

—¿Cómo? —preguntó María, abriendo los ojos.

—Herida de arma blanca —aclaró con gravedad—. Ese periodista va diciendo que era la mujer la que llevaba un cuchillo. Y que el otro se defendió.

2

BLANCA.
Marzo de 2012.

Me detuve antes de cruzar la calle, no me atrevía a seguir caminando. Podía oír la algarabía de los niños, sus voces agudas gritando y riendo; podía verlos corriendo de un lado a otro como pequeños diablos, llenando de vida el recinto escolar. Inspiré profundamente y cerré los ojos por un instante. Sentí que el pasado volvía cuando tomé conciencia de dónde estaba. Hasta el momento había circulado como esas muñecas antiguas con la cuerda adosada a la espalda; no necesitaba pensar, conocía las calles, los parques, las tiendas... Apenas nada había cambiado. Y eso me hizo sentir miedo, cuando debía de haberme tranquilizado al reconocer mi barrio, mi entorno, mi casa. O cuanto menos, haberme provocado nostalgia por lo que dejé atrás e intentaba recuperar.

Miré mi maleta, junto a mis piernas, un cubículo de capacidad escasa en el que había metido lo que consideré esencial. Y qué poco era lo esencial. Tal vez porque no había terminado de recolocarme en el lugar de donde venía y eso me había llevado a no acumular casi nada. O tal vez porque me desprendí de demasiadas cosas para volver a empezar, sin darme cuenta entonces de que aquello que realmente me molestaba y que más rechazaba estaba dentro de mí, no a mi alrededor. Pero ¿cómo se tiran al vertedero los sentimientos, los pensamientos, las dudas o el miedo si no podemos arrancárnoslos del cuerpo como la ropa vieja? La memoria hace de las cosas y los recuerdos asociados a ellas matrimonios perfectos. Y a veces para deshacerse de unos no queda más salida que mandar al traste a las otras, causando si cabe más pena que gloria.

Una mujer pasó por mi lado relatando que me apartara, que estaba allí plantada como un pasmarote. La bolsa del supermercado que le colgaba del brazo era un indicio de pura rutina, de una vida continuada en la que puede que

no hubieran existido apenas interrupciones. La disculpé, ella no podía saber que la mía, mi vida, recomenzaba en aquel instante por donde la había dejado hacía cuatro años y que aquella esquina era en realidad para mí una puerta que me invitaba a pasar sin que me atreviera a hacerlo. Por primera vez tuve la sensación de haber caminado hacia atrás en el tiempo. O más bien, de haberlo detenido. Pero solo para mí. Todo lo demás había seguido su curso, dejándome descolocada y perdida, confusa, sin saber cómo reconducirme para engancharme al tren de nuevo.

Eché a andar con pesadez, como si arrastrara una tonelada en cada pierna, creo que hasta la maleta hubiera sido capaz de adelantarme. Y temblorosa. Me acerqué a la pared baja del colegio y busqué. Mis ojos se volvieron locos, dando saltos de un rostro a otro, de una voz a otra, con el corazón bailoteando como yo en la discoteca aquella noche. El timbre que marcaba el final del recreo sonó y los pequeños corrieron para ponerse en fila, de espaldas a mí. Sentí un punto de decepción, pero también alivio; me asustaba mi propia reacción.

La entrada de un wasap hizo vibrar mi móvil. Era María. Me esperaba a las dos en la puerta del Hotel Casa Vázquez, donde yo había reservado habitación para esa noche, al menos. Miré el reloj. Estaba a unos veinticinco minutos andando, tenía tiempo de llegar hasta él, coger la habitación y darme una ducha rápida antes de comer. Un pequeño resorte saltó dentro de mí. Veinticinco minutos sorteando calles, coches, motos, rostros... Entonces volví a respirar, recordando que me lo había prometido, que me había prometido hacerlo. No podía echarme atrás o nada de aquello tendría sentido.

Llegué al hotel, me registré y me sentí bien al entrar en la habitación, aunque extraña, como una turista en mi propia tierra. La estancia era discreta, sin excesos, decorada con gusto, alegre. El sol se filtraba a través de las cortinas que daban acceso a un balcón con vistas a mi Málaga preciosa. Me pregunté lo que diría mi madre si supiera que estaba alojada allí, a tres kilómetros de ella. Mi madre. Un pilar en mi vida y a la que, sin embargo, llevaba años sin ver y con la que apenas había intercambiado llamadas de teléfono durante ese tiempo.

Me duché y me puse unos vaqueros limpios y una sudadera. Me perfilé los ojos con un *eyeliner* casi seco que guardaba en el bolso desde hacía meses e hidraté mis labios con una barra protectora; el sol y la humedad de la costa me los agrietaban. No volví a usar los pintalabios de color que tanto gustaban a Esther, me producían un rechazo casi fóbico. Se me quedaron las pupilas

pegadas al espejo durante un rato. Me pregunté quién era aquella chica que tenía frente a mí. O mejor dicho, quién debía ser a partir de aquel momento, si la Blanca de entonces o la que había vuelto, con veintidós años físicos y algunos más de forzada edad mental. Sonreí con pena al pensarlo, recordando lo que me decía mi padre las pocas veces que conseguía cabrearlo de verdad: «Cualquier día de estos te voy a hacer madurar a hostias, Blanca». Ya ves, como si fuera capaz de hacerlo, toda la fuerza se le iba por la boca. Pero lo hice yo por él. Yo misma me obligué a madurar.

Nada más salir del hotel vi a María, esperándome en la acera de enfrente, tal cual se mostraba en la última foto de perfil que había colgado en Facebook una semana antes, con su larga y rizada melena suelta, sus ojos de loba y su jugosa boca, como ella misma la definía. Me emocioné. La imagen estática que solía acompañar a su voz escrita cobraba vida de nuevo.

—Eres idiota —me saludó.

—Yo también te quiero.

Reí y la abracé con fuerza. Tardé tiempo en descolgarme, quizás porque ella tampoco quería soltarme a mí.

—No, en serio —apuntó—, podías haberme dicho que no tenías intención de ir a tu casa, te habrías venido a la mía.

—Y tu madre, ¿qué? ¿Qué bonita excusa le habría puesto para quedarme allí con maleta incluida?

—Algo se nos habría ocurrido, seguro. ¿Cómo estás?

Echamos a andar por el Camino del Colmenar, sin ninguna prisa, la comida era lo último que nos preocupaba en ese momento. El ruido era escaso, se respiraba paz. Y yo intenté aspirarla mezclada con el oxígeno y el olor a arboleda que nos rodeaba.

—Bien —contesté, con un suspiro contenido. Y me mordí los labios.

—No me engañas. Esos ojitos verdes que le gustan a mi madre están llorosos —me advirtió melosa.

—Es que no lo sé, María. Creía que lo tenía todo claro y ha sido pisar el barrio y rayarme. Se me ha venido todo encima, no sé cómo lo voy a afrontar, ni siquiera sé lo que les voy a decir a mis padres cuando los vea. ¡Y a él! ¡¿Qué le voy a decir a él?! Dime que hago bien, igual tenía que haberlo dejado todo como estaba, sin liarla más.

—No has vuelto para liarla más, has vuelto para arreglarlo.

—Ya. Pero no sé si sabré hacerlo.

María detuvo el paso y me miró, escrutándome en silencio.

—Tienes miedo, ¿verdad?

Mis ojos se vidriaron. Tardé unos segundos en contestar, el nudo de mi garganta crecía descontrolado. Me aparté el pelo de la cara con ambas manos, la brisa se empeñaba en zarandearlo, y gesticulé con las manos antes de arrancar a hablar.

—Todavía me pregunto por qué tuvo que pasar —respondí finalmente, cabizbaja—. Raro es el día que no me duermo haciéndome esa pregunta, por qué tuvo que pasar. Cuántas y cuántas hacen lo que yo hice sin que les ocurra nada. Disfrutan, se lo pasan de muerte y al día siguiente siguen viviendo tal cual. Y hasta repiten. Y luego lo cuentan como una experiencia sin consecuencias.

—Si pensáramos en las consecuencias no haríamos nada, Blanca. Mi madre sigue comiéndome la cabeza con las mismas advertencias que cuando tenía catorce o quince años, solo ve lo malo que me puede ocurrir. Si fuera por ella me pasaría la vida metida en casa mientras me vigila, porque hasta le fastidia que me conecte a internet, dice que no sabe con quién me relaciono.

—¿Sabes lo que me jode? —le pregunté con pena—. Que en parte llevan razón.

—Pero es que ellos también han vivido sus experiencias, seguro que cuando eran jóvenes también les buscaban las vueltas a sus padres para hacer lo que les daba la gana, saltándose las prohibiciones.

Me quedé mirándola. Había pensado tanto en ello que ya no sabía qué más pensar, mi sequía mental me impedía sacar más conclusiones. Aunque había algunas que siempre las tuve y las seguía teniendo claras.

—No tenía que haber aceptado —afirmé casi en un susurro tras recuperar la mirada, que se me había perdido entre las copas de los árboles del parque que estábamos bordeando. Las envidié, por su altivez y majestuosidad, pero sobre todo, por su posición privilegiada, ajena a la vida mundana que se desarrollaba a sus pies.

—Aceptar, ¿qué?

—Cuando Chema me dijo que tenía la moto en la puerta. No tenía que haber aceptado su proposición.

—¡No fastidies, Blanca —exclamó María, abriendo los ojos y elevando la voz—, no me des la chapa otra vez con eso, por favor, ¿todavía estás con lo mismo?!

—No tenía que haberme ido con él. Fui a la disco con vosotras, era nuestra noche, tenía que haberme quedado allí bailando y bebiendo con vosotras y

haberme dejado de gilipolleces.

—¡Te gustaba ese chico, se presentó la oportunidad y la aprovechaste, punto! Te lo hemos repetido mil veces, las tres, Estela, Patri y yo. Nos duele la boca de decírtelo: tú no podías saber lo que vendría después.

—Pude prevenirlo, María, pude prevenirlo y no lo hice, ¡me dejé llevar por el calentón, joder, todo lo dejé en sus manos!

Mi voz tembló. Me tapé la cara y respiré con rabia, con despecho, con impotencia. Una decisión. Un sí o un no, una simple palabra, ¡una mierda de monosílabo que puede marcar el destino de tu vida sin que lo esperes!

—Está bien, vale, perdona, perdona... —María volvió a abrazarme, acariciándome el pelo—. Perdóname, soy tu amiga, estoy aquí para ayudarte, no para machacarte más. Pero es que me da pena que no puedas quitarte esa culpa de la cabeza.

—No puedo quitarme esa culpa de la cabeza porque no solo me afecta a mí, María. Hay más personas pagando las consecuencias de aquello y eso es lo que más me duele, porque no se lo merecen. Ahora sé que no se lo merecen. Fui una cobarde.

—No, no fuiste cobarde, tenías diecisiete años... Pero te empeñaste en tragártelo y tirar adelante tú sola, y eso sí que fue un error.

—De eso ya hemos hablado muchas veces, sabes las razones, no sigas por ahí. Te lo conté a ti.

—Sí, claro, me lo contaste a mí. ¡¿Y qué?! No me dejaste hacer nada, hablar con nadie. Me lo contaste para desahogarte, ¡¿y yo qué podía hacer?! Solo escucharte, no podía hacer nada más por solucionar lo que se te venía encima.

María gesticulaba, caminando de espaldas delante de mí para poder mirarme mientras me hablaba. Impotente. Al igual que yo. ¡Qué habría hecho sin ella, sin su apoyo! Aunque solo me escuchara, como decía. Liberar los problemas, descargarlos sobre otros hombros me ayudó a sobrellevarlos. Hay penas que van creciendo como manantiales y si no les abres alguna compuerta, acaban por ahogarte.

Llegamos a la entrada del parque. Yo había perdido el poco apetito que tenía y a María le debió de pasar lo mismo, porque no hizo mención del tema ni preguntó dónde pensábamos comer. Nos adentramos en uno de los caminos de tierra en dirección a un banco de madera que había junto a los árboles y nos sentamos en silencio, como dos viejas con intención de hacer calceta al calor del sol. No supe qué decir. Quedaba tanto por hablar... Tanto por hacer y por

superar...

—Lo vi hace un par de semanas —me anunció mientras hacía dibujos en la tierra con la punta del zapato. La miré de forma repentina, no sabía de quién me hablaba—. A Chema, en el Mc Donald's. Estaba con unos amigos.

—No me has dicho nada. —María se encogió de hombros—. ¿Y lo saludaste? —le pregunté, sorprendida.

—Se acercó él a mí. Se levantó dudoso, no sabía si yo era una de las amigas que estaban contigo en la discoteca aquella noche. Le dije que sí y me preguntó por ti.

Esbocé una sonrisa algo caústica que María captó con rapidez.

—Me pareció que de verdad le interesabas, que quería saber qué había sido de ti —continuó ella.

—¿Y tú qué le dijiste?

—No le di muchas explicaciones, no sabía qué contarle, qué decirle. Temía tu reacción, para qué voy a mentirte. Temía irme de la lengua y que pillaras conmigo un rebote del demonio. Pero me dijo que le gustaría volver a verte, hablar contigo.

—¿Para qué? No sé qué ha sido de él, lo que hizo entonces ni lo que ha hecho durante todo este tiempo. ¿A cuento de qué voy a verlo ahora?

—Está en su derecho de saberlo, Blanca, lo que pasó os afecta a los dos.

—No te equivoques, María, lo que pasó me afecta a mí, exclusivamente a mí. Yo me llevé la peor parte, yo cargué con las consecuencias.

—Él no conoce esas consecuencias. ¡Y quede claro que no estoy diciendo que él quiera o pueda hacer algo —matizó al ver la expresión de mi rostro—, simplemente que no sabe ni la mitad de la historia, y puede que de verdad le interese que se la cuentes! Tampoco tú sabes qué pudo haber pasado con él para no verlo más, ¿no?

—¿Qué insinúas?

—Nada, no insinúo nada, solo te digo que no me parece un mal chico y que...

—Podía haberme llamado. Tenía medios para localizarme o averiguar mi teléfono, pero no lo hizo. Desapareció después de aquello y no he sabido nada de él en estos casi cinco años. ¿Qué interés puede tener ahora? No quiso saber más nada de mí, María. No quiso.

Me levanté, la angustia no me dejaba continuar allí sentada en aquella postura. Sentía el estómago arrugado y me daba vueltas la cabeza, creía que el tiempo me haría ver las cosas con más distancia, pero no era así. No pensé

que pudiera ser tan difícil. Demasiados hilos sueltos. Y con los míos propios ya tenía para hacer varias madejas.

—Blanca, no te agobies —me advirtió mi amiga, con una sonrisa dulce, rozando mi mano—. Poco a poco, ¿ok? No intentes solucionarlo todo de golpe, ve dando pasos conforme surjan, verás como el día menos pensado todo vuelve a la normalidad. Fuera y dentro de ti —añadió, golpeándome la frente con las yemas de sus dedos.

Sus palabras me hicieron volverme. Pobre María. La utilizaba a mi antojo, como paño de lágrimas o como saco de boxeo donde descargar mis arrebatos y mis neuras cotidianas. ¡Y las aguantaba estoicamente! Asentí. Ella llevaba razón, tenía que desgranar el tumulto de frentes abiertos en mi mente para ir dándoles respuesta por partes, uno a uno, a medida que se fueran presentando delante de mí. Y a la vez, no debía esquivar ninguno si quería recobrar el equilibrio emocional que aquel día se me fue a pique.

—¿Te dio su teléfono? ¿O sabes dónde encontrarlo?

El rostro de María se iluminó.

—Tengo su móvil.

—Está bien, pásamelo —le pedí, con cierta resignación, tras pensarlo un instante—. Pero no le hablaré de Álvaro. No merece la pena.

María me pasó el contacto a través de nuestros móviles y se puso en pie. Me agarró del brazo como solíamos hacer cuando salíamos de marcha; así nos sujetábamos mutuamente para no caer de los taconazos que por entonces nos gastábamos a escondidas de nuestras madres. Me empujó ligeramente, con complicidad, antes de preguntarme.

—Por cierto, ¿me dirás ya dónde has estado escondida todo este tiempo?

Sonreí.

—En Marbella.

Me soltó de forma repentina y descargó un suave manotazo sobre mi brazo.

—¡Pedazo de cabrona! ¡¿Has estado a solo cincuenta kilómetros de aquí y no te has dignado a que nos veamos en todo este tiempo?!

Deambulé por las calles durante más de veinte minutos, intentando controlar mi respiración, agitada y superficial. No me entraba el aire y me empecé a marear. Ya me había pasado en otras tantas ocasiones y conocía los síntomas de sobra. Dejé a un lado el regalo y traté de tranquilizarme, lo último que me

apetecía era terminar respirando en una bolsa en mitad de la calle o romper a llorar para aliviar la angustia. Mi estado de alerta permanecía activo, no podía evitar mirar a todas partes de manera convulsa. Y mientras, mi mente anticipaba los cientos de reacciones con los que podría encontrarme cuando llamara a la puerta. Notaba la boca salada de aspirar por ella. Todo parecía haber enmudecido a mi alrededor, solo era capaz de escuchar voces en mi cabeza: la de mi madre, las de mis amigas, la de mi padre, la de mi conciencia, la desconocida voz de Álvaro... Todas hablando a la vez como una jauría humana, haciéndose valer. Y yo defendiéndome, sin estar convencida de mi propia defensa. Aún podía huir, volver por donde había venido, seguir con la vida prestada que había intentado construir para mí misma sin éxito.

Sacudí la cabeza, me limpié las lágrimas, tragué saliva y me incorporé. No quería hacerme la valiente, ¡tenía que ser valiente! Había ido alimentando ese sentimiento y así debía ser, aunque me costara la misma vida conseguirlo, aunque no pudiera calmar el temblor de las piernas mientras me lo repetía una y mil veces.

Agarré la bolsa con el regalo y me apresuré hasta el portal. El olor a madera envejecida, a pintura gastada y a humedad me dieron la bienvenida a casa. Subí las escaleras escuchando el eco de mis pisadas sobre el granito ya desgastado, adentrándome en la oscuridad del pasillo sin luz natural. Se escuchaban las voces a través de la puerta, el corretear de niños, las regañinas de alguna madre con la paciencia perdida, los cánticos de algún despistado entonando el cumpleaños feliz a destiempo. Entorné los ojos, llené el pecho de aire y con el pulso bailando llamé al timbre. Y esperé. Alguien agarró la maneta de la puerta y esta se abrió. Ya no había marcha atrás.

—¡B... Blanca!

Los brazos de mi madre se desplomaron. Un crío vino corriendo hacia nosotras y frenó en seco al mirarme. Él no me conocía. Pero yo a él sí. Hice un esfuerzo bárbaro para no echarme a llorar.

—¿Quién es ella, *abu*? —le preguntó con voz aguda, tirándole de la falda. Mi madre no contestó, seguía mirándome, muda, con la garganta rota—. ¿Vienes a mi cumple? ¿Me traes regalo?! —preguntó el pequeño, con desparpajo.

—No seas maleducado, Álvaro, eso no se pregunta. Vete con tus amiguitos, no los puedes dejar solos, ¡eres el protagonista, ¿recuerdas?! —

Sus ojos claros se iluminaron y su pelo lacio se alborotó al salir corriendo.

—¿Me dejas pasar? —le rogué a mi madre, con un quebrado hilo de voz.

3

Octubre de 2013.

Víctor estacionó el coche en una de las calles aledañas al hospital y se adentró caminando en el recinto hospitalario. No necesitó preguntar por el acceso a Urgencias, lo había visitado ya sobradas veces. Personas con rostros circunspectos deambulaban por la puerta, yendo y viniendo, marcando un trayecto a veces repetitivo, a veces aleatorio, propio del que no tiene otra finalidad que matar el tiempo manteniendo el cuerpo activo para poder calmar la mente, en la búsqueda del equilibrio necesario que temple los nervios. El aire salado de la capital empastaba su angustia a la altura de la garganta y le costaba respirar. Incluso hablar. Aunque resultaba curioso observar cómo imperaba el silencio incluso en los círculos de acompañantes, como si en los momentos de gravedad el diálogo con uno mismo fuera más eficaz que con ningún otro.

Atravesó la puerta con plomo en los hombros y se dirigió a Admisión. Dio el nombre de su madre y le expuso al administrativo la manera en que había ingresado, de forma muy sucinta, acorde a la poca información de que disponía. La vecina que había acompañado a Fuensanta lo asaltó por la espalda, se abrazó a él y arrancó a llorar.

—¡Gracias a Dios que estás aquí! Cuánto me ha costado hablar contigo, no cogías el teléfono.

—No puedo estar siempre pendiente del móvil mientras trabajo —se quejó—. ¿Qué ha pasado?

—Se enzarzaron otra vez —le informó la vecina, con la voz quebrada—. Pero esta vez ha sido gorda, las voces de tu padre se escuchaban desde mi casa. Le dije a Fernando que subiera, me estaba dando miedo. Yo me quedé al pie de la escalera y oí cómo aporreaba la puerta para que le abrieran y poder entrar a ver lo que estaba pasando.

Víctor la sujetó por los brazos y le chistó con suavidad para calmarla. Apenas podía hablar, no dejaba de hipar.

—Vale, tranquila, ya me lo explicarás luego con más detalle. ¿Sabes dónde está?

—Me han dicho que se la llevaban al quirófano, que preguntaras por el doctor Gálvez cuando llegaras. A mí no me han querido decir nada porque yo no le toco nada, solo soy vecina. Toma.

La mujer le tendió un pase para franquear la entrada hacia el interior de Urgencias.

—Está bien, no te preocupes. Vete a casa y descansa, ¿de acuerdo? Hablamos luego. —Le sonrió—. Muchas gracias por acompañarla, no sabes lo que te lo agradezco.

—A tu padre lo han llevado al centro de salud. Iba con una raja grande en el brazo, chorreando sangre.

El rostro de Víctor se descompuso aún más. Su corazón comenzó a latir con fuerza, no podría atender a ambos frentes. Se pasó la palma de la mano por la cara y respiró, mirando a la vecina en silencio, dejando que sus pensamientos se estrellaran unos contra otros. Su mente valoró las opciones y el corazón decidió.

—¿Dónde está mi abuela?

—Se quedó en casa de la Puri, tomándose una tila.

—¿Podréis cuidar de ella mientras estoy aquí?

—¡Pos claro!

Víctor asintió y se giró para buscar a quién supiera dónde se encontraba el referido doctor Gálvez. Por indicación de un celador, lo encontró en una minúscula consulta, escribiendo notas en historiales clínicos. Tras haberse identificado, el facultativo lo invitó a sentarse y le informó del carácter urgente de la operación. Fuensanta tenía el bazo destrozado y una hemorragia interna que había que detener.

El médico siguió hablando a requerimiento de Víctor que, incapaz de usar palabras, se comunicaba con los ojos. No era débil. Pero el peso de los sinsabores, de los problemas hechos rutina comenzaba a sobrepasarlo.

—Si todo va bien y no surge ninguna complicación durante la intervención, se recuperará, no se preocupe. Y podrá llevar una vida relativamente normal, se puede vivir sin ese órgano. Tendrá que extremar las precauciones y tomar medicación, porque su sistema defensivo se verá afectado, pero irá bien.

Necesitaba creerlo. Y se amparó en el tono de su voz, en su sonrisa

empática y en su mirada directa, incluso plácida, para conseguirlo.

—Puede esperar en la puerta del Área quirúrgica. En cuanto terminen de operar, saldrán a informarle de cómo ha ido todo.

Con un «gracias» y un apretón de manos abandonó la consulta y avanzó por los pasillos interiores del hospital hasta el lugar indicado. Aventuraba un tiempo de espera largo, así es que se acercó hasta una máquina de café y eligió un cortado sin ni siquiera mirar la hora. Necesitaba estimularse, mantener la capacidad de reacción.

Girando con lentitud el palillo de plástico en el interior del vaso tomó asiento en una de las cinco sillas vacías que, engarzadas entre sí, había junto a la puerta que daba acceso al Área quirúrgica. Echó la cabeza hacia atrás y la dejó caer sobre la pared mientras estiraba las piernas. Bebió un sorbo y cerró los ojos. La cita de Shakespeare, repetida como un mantra en los últimos años con el único fin de animarse y recomponerse, volvió a aparecer impresa con letras blancas en la oscuridad de su mente: «El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos». Un deje de ironía, inevitable, ensombreció su sonrisa. «¿Cómo jugar aspirando a ganar cuando nunca pillas ni una simple pareja, cuando ni siquiera sabes lo que es un As?».

Dejó el café sobre el asiento que había junto a él y empezó a jugar con su teléfono móvil. Abrió WhatsApp. Tardó apenas unos segundos en recorrer la lista de sus contactos. Escasos. Reparó en el pequeño círculo social que le rodeaba y con el que se codeaba a diario; nada que ver con lo habitual en sus congéneres, que a sus veinticuatro años poseían una lista interminable de amigos con los que ejercitar los pulgares a cualquier hora del día, chateando sin cesar. Recordó entonces la aseveración más repetida por sus profesores en la etapa escolar: «Es algo introvertido, le cuesta relacionarse». De forma pública, su madre siempre lo llamó «timidez»; en privado, no era necesaria catalogación alguna, la huella que sus primeros seis años de vida habían dejado impresa en él era más que evidente, al igual que su repercusión más palpable: el alto grado de dependencia materna de la que aún no había conseguido deshacerse.

Una corriente de aire debió de impulsar una puerta hasta cerrarla de golpe. Lo sobresaltó el ruido fuerte y brusco que produjo, abrumándolo. Apenas guardaba recuerdos de aquellos primeros años, no conservaba imágenes claras, a excepción de flashes borrosos salpicando su memoria. Pero sí albergaba sensaciones, como aquel que atesora determinados aromas que le causan bienestar sin saber por qué, o determinados sonidos que le alteran

negativamente despertando su ansiedad. Algunos rostros difusos aparecieron ante él como bocetos de un retrato, carentes de matices. Se preguntó qué habría sido de ellos. Clavó la vista en un punto indefinido del espacio, absorto en la búsqueda de una respuesta que nunca se preocupó de hallar. Sospechaba que Fuensanta había mantenido contacto con alguna de las madres con las que mejor relación tuvo, pero Víctor no le preguntó jamás. Optó por paliar su ignorancia creando una versión edulcorada del probable destino de todos ellos, tal vez porque cerciorarse de su fatalidad aventuraba un destino también fatídico para él. Y huía de aquella sombra como de la peste, aunque seguía sin poder esquivar las preguntas: ¿por qué se han de pagar los errores ajenos?, ¿cómo una sola y desafortunada decisión puede variar el rumbo de tu vida de una manera tan radical?

Un facultativo vestido de verde, con la mascarilla colgada al cuello, irrumpió en el pasillo espantando sus pensamientos. Al verlo, una decena de personas se irguieron en las sillas a la expectativa de buenas nuevas, con el corazón encogido, al igual que él. Pasó de largo y entró en un despacho cerrado con llave. Una voz enlatada reclamó por megafonía a los familiares de Fuensanta López y Víctor saltó del asiento. Todo había ido según lo esperado. La hemorragia había sido controlada y el bazo extirpado; no obstante, tenían que vigilarla y controlarla, había perdido mucha sangre, por lo que ingresaría en la Unidad de Cuidados Intensivos.

Volvió a ocupar la misma silla, apoyó ambos codos en las rodillas y dejó caer su rostro en las palmas de las manos, intentando ordenar las horas —y los días— que le quedaban por estar allí.

No lo consiguió. Un llanto silencioso puso música a una mente plagada de nubes, sin espacio para pensar. Lo único que acertó a decidir es que no se marcharía de allí hasta saber que su madre había conseguido despertar de ese nuevo mal sueño.

Aroa abrió la puerta con su propia llave. Hacía dos años que un estudio de treinta metros cuadrados había pasado a ser su pequeño gran universo, reemplazando el espacio que en casa de sus padres siempre le perteneció. Aun así, seguía conservando una copia de esta que solo usaba para entrar a la hora del almuerzo, cuando sabía sobradamente que se la esperaba; aunque de buena gana la hubiera devuelto. Los últimos acontecimientos vividos con su padre

habían tensado su relación; la negativa, por parte de este, de su derecho a saber había levantado un muro invisible cuyo grosor aumentaba por días. Pero es difícil desterrar los afectos nacidos desde la infancia y eran ellos los encargados de templar un pulso basado en el engaño, en la negación de ayuda, en la privación de respuestas que resultan ser vitales cuando surgen las preguntas, en el miedo racional y hasta comprensible al rechazo y a la pérdida de aquel a quien se ama. Por eso no descartaba continuar visitándolos. A diario.

Una hora y media era el tiempo que le concedía su empresa para comer. Su propia casa estaba a seis paradas de metro, el menú más barato en las cafeterías de la zona no bajaba de diez euros y el comedor de sus padres quedaba a tan solo diez minutos andando. La opción más rentable estaba clara. Así es que seguía acudiendo a diario a almorzar con ellos a cambio de un beso, una charla rápida y alguna que otra compra esporádica que compensara un gasto que le daba reparo ocasionar. Ellos seguían acogiéndola encantados, prolongando unos encuentros que sabían que acabarían cuando un compromiso amoroso se vislumbrara en el horizonte como un sol naciente. E imposible de detener.

Nada más entrar, Aroa soltó el bolso y la chaqueta y se apresuró a saludarlos con un beso cordial. Aspiró el olor a especias y a guiso recién hecho que escapaba de la cocina, se asomó al comedor y echó un vistazo a la mesa para completarla. Estaba perfecta, solo faltaban los platos y la canasta del pan. Mientras su madre terminaba de servir, cogió el mando a distancia y comenzó a zapear, a la búsqueda del canal habitual de noticias que les permitía debatir, como si estuviera en sus manos reparar los problemas de que adolece el país.

Iniciaron su almuerzo acompañados de un sonido de cubiertos, de algún choque de cristales y de la voz de la presentadora que desde la pantalla les contaba con cierta urgencia los sucesos acaecidos. La atención de Aroa, extraviada tras el anuncio de un nuevo caso de corrupción política, se reavivó ante las inesperadas palabras de la periodista televisiva. «Y de Valencia, nos vamos a Málaga, donde esta mañana se ha producido un aparente nuevo caso de violencia machista». Pedro y María del Mar continuaron comiendo, ajenos a la pantalla; Aroa detuvo la cuchara a media altura, le repugnaba lo que acababa de oír. «El hecho ha tenido lugar en la barriada malagueña de La Palmilla». Pedro giró la cabeza en dirección al televisor. «Según fuentes cercanas a la víctima, el presunto agresor golpeó a su pareja, que tuvo que ser

atendida de urgencia en el hospital Carlos Haya de Málaga, donde ha sido intervenida quirúrgicamente».

La narración de los hechos fue interrumpida por unas imágenes grabadas a la puerta de un edificio de viviendas. Los titulares de la noticia aparecían impresos en la parte inferior de la pantalla, y en su zona central una mujer cobraba el protagonismo al ser abordada por un micro ante la mirada quejumbrosa de un corrillo de personas. El periodista hizo una brevísima introducción de la noticia y preguntó a la mujer, en tono sensacionalista, si conocía a la presunta víctima. Esta, que instantes antes sollozaba y se frotaba las manos con nerviosismo, pareció crecerse, como quien no quiere perder su minuto de gloria en un medio de comunicación nacional.

—Claro que la conocía —afirmó con rotundidad—, desde que llegó de Sevilla con su niña en brazos así de chiquitita. —Confrontó las palmas de sus manos para marcar una distancia escasa, al tiempo que fruncía el ceño de forma lastimera—. Veinticinco años tenía ella y Aroa solo unos meses, fíjese usted si hace que la conozco».

Aroa torció la cuchara y el guiso se derramó. Notó cómo se le encogía el estómago y se electrizaba su nuca, sin poder apartar la vista de aquella mujer. Tenía que ser casualidad. O es que el destino le tendía la mano que le habían negado otros.

—Me da mucha pena de la Fuensanta —continuó diciendo entre gemidos aquella mujer—. No se merece que le pase esto, de verdad que no.

María del Mar se retrepó en la silla con un lamento mudo y triste entre sus labios, escuchando la respiración acelerada de Pedro al sentir la mirada inquisidora de Aroa clavada en él.

—Es ella, ¿verdad? —preguntó la hija.

4

BLANCA.
Marzo de 2012.

Corrí de vuelta al hotel como alma huida del mismísimo infierno. Aunque el infierno venía conmigo, allá donde fuera. No iba a encontrar la forma de desprenderme de él, tal era la sensación que llevaba aferrada a mi cuerpo y a mi alma como un parásito, alimentándose de mi debilidad. Cerré la puerta con llave. Y entre aquellas cuatro paredes extrañas me sentí más sola que nunca. Lloré con rabia mientras me desnudaba, tirando cada prenda con violencia en una dirección distinta, en un intento inconsciente de desprenderme de todo, de volver a ser yo misma, la Blanca adolescente, expresiva, rebelde, alocada y contestona, pero con planes de futuro en mente, alojados entre copas, clases de instituto, planes de fin de semana, libros, literatura y ganas de diversión. Me metí en la ducha y me senté en el suelo, abrazando mis piernas, dejando que el agua caliente cayera sobre mi cuerpo como una cascada purificadora capaz de arrastrar la inmundicia, la basura que yo sentía que había en mi vida. Era un ritual. Ducharme se había convertido en un ritual obsesivo, lo único con lo que podía calmarme a solas. Hasta ese momento. Porque ni eso consiguió abstraerme de pensar que lo tenía casi todo perdido: mi hogar, mi familia, mi hijo... y mi propia autoestima, desmoronada sin remisión desde hacía tiempo. Me quedaban mis amigas. Tres amigas. Mis únicos apoyos, encontrados tras la red que había constituido mi única vía de escape, a excepción de María a la que conocía desde la infancia, pero cuyo contacto había mantenido también a través de la red.

Me senté sobre la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y el portátil sobre las piernas, no iba a poder conciliar el sueño con facilidad. Entré en Facebook para echar un vistazo a las últimas publicaciones del Club de Lectura en el que solía participar comentando las novelas que leíamos e

intercambiando impresiones literarias, que es lo que realmente me apasionaba, sin ahondar en aspectos personales. Yo utilizaba un nick —Jane Eyre— para preservar una identidad que quería conservar en el anonimato, tan solo María sabía que tras él andaba yo. En ese entorno literario conocí a mis otras dos grandes amigas: Estela y Patri, amantes de las letras, lectoras empedernidas y escritoras en proyecto, al igual que yo. María no. María leía a ritmo de balada y no era capaz de crear una historia ficticia más allá de su propia mente, ni de contarla alejándose un ápice de su forma coloquial de hablar. Nunca pude imaginar que amistades virtuales fueran tan gratificantes, tan sólidas como las que yo había alcanzado a mantener con ellas, materializadas ya a través de mensajes privados en los que nos regalábamos ayuda mutua en nuestras preocupaciones diarias, o en los que sencillamente escucharnos se convertía en un alivio inestimable en esos momentos de bajón emocional que tan frecuentes habían sido en mi vida tiempo atrás. Solía reír con María cuando me relataba las palabras de su madre cada vez que la veía «enganchada a la máquina»: «Se te van a poner los ojos como bolas de billar de tanto mirar al trasto ese. ¡Busca amigas en la calle, como se ha hecho siempre, que pareces una loca aporreando las teclas y riéndote sola!». Carmen no podía entender que la intimidad que te brinda escudarte tras la pantalla invita a la confesión con mucha más facilidad que si lo haces cara a cara, estrechando lazos con rapidez, forjando así relaciones amigables que podían erigirse como pilares de nuestras vidas, tal y como ellas ya lo eran para mí.

Recorrí el muro de *Face* sin prestar mucha atención, tenía la mente copada con la imagen del rostro de mi madre, perplejo ante mi intromisión. El nudo en mi estómago volvía a acrecentarse. No le contestó. Mi madre no le contestó a Álvaro cuando él le preguntó quién era yo. Me tembló la barbilla entonces. ¡Cuánto hubiera dado por que lo pronunciara, por que le dijera que yo era su mamá! Cierto que no hubiera sabido qué decirle ni qué hacer, pero al menos me habría dado la oportunidad de un abrazo, de sentirlo cerca de mí, de dolerme su ausencia aún más que el rechazo de mi madre. Me vi completamente desplazada, ignorada, provocando una situación violenta en un momento que tendría que haber sido de alegría, de felicidad y de distensión. Ella siguió ejerciendo de anfitriona, usurpando un papel que tendría que haber desempeñado yo. Se me partió el alma por una envidia malsana e injustificada al observar la complicidad entre mi madre y mi hijo, sus mutuas muestras de afecto, sus caricias, sus palabras tiernas, las atenciones de ella a los reclamos de un pequeño de cuatro años que llamaba «abu» a quien había ejercido de

madre desde sus tres meses de edad. Bebí agua para poder soportarlo, para poder tragar la angustia de pensar en todo lo que me había perdido. De nuevo las voces en pugna dentro de mí, debatiendo si me equivoqué, haciendo uso del condicional para lanzar hipótesis y conclusiones que ahora ya no podía contrastar. La duda de lo que habrían sido nuestras vidas si hubiera permanecido a su lado me corroerá siempre. Siempre.

Álvaro se quedó dormido en un sillón, las emociones habían sido intensas y lo habían dejado exhausto. Esperé a que mi madre lo llevara a la cama, mirándolo desde la distancia, analizando sus facciones en reposo al igual que antes había hecho con sus gestos, con su forma de moverse. Teníamos rasgos en común: el color del pelo, su textura lacia, la forma de la boca... La tonalidad de los ojos era de su padre.

Me tensé cuando mi madre apareció de nuevo.

—¿A qué has venido, Blanca?

Tardé en contestar. Había muchas formas de romper el hielo y aquella la entendí como un reproche, como una bordería por parte de mi madre que me invitaba a marcharme de nuevo.

—A ver a mi hijo —contesté con esfuerzo, se me había secado la boca—. Y a vosotros.

Ella no me miró, mientras hablaba siguió recogiendo y ordenando cuanto había esparcido por el salón.

—Pues ya lo has visto. Tu padre está trabajando, no vendrá hasta mañana por la mañana, hoy dobla turno.

Mi madre tenía el ceño fruncido y un rictus en la boca que le acentuaba las marcas de la edad. O de las batallas lidiadas, tal vez. Respiré hondo y me sequé el sudor de las manos en la tela de los vaqueros.

—Mamá... Por favor... No..., no me hagas esto. —Ella siguió ignorándome, visiblemente afectada, conteniéndose—. Ayúdame.

Se volvió hacia mí.

—¿Que te ayude? —preguntó con perplejidad—. ¿No te parece ya bastante ayuda la que te he prestado en todo este tiempo? ¿Qué más me vas a pedir que haga, Blanca?

Bajé la cabeza.

—Quiero volver, mamá.

—Y yo quiero que te marches, no quiero hablar contigo ahora, no... no esperaba encontrarme hoy con esto. Ha sido un día muy largo.

Volvió a darme la espalda y estuve a punto de derrumbarme. Si no la tenía

a ella, no podría recomenzar.

—Esto también es difícil para mí, no imaginas cuánto me ha costado dar el paso. Sé cómo te sientes, pero...

—¡Pero qué! —exclamó, elevando la voz—. ¡¿Pero qué? Dime! ¿Crees que puedes tomar decisiones a tu antojo pretendiendo que los demás nos amoldemos a ti, a tus caprichos, a tus locuras, a tus decisiones inmaduras, así..., sin más?

Me llevé los dedos a la boca, intentando controlar el temblor de mis labios. Podía ver el sufrimiento en los ojos de mi madre. La estela que los cubría era espesa, no se había formado en días, sino en años. Su luz apagada asestó un nuevo golpe a mi conciencia, que apenas se tenía en pie después de haber visto a mi hijo.

—Aún puedo arreglarlo, mamá —supliqué—, dame la oportunidad de arreglarlo.

—Hablas de arreglarlo como si la vida fuera un trasto roto al que se cambia una pieza y se la deja nueva. El tiempo no se recupera. Lo que has dejado de vivir no se recupera. El dolor que nos has causado no puede curarse por arte de magia, Blanca. —Le brillaban los ojos—. Márchate —dijo, tras una pausa para sobreponerse—. Ya hablaremos cuando esté tu padre, tiene derecho a saber lo que está pasando y lo que pretendes.

Su sentencia me recordó a las de antes, a esas decisiones impuestas con tal seguridad que no podían ser rebatidas en una confrontación abierta. Me levanté. Con el corazón roto.

—¿Tienes donde dormir? —me preguntó, casi en un susurro, con la voz quebrada.

—Sí.

Asintió con la cabeza y desapareció hacia la cocina. No esperé a que volviera, no habría sabido cómo despedirme de ella, controlar las lágrimas era ya una misión imposible. Y volví a derramarlas al tiempo que pensaba en ello, sobre el teclado del portátil que mantenía apoyado en mis piernas mientras ignoraba las escasas publicaciones de mis «amigos» virtuales a esa hora de la noche.

—¡Hola!

Me había saltado un mensaje privado y abrí el chat para saber de quién. Era de Las ratonas, «Las ratonas de biblioteca», el grupo que Estela creó en el chat de Facebook para comunicarnos las cuatro.

—Hola, Patri. No creí que alguna de vosotras estuviera conectada a esta

hora.

—Estoy estudiando. Y ya sabes, pasar de echar una miradita a esto de vez en cuando cuesta. ¿Qué haces tú?

—Esperar a que me entre el sueño. Estaba leyendo los últimos comentarios del Club.

—Llevas días sin comentar nada...

—Ya. No he empezado a leer la novela, poco puedo decir —apunté con indiferencia.

—Tampoco has publicado nada en tu muro, no has dicho ni buenos días siquiera. Te pasa algo, ¿verdad?

Dejé que los segundos desfilaran, no estaba para charlas, pero era mi amiga. Me vendría bien soltar algo de lastre, notaba su peso en los hombros, no los podía levantar.

—Al final decidí venir... A ver a mis padres.

—¿Ah, sí?! La última vez que hablamos dijiste que no irías, que seguirías esperando el momento. Cambiaste de opinión, por lo que veo. ¡¿Y qué tal?! Aunque, por la forma en que estás, creo que no hace falta que me lo digas.

—Mal.

—¡Vaya, lo siento! —acompañó la expresión con un emoticono triste—. ¿Por qué? ¿No ha sido como esperabas?

—Es que no sé lo que esperaba, Patri. Después de cuatro años sin aparecer, era de gilipollas pensar que me recibiría con los brazos abiertos.

—¿Tu padre o tu madre?

—Mi madre, mi padre no estaba. Se quedó pillada cuando me vio aparecer. Y a mí al final no me dio tiempo ni a hablar, no sabía qué decirle, ni sabía cómo justificarme porque no me entiendo ni yo. Pero vamos, tampoco me dejó, me largó de casa diciéndome que no era el momento. Solo pude decirle que quería volver y arreglar las cosas.

—Cuatro años es mucho tiempo, Jane. Pero eres su hija, seguro que se lo piensa y te llama, ya verás.

—No estoy segura, está demasiado dolida.

—Pues tampoco entiendo por qué —afirmó ella—, todos cometemos locuras alguna vez. Y tenemos derecho a arrepentirnos y disfrutar de una segunda oportunidad. Te fuiste de casa, vale. Dejaste los estudios, vale. Pero has estado trabajando, no te has ido por ahí a ninguna comuna ni te has metido en ningún fregado del que tengas que salir, ¿por qué tanto recelo? ¡No eres la primera ni serás la única que haga algo así! Es muy dura contigo, Jane, ¡y es tu

madre!

—Abandoné a mi hijo. Con tres meses. Lo dejé a su cargo y me largué.

Pulsé la tecla de «intro» y cerré los ojos. Lo había soltado. Hacía casi dos años que conocía a Patri, casi el mismo tiempo que a Estela, y a lo largo de ese tiempo les había ido contando aspectos de mi vida, igual que ellas a mí, pero no había llegado a ese punto, a esa parte de la historia. No sé cómo describir lo que sentí al hacerlo, una mezcla de rubor, vergüenza, temor a lo que pudiera pensar de mí, y a la vez, una liberación. Sentía la necesidad de normalizar mi vida y eso empezaba por asumir quién era yo y lo que había ocurrido en ella.

Levanté la vista y la devolví a la pantalla. Allí estaba la esperada exclamación de Patri bajo la de Estela, que acababa de incorporarse a la conversación, justo en el momento oportuno.

—¿¿Hijo?! ¿¿Qué hijo?! —preguntaba Estela.

—¿Tienes un hijo! —había exclamado Patri.

—Sí. De cuatro años. Pero no me apetece mucho hablar de eso ahora, mejor dejarlo para otra ocasión. Perdonadme, chicas, pero no estoy bien.

—Tranquila, no te preocupes —dijo Estela—. Sabes que puedes contar con nosotras para lo que quieras y cuando quieras. Sin presiones.

—Lo mismo te digo —añadió Patri.

Me lanzaron un guiño a través de un emoticono y agradecí su actitud, discreta, afectuosa, entrañable.

—Estela, estoy estancada, aún no he podido empezar a leer. Deja mi reseña para publicarla al final, ¿puede ser? —le pregunté, variando el tema de conversación.

—Por supuesto, preciosa. Aquí no hay obligaciones, estamos para divertirnos y disfrutar. Tú me avisas.

—Gracias. Voy a intentar dormir algo.

—¿Jane! —me llamó Patri, antes de desconectar.

—Dime...

—Cuídate.

Sonreí emocionada. Su abrazo virtual, convertido en palabras, transmitía un afecto real que me daba aliento.

Apagué el ordenador y miré mi móvil para asegurarme de no tener llamadas perdidas. Bueno, no quiero engañarme, buscaba la de mi madre. Pero no estaba. A cambio, tenía un wasap de María. Había quedado el fin de semana con algunos amigos para tomar algo en el Centro Comercial de La

Rosaleda y me animaba a acompañarlos. Sentí una especie de escalofrío al leer el mensaje. No iría. Y de nuevo me tocaría lidiar con ella para convencerla de que me dejara en paz, de que seguía necesitando tiempo.

Me metí en la cama, con mis propios fantasmas revolviéndome las sábanas. Y desperté a las pocas horas bañada en sudor, tras ver el rostro de mi hijo desfigurarse hasta convertirse en un ser monstruoso.

5

Octubre de 2013.

El amargor de la tónica arañó su estómago vacío, que no clamaba por comer. Apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó las manos, descargando la frente sobre los nudos que sus dedos formaban entre sí. Las burbujas diminutas de la bebida saltaban alegres y chispeantes a unos centímetros de altura sobre del vaso, besando con sutileza el rostro de Víctor, como si quisieran estimularlo con su frescor. Un intenso aroma a café se mezclaba con los últimos retazos de las comidas sobrantes del almuerzo en la cafetería del hospital. El ruido empezó a desvanecerse y Víctor lo agradeció. Cerró los ojos para evadirse, para ausentarse y trasladar su mente allá donde pudiera encontrar paz, sosiego y disfrutar de la fantasía ilusoria de un final feliz.

No sabía nada de su padre. Ni de la abuela Herminia. Podía contar con una familia extensa con la que, curiosamente, no tenía vínculos de sangre, ni incluso de afinidad. Las vecinas de su madre rellenaban los huecos destinados en otras familias a la compañía de padres y hermanos. Ni siquiera contaba con amigos de confianza a los que poder encomendarse en situaciones así. Mantuvo una relación amorosa una vez, que terminó por romperse por una mera incompatibilidad de carácter: la chica era alocada, alegre, divertida, con ganas de comerse el mundo. Y Víctor suponía para ella un freno constante por su templanza, por su cariz excesivamente maduro para su edad. El atractivo de sus facciones no fue suficiente para poder retenerla. Ahora echaba de menos la vivacidad de su mirada gris, su charla elocuente, su voz cantarina, la calidez de su piel cuando encerraba su mano entre las suyas. Hacía años que los vínculos afectivos habían quedado reducidos a un puñado de personas y, en algunos casos, con el amor y el cariño circulando de forma unidireccional.

Un camarero lo despertó de su ensoñación al hacer chocar contra sus zapatos el cepillo de barrer. Elevó los pies en un acto reflejo y echó un vistazo

a su alrededor. Se tranquilizó al observar que no estaba solo, que no debía abandonar el local; aún faltaba tiempo para que le permitieran visitar a Fuensanta y no le apetecía volver a imbuirse en el ambiente cargado del hospital. La puerta se abrió y una mujer, con media melena oscura, asomó la cabeza buscando a alguien. Por un momento, le recordó a su madre. Fijó su vista en él y se le acercó dudosa, hurgando en su cuerpo y no en sus ojos.

—Tú debes de ser Víctor... —le dijo, a la espera de su respuesta. Él asintió—. Una mujer me ha dicho que te encontraría aquí. Y me ha descrito como vas vestido —añadió, al observar su rostro perplejo—. Me llamo Marisa, soy asistente social, pero trabajo para una asociación de mujeres maltratadas que incluye en su radio de acción el barrio en el que vivís.

Aquella mujer le tendió la mano. Víctor se la estrechó con educación y desgana, tenía su atención perdida y sin muchos visos de recuperarla.

—Siéntese —dijo al fin, indicándole la silla que había frente a él.

—Lamento lo que le ha pasado a tu madre. Puedo tutearte, ¿verdad? — Víctor parpadeó con lentitud en señal de afirmación—. Nos ha llegado la noticia a mediodía y hemos podido hablar con algunas de vuestras vecinas. Afirman que fue tu padre quien la golpeó. Una de ellas dice que no es la primera vez, que solía escucharlos discutir. —Víctor suspiró, sin decir nada. Desvió la vista en un lamento y se la devolvió para alentarla a que dijera lo que pretendía yendo hasta allí—. Verás... —continuó—, muchas mujeres no denuncian, Víctor, y al final terminan pasando estas cosas. Incluso peores.

—No puedo decirle lo que pasó, yo no estaba allí cuando ocurrió.

—Ya. Pero... ¿es la primera vez?

—Que yo sepa, mi padre nunca le ha pegado a mi madre. Han discutido, sí, muchas veces. Pero eso no creo que sea maltrato, yo no lo llamaría violencia de género.

—Es lo que trato de averiguar. Lo cierto es que, hablando con tus vecinas, ellas afirman que se les oía discutir. A los dos. Y normalmente, en los casos de violencia machista a quien se oye es al hombre mientras la mujer calla. El miedo les impide hablar. Pero también sabemos que alguna vez tiene que ser la primera, y que a partir de ese instante la relación empieza a cambiar.

Víctor se mesó el pelo, echándolo hacia atrás para apartárselo de la cara. Agradecía el interés de aquella mujer por ayudar a su madre, pero ya escuchaba demasiados clamores dentro de sí como para seguir añadiendo alguno más al que atender.

—Aún no he podido hablar con mi padre, quiero que él también me cuente

lo que pasó.

—Tu madre tiene el bazo destrozado por un puñetazo, ¿no te parece suficiente con eso? Es probable que a tu padre lo acusen de un delito de lesiones. Pero si se trata de violencia de género, tu madre debería denunciarlo. Además de celebrarse un juicio rápido, podrían ponerle una orden de alejamiento: toda medida de prevención para que no vuelva a ocurrir es poca. Podríamos prestarle ayuda jurídica en la asociación.

El teléfono móvil de Víctor comenzó a vibrar, había olvidado aumentarle el volumen. No dudó en atenderlo con la urgencia impresa en el rostro. Dejó escapar un par de monosílabos espaciados y colgó. Se levantó de la mesa con rapidez.

—Disculpe, la policía me está esperando.

Marisa arrastró la silla y recogió su bolso con premura, no quería zanjar la conversación ahí. Y menos aún sin conocer cuál sería la actuación policial.

—¿Me dejas que te acompañe?

Víctor se encogió de hombros, sobrepasado por la situación. No sabía si debía alegrarse por el amparo que le brindaba o prefería la soledad.

Avanzaron con rapidez en dirección a la puerta de reanimación. La bata blanca del facultativo contrastaba con el uniforme azul de los policías nacionales que permanecían de pie a su lado con porte regio y seriedad en el rostro. El médico los acompañó hasta una pequeña sala donde poder hablar con intimidad. Uno de los policías hizo amago de cortar el paso a la asistenta social, advirtiéndole de que la conversación era privada. Y ella se apresuró a agarrar el brazo de Víctor para impedirle entrar.

—No tienes por qué afrontar esto solo, puedo asesorarte, o prestarle a ella asistencia jurídica si la necesita. Piénsalo.

La mirada bondadosa de Marisa y su mano tendida animaron a Víctor a pedir permiso para que ella estuviera presente.

No se sentaron. La tensión del chico le impedía detener el temblor de sus piernas, no podría controlarlas ni apresándolas entre los hierros de la silla. Uno de los policías lo puso en antecedentes. El centro de salud de la Palmilla había puesto en conocimiento de la Policía Nacional el ingreso de su padre con una herida incisa en el brazo por arma blanca, y que, según su propio relato, había sido obra de su mujer. Estaban recabando declaraciones y testimonios de posibles testigos para detallar el informe de atestados y darle traslado a la autoridad judicial. Una vecina del inmueble había informado a los agentes de que Fuensanta había ingresado en las urgencias del Carlos

Haya; el informe médico, con el parte de lesiones, sería incorporado también al expediente en cuanto dispusieran de él.

—Necesitamos tomar declaración a su madre. No hemos encontrado ningún testigo presencial de la discusión, y los testimonios de las vecinas y la declaración de su padre son contradictorios. Intentamos hacer una reconstrucción de los hechos para esclarecer cómo sucedió todo y que el juez determine si hay o no responsabilidad penal.

—¿Cómo no va a haber responsabilidad penal! —apuntó Marisa, sin poder contenerse—. ¡Lo que ha cometido ese hombre es un delito, si hasta han tenido que operarla!

—Él ha declarado que actuó en defensa propia.

Víctor los miraba perplejo, con el corazón crispando sus sienas. Marisa tomó las riendas de la conversación.

—¿Me está diciendo que ella intentó agredirlo a él y que él se defendió propinándole un puñetazo de esa magnitud?

—No voy a darle detalles de su declaración —contestó el policía, con voz lineal.

—Víctor, ¿tú ves a tu madre capaz de atacar a tu padre con un... qué? ¿Con un cuchillo? —preguntó la asistente social, con cierta incredulidad y mesura en la voz.

Víctor cabeceó, negando con lentitud.

—Debe de haber un error —dijo, cabizbajo.

—Ha interpuesto una denuncia contra tu madre por agresión —le anunció el policía, templando las palabras.

Víctor se desarmó. Su pecho inició una contrarreloj ascendente y descendente, como si tuviera urgencia por acaparar todo el aire de la habitación. Se frotó las manos y apretó los labios en un intento de ahogar la pregunta cuya respuesta podría ser más incisiva que el arma blanca utilizada en la reyerta casera.

—¿Qué le puede pasar a mi madre?

Las palabras resbalaron por sus labios en contra de su voluntad. Después, levantó la cabeza y miró al policía a los ojos con aire suplicante, implorando una contestación benévola que, en verdad, no dependía de él.

—Podrían imputarla por un delito de lesiones con arma blanca. El Código Penal contempla penas de prisión en estos casos.

El policía soltó la última frase con temor, como si le hiciera daño, con una mezcolanza de profesionalidad, desconfianza por la experiencia de supuestos

inocentes que resultaron no serlo y de humanidad al observar cómo Víctor se hundía por momentos, desplomándose en la silla como un trapo viejo. Marisa dejó caer la mano en su hombro y se inclinó hacia él.

—Tranquilo, chico. Todo irá bien. Y, en el peor de los casos, si le imponen una pena mínima, igual ni siquiera tiene que entrar.

Por primera vez a lo largo de toda la conversación, Víctor se preguntó qué hacía ella allí. La sintió extraña, sin derecho a formar parte de la intimidad de sus vidas, ni a ser partícipe de las consecuencias de un acto perpetrado por una mujer a la que no había visto una sola vez y de la que desconocía absolutamente todo. Víctor volvió a levantar la cabeza y la giró, mutando el semblante antes de mirarla. Y esbozó una sonrisa irónica cargada de pena.

—Usted no entiende nada. No puede entender nada porque no la conoce de nada —remarcó—. No sabe lo que todo esto podría significar para ella, no volvería a levantar cabeza. Mi padre no la conoce, pero ella sí. Ella ya estuvo en prisión.

6

BLANCA.
Marzo de 2012.

Esperé a mi padre sentada en la terraza de un bar, en el Muelle Uno del puerto de Málaga. Huía de los lugares tranquilos, prefería los sitios concurridos donde hubiera gente a mi alrededor. La temperatura y el sol de aquella tarde de marzo invitaban al paseo, a disfrutar del aire libre. Yo había nacido envuelta en la brisa del mar y necesitaba respirarla para poder vivir; incluso para relajarme y tranquilizarme, como en aquel momento. El sol me daba de lleno en el cuerpo y me calentaba la cara. Yo entornaba los ojos y elevaba el rostro para acapararlo. Y antes de volver a abrirlos respiraba en profundidad, como si en ello me fuera la vida que sentía agitarse de nuevo al ignorar qué reacción tendría mi padre. Una voz ahogada dentro de mí apelaba a su templanza, a la manera sosegada con que siempre acostumbraba a hablarme. Pero no temía tanto su tesitura de voz como el cariz de sus palabras; si estaban en consonancia con la actitud de mi madre, estaría perdida.

Posé las palmas de las manos sobre mis piernas y las froté unas cuantas veces alentándome a decir «basta», animándome a apartar los pensamientos para no huir de allí antes de tiempo. Me obligué a concentrarme en cualquier otro estímulo que pudiera regalarme una mínima sensación de paz. Y opté por observar el paisaje, no encontré nada mejor. La estampa que podía ver frente a mí parecía una postal turística. Las ramas verdes de las palmeras oscilaban por el viento y se dibujaban con el azul del cielo como telón de fondo. La línea divisoria entre este y el mar había desaparecido, todo era un continuo en calma, apenas perturbado por algunas lanchas pequeñas que entraban en el muelle, dejando una estela blanca tras ellas. A lo lejos había anclado un enorme barco de Transmediterránea, preparado para engullir a los pasajeros y liberarlos de la realidad cotidiana por unos cuantos y preciados días; habría

dado cualquier cosa en aquel instante por escapar de nuevo subida a él. Las voces parecían amortiguarse y apenas se escuchaban ruidos más allá de esas conversaciones calmadas de quienes disfrutaban de un refrigerio, un café o un paseo tranquilo. Envidié a las madres y a sus hijos correteando inocentes de un lado a otro, tras una pelota o jugando entre ellos, tomando su merienda o rindiéndose al sueño en las horas de siesta. E imaginé a Álvaro junto a mí mientras yo lo invitaba a mirar los peces, las gaviotas, los árboles o el mar; mientras nos divertíamos con algún juguete comprado en los puestos del paseo o le leía un cuento de la Feria del Libro que tenía allí, en el propio puerto, su cita anual.

Sentí calor y un cierto ahogo, llevaba puesto un jersey de lana con cuello de cisne, apropiado para provocarme un sarpullido por el exceso de grados. Pedí otra Coca-Cola con mucho hielo. Cuando el camarero la soltó sobre la mesa y se apartó, vi a mi padre junto a la silla, esperando para saludarme. La emoción y los nervios se dieron la mano. A primera vista me pareció apuesto, más guapetón que nunca. Después escruté su rostro, en décimas de segundo. Él permaneció completamente mudo y lo interpreté como una señal de tensión entre nosotros; luego supe que él también se había emocionado al verme y que sus armas de padre instruido se habían ido al garete en favor de una congoja que no lo dejó articular palabra. Me levanté y me dio un abrazo que yo correspondí, apretándome contra su cuerpo. Me preguntó cómo estaba nada más sentarnos. También a mí me costó hablar.

—¿Ha sido idea tuya o de mamá? —pregunté con temor.

—¿El qué?

—Que nos veamos.

—Mamá está desquiciada, Blanca, no hubiéramos podido hablar con tranquilidad estando ella. —Se pasó la mano por el cabello y suspiró, inclinándose ligeramente sobre la mesa—. Está hecha un lío. No deja de preguntarse el porqué de todo esto. Lleva mucho tiempo intentando comprender tu decisión de marcharte y dejar que fuéramos nosotros quienes cargáramos con las consecuencias de lo que hiciste. Y todavía no lo ha conseguido. Ni yo tampoco —puntualizó, mirándome a los ojos—. Pero te quiere. Y la conciencia se la come si te deja en la calle.

Bajé la vista y la centré en los dobleces que le estaba haciendo a una servilleta que tenía entre las manos, evitando así que me temblaran. El dolor me impedía devolverle la mirada. Había hecho referencia a lo que sentía mi madre, pero ¿y él? También me importaba él.

—Ya intenté explicároslo cuando lo decidí —alegué—. Os di mis motivos, aunque comprendo que tal vez no me entenderais.

—¿Qué motivos, Blanca? ¿Qué razones de peso nos diste para abandonar a tu hijo? —Mi padre no me dio tregua alguna, ni dos minutos de cortesía. Empezó a desfogar a la primera oportunidad, como una gaseosa agitada—. Terminaste de destrozarme aquella tarde, yo confiaba en ti. —La luz del sol hacía destellar el brillo de sus pupilas—. Tu madre siempre fue mucho más protectora, seguía pensando que eras una niña, sentía la necesidad de vigilarte, de protegerte. Pero yo te di rienda suelta, como tú pedías, y así me lo pagaste.

—Sabías que ella lo hacía por ti. Lo de vigilarme —le dije, con la voz tranquila y los ojos rotos.

—Y porque siempre he pensado que también se aprende de las equivocaciones, que errar y rectificar por uno mismo es una lección que no se olvida. Pero nunca pensé que el error fuera tan grande después de todo lo que tú y yo habíamos tenido ocasión de hablar, de las advertencias, de los consejos que te di, que te dimos mamá y yo de la necesidad de no jugarle tu futuro y tu vida por una insensatez. Durante todo tu embarazo nos estuvimos preguntando en qué habíamos fallado, si es que habíamos sido demasiado permisivos o, tal vez, demasiado protectores y por eso te estrellaste a la primera. —Me mordí los labios, no era momento para hablar de ciertas cosas—. A pesar de todo pude asumir que fuera un desliz, un accidente, un infortunio, como quieras llamarlo, que cambiaría el curso de tu vida tal y como la habíamos planeado, pero poco más. Me dio rabia, pero me propuse que el niño no alterara demasiado lo que merecías tener. Hasta que dijiste que te ibas. Fue un jarro de agua fría, porque con esa decisión no solo te estabas cargando tu vida, te cargabas la nuestra también.

Mi padre soltaba las palabras como si pesaran. Le costaba mucho esfuerzo pronunciar frases que se habían anquilosado dentro de él, esperando el momento de poder deshacerse de ellas. No hablaba con rabia, con despecho, sino con una apatía fruto de la resignación. Mostraba imagen de perdedor, ante la vida y ante mí. Y aquello me produjo mucho más daño que recibir la bronca del siglo. Tragué saliva, queriendo arrastrar inútilmente la desazón que se me había clavado en la garganta al escuchar a mi padre.

Busqué en mi memoria las razones que les di a ellos el día en que me marché, al tiempo que observaba, cabizbaja, como él intentaba recomponerse dando vueltas a la cucharilla del café que acababan de servirle, mirando a la nada.

—He pensado irme de casa —les anuncié aquel día, sentados aún a la mesa mientras mi hijo dormía.

Mi madre dejó la cuchara suspendida en el aire, con los fideos retando a la gravedad y con la boca abierta.

—¿Qué estás diciendo?

Se me cortó la voz y comencé a tartamudear.

—No puedo..., no quiero seguir viviendo aquí. No... no puedo estar con él.

—Aclárate, Blanca, aclárate —me increpó mi madre, con los ojos desorbitados y la respiración forzada.

—No lo quiero mamá —confesé, con el corazón encogido—, me ha destrozado la vida. He intentado aceptarlo durante todo el embarazo, pero... Yo quería ser como ellas, como el resto de mis amigas, quería estudiar, salir, divertirme, estar con alguien hasta que decidiéramos hacer nuestra vida.

—Estas son las consecuencias —dijo mi madre, masticando las palabras. Señalaba a Álvaro, dormido en la cuna de viaje que había en el salón—. Cuando una comete errores, paga las consecuencias, Blanca, y tú cometiste uno muy gordo. Ahora no puedes escurrir el bulto como si nada hubiera pasado.

—¿Cómo si nada hubiera pasado? —pregunté—. Ya nada será igual, aunque me vaya. Pero aun así tengo que intentarlo, empezar de nuevo, rehacer mi vida, volver a lo que tenía. Y estando aquí, no puedo.

—¡Ja! —exclamó mi madre, con sarcasmo—. Esto es lo último que me faltaba por oír. Eres tú la que metes la pata, la que cometes la gran equivocación, ¿y ahora, con toda la cara dura del mundo, me dices que te largas para vivir tu vida libre de cargas y nos dejas el muerto a nosotros? ¡No tienes vergüenza!

La irritación de mi madre me desarmó, no sabía lo que decir, no sabía cómo explicarme, cómo justificarme. Me froté las manos con angustia, con una ansiedad que se había convertido en mi sombra desde hacía un año.

—Voy a buscar trabajo, mamá. Hay un hotel en Marbella que necesita personal, es posible que pueda entrar. Pienso mandaros dinero para mantener al niño, te lo prometo —imploré con los ojos nublados—. Pero necesito irme de aquí. Entiéndeme, por favor, necesito volver a la normalidad y aquí no lo conseguiré. Será solo un tiempo...

—Además de egoísta, eres una irresponsable —escupió mi madre, ante el estupor de mi padre que seguía perplejo nuestra conversación. Ella se levantó

de la mesa y comenzó a recoger platos, el almuerzo había acabado.

—Papá...

Busqué el apoyo de mi padre, más sosegado siempre en todas nuestras discusiones de lo que era mi madre.

—No, Blanca, esta vez no —sentenció—. No puedo apoyarte en esto, me parece una irresponsabilidad por tu parte no asumir por completo lo que hiciste. ¿Has pensado en tu hijo? ¿Vas a hacer que se críe sin su madre? ¡Me parece una crueldad!

—No estoy preparada para ser madre, no estoy preparada para cuidarlo. —Empecé a llorar—. No tengo lo que una madre tiene que tener, no me despierta... sentimientos.

Mi madre había vuelto de la cocina y me miraba con asco, con repulsa. Le resultaba imposible creer que yo no sintiera amor hacia mi propio hijo. Pero era la verdad. ¡Era la puta verdad! Y a nadie más que a mí le dolía ser consciente de eso.

—¿Dónde está su padre? Todavía no te has dignado a hablarnos de él.

—No empieces otra vez con eso, mamá, no empieces.

—Él es tan responsable como tú, Blanca —apuntó mi padre con gravedad, apoyando a mi madre—. Deberías implicarlo como estás haciendo con nosotros.

Negué con la cabeza de forma compulsiva.

—No... no sé dónde está su padre. A... apenas lo conozco, no sé ni dónde vive.

—¿Qué hiciste? ¡¿Echar un polvo con el primero que se te puso a tiro?!

—¡Victoria! —la reprendió mi padre, mi madre había perdido los nervios. Pensé lo que decir, no quería estropearlo más.

—No iba a estar dispuesto a ocuparse de él —afirmé, arrastrando las palabras—, podéis estar seguros. Y yo no pienso forzarlo a estar con el niño, no quiero más problemas.

Me limpié las lágrimas al tiempo que observaba a uno y a otra, saltando de un rostro a otro, de un cuerpo a otro, ambos ajenos a mis sentimientos, sin entenderlos. Mi madre comenzó a negar con la cabeza, en silencio, eludiendo mirarme, hasta sentenciarne en un murmullo acongojado y penoso.

—Jamás pensé que esto pudiera pasar. Nunca pude imaginar que mi hija llegara a esto. ¡Tanto esfuerzo en educarla para nada!

Aún me hieren las lágrimas de mi madre cayendo por sus mejillas, con la decepción marcada de lleno en su cara. Aún me hacen trizas por dentro sus

reproches, que yo no pude esquivar y que a ella se le quedaron clavados al alma por considerarlos verdad. Me levanté con miedo y me acerqué a ella, intentando abrazarla por la espalda. Se sacudió. Sin mirarme.

—Vete. Venga, lárgate si quieres, no quiero verte.

Miré a mi padre. Él bajó la cabeza con pesadumbre. Y dejó que la seriedad de sus ojos se plasmara en su voz.

—¿Cuándo te marchas?

—Ahora.

Asintió y me deseó suerte. Con el corazón roto. No me lo dijo, pero yo sabía que lo dejaba con el corazón roto.

Volví a la realidad del puerto y a la compañía de mi padre, que había apurado el café sin pronunciar palabra, dándonos tiempo para retomar con calma la conversación. Desistió de indagar de nuevo en las razones de mi huida y yo se lo agradecí. Los hechos del pasado, una vez consumados, es absurdo cuestionarlos, ya no se pueden cambiar; el futuro, sí.

—¿Has estado en Marbella todo este tiempo?

Su tono de voz sonó más dulce, más afable, y me reconfortó, me hizo sentir más confiada ante él.

—Sí. La amiga que me habló del trabajo en el hotel compartía piso con dos chicas más. Me fui a vivir con ellas para no estar sola. A los tres meses me mudé, no congeniábamos.

—¿Por qué?

—Se pasaban el día hablando de chicos y organizando salidas nocturnas. Empezaron a llevarlos a casa algunas noches, cuando volvían de tomar copas, y esa fue la gota que colmó el vaso.

—¿Las juergas a esas horas o los chicos?

Me sorprendió, no lo imaginaba adentrándose en mis intimidades. Reparé entonces en las horas de conversación que me había perdido con él y me pregunté de cuántas cosas podríamos haber hablado en confianza si no hubiera estado parapetado tras mi madre. O puede que fuera yo la que no le diera la oportunidad de llegar hasta mí, siempre di por hecho que una madre es más proclive a entender a una hija adolescente cuando hay que hablar de amistades, relaciones, novietes y otras andanzas del mismo estilo. Los chicos hablan con sus padres. Las chicas, con sus madres, aunque estas tengan modales de militar como la mía.

—Los chicos —confesé al fin—. No me gustaba verlos allí.

—¿Has vuelto a tener...? Ya sabes... Si has vuelto a salir con alguien.

Sintió rubor al preguntármelo. Y yo al escuchar esa pregunta en sus labios. Aun así, me emocionó. Había calma en sus ojos, deseo de saber de mí, de mi vida, pero sin reproches. Así lo sentí. Mi padre estaba sentado junto a mí en aquella mesa, compartiendo un momento de intimidad conmigo, asistiendo a un reencuentro que esperaba tanto como yo, mostrando preocupación por mi bienestar, sin el recelo que se suponía que debería de seguir sintiendo por haberme comportado como lo había hecho. Me dolió su comprensión. O su compasión. Volví a sentirme mal conmigo misma por recibir su amor incondicional.

—No, no he vuelto a estar con ningún chico. No me quedaron ganas —dije, esbozando una sonrisa triste que contagié la suya.

—Podrías haber venido a vernos, estabas muy cerca. Y hacer tu vida no significaba aislarte, huir de nosotros hasta ese punto —dijo, con el corazón acodado en los ojos—. Apenas hemos hablado contigo en todo este tiempo, Blanca. No... —Cabeceó a un lado y otro, negando con lentitud—. No puedo entenderte. Lo siento, pero me cuesta tanto entender todo esto...

Apreté su mano.

—Tenía miedo, papá.

—¿Miedo de qué? —me preguntó, encogiéndose de hombros.

—De todo. De vuestra reacción, de la reacción de Álvaro y de hacerle un lío con mis idas y venidas. De mí misma, de no saber lo que quería ni lo que era mejor para mi vida, de arrepentirme de haberme ido o...

Medí las palabras. Me detuve para medir las palabras, no quería seguir haciéndonos daño, ni a él ni a mí.

—¿O?

—De volver antes de tiempo y darme cuenta de que hice bien con irme, de que mi marcha no era temporal, como siempre había pensado, sino que debía ser definitiva porque nunca iba a ser capaz de retomar lo que dejé.

Mi padre me sonrió, en silencio, y me apartó un mechón de pelo que me cruzaba la cara. Yo tragué saliva, volvía a emocionarme.

—Estás muy cambiada, Blanca.

—He crecido, papá. Y todo esto me ha hecho madurar como tú querías, pero sin que hayas tenido que darme hostias. Algo o alguien me las dio por ti.

Le devolví la sonrisa, intentando despojar de tantas emociones una conversación que me estaba llegando al alma y que no creía poder seguir manteniendo por mucho tiempo más; aquel derroche de sentimiento me

ahogaba.

—De todas formas —continué—, he estado al tanto de muchas cosas, María ha sido mi confidente. —Lo dije con un gesto de picardía, de complicidad—. Me ha ido informando de cómo estabais, sobre todo Álvaro, al menos lo que ella era capaz de ver, sin muchas intimidades porque no ha podido hablar demasiado con vosotros, pero suficiente para que yo supiera más o menos cómo andaban las cosas. Me ha ido enviando fotos del niño, hasta algún vídeo grabado de lejos con el móvil cuando estaba en el recreo del colegio, o en el parque.

—¿Una espía? —preguntó mi padre, con un gesto cómico de sorpresa.

—Sí, una Mata Hari de barrio a la que quiero muchísimo. —Reí—. María ha sido para mí... —elevé los hombros y abrí mucho los ojos, no encontraba palabras para describir lo que ella había supuesto en mi vida. Sin su apoyo no habría podido tirar hacia adelante, me habría quedado en el camino, sin duda alguna—, todo.

—Ahora entiendo que nos encontráramos con ella «casualmente» —enfaticó— tantas veces, sobre todo mamá.

Asentí. Miré a mi padre y sus ojos se clavaron en los míos; me llegaron al corazón.

—Estoy muy dolido contigo, Blanca, quiero que lo sepas. Pero te quiero.

Al fin lo supe. Presumía lo que él sentía por mí, lo había podido ir deduciendo a lo largo de la conversación, pero quería escucharlo. Necesitaba escucharlo. Nos abrazamos de nuevo. Y noté las lágrimas de mi padre resbalar por sus mejillas, uniéndose a las mías, fundiéndose en un abrazo al igual que nosotros.

—Estoy de vacaciones. Se me ha terminado el contrato en el hotel de Marbella —comencé a explicar—, pero están contentos conmigo. Me han hablado de renovarlo, allí o en otro hotel de la misma cadena aquí, en Málaga.

—Querías ser periodista —me recordó mi padre—. Tenías don de palabra, sabías expresarte muy bien, te gustaba escribir.

—Le he dado muchas vueltas a eso —confesé, alegrándome de que fuera mi padre quien sacara el tema a relucir—. Hay turnos en el hotel. Podría intentar compaginar las dos cosas.

—Estaría bien.

Levantó el brazo para llamar la atención del camarero y pidió la cuenta. El sol había caído y comenzaba a refrescar. Se había intensificado el olor a sal por el azote del viento, que había cobrado fuerza. Las palmeras parecían

decirme adiós con su vaivén, alegres, como en el fondo estaba yo. Aunque aún había otro escollo que salvar: mi madre, a la que temía y comprendía a partes iguales. La siguiente conversación sería con ella, la que dejamos pendiente en el cumpleaños de mi hijo. Y preveía que no iba a tardar, a ella le gustaba coger el toro por los cuernos cuanto antes mejor.

Me puse en pie cuando vi a mi padre preparado para marcharnos, dudosa de lo que hacer.

—¿Dónde están tus cosas, Blanca?

—En el hotel Casa Vázquez —contesté, a la expectativa.

Hizo una mueca de asentimiento.

—Vamos a recogerlas, te vienes a casa —dijo, con determinación—. Tienes un hijo por conocer.

7

Octubre de 2013.

La inmediatez de un castigo respecto a la conducta que lo motiva es clave para su eficacia; si se produce demora en su aplicación ya no tiene razón de ser. Pero el sistema judicial nunca aprendió esa lección. Fue, y sigue siendo, una eterna asignatura pendiente que a veces contribuye a destroz ar vidas, más que a reinsertarlas.

La ejecución de la sentencia impuesta a Fuensanta por el delito cometido llegó dos años y medio tarde, cuando su propia conciencia y sus necesidades vitales ya habían tomado el mando y virado el rumbo para reorientar su vida. Cuántas veces se dijo a sí misma que no debió hacerlo, que fue un error. Desde que su abogado le leyera la sentencia, muchas noches despertó creyendo que todo había sido un mal sueño, una pesadilla que podría diluirse en la realidad por un olvido de aquel del que dependía el mandato de cumplirla. Pero no fue así. Los seis años de pena impuesta por el juez vagaron por su vida como un fantasma que se siente pero no se deja ver, hasta materializarse en la pareja de policías que una mañana apareció ante su puerta anunciándole su inminente ingreso en prisión. Arañó los días y les arrancó las horas para tratar de poner en orden lo que dejaría atrás, con la rabia acristalada en su piel por tener que saldar a destiempo su deuda con la sociedad. «Un delito no puede quedar impune». Tantas veces escuchó esa frase de manos de la justicia y de quienes la representan que llegó a asumirlo. Pero lo crucial era el cuándo y también el cómo, porque todo había cambiado; sus circunstancias habían cambiado y la relación causa-efecto ya no era lógica ni coherente. Era como prescindir de la reina en una partida de ajedrez cuando, en realidad, se la habían comido en la partida anterior.

Llegó a las puertas del Centro penitenciario de Sevilla en octubre del ochenta y ocho, con la angustia cuarteándole las entrañas. Las imágenes

carcelarias mostradas en las películas, las relaciones antisociales de las reclusas con sus habituales reyertas y el llanto de su hija de tres años extendiendo los brazos hacia ella al abandonar la casa la asfixiaban. Se sentía como un pez boqueando en los momentos previos a su muerte, tras sacarlo del agua. Antes de traspasar la frontera del nuevo mundo y con los ojos inundados, se giró hacia Salvador. Le temblaban el mentón y los labios. Él, afectado, levantó la mano en señal de despedida y Fuensanta se echó ambas manos al vientre implorándole con la mirada que cumpliera con todo lo que le había prometido. Rota por dentro.

La náusea y las arcadas secas la estuvieron acompañando durante las primeras semanas de estancia en prisión. En casa habían sido menos frecuentes y más llevaderas, algo de picar para aplacar el estómago las mantenía en calma. Allí, el olor que manaba de algunas de las celdas y la imposibilidad de comer cuando lo precisaba agravaban su estado; sin obviar la congoja de la que no podía desprenderse, acentuada al advertir que la separación maternal la haría perderse los mejores años de la infancia de sus hijos, poniendo además en peligro el cariño que los pequeños pudieran sentir hacia ella. No hay culpa más invalidante que la que una se echa a sí misma. A Fuensanta, la de «madre desnaturalizada» le pesaba como una sentencia más desde el mismo instante de la separación; pero la opción alternativa de mantener a su hija con ella la aterraba. Firmar un pacto de cariño y convivencia materno-filial a cambio de privarla de su libertad le parecía cruel. Maldita ambivalencia. Maldita incompatibilidad.

Cada día, deambulaba por las estancias de la prisión sujeta a una disciplina encorsetada, rígida como una argolla; una rutina inalterable entre muros espesos que vetaban el alcance de la visión. Su mundo era un reducto ínfimo de cuanto existía, una isla diminuta en la que ni siquiera podía disfrutarse de la sensación de libertad que te ofrece observar el horizonte a miles de kilómetros de distancia. Y en el seno de ese cosmos fortificado, ella, como una marioneta movida por manos ajenas, como una muñeca en una casita infantil sujeta al arbitrio y a la voluntad de su dueña y acompañada por otras tantas que, de igual manera, formaban parte de una misma puesta en escena, y con las que estaba obligada a convivir y a entenderse sin haberle sido dada la opción de elegir.

Apenas hablaba. Apenas se comunicaba con las demás reclusas. El miedo irracional a no ser aceptada o a cometer un error en el trato hacia ellas que la abocara a ser rechazada la mantenían prácticamente aislada. Solo

intercambiaba algún diálogo esporádico con su compañera de celda, una colombiana a la que le habían caído nueve años tras ser detenida en Barajas con polvo blanco en la maleta y que había sido trasladada desde el Centro penitenciario de Alcalá-Meco. Al conocer su delito, Fuensanta había estudiado su rostro minuciosamente, buscando rasgos comunes a los de las demás reclusas en un intento de comprobar si es verdad que la cara es el espejo del alma. Ojeras, ceños fruncidos, arrugas enmarcando labios que no atendían a una cuestión de edad, miradas sin brillo, vacías, rabiosas, apáticas, nostálgicas, o acusadoras hasta provocar enfrentamientos nacidos de la exasperación, de la impotencia, de la lucha por un poder ilusorio que les permitiera sentirse alguien en un lugar donde no eran nada.

«¡Estoy hasta los cojones de que la gente piense que somos escoria por estar aquí! ¡Qué mierda sabrán ellos de nosotras!».

Escuchaba ese cántico con frecuencia, haciéndola cuestionarse si en verdad merecían estar allí, cuál habría sido la gravedad de su delito. Y lo peor de todo, qué pensarían también de ella quienes supieran que estaba allí.

La puerta de la celda se cerró a las ocho en punto y su impacto metálico restalló en su pecho. Abigail no se inmutó. Comenzó a desnudarse sin rubor, de espaldas a Fuensanta, mientras esta se sentaba en el filo de su cama, mirando a la nada, percibiendo el trote de su respiración, como si el espacio en su pecho también fuera escaso.

—Deberías apuntarte a algo. —Abigail rompió el silencio sin mirarla—. A alguno de los talleres, el de confección está chévere. Ir al gimnasio, a la biblioteca... A mí no me gusta leer, me cuesta mucho. Pero si no haces nada te volverás loca, el día es muy largo para pasártelo comiéndote la cabeza a toditas las horas.

Dejó caer la camiseta con la que dormía sobre su cuerpo joven, bien formado y torneado. Se giró en dirección a Fuensanta y le mostró la cicatriz que recorría su vientre, desde el ombligo hasta el pubis. Fuensanta fijó la vista en ella, no imaginaba que su compañera de celda también hubiera sido madre, sus rasgos pueriles no la delataban. Abigail sonrió, consciente de la sorpresa desatada en ella. Y se sentó a los pies de la cama, flexionando las piernas como una india, antes de continuar hablando.

—Cuando entré en la Meco, pasé los tres primeros meses igual que tú, con la cara de pasa y los ojos de búho, vigilando, mirando los barrotes, volviéndome a cada paso para ver a quién tenía detrás. Los recuerdo como si fueran siglos. Por la noche, cuando oía a mi compañera roncar, lloraba y

lloraba hasta que ya no podía más, achantada, no sabía cómo iba a soportar estar encerrada nueve años. Me dio por arrancarme el cabello de la rabia que tenía por haber dejado que el... cuatrehijueputa de mi hombre me convenciera para pasar tanta coca.

—¿Era la primera vez?

—No. Ya lo habíamos hecho antes. Varias veces. Pero poca cosa. Aunque lo bastante como para enviar dinero allá, a mi país, y poder vivir aquí decentemente. —Fuensanta se encogió de hombros y con el rostro dibujó una incógnita que Abigail entendió bien—. Ves que no pasa nada y sigues. «Es fácil», te dices. Y allá hay mercancía para traer. Te vuelves ambicioso. Piensas que si arriesgas un poquitito más y das un golpe bueno te puedes retirar con bastante plata. Él quería regresar a Colombia y allá no hay nada para trabajar. No quería irse con las manos vacías.

—Y te pillaron.

—Me pillaron —repitió, asintiendo con pesadumbre—. A él también. Dejamos a la niña con una vecina para hacer el viaje hasta allá y volver. Creí que me moría cuando pensé que no la volvería a ver. Tenía un añito solo.

—¿Dónde está ahora?

—¿Mi niña? Allá en Colombia, con mi mamá. La tuve conmigo encerrada hasta que cumplió seis años. Ya no me dejaron tenerla más.

—¿La tuviste aquí, en la cárcel?

Fuensanta viró el cuerpo para mirarla de frente, subiendo a la cama una de las piernas en un afán de relajar la pose mantenida hasta el momento, interesada por cuanto ella le estaba contando. Abigail confesaba con la emoción contenida, como si no fuera la primera vez que compartía sus confidencias, pero con una afectación que le resultaba imposible disimular al referirse a su hija.

—No tenía nadie afuera con quien dejarla. A mi vecina le salió un trabajo de interna en una casa. Y toda mi familia está en mi país. Alfredo y yo nos vinimos con sus padres hace bastantes años, pero ellos ya se volvieron, no querían morir lejos de su tierra. Me dijeron que se harían cargo de la niña los servicios sociales, que la entregarían en acogida y podría recuperarla al salir. Pero no me fiaba. No me fiaba de firmar los papeles y que me la quitaran para siempre. —Fuensanta percibió el brillo en los ojos de Abigail—. Tardaron en traérmela. ¡La burocracia esa o como carajo se llame! Que si hace falta un escrito para solicitar a la niña... Que si tienen que hacerte un examen para ver que no estás malita y que no estás loca, o con algo en la cabeza que pueda

dañarla... Que si falta el informe positivo de la trabajadora social... Que si tiene que autorizarlo la dirección de la cárcel... Que si hay que mandarlo al Fiscal del Menor... Me propuse ir al gimnasio para soltar la rabia y la pena, porque la espera me iba a volver loca, no podía parar de pensar. Estaba muerta de miedo. Y sola. Jamás me he sentido tan sola, tan huérfana. Me dormía pensando que si no despertaba no le importaría a nadie, nadie vendría a buscarme. Ni siquiera mi nenita me echaría en falta, porque se le habría olvidado quién era yo.

Abigail se levantó y se enjugó las lágrimas, refrescándose el rostro con agua fría. Fuensanta carecía de recursos para consolarla, no disponía de argumentos ante una historia que parecía repetirse en más de una interna y que auguraba lo que bien podría ser una situación similar a la que ella debiera enfrentar. Desconocía los trámites que su compañera había mencionado, aunque tenía la esperanza de no requerirlos. Mantener a los hijos en prisión le parecía un horror. Pero tampoco creía poder soportar la separación de Aroa, no se veía capaz de convivir con su carencia afectiva, con su ausencia permanente. Ni poder acunar maternalmente a quien estaba por llegar.

—¿Te alegraste de haberla tenido contigo? —se atrevió a preguntar.

—Por mí, sí. Por ella, no —contestó Abigail—. O no sé. —Braceaba mientras deambulaba por la celda, a los pies de la litera—. ¿Cómo sabes si tienes que alegrarte o no? ¿Cómo sabes si no estás errando? Tienes que elegir, decidir una opción, y nunca sabes si la otra hubiera sido la mejor. No puedes comparar.

—¿No es horrible que tengan que vivir aquí metidos, sin libertad para jugar, sin poder disfrutar de todo lo que hay fuera? ¿Cuántas cosas se pierden mientras están aquí? —cuestionó Fuensanta—. Y ¿qué pueden aprender de bueno rodeados de tanta...?

—¿Escoria?

—No, no..., no quiero decir escoria —se excusó—. Pero no somos un ejemplo a seguir, Abigail, por mucho que queramos.

—Pero somos sus madres, nadie los va a cuidar mejor que nosotras.

—¿Y todo lo que no podrán tener aquí? —insistió.

—¿Crees que todo lo que hay fuera es bueno?

—Hay libertad.

—La libertad nos ha traído aquí, Fuensanta. ¿Cómo hemos vivido ahí fuera? No sé tú, pero mi vida era una boñiga. Estábamos pelaos, sin nada para mantener a la niña. Todo lo que hay en la calle no es mejor que esto.

—Colegios. Amigos. Parques. Lugares y cosas con las que jugar y de las que aprender.

Abigail se sentó en el suelo, tomándose un respiro ante una conversación que sin duda la sobrepasaba. Aún la carcomía la duda de haber tomado la decisión acertada. Flexionó las piernas acercándolas al pecho y apoyó la espalda contra la pared desnuda de la celda. Se alisó el pelo con ambas manos y miró hacia la puerta.

—Mi bebita lloraba cada vez que oía el ruido de la puerta al cerrarse. Se asustaba. Caminaba hasta que llegaba a ella y le daba manotazos para que la abrieran, porque quería correr y en la celda no había espacio. Me costaba mucho entretenerla, sobre todo a la tarde, ya no sabía a qué jugar con ella. Se desvelaba con la megafonía y después ya no podía agarrar el sueño otra vez. Aprendió a acercarse a la puerta en los recuentos para que la vieran, como hacía yo. Y hasta llegó a preguntarme, con cinco años, porque tenía que hacer siempre lo que me mandaban las mujeres, señalándome a las funcionarias. Lo peor vino cuando una ONG empezó a ir a la prisión para sacar a los niños a la calle los fines de semana. Los llevaban al parque para jugar y hacían actividades y juegos con ellos. Decían que eso era muy bueno para los niños. Pero mi hija lloraba y pataleaba porque yo no quería ir con ella. —Hizo un gesto de ironía—. Creo que fue entonces cuando empezó a darse cuenta de que algo no era normal, de que había más mundo que este y yo no estaba en él.

—Déjalo, Abigail, no sigas. No quiero recordártela, de verdad, no quiero hacerte pasar un mal rato por mi culpa.

Abigail la ignoró, necesitaba justificarse.

—Tal vez fui egoísta, pero no cambio sus abrazos, sus besos, sus sonrisas al despertarse. La felicité en sus cumpleaños y comí tarta con ella. Escuché sus primeras palabras, pude cuidarla cuando se ponía enferma, cuando tenía fiebre, y le contaba cuentos para dormir. Con cinco años, cuando me veía despierta en la noche, me abrazaba fuerte y me los relataba ella a mí. Y nos quedábamos dormidas las dos. Abrazaditas. —Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. Las apartó con el dorso de su mano—. La privé de muchas cosas, puede que sí. Pero yo no hubiera podido pasar todos esos años encerrada entre estos muros si ella no hubiera estado conmigo. Y ahora... —Se derrumbó en un llanto amargo—. ¡La echo tanto de menos! Diosito, ¡qué injusta la vida! Ella es inocente, no tiene que cargar con la culpa de lo que hice yo, no tenía que haber estado aquí. Pero yo soy su madre y tampoco es justo que no pueda tenerme a su lado.

Fuensanta se atrevió a abrazarla, arrodillada en el suelo frente a ella, sorteando su vientre hinchado. Le faltaba oxígeno.

—Cuántas cosas cambiaríamos si volviéramos a empezar, ¿verdad?

Dejaron transcurrir unos minutos hasta desenredar el aire, que había quedado hecho nudos a su alrededor. Abigail posó sus manos sobre el vientre de Fuensanta.

—¿De cuánto estás?

—De seis meses.

—¿Ya pensaste lo que vas a hacer?

—Eso creía. Pero después de escucharte...

—¿Tienes alguien fuera con quien dejarlo? ¿Alguien que lo vaya a querer?

—Su padre.

Abigail asintió, no quiso inmiscuirse en su decisión, demasiado lo había hecho ya con su alegato sentimental.

—Si al final decides tenerlo aquí, ¿me dejarás cuidarlo contigo? Mientras vas al taller de confección, ya tú sabes, a hacer algo útil, podrías dejármelo...

—Eso está hecho, tienes que ser una buena madre.

—Yo le enseñaré a decir las primeras palabras —dijo Abigail, esbozando una sonrisa brillante.

—De acuerdo. ¡Pero nada de...! ¿Cómo es eso que dijiste antes, esa palabrota fea?

—Cuatrehijueputa —repitió Abigail.

—¡Esa! —exclamó, haciendo aspavientos con los ojos—. Nada de insultos ni palabrotas; aunque a mí sí que me puedes enseñar unas cuantas para renovar mi repertorio, suenan bien.

—Pendejo, malparido, cochambrudo...

—Espera que las apunte, tengo muy mala memoria.

Arrancaron a reír.

El rostro de Abigail se diluyó en ese trance lento que abandona el sueño hasta alcanzar la vigilia bajo un estado de sedación. Fuensanta se sintió aliviada al contemplar la ventana con los párpados entreabiertos, frenando la luz. No había rejas. Un intenso cielo azul y el olor a sal la reubicaron en la ciudad en la que estaba. Un bote de suero adherido a su vena la devolvió al hospital y la imposibilidad de moverse en la cama con libertad activó el recuerdo de lo que

la había llevado hasta allí. Miró hacia la puerta ansiando ver alguna cara familiar que la pudiera hacer sentir de nuevo en casa, que ahuyentara el temor experimentado durante el sueño al evocar la etapa en que estuvo presa. Pero estaba cerrada. Odiaba las puertas cerradas. Aunque el murmullo que provenía del exterior era mucho más alentador que el eco de las pisadas, de las voces y de las órdenes dadas en los funestos pasillos de una prisión.

8

BLANCA.
Marzo de 2012.

Todo estaba en silencio. Tan solo podía escuchar a los lejos un murmullo monótono y paciente, interrumpido a veces por una vocecilla infantil, aguda y alegre. La de Álvaro. Mi padre cerró la puerta y llevó la maleta hasta mi cuarto, mientras yo soltaba el bolso y colgaba la chaqueta en el perchero de la entrada. Avancé un par de pasos y lo observé todo sin moverme del sitio, clavada a la baldosa como en el juego de la gallinita ciega cuando miraba el que se la quedaba. El aroma a flores blancas, típico de casa, me recibió con un beso y sonreí nostálgica. Todo lucía igual excepto yo, que debía encajar de nuevo, desplazar lo que mi ausencia había llenado condicionando nuestras vidas y la de mi hijo. «Mi hijo». Sentí que aquella palabra era una manera fría de llamarlo, de referirme a él, un término formal que solo designa un parentesco, una unión de sangre sin más. Me dije convencida, o así lo quise creer entonces, que algún día diría «mi niño». Cuando sintiera la férrea ligazón entre su corazón y el mío.

—Mamá estará acostando a Álvaro. Entra —me animó mi padre, cabeceando en dirección al dormitorio.

—Ella...

—Sabía que vendrías —me interrumpió—. No le va a extrañar verte aquí.

Asomé la cabeza por la puerta entreabierta. Los dos estaban sentados sobre la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. El niño se inclinó hacia adelante para poder verme, interrumpiendo la elección del cuento que mi madre se disponía a leerle. Su imagen me enterneció. Llevaba puesto un pijama de autos de Fórmula Uno que le quedaba algo grande, el borde de las mangas le llegaba hasta la mitad de las manos y se empeñaba en sacarlas a flote estirando los brazos. Tenía el pelo revuelto, en un tono miel semejante al

mío, con varios mechones cayéndole sobre la frente y unas patillas largas apuntando, cada una de ellas, a un lugar distinto. Algunas pecas salpicaban sus mejillas enrojecidas por la actividad, debía de haber estado saltando sobre la cama o dando volteretas —pensé—, porque los bordes del edredón llegaban al suelo y además estaba girado. Abrió mucho los ojos para observarme. Los tenía grandes, redondos como monedas y de un color azul grisáceo que me costó mirar. Y unos dientes de ratoncillo que mi madre le advirtió no haberse limpiado aún. Eché un ojo muy rápido a la habitación. De cuarto de ropa y plancha, en el que mi madre pasaba horas escuchando a Julia Otero y compañía, había pasado a ser reino de sueños infantiles. Estaba pintada de azul, con nubes blancas en las paredes y estrellas en el techo. Había juguetes en una estantería, entremezclados con libros de cuentos. Su nombre lucía escrito en un cuadro de punto de cruz colgado sobre la cama, con ositos, perros y gatos cabalgando las letras. Álvaro había fundido la rigidez de mi madre, la había vuelto maleable y edulcorada como jamás conseguí hacerlo yo. Y la quise por ello, la admiré por hacer frente a las circunstancias apartando su enfado con la vida y conmigo para no arrastrar al pequeño injustamente. Mi hijo llevaba la inocencia escrita en su rostro. Y mi madre me lo recordaba, y me lo recriminaba, con cada uno de sus gestos.

—¡Hola!

Álvaro me saludó, seguro que extrañado de que allí no hablara nadie, ni siquiera yo, que era la que tenía que haber dicho algo al entrar.

—¡Hola! —respondí, con una sonrisa dulce—. ¿Ya vas a dormir?

Asintió con efusividad, sacudiendo la cabeza.

—Sí, porque mañana hay cole, ¿verdad, cielo? —añadió mi madre, pasándole la mano por la cabeza.

—¿Tú vas a dormir aquí? —me preguntó curioso, sin dejar de moverse sobre la cama.

Lo miré y me acerqué, sentándome frente a él. Dudé si hacerlo o no, pero me aventuré a preguntarle. Temerosa. Enfatizando mis gestos y el tono de mi voz para adecuarlo a su edad.

—¿Tú quieres que me quede a dormir aquí?

Mi madre desvió la vista hacia mí, mientras Álvaro se encogía de hombros y elevaba el labio inferior abriendo mucho los ojos. Yo clavé la mía en ella; creo que delaté una súplica.

—¿Te gustaría que mamá se quedara a vivir con nosotros?

El corazón me dio un vuelco al escuchar «mamá». Álvaro no se extrañó,

deduje por ello que mi madre ya le había hablado antes en esos términos.

—¿Tú ya no tienes que estar en tu trabajo? —Lo miré asombrada, su voz despierta y su esfuerzo en vocalizar me produjeron ternura a la vez que sorpresa por lo que sabía de mí. Tenía su manita sobre el hombro de mi madre mientras hacía equilibrio sobre sus rodillas encima de un oso grande de peluche, al que iba a dejar chato en poco tiempo—. Mi *abu* me dijo que tenías que ir a tu trabajo para que te dieran *eúros* y comprarme cosas.

Sonreí, buscando una complicidad en mi madre que no encontré; no estaba dispuesta a ponérmelo fácil. Me froté las manos y le eché un valor que no tenía, me daba miedo quedarme a solas con mi propio hijo. Miedo de mí misma, de mi reacción ante él y también ante la decepción hipotética que pudiera causarle.

—¿Puedo leerte yo el cuento esta noche? —le pregunté, poniendo mi mano sobre el libro que mi madre mantenía en su regazo.

Álvaro se frenó. Y acto seguido giró la cabeza de forma brusca para mirar a mi madre, buscando su aprobación.

—¿Tú sabes leer cuentos? —me preguntó, inclinando la cabeza sobre uno de sus hombros.

—¡Claro!

—¿Y sabes poner voz de lobo? —Asentí, exagerando la expresión de mi rostro—. ¿Y también sabes hablar como un cerdito?

—¡También sé hablar como un cerdito!

—¡Yo soy el pequeñito, ¿sabes? —abrió los ojos y sus mejillas volvieron a enrojarse por la emoción—, porque es el más listo de todos, y el que hace la casita más fuerte, y el que es más valiente, y el que le puede al lobo! ¡¿Tú sabes cómo le gana?!

—No, no sé cómo le gana. ¿Me lo quieres contar tú? Aunque seguro que no te sabes el cuento entero... —Lo provoqué.

—¡¿Que no?! ¡*Abu*, mira qué dice, que no me sé el cuento de los cerditos, ¿a que sí que me lo sé?!

Su excitación aumentó y comenzó a dar saltos sobre la cama. Volví a sonreír al ver su inocencia y su ignorancia de niño.

—Pues entonces, cuéntamelo. Porque yo no sé si me acuerdo. A ver, el cerdito mayor era el que hacía la casita de ladrillos, ¿no?

Álvaro arrancó a reír.

—¡No te lo saaaabes, no te lo saaaabes! —canturreó, señalándome—. ¿Se lo cuento, *abu*? —le preguntó entusiasmado, sujetándole las mejillas con sus

pequeñas manos para que lo mirara.

Vi a mi madre esbozar una sonrisa y mirar hacia abajo, derrotada. Ella asintió y se levantó con lentitud, cediéndome el sitio.

—Pero pronto a dormir, ¿vale?, que por la mañana no quieres levantarte, perroncete.

Le dio un beso en la frente y pasó por mi lado. No supe interpretar su gesto, creo que ella misma estaba hecha un mar de dudas, sin saber lo que pensar, ni tal vez lo que sentir.

Dejé a Álvaro dormido al filo de las diez de la noche, más tarde de lo habitual. Mi madre seguía fiel a su convicción de que los niños debían irse a la cama a la hora de las gallinas. Recuerdo que cuando pasaba el invierno y los días comenzaban a alargarse, ella echaba las persianas y me decía que era de noche, no hacía concesiones atendiendo a la luz solar. Yo me ponía a ver revistas o a leer algún libro de adolescentes enamoradas alumbrando con una linterna pequeña bajo la colcha; las preguntas sin respuesta ante el comportamiento de las protagonistas y los hechos que allí se relataban terminaban por disipar el escaso sueño infantil que yo tenía.

Mi cena esperaba en la mesa, tapada con otro plato para que no se enfriara. Mis padres ya habían terminado y estaban sentados en el sofá; mi padre viendo un programa de televisión y mi madre, leyendo.

—¿Ya ha caído? —me preguntó ella, seca, mirándome de soslayo por encima de la montura de sus gafas de cerca.

Contesté con un movimiento de cabeza afirmativo y volvió a meter la nariz en el libro. Yo me dediqué a marear los guisantes y a mordisquear el pan. La penumbra del salón, las sombras de la noche asomándose a la ventana, el silencio... Tuve la sensación de que la vida se había marchado de casa, de que la alegría solo se manifestaba en presencia de Álvaro, bien por hacerle la vida fácil o porque él mismo la contagiaba. No podía dejar de observarlos, parecíamos extraños habitando un ambiente enrarecido por la tensión. El rostro de mi padre estaba distendido, tranquilo. Mi madre tenía la boca constreñida, como cuando estaba de morros con mi padre por haberla contrariado.

Ella era ambivalente. Mi madre siempre fue ambivalente conmigo, pasaba de ser una madre comprensiva y tolerante a prohibirme las salidas, las quedadas con mis amigas o compañeras sin razón aparente, por simple miedo, por recelo, por una actitud sobreprotectora hacia mí que me ahogaba. En aquel entonces aún no sabía si su temor se debía a los peligros del mundo y de la

vida —como ella justificaba— o a una falta de confianza en mí. Lo que sí puedo asegurar es que aquella presión que yo percibía hacía que me rebotara, que me rebelara y sacara los pies del plato a conciencia para fastidiarla. Mi padre se mantenía en la retaguardia y luego discutían a solas, podía escucharlos en el silencio de la noche, cuando las paredes se vuelven permeables y los sonidos se amplifican. Él la tachaba a ella de absorbente y ella a él de excesivamente confiado, de no hacer carrera de mí como debía, de no cumplir con su función de padre haciéndome cumplir las normas básicas de comportamiento adolescente. Era él quien me tapaba más de una vez ante ella, quien me disculpaba con excusas casi inverosímiles que ella no se atrevía a poner en duda; o sí, pero callaba con resignación. Mi madre me miraba de arriba abajo cuando aparecía vestida con tela escasa los viernes por la tarde para irme a tomar algo. Extendía el brazo y el dedo índice apuntando en dirección a mi cuarto para que me cambiara. Mi padre no decía nada. Tampoco sé si es que prefería ahorrarse algunas discusiones o que en tales casos la apoyaba. Aún me pregunto cuál de los dos se equivocó en su forma de tratarme o de educarme.

Aquella noche, sentada a la mesa y cenando sola, dudé por un momento en qué sentido deberían circular las disculpas, si de mí hacia mi madre por haberla toreado en contra de su voluntad, o de ella hacia mí por haber conseguido que yo perdiera la confianza de contarle abiertamente lo que hacía y adónde iba, por haber conseguido —por culpa de su actitud— que me jactara de saber buscarle las vueltas para acabar haciendo lo que me daba la gana.

Sacudí la cabeza para ahuyentar los pensamientos del pasado, para espantar preguntas cuyas respuestas no eran cruciales en tal momento. Me preocupaba bastante más mi relación con mi madre. Necesitaba sentir en el cuerpo la seguridad de tenerla cerca, de apoyarme, de defenderme aún de lo que había tras de los muros de nuestra casa.

—¿No vas a decirme nada? —le pregunté, haciendo chocar el tenedor contra el plato para alertarla con su sonido metálico. Ella apartó la vista del papel, pero la perdió en un punto intermedio del camino hacia mí—. Dime lo que piensas, lo que sientes. Cabréate conmigo o háblame tranquila, pero dime algo —supliqué.

—Tú ya sabes lo que pienso, Blanca, no tienes ni un pelo de tonta. Vuelves con cara de cordero degollado, pero sabes que eso no va conmigo. Lo que hiciste no tiene nombre. Puedo admitir que te hayas arrepentido, pero tendrás

que entender que tu padre y yo no estamos aquí para bailar al son que tú marques: ahora me largo, ahora me vuelvo... ¿Y mañana? ¿Qué harás mañana?

Había acritud en su tesitura de voz.

—Todos tenemos derecho a equivocarnos, mamá. Y a rectificar —contesté nerviosa. Y apenada—. Tenía dieciocho años cuando me fui.

Mi madre se quitó las gafas y giro la cabeza para buscarme, dirigiéndome una mirada directa, inflexible.

—Y diecisiete cuando dejaste que te la... —Se contuvo, no terminó la frase, pero la entendí a la perfección—. ¿Para eso sí tenías madurez, Blanca?

Agaché la cabeza.

—No sirve de nada decirte que no soy la única que ha tenido relaciones a esa edad, incluso antes. Ya te lo dije entonces.

—Me da igual que seas la única o no lo seas, las cosas no se hacen o dejan de hacerse en función de la edad, sino de la madurez, de la capacidad para afrontar las consecuencias que puedan acarrear. ¡¿Cuántas veces te lo advertí?! ¡¿Cuántas veces hablamos de tu futuro, de que no dejaras que un calentón o la coladera mental por algún chico te nublara la razón hasta el punto de no pensar en lo que hacías?!

—Muchas —admití acongojada—. Pero yo no... Mamá...

Sentí una fuerte opresión en el pecho.

—Ahora vuelves y pretendes que todo esté como lo dejaste. Que nos comportemos contigo como si nada. ¿Creías que con mandar dinero todos los meses era suficiente?

—¿Tampoco vas a valorarme eso? —le recriminé, con lágrimas en los ojos—. Me fui, vale, pero busqué un trabajo para mantener al niño, no me desentendí sin más, he estado cumpliendo con parte de mi responsabilidad.

—¿Y tu afecto? ¿Y tu cariño hacia él? Sabe que eres su madre porque le he enseñado fotos, pero se ha perdido todo lo que implica convivir con una madre, Blanca. Y has escurrido el bulto de tener que dedicarle tu tiempo, de pasar malas noches, de privarte de muchas cosas por atenderlo a él, por estar con él.

—Te ha tenido a ti.

—¡Claro que me ha tenido a mí! Tuve que renunciar a más de un contrato de la bolsa de empleo porque no podía cuidarlo y trabajar al mismo tiempo, perdí muchos de los puntos que tenía acumulados y ahora solo me dan contratos de cuatro días y en cualquier sitio. Lo he cuidado, lo he mimado, le he enseñado todo lo que he podido. ¡Y he sido tan idiota que hasta te he

justificado diciéndole que no podías verlo porque tenías que trabajar, pero que lo querías muchísimo, cuando era mentira, cuando renunciaste a él porque decías que te había jodido la vida!

Mi madre se había levantado del sofá y daba vueltas por el salón, con las lágrimas a flor de piel y una mano en la frente para contener las emociones que sin duda le estallaban en la cabeza. Se me aguaron los ojos hasta cegarme, me dolía el corazón y hasta el alma, no podía soportarlo, no era capaz de encajar sus acusaciones, me estaban destrozando viva. Mi padre seguía sentado, había apagado la televisión y miraba al suelo, afectado, podía ver cómo inflaba el pecho, le costaba respirar.

—Ese niño —continuó, señalando hacia el dormitorio— es inocente, no se merecía que le dieras la espalda por mero egoísmo de rehacer tu vida, de devolverla a la normalidad, como dijiste entonces.

—No se puede mandar en los sentimientos, mamá —dije entre sollozos—. Perdóname, por favor. Perdóname y compréndeme.

Dejó que el aire de la ventana secase la humedad de su rostro. Yo no podía verlo, solo su espalda, como una muralla infranqueable entre ella y yo. Corrieron los minutos en absoluto silencio. Hasta que su voz, bastante más templada, volvió a resonar.

—Hay otra cuestión que me está matando, Blanca, y que necesito saber o me volveré loca.

Levanté la cabeza, sorprendida y asustada, sin saber por dónde podría salir.

—¿Cuál?

Mi madre entró en su dormitorio y volvió en poco tiempo, arrastrando los pasos. Me tiró un papel doblado que fue a parar a mis manos, sobre la mesa. Lo desdoblé despacio, ignorante de lo que pretendía mostrarme. Era mi letra. Y la hoja había sido arrancada de un cuaderno en el que yo solía escribir confesiones de vez en cuando; mis propias emociones o experiencias me servían de base para imaginar después historias ficticias que intentaba narrar. Comencé a leer entre dientes, con el corazón brincando en mi pecho: «Hoy es la tercera semana que acude a darnos clase. Está buenísimo, no puedo concentrarme en lo que dice, solo en él. Ojalá la profe siga de baja hasta final de curso. ¿Cuántos años tendrá? No le echo más de treinta. Esther dice que a ella se le caen las bragas en cuanto entra por la puerta, pero es que a mí también. Y esa voz que tiene... Si es que le digo que no me entero para que me lo explique otra vez y me mire solo a mí, con esos ojos azules... Me derrito.

Creo que me estoy enamorando, como le dé por venir alguna vez a las fiestas del insti, no respondo de mí».

Me azoré al pensar que mi madre había leído todo aquello que yo había escrito. Hablaba de Ernesto, el profesor sustituto de lengua que nos había estado dando clase en segundo de bachiller y que nos encandiló a más de una, poniéndonos a cazar moscas durante el tiempo que duró la baja de doña Eduvigis.

—No entiendo. ¿Qué... qué me quieres decir con esto?

Mi madre me contestó lanzándome otro papel, igualmente doblado, que yo abrí con temblor de manos: «Estoy en una nube. ¡Cómo me mira! ¡Joder, ¿y si le gusto?! Esther asegura que quiere algo conmigo, que esa manita que me puso en el costado mientras me contestaba a una duda en el examen es muy significativa. Para ser sincera, a mí me puso un pelín caldeada. Además, no he visto que lo haya vuelto a hacer con ninguna otra chica de la clase. Para seguir probándolo, me cambié de camiseta el otro día, después de Educación Física. Me puse una que Esther me prestó, con escote, y al poco de empezar la clase me acerqué a la mesa a preguntarle una gilipollez. ¡Y me miró los pechos! ¡Que me cuelguen si no me miró los pechos varias veces! Ya está confirmado. Piensa venir a una de las fiestas de fin de curso para despedirse, porque dice que ha estado encantado de darnos clase. Y allí estaré yo. Para despedirlo como se merece, jeje».

El calor me abrasaba el rostro. Sentí una vergüenza atroz. A duras penas devolví la vista a mi madre, comenzando a temer lo que aquello podía significar y lo que se me podía venir encima.

—¿Fue a la discoteca aquel día, Blanca? ¿Ese profesor estuvo en la misma discoteca que tú para celebrar las notas de la Selectividad?

Mi pulso se aceleró, por fin confirmé a dónde quería ir a parar.

—¿Qué insinúas, mamá?

—¿Fue él? ¿Has estado ocultándonos quién te dejó preñada porque fue un profesor del instituto con treinta años y se le podía caer el pelo?!

Tragué saliva, negando con la cabeza enérgicamente. No. No podía dejar que mi madre siguiera por ahí.

—¿Pero qué estás diciendo, mamá? ¡Él no tuvo nada que ver! —exclamé, en un intento de quitárselo de la cabeza.

—Si fuera como tú dices, no tendrías inconveniente en decirnos quién lo hizo. Has guardado el secreto como las... —Se mordió la lengua—. No has dicho si fue un amigo, un compañero o uno que te encontraste en la discoteca y

te gustó. ¿Estabas bebida, Blanca? ¡¡Dime!! —me increpó, con los ojos desorbitados, apoyando las manos sobre la mesa para inclinarse y aproximarse más a mí—. ¡¿Estabas bebida y ese profesor de mierda aprovechó la ocasión mientras tú te dejabas?! —La ansiedad se apoderó de mí, comencé a respirar con agitación, con la presión aumentada en el pecho y las lágrimas discurriendo imparables por mis mejillas—. Álvaro tiene sus ojos, ¿verdad?, ¡azules, igual que su padre! ¡¡Se portó como un hijo de puta y tú... como una furcia!! —gritó, apuntándome con el dedo—. ¡¡Y las consecuencias las hemos pagado nosotros!!

—¡¡No!! —grité, levantándome de la silla y haciéndola caer con gran estruendo—. ¡No digas eso!

—Voy a denunciarlo, Blanca —sentenció acalorada—. Voy a denunciar lo que hizo o no podré dormir tranquila.

—¡No, mamá, por favor! ¡No!

Se me apagó la voz y arranqué a llorar como si se me fuera la vida. Me tapé la cara con las manos y me arrodillé en el suelo, golpeándolo después con el puño, impotente. Las imágenes de aquella noche volvieron a mi mente con nitidez. Y las recreé al detalle, contándole a mi madre todo lo que ella exigía saber: quién era el padre de mi hijo.

9

Octubre de 2013.

La puerta de la habitación se abrió de forma repentina. Y volvió a cerrarse con inmediatez tras permitir el paso de dos auxiliares sanitarias, que se adentraron en el baño con diligencia. Fuensanta abandonó su letargo y miró a Víctor, sentado en un sillón junto a la cama. Este le sonrió, aferrando su mano con una complicidad que prescindía de las palabras en su tarea de infundir tranquilidad. Las dos mujeres reaparecieron quebrantando el silencio. Una de ellas, con ropa de cama limpia y una toalla; la otra portaba un barreño pequeño con agua y un paquete de esponjas jabonosas sujetas bajo el brazo. Canturreaba. Fuensanta la siguió con la vista y esbozó una sonrisa; admiraba a quienes tenían la capacidad de poner una nota de alegría y color a sus obligaciones, a quienes afrontaban el día a día con buen talante y poseían la facultad, además, de expandir su buen humor como el efluvio de un perfume.

—¿Este mozalbete tan guapetón es tu hijo, Fuensanta? —preguntó, dirigiéndose a Víctor.

Ella asintió, con brillo en los ojos y un nuevo apretón de manos lleno de orgullo.

—Pues ahora tienes que salir de la habitación, cariño, vamos a ponerla guapa y a cambiarle estas sábanas para que esté a gusto. Pero no te preocupes, ¿eh?, que nosotras la cuidamos —apuntó con desparpajo.

Víctor se levantó y abandonó la estancia con paso lento, volviendo a cerrar la puerta tras de sí. Las dos sanitarias flanquearon la cama. Josefa soltó el barreño sobre la mesa auxiliar y humedeció la esponja mientras Victoria desabrochaba el camisón de Fuensanta para cambiarlo y asearla. Esta se dejó hacer; la flojedad de su cuerpo no le permitía colaborar en exceso.

—¡Vaya ojitos tiene el muchacho! —exclamó con garbo—. Seguro que ya tiene alguna por ahí.

Fuensanta sonrió y se encogió de hombros.

—No sé —acertó a decir.

—¿No sabes? Este tiene novia, te lo digo yo. Las niñas de hoy en día son muy vivas y no dejan escapar a estos guapetones.

—¿Te ha gustado, o qué? —preguntó Victoria, con ánimo de provocarla.

—Pues la verdad es que sí, pero es muy jovencito. ¡Qué lástima! ¡Si yo hubiera pillado estos tiempos a mis 20 años! —exclamó, cabeceando y elevando las cejas al tiempo que frotaba con delicadeza la piel de la enferma—. Ve secándole las piernas, Victoria, que no le dé frío.

—Pásame la toalla. Está ahí, detrás de ti.

—Mejor me quedo con el poli de la puerta —resolvió con entusiasmo—. ¡Porque mira que me gustan a mí los hombres con uniforme! —Fuensanta se sobresaltó, desconocía que hubiera un agente apostado a la entrada—. ¡Las veces que he soñado yo con que uno me cacheaba! Y yo le decía: «¡Revisa bien, hijo de mi vida, revisa bien, que seguro que tengo algo escondido y no lo sé ni yo!

Su compañera arrancó a reír al escucharla y verla gesticular, palpándose como si se cacheara a sí misma.

—¿Con fantasías a tu edad, Josefa?

—¡A mi edad y antes, guapa, y antes! Pero es lo que te digo, que estábamos reprimidas. Sácale este brazo primero, que en ese tiene la vía. Con lo machista que era mi Manuel, cualquiera le decía lo que me apetecía, hubiera pensado que se había casado con una pilingui de tres al cuarto. Pero ahora es otro tiempo y ya no tengo perro que me ladre, puedo decir lo que quiera.

Fuensanta guardaba silencio, con la mente alerta ante la desconocida intención del policía con respecto a ella y envidiando la despreocupación de aquellas dos mujeres, ajenas a tribulaciones que alteraran su equilibrio emocional.

—Quítale algo de jabón a la esponja, Josefa, que le va a escocer todo.

—¡No sé por qué leche le ponen tanto, se podría llenar una bañera de espuma con esto!

—Ten cuidado con esta zona —le advirtió Victoria—. ¿Te duele? —preguntó a Fuensanta.

Ella asintió. Tenía el abdomen inflamado y enrojecido por algunas zonas, aunque los restos amarillentos del desinfectante usado en la operación no permitían apreciar la rojez con claridad.

—Me duelen los puntos. Y me tiran.

—Ahora vendrá la enfermera a curarte —le anunció Josefa—. Si te molesta mucho o te duele, díselo, a ver si pueden ponerte algún analgésico. Además, la enfermera que está hoy es un encanto —le advirtió, lanzándole un guiño.

—¿No está Lucía?

—Lucía está con gripe. Han tirado de Berta. ¡Ay, Señor, qué buenos ratos hemos pasado Berta y yo! Desde que se divorció es otra y cuando sale de aquí, se transforma —susurró, con rostro pícaro—. Toma, ve poniéndole el camisón limpio, voy a tirar el agua.

—¿A Berta también le gustan los polis? —preguntó Victoria, jocosa.

—¡Ja, ja, ja!, a Berta le gusta divertirse. Siempre le ha gustado, pero nunca se ha visto acompañada, y ahora que está libre, se está desquitando.

—La verdad es que ella todavía es joven para rehacer su vida —apuntó pensativa—. Saca los picos de la sábana, vamos a cambiarla.

—¿Solo ella? —preguntó Josefa, sin dilación—. ¿Insinúas que yo no, mala pécora?

—Pssss... Bueno, si te viene alguien derecho... —Victoria volvió a reír al observar la reacción de Josefa ante su provocación—. A ver, Fuensanta, vamos a girarte muy despacio hacia allá para poder sacar la sábana. Agárrate a mi compañera.

Fuensanta resopló, el dolor abdominal le restaba libertad de movimientos.

—Estupendo —la alentó Victoria.

—¿Si me viene? —protestó Josefa—. ¡Pero si yo ya lo estoy buscando! Esperando me voy a quedar yo. ¿Tú no te acuerdas de la canción de Penélope, la de Serrat? La pobre muchacha se quedó allí sentada en el andén por los siglos de los siglos. Yo no pienso hacer lo mismo.

—¡Ja, ja, ja! —rio Victoria—. ¿Y se puede saber dónde? ¿En una discoteca, en un bar de copas o en la parada del autobús?

—En Canal Sur. En el programa de Juan y Medio.

Victoria se detuvo y la miró estupefacta, con el pico de la sábana entre sus manos, a medio ajustar.

—¡Venga ya, déjate de cuentos! No eres capaz.

—¿Que no?! ¡Pero si ya he ido tres veces!

Fuensanta la miró anonadada y, por primera vez, realmente divertida, interesada en la conversación. Victoria posó la palma de la mano sobre su frente.

—¡No me lo puedo creer! Y estarás hablando en serio. ¿Tres veces? ¡Ja,

ja, ja! —volvió a reír—. ¿Y por qué no has dicho nada? ¡Lo que yo habría dado por verte en ese plató!

Hizo una pausa, no podía contener la risa al imaginar a su compañera pasando por un trance tal. La sonrisa de Fuensanta se fue acentuando, contagiada por Victoria.

—¿Y ser la comidilla del hospital? No, hija, no. Para eso prefiero callarme.

—Bueno, y ¿qué pasó?

—Vamos a cogerla por debajo de los brazos y la subimos un poquito, que se le van a salir los pies de la cama.

—Vale, pero cuéntame lo que pasó.

Victoria se resistía a perder la oportunidad de seguir disfrutando de aquella inesperada confesión. El rostro de Fuensanta, por su parte, había comenzado a perder el rictus que tenía al comienzo de la conversación. Ahora se mostraba ajena a sus preocupaciones, parecía haberse infiltrado, por fin, en la vida cotidiana de aquellas dos mujeres.

—De acuerdo, pero como cuentas algo, te mato —la amenazó, apuntándola con el dedo—. Cuando fui la primera vez, dije que buscaba a un hombre alegre, que me respetara, que no fuera machista, que le gustara salir y divertirse.

—¿Y?

—Y que no pasara de los 50.

—¡Pero si tú tienes...! ¿Cuántos? Casi 65, ¿no? —preguntó Victoria, haciendo un cálculo.

—Sí, bueno... y ¡¿qué?! —exclamó Josefa a la defensiva, encogiéndose de hombros.

—¡Que son 15 de diferencia!

—Ya...

—¿Y llamó alguno?

—No.

—¡Ja, ja, ja! ¿Ves? Es que te pasaste un poquito. Además, ¿tú crees que los hombres de esa edad van a «Juan y Medio» a buscar pareja? Con cincuenta todavía es fácil ligar en sitios mejores. Dame la sábana de arriba, que la tape un poquito, se le han quedado las piernas frías. ¿Y qué hiciste entonces?

—Volví a casa y a los dos meses llamé otra vez. Les dije que ampliaba el margen de edad. Hasta los sesenta.

—¡Qué valor tienes!

—Les dije a las niñas de maquillaje del programa que me pusieran divina de la muerte, que yo tenía que salir de allí emparejada. Y me echaron en la cara unas ampollas con efecto *lifting* que me pusieron las cejas en las sienes y una sonrisa de medio metro.

Fuensanta empezó a reír de forma repentina. Se llevó las manos al vientre para sujetar la herida y evitar que los espasmos de los músculos abdominales hicieran estragos con sus puntos. Victoria la miró, acompañándola con su propia risa.

—¿Tú te la imaginas? —le preguntó, para implicarla aún más, señalando a Josefa con la mano.

—Me cambiaron los zapatos —continuó, teatralizando la confesión—. Me pusieron unos tacones «para estilizar las piernas», me dijeron. Pero eran más estrechos que una faja y a los diez minutos de llevarlos puestos se me empezó a poner cara de estreñida por el dolor de los juanetes.

Josefa volvió los ojos en una mueca esperpéntica y la risa de Fuensanta se intensificó. Victoria se secó las lágrimas antes de contestar a la llamada de la puerta. El policía había asomado la cabeza.

—No hemos terminado todavía, señor agente —le anunció con sorna—. Pero tranquilo, que está todo controlado. ¡Sigue, Josefa, que yo no salgo de aquí hasta que termines!

—Llamaron dos. Me dijeron que era muy simpática y muy guapa, que tenía una sonrisa preciosa. ¡Qué agradecidos! «Esperaos a que se me caiga la crema y retorne la marea de arrugas, que vais a ver» —pensé—. No habían cumplido los sesenta todavía, pero uno vivía cerca de Aracena y le encantaba el Rocío, y yo..., los santos..., como que no, y las vírgenes... menos; y el otro, con la voz de soprano que tenía me chafó la fantasía del poli duro. Así es que les dije que no.

—¿En el mismo plató?

—No, no, allí no, me dio vergüenza. Después. Les di la excusa de la distancia y alguna tontería más y coló.

—¿Pero solo llamaron dos? —se interesó Victoria, recomponiéndose.

—Pero chiquilla, ¿a quién le iba a mentir yo por mucho maquillaje que llevara? Con esos primeros planos que me sacó el realizador de las narices. Seguro que debajo de tanto potingue se veía que había más patas de gallo que en la pollería de mi primo. Y el escote... Venga a sacar el escote. Y yo ya, ni Wonderbra ni leches.

Fuensanta apretó con la mano el brazo de ambas para que callaran. Había

echado la cabeza hacia atrás e intentaba contener la risa respirando rápida y superficialmente. Victoria la miró, alegre.

—¡Josefa, que esta se nos ha puesto de parto!

—Pobrecilla, ¡ja, ja, ja! —rio Josefa—. Venga, vamos a dejarlo, que le vamos a liar un estropicio en la herida. Verás cuando llegue Berta.

—Pero, ¿y la tercera? —apostilló Victoria.

—La tercera ¿qué?

—¿No habías dicho que fuiste tres veces?

—¡Ah, sí! En la tercera volví a ampliar el rango. Hasta setenta, setenta y cinco. Por ver lo que pasaba. Y se me presentó una cola de pichaflojas más larga que la de un concierto de Bisbal. Y todos pensando en relaciones estables, en darnos calorcito mutuo, compañía... Y entre medias, me preguntaban si sabía cocinar bien y esas cosas. ¡A paseo! Los mandé a todos a paseo. Ellos buscaban una cuidadora y yo jarana. —La propia Josefa se echó a reír—. Ni el sueldecito fijo de la Junta de Andalucía me ha servido para enganchar a alguno que merezca la pena. ¡Y eso que estamos en crisis! Si es que estoy muy mal, Fuensanta, muy estropeá.

—Que va, que va —negó ella, hablando con cierta dificultad—. Son los hombres, que están muy ciegos.

—Eso será —contestó Josefa, con irónica resignación—. Recoge los bártulos y vámonos, Victoria, que hoy nos va a caer un rapapolvo por el rato que llevamos aquí metidas.

—Gracias —dijo Fuensanta.

—¿Por qué, corazón?

—Por este buen rato que me habéis hecho pasar. Gracias.

Josefa y Victoria la miraron, con emoción en los ojos. Sin pretenderlo le habían regalado un tiempo de distensión, de alegría, de despreocupación, ansiada y necesitada por ella.

—Todo va a ir bien, ya lo verás —le advirtió Josefa—. Te recuperarás y todo volverá a la normalidad.

—Eso espero.

—Si necesitas algo, llámanos, ¿de acuerdo?

Fuensanta cabeceó y les dedicó una mirada profunda antes de que le dieran la espalda. Ellas abrieron la puerta. Y entonces pudo ver a su hijo escuchando atentamente a la abuela Herminia, la madre de Salvador. Se la veía alterada. Pero el brazo firme de aquel policía cumplió con su misión de mantenerla aislada y volvió a cerrarla, dejándola con nuevas elucubraciones

sobrevolándole la cabeza. Entornó los ojos y se encomendó a su hijo. Ahora era ella la que necesitaba ampararse bajo su protección y no al revés como en su día fue. Una ley de vida. Como tantas otras.

La mente de Víctor se había extraviado. Vagaba sin rumbo por un campo de minas, sin saber dónde debía pisar para que no le explosionaran en la cara, aunque siendo consciente de que debía desactivarlas una a una para recobrar la paz. Algunas tenían nombre y apellidos, como esos problemas que nos afectan siendo propiedad de otros. Él sabía que establecer prioridades era crucial. Pero también sabía que aparcar los que se hallaban en vías de solución podría tener consecuencias nefastas. «No puedes pensar en ella ahora, tu madre es lo primero», decía la voz de la sangre. «Pero tampoco puedes abandonarla. Recuerda, tú lo iniciaste», replicaba su conciencia.

Al divisar la silueta de la abuela Herminia acercándose por el pasillo del hospital, acabó la lid. Venía acalorada, con paso torpe y forzado, resoplando para recuperar el resuello perdido a lo largo del camino.

Herminia esquinó la mirada y la posó en el policía que franqueaba la puerta. Un suspiro intenso ahogó sus palabras. Con un gesto descarado elevó el pulgar y señaló en su dirección, parpadeando con una lasitud resignada.

—Está esperando a que mamá se encuentre bien para declarar —apuntó Víctor, en referencia al hombre uniformado—. El juez ha dictado una orden de vigilancia. Hay una denuncia contra ella.

—Ya lo sé. De tu padre. Vengo de hablar con él.

—Siéntate, abuela, ¿quieres agua?

—No, lo que quiero es que llames a un abogado.

—He estado hablando con uno hace media hora. Viene hacia aquí. El médico me ha dicho que es probable que le tomen declaración a mamá a lo largo de la mañana. Ella ya ha salido de la gravedad y el hospital no quiere que se le pueda acusar de obstrucción a la justicia. Así es que lo he avisado, porque quiere estar presente cuando la policía la interrogue.

La voz de Víctor sonó apagada, hundida.

—¿De dónde lo has sacado?

—De oficio. Marisa, la asistente social que vino a hablar conmigo, me ofreció la posibilidad de poner a una abogada de la Asociación a nuestra disposición, pero para eso tiene que mediar una denuncia de malos tratos por

parte de mamá. Y de momento no la hay, el único que ha denunciado ha sido él. No me puedo creer lo que está pasando, abuela —dijo, con tono de desolación—. No sé lo que va a ocurrir.

—Tu padre está que echa humo porque el fiscal ha presentado cargos contra él por agresión. Eso me ha dicho.

—Pero él dice que fue en defensa propia —apuntó Víctor.

—Sí, eso dice. Y también dice que va a ir a muerte a por ella, que no piensa cruzarse de brazos esperando que lo hunda. He intentado convencerlo de que retire la denuncia, pero esto es como un pulso, niño. O se salva ella, o se salva él.

Víctor cabeceó, negando con impotencia.

—Tengo que hablar con papá y que me explique lo que pasó de verdad, porque yo no me creo lo que cuenta.

—No te va a escuchar.

La miró a los ojos con semblante serio. Pensativo.

—La verdad es que no. Nunca lo ha hecho, siempre ha pasado de mí. ¡Le importo una mierda!

Víctor se giró y comenzó a dar pasos en círculos.

—No vayas, niño, no hace falta —sentenció la abuela—. Voy a declarar.

Él se dio la vuelta, sorprendido.

—¿Qué vas a declarar? ¿No irás a mentir?

—No, tranquilo, ya tengo mucha edad para andar mintiendo. Lo vi todo. La discusión empezó en el baño, pero la pelea gorda la tuvieron en la cocina y yo estaba en el lavadero. Me escondí detrás de la ropa que estaba tendida, porque tu padre estaba tan violento que me dio miedo.

—Pero si eres su madre...

—Por eso. Porque soy su madre lo conozco bien, y sé que cuando se le cruzan los cables es mejor no ponerse en medio.

—Pero ¿el corte que tiene en el brazo no se lo hizo mamá? ¿No era ella la que llevaba un cuchillo?

—Sí, sí que se lo hizo. Y menos mal. Porque si no lo frena así, la mata.

Víctor tomó aire y se alisó el pelo. Volvió a girar en círculos, compulsivamente, en un intento de canalizar su ansiedad a través de los movimientos. La mano de Herminia acarició su brazo. Y este rozó la mejilla arrugada y flácida de la abuela con desmesurado cariño.

—¿Vas a denunciar a tu propio hijo?

—El dolor del corazón no nos puede nublar la cabeza, niño.

La besó y la abrazó. Y al mirar de frente, esquivando su cabeza, vio acercarse a una mujer joven con paso dubitativo. Su corazón brincó al observar su pelo negro y su melena espesa, los ojos oscuros y una boca que rememoraba a la que tantos besos le había dado desde la infancia. Su mente no tenía el gusto de conocerla. Su corazón, sí.

Víctor apartó a la abuela Herminia y dejó que sus pupilas se confrontaran.

—Hola —saludó ella, al fin—. ¿La habitación de Fuensanta?

—Sí, esta es. Pero no se permite el paso, solo dejan entrar a los familiares directos.

—Verás... —contestó temerosa—. Yo... soy su hija.

10

BLANCA.
Marzo de 2012.

Aquel junio de 2007 las pruebas de Selectividad marcaron un antes y un después en el futuro profesional de muchos de mis compañeros. En mi caso, lo hicieron con mi vida. La euforia se apoderó de nosotros cuando supimos que habíamos aprobado con buena calificación, que cerrábamos nuestra etapa educativa en el instituto e inaugurábamos la de la facultad, de cuyo nombre se nos llenaba la boca. Yo me había acostumbrado al apelativo de «golfa intelectual» con el que ya era conocida en mi círculo de amistades, por esa pulcra verborrea lingüística de la que hacía alarde cuando me venía en gana y ese interés por la actualidad que sabía compaginar hábilmente con las juergas fiesteras y carnales que daban respiro a la mente en favor del cuerpo. Tal vez por ello, cursar periodismo se situó en mi punto de mira, como también lo hizo empezar a gozar de la libertad de asistir o no a las clases, de organizar citas nocturnas para estudiar a las que invitaríamos a intrusos humanos ajenos a la materia de turno y, sobre todo, participar en las fiestas pro-viaje fin de carrera, en las que sacar pasta era una excusa perfecta para divertirse hasta altas horas de la madrugada, haciendo correr el alcohol que hasta el momento no nos estaba permitido tomar por ser menores de edad —aunque ya habíamos hecho pinitos a escondidas—.

No me hice de rogar cuando María esbozó la idea de celebrarlo como merecía la ocasión, con una cena de íntimas y una sesión discotequera de postre, con tacones, minifalda y, tal vez, ese pintalabios de furcia que a Esther le quedaba del diez y que nunca me atrevía a ponerme por temor a que mi madre me arrancara los pelos si me pillaba pintada como una puerta. Y es que mi madre, por aquel entonces, era de temer. Su innegable bondad se hallaba agazapada dentro de sí, protegida por un temperamento impulsivo y teñido de

mal genio que no daba tregua a razones superfluas ni a idioteces propias de mi edad. Tal vez me repita, pero debo insistir en que su afán protector y su escasa paciencia cortaban de raíz cualquier atisbo de comunicación entre nosotras. Ella lanzaba al viento sus tituillos y sus consignas morales mientras circulaba por la casa enfrascada en otros quehaceres, en una suerte de monólogo que pretendía que yo escuchara y asumiera sin discusión, sin querer admitir que, a los diecisiete años, las imposiciones alimentan de manera ostentosa la chulería y los deseos de contrariar, con el solo afán de demostrar que nada queda de esas niñas que ellas se empeñan en seguir viendo dentro de nosotras.

Nos colamos en la discoteca al filo de las dos de la madrugada. Una densa nube de claroscuros y un ruido ensordecedor nos dieron la bienvenida, impactándome en el rostro al abrir la puerta. Centenares de cuerpos desmelenados llenaban un recinto donde el alcohol y las feromonas parecían haber sido derramados por toneles, conformando un cóctel explosivo del que difícilmente se podría escapar; si es que alguno de los que allí estábamos queríamos hacerlo. Eludir la vigilancia paterna y la pedagógica del instituto nos provocaba un subidón de órdago, nos hacía sentir libres de unas ataduras incomprensibles para nosotros en aquel tiempo. Recordé el manido discurso del libertinaje con el que mi abuela nos regaba el oído con frecuencia, intentando evitar que fuéramos ovejas descarriadas. Pero es que formar parte del rebaño no tenía atractivo alguno.

María me agarró del brazo y tiró de mí en dirección a uno de los pocos asientos vacíos que pudimos ver; la intención era acomodarnos el tiempo justo de retocarnos maquillaje y labios, los aseos estaban penosos. Desde el lugar que yo ocupaba podía disfrutar de una panorámica casi completa de la pista de baile, así como de la barra. Eché un vistazo con el deseo de descubrir si había algún cuerpo masculino por el que hubiera merecido la pena el esfuerzo invertido en nuestra metamorfosis física. Después de casi una hora de risas, bromas e ingesta de líquidos con algún grado más que el de la temperatura ambiente, vi a Chema, un cañón al que había tenido la suerte de conocer a través de algunos amigos comunes del instituto. Chema era de esos chicos que se te quedan mirando y te desnudan con la vista en un claro intento de intimidarte —y de llevarte al huerto, a ser posible—, y al que no dudé en sostener la mirada con un mensaje explícito escrito en mi frente que decía «cuando gustes, aquí estoy». Y allí estaba yo de nuevo, con mis babas a punto de resbalar mientras Esther me tendía otro cubata con el que aumentar aún más el calor de mi cuerpo.

—Tómalo tú —le dije, sin apenas mirarla—, yo voy a pedir uno para mí.

—¿Pero tú estás tonta?!

—Mira allí, en la barra. El moreno de la camiseta azul marino y los vaqueros rotos.

—¿El que le está mirando el culo a la rubia?

—Sí. No me digas que no está para hacerle un favor.

Esther aguzó la vista, el alcohol debía de estar diluyendo todo cuanto miraba.

—Pues la verdad es que sí. Un favor... o dos.

Arrancó a reír.

—Es Chema, amigo de Juanqui, el ex de Carlota —concreté sin apartar mis ojos de él. Si hubieran desprendido fuego lo habría abrasado en varios puntos que es mejor no mencionar.

—Déjate de nombres, no me líes que no tengo el coco para adivinanzas. Es Chema, vale, ¿y qué?

—Que le voy a echar la caña.

—No jodas, Blanca, estamos pensando irnos con el grupo a la plaza de San Miguel para seguir la movida allí, esta música es una mierda y no hay ni diez centímetros cuadrados de pista libre para meternos.

—Id vosotras, yo me quedo.

—¿Y si pasa de ti?

—No va a pasar de mí y menos hoy.

Esther hizo una mueca de contrariedad.

—Tú ropa está en mi casa, sabes que tienes que volver a cambiarte antes de irte a la tuya, tu madre te estampará una hostia si te ve llegar así.

—Tengo tiempo de sobra, mi madre no llega de trabajar hasta después de las ocho y media, siempre que está de noche desayuna en la calle antes de volver a casa.

Mi amiga parpadeó varias veces haciendo alarde de paciencia, los dos cubatas que se había tomado la mantenían calmada. Se dejó caer en uno de los asientos que había junto a la mesa.

—Si no tardas mucho en darte el morreo, te esperamos —anunció con resignación.

Me levanté con rapidez y me recompuse antes de abrirme paso y situarme en la trayectoria visual de Chema, girando la cabeza hacia otro lado para simular un encuentro casual. Me aposté en la barra, de espaldas a quienes bailaban y charlaban a viva voz, a solo dos cuerpos de él. No tardé en notarlo

detrás de mí, con los ojos clavados en mi espalda y en mi trasero remarcado por la falda estrecha y corta que llevaba puesta. Dio un paso hacia adelante y me rozó con sus caderas para poder hablarme al oído y hacerse entender.

—No te había conocido, estás...

Me giré, echando los brazos hacia atrás y apoyando los codos sobre la barra para destacar mi escotada delantera.

—¿Estoy...? —Lo incité a continuar, con un gesto de complacencia en mi rostro.

—No me hagas hablar, no quiero arrepentirme.

Su mano en mi cintura y su aliento próximo a mi oreja me provocaron un escalofrío.

—¿De repente te has vuelto educado?

Sonrió, elevando la comisura de su boca hacia un lado. Y no se lo pensó. Acercó su boca a la mía y me dio un muerdo que me dejó sin respiración. Por primera vez fui consciente de los efectos del alcohol que había ingerido. Sentí un leve mareo y perdí la poca vergüenza que me quedaba. Bailamos. Y nos toqueteamos mutuamente hasta quedar quietos para mirarnos con fijeza.

—Tengo la moto en la puerta —me dijo, arrastrando las palabras.

Busqué a las chicas con la vista y las encontré en su papel de espectadoras, resoplando con comicidad. Chema las vio de soslayo.

—¿Irnos de aquí? —pregunté de manera retórica para darme tiempo a pensar—. ¿Y adónde pretendes ir?

—No lo sé. A cualquier sitio donde podamos estar solos —advirtió, deslizando el dorso de sus dedos por el contorno de mi pecho.

La euforia me arrebató la razón y se la puso por montera, me encontraba completamente desinhibida. Un día era un día. No sabía cuándo volvería a repetirse otro como aquel. Estaba al borde de los dieciocho, a punto de entrar en la Universidad, con una calificación final media que me permitiría estudiar Periodismo sin ninguna duda, un aspecto físico inmejorable y con un buenorro al lado haciéndome una proposición indecente que me tentaba muchísimo. Cuando amaneciera, todo volvería a la normalidad. Pero las experiencias vividas no podría arrebátarmelas nadie.

—Dame un minuto para avisar a las chicas.

—Ok. Yo voy a ver si alguien puede prestarme un casco para ti, solo tengo uno —dijo con diligencia, lanzándome un guiño.

Salimos de allí en poco más de diez minutos. Había dejado aparcada la moto un par de calles más allá, la Plaza de Uncibay se ponía abarrotada en

noches como aquella. Caminamos en silencio hasta llegar al lugar y volví a preguntarme adónde me llevaría. Arrancó con decisión y callejó hasta alcanzar la confluencia de Cruz del Molinillo con la Avenida de la Rosaleda. Giró a la derecha y continuó recto. Asentí cuando nos detuvimos en un semáforo, íbamos en dirección al barrio, a Ciudad Jardín, lo cual me permitiría volver a casa de Esther y después a la mía con mayor facilidad. Por un momento me asaltaron las dudas de si debía continuar con los planes trazados, aquella interrupción y el hecho de abandonar el ambiente sórdido de la discoteca me habían enfriado. No así a Chema, que parecía haber premeditado aquel encuentro con antelación. Continuó adelante y al llegar al cruce del Puente Mediterráneo burló el tráfico, cruzó en dirección prohibida y se adentró en una zona de jardín y arboleda situada justo en un margen del cauce del río. Paró el motor tras sortear algunos setos con la intención clara de alejarse de la carretera y bajamos de la moto. Chema se agachó y se sentó en el césped, con su espalda apoyada sobre el grueso tronco de un árbol. «Ven aquí» —me dijo, golpeando sus piernas con las palmas de las manos—. Acaté una orden que entendí como un deseo tan fuerte como el mío. Sentía el rostro encendido. Agarré mi falda, la deslicé hacia arriba y me senté a horcajadas sobre la erección de Chema, contenida a duras penas bajo el pantalón. Él me recibió apretando mis nalgas, mordiendo mis labios, besándome el cuello y succionándolo para marcarlo. Yo empecé a moverme ligeramente para continuar con una provocación que me infundía poder. A esa edad, ponerlos calientes suponía para nosotras un chute de autoestima sexual, nos hacía sentirnos mujeres, ratificar que el rol de niñas había pasado a mejor vida.

Chema tiró hacia arriba de mi camiseta y la dejó arrugada por encima de mis pechos. Bajó la tela del sujetador para dejarlos al descubierto y hundió la cara en ellos, oprimiéndolos con ambas manos, paseando su lengua con desesperación.

—¡Joder, Blanca, me estoy poniendo supercachondo, no voy a poder parar!

Sonreí y mi respiración se agitó, perdí conciencia de estar en una vía pública, tal vez el silencio de la madrugada, interrumpido solo por el paso lento de algunos vehículos, facilitó la labor.

De forma repentina, Chema se detuvo. Esperó un par de segundos y dio un tirón a mi camiseta para intentar bajármela sin conseguirlo del todo, quedó arrugada bajo mi pecho, con mis pezones aún erizados clavados en la tela. Me apretó contra él y me pidió silencio con cierta urgencia. Mis pulmones frenaron en seco. Dejé de respirar. Entonces pude oír el crujir de unas pisadas

a unos metros de donde estábamos. El alcohol debió de nublar mi sentido de alarma, porque solo pensé en algún mirón inofensivo o en algún transeúnte que venía a increparnos por darnos el revolcón en plena calle como si fuéramos animales.

—¡Vaya, vaya, vaya! Pero, ¿qué tenemos aquí?

Lo miré de reojo y mi corazón comenzó a galopar como nunca lo había hecho. No me gustó su aspecto ni el tono de su voz. Chema hizo amago de levantarse, pero no pudo, yo aún estaba a horcajadas sobre sus piernas.

—Una parejita magreándose a la luz de la luna, ¿has visto, colega? —continuó—. Aprende, tú no te comes una mierda. —Se echó a reír.

Otro chico de su misma calaña apareció por el otro lado, formando un triángulo entre ambos y el árbol que nos había servido de apoyo, no de escondite, y en cuyo centro nos encontrábamos nosotros. Acojonados.

—¿Es vuestra esa moto? —preguntó el segundo. Chema asintió—. Pues ya me estás dando las llaves, pringao.

No me atreví a levantar la cabeza. Cerré los ojos y rogué en silencio que Chema le diera las putas llaves para que se largaran de allí de una vez.

—No voy a darte nada, la moto no es mía, me la han prestado.

El chico dio un rebote y se aproximó a nosotros con intención de agredir a Chema. Este volvió a hacer intento de levantarse para poder defenderse y yo caí hacia atrás, apoyando los codos en el suelo. El primer chico, de pelo castaño y ojos desorbitados sacó una navaja y se la acercó al cuello.

—¡Si mueves un músculo, te rajo, gilipollas!

Noté el corazón sacudiéndome el pecho, el pulso martillando mis muñecas y mis sienes y un calor insoportable machacándome la cara.

—Dale las llaves, Chema —susurré, con un hilo de voz.

El chico de la navaja giró la cabeza y me miró. Fijamente. Pareció enfocar su vista para adaptarse aún más a los claroscuros de la noche y de las farolas situadas a metros de distancia, haciendo acopio de luz. Me recorrió entera, de pies a cabeza: las piernas, los muslos, mis caderas al descubierto bajo el rulo de falda acoplado en la cintura, mis pechos marcados en la camiseta..., hasta mirarme a la cara. Sonrió. Vacilando.

—¡Eh! ¡Yo a ti te conozco, preciosa! Te conozco desde hace tiempo, pero ¡hostia, ya no eres una niña!

Se relamió. Y yo me creí morir.

—Dáselas, Chema —lo apremié, con el llanto obstruyendo mi garganta.

—¡Que me des las putas llaves! —insistió el otro, que aún permanecía de

pie a mi derecha.

—Espera, espera, colega, no tengas prisa —le advirtió el de la navaja.

—¿Que no tenga prisa? Eras tú el que no tenías ganas de seguir andando hasta el puerto, tú eres el que ha dicho de coger esa moto para llegar antes.

Comenzaron a discutir.

—¡Cierra la boca y no me repliques! Tú haces lo que yo diga, ¿te has enterao? —El otro no respondió, desvió la vista y la clavó en el suelo, suspirando—. Mira lo que hay aquí debajo, tío. —Estiró el otro brazo hacia mí y paseó sus dedos por mi pecho, recreándose en el pezón. Me contraje—. Esta zorra me ha puesto caliente. Mírala. Quiere guerra.

—¡Pero qué pollas estás diciendo, vamos a coger la moto y nos vamos de aquí cagando leches!

—Primero voy a follármela.

Me quedé sin voz, los ojos se me vidriaron y el pánico me hizo temblar sin control. Reculé y casi me puse en pie, con el equilibrio perdido, tirando de mi falda hacia abajo e intentando ocultar mis senos con los brazos. Miré implorante al otro chico, que parecía tener algo más de sensatez, buscando su apoyo. Y miré a Chema, que había perdido por completo el color de la cara, inmobilizado aún bajo la punta de la navaja.

—Si das un paso más, princesa, lo mato.

La frialdad con que pronunció la frase me congeló. Me quedé inerte, de pie, con un ataque de ansiedad obligándome a respirar superficialmente. Un llanto nervioso se apoderó de mí, no sabía qué hacer, ni cómo reaccionar. No sabía si debía correr, ayudar a Chema, implorar, plantar cara o qué mierda hacer. No lo sabía. Estaba paralizada.

—Déjate de historias, tío —insistió su compañero—, no sabes lo que estás diciendo.

—Si tú no quieres participar en la fiesta, no lo hagas, pero ni se te ocurra jodérmela a mí, ¿está claro?

Lo miró desafiante.

—Yo no pienso ponerle una mano encima.

—Entonces ocúpate de él. —Le tendió la navaja para que siguiera reteniendo a Chema—. Y procura no meter la pata mientras me la tiro —le advirtió, señalándome—. Si yo caigo, caes tú.

11

Octubre de 2013.

Innumerables veces, tumbado sobre la cama y con el brazo apoyado en su rostro, Víctor trató de imaginar cómo sería el encuentro con Aroa. Barajó cientos de posibilidades, cualquiera de ellas posible: en un plató de televisión, investido del morbo que suscitan los programas sensacionalistas; de la mano de alguno de sus familiares de Sevilla, con los que no tenía relación; a través de una llamada telefónica con voz desconocida, cortada y tímida; en su propia puerta, desvelando su identidad a bocajarro, como en las películas de cine rosa que casi nunca acudía a ver. ¿Y las emociones? Ajenas, extrañas, imprevisibles, marcadas por el momento, por la actitud del otro o a saber por qué.

Entre las decenas de encuentros imaginados no había contemplado conocerla en la puerta de una habitación de hospital, presionado por una inminente declaración policial, por una denuncia pendiente en base a unos hechos por esclarecer, por la delicada salud física de su madre, por una situación familiar penosa y otra personal que no sabía cómo barajar. No era el mejor momento para desplegar afectos, para centrar la atención en algo que bien podría haberse pospuesto un tiempo más.

Aroa percibió su gesto contrariado y su frialdad, traducida en un saludo distante; nada más opuesto a lo que Víctor desearía haber querido mostrar. Ella se disculpó y le tendió una tarjeta con su número de móvil para que la llamara cuando lo estimara oportuno. Por su parte, la abuela Herminia, tan curtida en años como experiencia, apretó el brazo de su nieto y lo miró a los ojos.

—Llevas tres días aquí metido, niño. Vete con ella.

—Pero ¿y si viene...?

—Llevas años esperando este momento —insistió, regalándole una sonrisa

maternal—. Si viene el abogado, le cuento lo que sé y aquí paz y después gloria.

—¿Y si la policía...?

—Yo te llamo. Le digo a alguna enfermera que me marque el número y te aviso.

Herminia conservaba el brillo en los ojos a pesar de la edad. Las arrugas surcaban su rostro y su frente, se le había afilado la nariz —ella solía quejarse de que además se le había alargado como a Pinocho por las mentiras piadosas que se había visto obligada a decir— y su espalda estaba encorvada por el peso de los problemas que habían venido hostigándola desde que se casó. Apenas sabía leer y trazaba las grafías con un empeño que le llevaba a morderse la lengua por la concentración. Pero era una alumna aventajada de la vida, una escuela que no entrega títulos en papel porque te los graba en el alma para que no se pierdan.

—Este muchachote no nos ha presentado —apuntó ella, dirigiéndose a Aroa y soltando un leve manotazo en el hombro de Víctor—. Yo soy su abuela. Paterna.

—Encantada.

Se concedieron dos besos en las mejillas.

—Mira qué lástima que tú no seas también mi nieta, con lo guapa que eres —bromeó—. Anda, llévatelo de aquí, que va a echar raíces como mis geranios.

Aroa sonrió y lo invitó a salir de allí con una leve inclinación de cabeza. Él echó una rápida ojeada a su alrededor en su afán por controlarlo todo y luego tomó la iniciativa encaminándose a los ascensores. Desistió de su propuesta de comer en la cafetería del hospital al ver arrugada la nariz de Aroa. «La comida lleva incrustado el tufillo a medicación y desinfectante. Yo creo que en los hospitales no usan colorante alimentario, le echan Betadine» —adujo ella, a modo de confidencia, con un gracejo andaluz que su adopción catalana no había conseguido extinguir.

—Podemos comer por la Plaza de la Solidaridad —propuso Víctor, como alternativa—. El Chopp no está mal, aunque hay otros sitios donde también ponen bocatas, pizzas, incluso algún bar de tapas.

—Donde tú quieras.

—No son restaurantes —se disculpó—, pero es que yo no suelo ir a sitios caros, siempre voy en este plan.

—Tranquilo, no te preocupes, no tienes que impresionarme —rió—. La

comida es lo de menos.

Abandonaron el recinto hospitalario a bordo de su Opel Astra. En los diez minutos que duró el trayecto, el silencio y los comentarios intrascendentes se fueron relevando con equidad. Alusiones a la cercanía del puerto, al tamaño de la ciudad, al tráfico rodado, tan superficiales como quien comenta el tiempo atmosférico en un ascensor para matar los segundos en los que no se sabe ni adónde mirar. La conducción mecánica le permitía a Víctor mantener su mente activa. En los lapsos de mutismo se preguntaba si él habría sido capaz de actuar como Aroa lo había hecho, aterrizando en una ciudad extraña, y ante gente extraña, con la única consigna de descubrir un pasado y un presente que resultaban ser una incógnita contra la que estrellar, probablemente, sus sentimientos. Dedujo que su propia timidez habría sido un poderoso obstáculo; aunque los reveses de la vida ya la estaban suavizando.

Entraron en El Chopp, se acomodaron e hicieron una elección rápida dentro de lo que ofrecía el menú. Tomaron aliento, con la mirada dispersa, hasta encontrarse en el mismo punto. En silencio. Romper el hielo no iba a ser fácil. Y entrar en materia, aún menos.

—Imaginé este momento muchas veces —confesó Víctor, al fin—, y siempre me pregunté cómo sería, si nos daríamos un abrazo, lloraríamos o nos miraríamos como desconocidos, sin más.

Aroa se retrepó ligeramente para permitir que el camarero dejara su Coca-Cola sobre la mesa. No apartó la mirada de Víctor.

—Me llevas ventaja, tú al menos has tenido tiempo de pensar en eso. Para mí todo esto ha sido como la erupción de un volcán, se me ha venido encima de golpe sin apenas darme tiempo a reaccionar.

—¿Y qué se siente? —preguntó él, con temor a violar su intimidad.

Aroa tardó en contestar, aún no había terminado de esclarecer sus sentimientos.

—No sabría definirlo. Cuando lo descubres, lo primero que haces es negarlo, piensas que una cosa así no te puede estar pasando a ti. El desconcierto es tan grande que no sabes ni siquiera lo que deberías sentir, pasas de una emoción a otra como si se hubieran vuelto locas.

—Confundida.

—Traicionada, engañada, estafada..., confusa —concretó—. Muy confusa. En cuestión de segundos te aplastan las dudas y las preguntas. Sentí recelo ante mi padre y un sentimiento contradictorio hacia mi madre, María del Mar. Cada vez que la miraba me preguntaba cuánto del amor que yo sentía por ella se

merecía en realidad. A ratos pensaba que todo. Y a los pocos minutos pensaba que nada porque se había apoderado de un papel que le correspondía a otra; pero yo a esa otra no la conocía, y tampoco sabía hasta qué punto tenía derecho a desplazar a quien me había criado.

—Ya. Un lío. Como si tuvieras que elegir a quién darle todo tu afecto — aclaró.

—Eso es, como si el afecto no pudiera compartirse o multiplicarse.

Las tapas que acompañaban a la consumición, como obsequio de la casa, pasaron ante ellos interrumpiendo la conversación. Tal vez no era aquel el lugar idóneo para mantener una charla de trascendencia, pero hacerlo con mayor solemnidad les habría resultado incómodo, violento. El ruido ambiental los escudaba, les daba amparo.

—¿Lo descubriste tú, o te lo confesó tu padre?

Aroa entremetió los dedos en su melena oscura, a la altura de la frente, y echó su cabello hacia atrás, despejando su rostro, permitiendo que sus ojos negros brillaran con los reflejos de las luces del local. Tenía una mandíbula angulosa y una boca amplia. Y una tez morena por nacimiento, no por la caricia del sol.

—Hace un par de meses escuché una conversación entre mis padres. Fue casual, una de esas «casualidades» —dibujó comillas en el aire— que te cambian la vida. Yo suelo almorzar en su casa. Ese día tuve que hacer gestiones en organismos oficiales y ya no volví al despacho, así es que llegué algo antes de lo habitual. Ellos no sabían que yo estaba allí y entraron en casa hablando en tono raro de una tal Fuensanta; juraría que venían discutiendo. Cuando vi que me involucraban en el asunto, afiné el oído. Mi madre hablaba de verdades, de mi edad, de mi derecho a saber. Confesaba sentir miedo como mi padre, pero apelaba a que no puede sostenerse una mentira mucho tiempo. Ella le advertía que también podrían perderme por culpa del engaño y la falsedad, y que eso les dolería más. Se me vinieron a la cabeza un montón de interrogantes, pero lo que más me alarmó fue lo del engaño y la falsedad. Empecé a preguntarme si era a mí a la que estaban engañando.

Aroa desplazó su plato hacia el centro de la mesa para apoyarse en ella, necesitaba la proximidad física con Víctor para ganar intimidad en sus confidencias. Él esperó a que continuara su relato:

—Mi padre le dijo que no le asustaba contarme la verdad de mi vida, que lo que en realidad temía era que yo decidiera remover el pasado y buscara a los que estaban en él. No se fiaba de ellos. En ese momento comencé a sudar.

Noté un calambre en el vientre que me subió hasta la raíz del pelo. Retrocedí unos pasos para seguir escuchando sin que me vieran, pero lo más que alcancé a oír fueron las últimas palabras de mi madre antes de que un ruido me delatara. Ella le decía a mi padre que las personas cambian, que no tenían por qué seguir siendo como eran hace veinticinco años. A partir de ahí dejaron de hablar. Yo salí del dormitorio canturreando como si no me hubiera enterado de nada y los saludé con la mayor tranquilidad que pude, pero ya tenía un avispero descontrolado dentro de mí. Todas las preguntas soterradas que yo me había hecho alguna vez, y muchas de las respuestas que ellos me habían dado y no me convencieron en su momento, resucitaron de golpe, como muertos en una película de zombis.

—¿Y por qué no le pediste explicaciones, que te aclararan de qué hablaban?

—Porque estaba bloqueada. Solo quería salir de allí, llegar a casa y pensar en voz alta, soltar todo lo que había dentro de mi cabeza sin tener que reprimirme. Recordé las fotos de mi infancia. Hasta que cumplí los cuatro años, más o menos, yo no aparecía con mi madre en ninguna foto, siempre sola. Me dijeron que se habían perdido álbumes en la mudanza a Barcelona y yo lo creí. Pero después de esa conversación me asaltaron las dudas. Hasta en lo físico. Me comparé con ellos, analicé mis rasgos. Encontré similitudes con mi padre, pero mi madre y yo éramos como la luna y el sol. No me habría resultado tan extraño si no tuviera la duda metida en el cuerpo, así es que empecé a investigar. Quería tener alguna prueba que los delatara antes de forzarlos a confesar.

Víctor sacudió la cabeza.

—Pero ¿por qué pensaste en que no fueran tus padres? Podrían estar refiriéndose a otro aspecto de tu vida que no tuviera nada que ver con ellos.

—Podría ser, sí. Pero no me lo planteé. Hablar de Fuensanta, de engaño y remontarse a veinticinco años atrás me llevó a pensar eso. Demasiadas películas, quizá.

—¿Intuición femenina? —apuntó Víctor, esbozando una sonrisa que Aroa secundó—. ¿Te fuiste al Registro Civil?

—No. Busqué el libro de familia. Aunque lo había visto muchas veces para las matrículas del instituto, nunca me había fijado bien. Analicé hasta la letra pequeña para ver si descubría algo extraño, pero no había nada. Aparecíamos los tres: mis padres y yo. La fecha de su boda era posterior a mi fecha de nacimiento, pero eso no implicaba nada, mis apellidos coincidían con

los de ellos. Todo parecía legal.

Dio un sorbo a la bebida y se aclaró la voz. No había demasiada afectación, relataba los hechos con asepsia, como si aún no los sintiera inherentes a su propia vida.

—¿Entonces?

Víctor nadaba en la curiosidad.

—Le pregunté a mi padre. Lo acorralé un día y le pregunté quién era Fuensanta y qué pintaba ella en mi vida. Él se mantuvo impassible, como si no tuviera sangre en las venas. Me dijo que no sabía a quién me refería y no conseguí sacarlo de ahí. Menos mal que estudié Relaciones Laborales, porque como detective hubiera pasado más hambre que en la guerra —bromeó—. Di media vuelta y me fui derecha hasta el teléfono. Cogí la agenda y llamé a Sevilla, a mi abuela paterna, y la interrogué sin darle opción a que se fuera por las ramas. «Soy una tumba, Aroa, no voy a decirte nada, no quiero cuentas con esa gentuza. Has tenido suerte de vivir con tu padre, pregúntale a él.» Eso fue lo que me contestó mi abuela y eso fue lo que hice. Me puse delante de mi padre y lo amenacé: me contaba la verdad o no me volvía a ver. Era un farol, pero coló. Lo que no conseguí fue ayuda para localizarla, dijo que prefería no verme más a facilitarme un encuentro con «ellos», en plural. Supongo que el hecho de que tu madre..., nuestra madre viviera en Málaga y no en Sevilla le dio tranquilidad, pensaría que me resultaría difícil averiguar dónde estaba. Pero vi la noticia de la agresión en la tele y a una vecina mencionándola a ella y a mí.

—En Málaga no es raro llamarse Fuensanta, podría haberse tratado de otra mujer.

—Pero Aroa no es un nombre común. También dijo que había llegado de Sevilla, otra coincidencia más. Entonces le pregunté a mi padre si era ella, y no hizo falta que me contestara, estaba blanco como la pared.

Víctor pasó una servilleta por sus labios para eliminar un resto del poco pan que ingería. Apenas probaban bocado, les alimentaba más aquella secuencia de confesiones mutuas. Había un devenir continuo de clientes a su alrededor, no era aquel un lugar para recrearse a la mesa, la mayoría de ellos solían marcharse nada más cumplir su objetivo de llenar el estómago. Ellos, sin embargo, no parecían tener prisa en marcharse, Víctor había perdido esa urgencia por atender a su madre que había mostrado en los últimos días.

—Yo siempre supe de ti —confesó él—, desde pequeño. No podía verte, pero estabas ahí. Recuerdo haberte sentido como un fantasma, como un ente

imaginario que formaba parte de nosotros. Muchas veces llegué a dudar que de verdad existieras, que no fueras una ilusión de mamá, como la que tienen algunas madres hacia esa hija que quisieron tener y no pudieron. Supongo que todo eso despertó en mí un sentimiento de afecto que sigo teniendo, pero tú...

Víctor se encogió de hombros, con gesto circunspecto, sin terminar de comprender.

—Pero yo ¿qué? —preguntó ella, alentándolo a seguir.

—Qué no sé qué es realmente lo que te ha empujado a venir. ¡No me interpretes mal, ¿eh?, no te estoy echando de aquí! —puntualizó con inmediatez—, pero no puede ser una cuestión de afecto. ¿Curiosidad, tal vez?

Aroa se mordió los labios y paseó la vista por el local con aire ausente, haciendo acopio de sinceridad.

—No, a mí no me mueve el afecto, Víctor, para qué nos vamos a engañar. Pero tampoco se puede decir que esté fría, es..., es una sensación contradictoria, siento algo a lo que no sé darle nombre. Puede que sea curiosidad, sí, deseo de saber. Dicen que el hombre es un animal racional que siempre busca un porqué a todo cuanto le afecta. La primera pregunta que me hice cuando supe que Fuensanta era mi madre fue por qué me abandonó, por qué no la volví a ver. Y esa pregunta arrastró a muchas otras: cómo es ella, qué sentía por mí, cómo habría sido mi vida de haber estado a su lado...

—¿Tú eres feliz con tus padres?

—Sí.

—¿Y no era entonces más fácil ignorarlo todo y seguir con tu vida como hasta ahora, sin complicaciones?

—Supongo que sí, pero el cuerpo no siempre nos pide secundar lo más fácil.

—¿Y si lo que encuentras no te gusta? ¿Y si esas respuestas que buscas te hacen un daño emocional que tú no esperas?

—Es peor la incertidumbre, la ignorancia y las preguntas sin respuesta que el daño que te pueda provocar lo que encuentres.

Apuró el último resto de Coca-Cola que tenía en el vaso y levantó la mano para pedir otra. Tenía la garganta seca.

—¿Sabes lo que creo, Víctor? —continuó, reflexionando en voz alta, desvelando conclusiones extraídas sobre la marcha a consecuencia de aquel diálogo—. Que de alguna forma necesito espantar de mi cabeza la sensación de culpabilidad que tengo.

—¿Culpabilidad por qué?

—Porque te sientes menospreciada cuando te abandonan. Piensas que a tu madre no le importabas, pero porque tú no supiste ganarte su afecto. Y eso te produce un dolor tan fuerte que necesitas ahuyentarlo, echar balones fuera, culpar a otro, o a otra, para volver a sentirte bien.

—Entiendo. Necesitas escuchar que la razón fue otra, no una falta de amor.

—Eso es.

—¿Y saber que tuvo que abandonarte en contra de su voluntad no te haría daño? ¿Saber que tuvo que renunciar a ti aunque te amara no te dolería? — Ella fijó la vista en él, olvidándose de parpadear—. Lo mires como lo mires es difícil salir indemne de todo esto, Aroa.

Víctor le dedicó un gesto de compasión y se permitió posar su mano sobre el brazo de ella, en una muestra de afecto que Aroa agradeció.

—Siento que tengas que pasar por esto —añadió él—. De veras, no sabes cuánto lo siento. Si te sirve de consuelo te diré que no fue un abandono, pero eso es mejor que te lo cuente ella, lleva años queriendo hacerlo.

Aroa sintió amargura. Y un temor a lo que pudiera hallar del que fue realmente consciente a raíz de aquella conversación. Se enfrentaba a los acontecimientos casi a ciegas por una huida precipitada de casa que segó las explicaciones. No quería albergar mentiras, no más de las que su padre le había contado ya. Era hora de afrontar la verdad.

—¿Quieres tomar algo de postre?

Víctor quiso interrumpir una conversación que empezaba a afectarla demasiado; aunque no dudaba que exorcizar los demonios que habían cobrado vida dentro de ella la haría sentir mejor.

—Un café bombón —eligió Aroa, tras una breve ojeada a la carta—. ¿Trabajas, Víctor?

—En un taller mecánico. De coches. ¿Y tú? Antes hablaste de volver al despacho, ¿es tuyo?

—No, no es mío. Trabajo por cuenta ajena, en una Asesoría Jurídica. Estudié Relaciones Laborales en la Facultad de Derecho. ¿Tú no quisiste estudiar?

—No pude —confesó él, y esbozó una melancólica sonrisa—. La economía familiar no iba bien, había que trabajar. Hice un módulo formativo y tuve suerte de encontrar trabajo en un taller nada más terminar. ¿Ves? Si hubieses vivido con nosotros tú tampoco habrías podido estudiar una carrera como la que has hecho. Y a saber lo que estarías haciendo ahora, puede que no

tuvieras ni trabajo, con la edad que tienes ya.

—No todo es material. El afecto también cuenta.

—¿Y acaso no lo has tenido? Si no hubieras escuchado esa conversación, ¿habrías notado que María del Mar no era tu madre?

—No —admitió.

—Pues ahí lo tienes. No es tu corazón el que se rebela, Aroa, es tu mente. Es nuestra mente retorcida y complicada la que despierta fantasmas haciéndonos dudar de nuestros sentimientos.

—Yo creo que una madre no debe abandonar jamás a sus hijos —sentenció Aroa, pensativa, mirando la cuchara que había sumergido en el café.

Víctor se contrajo, molesto.

—Yo creo, yo pienso, yo, yo, yo... —remedó él—. No te ofendas, pero estoy cansado de juicios morales, de eruditos de la teoría que creen saberlo todo sin haber visto la práctica ni de cerca. Habla con ella, Aroa, deja que te explique lo que quieras saber y después saca tus propias conclusiones. Yo no sé lo que tú sientes, pero tú tampoco sabes lo que siente o ha sentido ella durante todos estos años; por eso te pido, por favor, que no la juzgues, que no la enjuicies antes de tiempo.

Un largo silencio se hizo entre ambos.

—Debe de ser una gran mujer para que la quieras como la quieres —apuntó Aroa, al escuchar su defensa y advertir un brillo emocionado en los ojos de su hermano.

—No sé si es grande o pequeña. Pero es mi madre. Y cuando se trata de los suyos, se le ensancha el corazón hasta que le revienta en el pecho.

—Exagerado, como buen andaluz.

Ambos esbozaron una sonrisa dulce.

—Ella daría la vida por cualquiera de nosotros. Hasta por ti.

Aroa volvió a sonreír, con mayor amplitud esta vez, conteniendo el gesto.

—¿Y ahora qué? ¿Por qué te ríes? —preguntó Víctor.

—Nada, nada, era una pequeña maldad. Ignóralo.

—No, no, cuéntamelo —insistió, contagiado y distendido—. ¿Qué has pensado?

—En tu novia. Bueno, si la tienes. He pensado en tu novia, pobrecilla, vas a ser de los que le meten a la suegra hasta en la sopa. Y todo el día comparándola con ella, ¡ja, ja, ja! —rio.

—¡Ah, no, no, no..., eso no! —exclamó él—. Una cosa no quita la otra. Mi madre..., mamá se pone muy pesadita con muchas cosas, es una pelma de las

buenas cuando se lo propone, así es que ella en su casa y yo en la mía, nada de meter las narices en todo. De hecho, no suelo hablarle de novias, ni siquiera de amigas, porque se pone en plan casamentera y no hay quien la aguante. Ya verás cuando te vea. Después de todas las confesiones vitales vendrá el cotilleo.

Aroa se iluminó al evocar la imagen afable y familiar que Víctor acababa de dibujar de manera espontánea. Por un instante, desde su llegada, sintió que formaba parte de ellos.

—Pues verás que decepción se lleva entonces cuando le cuente que estoy soltera y sin compromiso.

—¡¿A tus veintiocho?! ¡Bufff! Como te descuides sales de aquí ennoviada. Esa edad no la concibe sin un buen hombre al lado. Mejor que te inventes uno, ya le dirás más adelante que la cosa ha salido mal —bromeó él.

—¿Más mentiras?

—Piadosa, esta es piadosa. Solo para que esté contenta —advirtió, guiñándole un ojo.

12

BLANCA.
Mayo de 2012.

Hay veces en que el tiempo porta los recuerdos como un barco a la deriva. Los trae y los lleva sin control alguno, y cuando arrecia la tempestad nos los estampa de nuevo en la cara con tal ferocidad que las heridas vuelven a abrirse cuando ya las creíamos convertidas en cicatrices. La naturaleza lidia con nosotros en combates cuerpo a cuerpo y no siempre tenemos claras las estrategias a usar.

Los dos meses que llevaba en casa pusieron patas arriba mis emociones volviéndolas del revés. Mis temores e inseguridades continuaban ahí, no así la sensación de desamparo, de desprotección sentida en mis años de vida en Marbella. Pero si bien la proximidad y el apoyo de mi familia me sosegaban, abrir los ojos a lo que me producía pavor revolvía mis entrañas, alimentaba fantasmas y terrores, diurnos y nocturnos, que me sobrevolaban como rapaces.

Álvaro entró en mi dormitorio en la mañana de aquel sábado de mayo, después de asomar la cabecilla por la rendija de la puerta que él mismo se había ocupado de abrir. Traía un balón de fútbol en sus manos y tenía puesto un chándal azul marino bajo el que podía entreverse, a través de la cremallera parcialmente abierta, la camiseta del Barça que mi padre le regaló en su cumpleaños. Estaba repeinado con la raya a un lado y la frente despejada de unos mechones que no tardarían en caer. Mi madre parecía empeñarse en que luciera una imagen que, más que ser de niño bueno, insinuaba una traza de panoli bastante preocupante; pero no le decía nada porque no quería polémicas, ella era carca por naturaleza.

Álvaro se quedó callado mientras yo lo miraba absorta, con los pensamientos amotinados deambulando sin orden ni concierto por mi cabeza. Me sorprendí preguntándome con desasosiego si se heredaría la maldad, si

iría impresa en los genes como el color de los ojos, dispuesta a hacerse valer a la primera oportunidad. Sentí angustia ante la idea de tener que educarlo durante años con esa espada de Damocles sobre nuestras cabezas, haciendo mía la responsabilidad de no dar un paso en falso que la provocara, o de frenar esa tendencia maliciosa, si acaso existía.

—Dice la abuela que si vienes a jugar con nosotros. Vamos al parque de abajo.

Reaccioné y me agaché para contestarle más de cerca.

—No, bonito, dile a la abuela que voy a ver a un amigo. Pero no tardo, vengo pronto, ¿vale? Otro día jugamos tú y yo. ¡Y me la quedo de portera! — le sugerí, buscando su complicidad.

Llevaba más de un mes asumiendo de forma progresiva mi rol de madre: lo vestía, lo llevaba al colegio, lo recogía, me sentaba con él a hacer fichas de infantil y trabajos de plastilina que su profesora nos había aconsejado reforzar. Pero los afectos no se imponen, y Álvaro seguía demandando a mi madre. Por eso no quería rehuir los pocos acercamientos lúdicos que surgían entre él y yo, a no ser que fuera por extrema necesidad. Tenía que ganármelo. Necesitaba ganármelo para calmar mi conciencia y suplir sus carencias, aunque no pareciera acusarlas.

—¿Vas a jugar con mamá al fútbol? —le preguntó María, que acababa de resurgir de la nada—. ¡Pero si es muy mala, seguro que le marcas muchos goles, ¿a que sí?!

—Mi *abu* es mejor —le contestó en un susurro, con las pupilas traviesas—. Ella es una patata —dijo, señalándome.

Lo cogí en volandas y lo volqué sobre la cama, pidiéndole entre risas que me lo repitiera y haciéndole cosquillas en los costados. El peinado que le había hecho mi madre se fue al traste y las pecas se difuminaron en la rojez de sus chapetas. Álvaro rio con ganas, defendiéndose de mi ataque hasta incorporarse para salir huyendo; mi madre lo alentaba a marcharse.

—Me ha parecido escucharte hablar de un... amigo —apuntó María, elevando una ceja con cierta sorna—. ¡¿Chema es tu amigo?!

—¿Cómo iba a llamarlo delante del niño si no lo conoce?

—¿Tu madre sabe que has quedado con él?

—Se lo diré a la vuelta, dosifico la información. No puedo con todo, tengo el coco como una olla de garbanzos. Temo que estalle y todo vuelva a saltar por los aires.

—Pues arreglamos el estropicio —me consoló.

Me senté en la cama, junto a ella.

—No sé cómo podré agradecerte lo que estás haciendo por mí, María.

La abracé y la besé.

—¡Eh, eh, eh! ¡Para el carro, guapa! Que no quieras cuentas con los chicos no te da derecho a sobetearme.

Me separé y la empujé por los hombros, sonriendo ante la ocurrencia.

—¡Eres imbécil! Yo, emocionada y tú, haciéndote la estrecha. —Volvimos a reír, me sentaba bien su compañía—. En serio, no sé lo que habría hecho sin ti y sin las ratonas, me habéis ayudado un montón en los peores momentos.

—Si no estuviéramos tan lejos, podríamos tener quedadas como hacen otras. Es una pena, la verdad —se lamentó—. Estamos cada una en una punta: Málaga, Valencia, Santander... Tendríamos que quedar en Madrid para equilibrar distancias.

—¡En la Feria del Libro! —exclamé, secundando con humor su desvarío mental—. Anoche estuve hablando con ellas por Face, ¿dónde te metiste tú?

—Fui al cine. Mi amigo con derecho a roce me invitó.

—¡Serás penca! ¡¿Tienes un amigo con derecho a roce y no me has dicho nada?!

—Sí, estás tú para confidencias de ese tipo. —Lo dijo con más seriedad de la que me habría gustado, creo que le salió espontáneo, ni siquiera lo pensó. Enseguida desvió el rumbo de la conversación—. Ya te lo contaré, dime de qué hablasteis, ¿me perdí algo importante?

—Nada que no supieras, comentamos la última lectura. A Estela no le ha gustado mucho, parece que no la hemos interpretado igual. Después de eso, me preguntaron cómo seguían las cosas y les conté los últimos acontecimientos. Me pillaron de bajón.

—¿Y eso?

—No sé, no tuve una buena tarde ayer; se me vino todo encima sin saber por qué. Y Patri, que tiene un sexto sentido, me envió un privado preguntándome lo que me pasaba.

—Conmigo también lo hace, es muy sensible. Cada vez que nota que me pasa algo intenta animarme.

—Tenemos ya mucha confianza, congeniamos muy bien, y es muy cariñosa conmigo. Además, no es como esas cabras locas que están siempre pesando en los tíos y colgando fotos de buenorros en el *Face* o dejando comentarios calenturientos. Nunca hablamos de chicos, quizás por eso me siento tan cómoda.

María me miró. Tuve la impresión de que se mordía la lengua, de que se contenía. Yo era consciente de que en muchas ocasiones medía las palabras delante de mí.

—Dilo —la apremié—. Venga, di lo que estás pensando, te conozco como si te hubiera parido yo y no la Carmen —dije, con una burlona ordinariez.

—Ainsss... Es que me choca que hables de esas chicas de una forma tan despectiva. Si no hubiera pasado lo que pasó, tú estarías en esa línea, Blanca, ya hacías pinitos con diecisiete; por entonces no se te caía la baba con los buenorros, se te caían las bragas directamente.

No me ofendió. La manera dulce y benevolente con que me asestó su recriminación me hizo agachar la cabeza y aceptar lo que era una verdad como un templo. Mi fobia no era innata, era adquirida. Y desde el mismo momento de su nacimiento venía interfiriendo en mis relaciones sociales a un nivel preocupante. Mi aprensión a los chicos y a los hombres en general se había extendido hasta rayar la fobia social. Temía encontrarme con ellos frente a frente, que me dedicaran una simple mirada, que me rozaran aun de forma involuntaria. Resultaba muy invalidante si aspiraba a llevar una vida normal.

—Llevas razón, si no me hubiera pasado aquello sería distinta; pero es lo que hay. Ahora tengo necesidades diferentes y busco la compañía de quien me hace sentir bien. Y Patri lo consigue. Hace que me sienta muy a gusto cuando charlamos, tanto que a veces me explayo —añadí, quejumbrosa—. Ayer, por ejemplo, pusimos las emociones sobre el teclado. Ella empezó a hablarme de su último descalabro sentimental y terminó confesándome algo que me dejó descolocada. No me lo dijo directamente, pero hizo una alusión al tema del lesbianismo que a mí me sonó personal, muy personal; sin contar con que usó el femenino para referirse a su expareja. Y yo, sin saber cómo, acabé confesándole lo de la discoteca. Y lo que sucedió después... Me insinuó si Álvaro tenía algo que ver con todo eso y yo asentí con un emoticono triste. Me eché las manos a la cabeza cuando me di cuenta, María, no podía creer que algo tan íntimo y tan fuerte para mí hubiera sido capaz de soltarlo, nunca habíamos llegado a ese nivel de intimidad. Pero luego lo agradecí, porque fue como si me hubieran aflojado dos vueltas de tuerca.

Los ojos dilatados de María le cerraron la boca. Me asusté. A veces, aunque pareciera alocada, era más vivaz que yo y captaba mis meteduras de pata con sagacidad.

—No imaginaba que Patri fuera lesbiana —apuntó ella.

—¿Y qué si lo es?

—Nada. Ningún problema. Pero ¿te explicó la razón de ese descalabro sentimental?

—No. Y yo no se lo pregunté, no soy tan cotilla. ¿Para qué quieres saberlo?

—¿Ni siquiera te dijo si rompió ella o fue su pareja?

—¡Me estás mosqueando, habla claro! ¿Adónde quieres llegar?

—¿No se habrá enamorado de otra? Como dices que es muy cariñosa...

Apreté los labios, hilvanando sus insinuaciones. No me dejó seguir ahondando en su repentino interés.

—Vale, vale, ya está, olvídale —dijo, con una oscilación de manos—. Es una tía guay. Y es una ratona en toda regla, lo demás da igual. Venga, a ver, ¿qué te vas a poner?

Saltó de la cama y se fue hacia el armario. Empezó a extraer prendas de una zona del ropero a la que yo no prestaba atención desde hacía años.

—No voy a ponerme falda, María, no te molestes en sacarla.

—Esas piernas llevan un siglo sin ver el sol, hace un día de escándalo, aprovecha. Con esta camiseta combina genial, y recuerdo que te quedaba muy bien. Sigues igual de delgada, te tiene que servir todavía.

—No me gusta esa camiseta.

—¡Pero si era de tus favoritas! ¿Tanto han cambiado tus gustos? ¡No me digas que te has vuelto carca como tu madre!

—Es muy estrecha.

—Pues luces cuerpazo, que lo tienes.

Se arrepintió de decirlo. Lo intuí por la forma de frenarse y mirarme con fijeza. Yo hice una mueca de asentimiento y sonreí con ironía.

—No quiero lucir cuerpazo, María. Ni quiero escotes —le advertí, con afectación.

—No puedes ir tapada hasta el cuello de por vida, Blanca, no tiene sentido, tienes que afrontarlo.

—Los odio —dije, tapándome los pechos con las manos—. ¡No puedo mirarlos, si pudiera me los arrancaría!

—No te culpes —me advirtió, al apreciar mi rabia—. No sigas culpando a tu cuerpo, fue aquel cabrón, no tú.

—Se fijó en ellos —recordé ensimismada, con asco en la voz—. Se me quedaron clavados en la camiseta y él se fijó en ellos. Y los tocó. ¡Lo puse caliente, joder! Si hubiera llevado otra ropa, habría pasado desapercibida, ¿no lo entiendes?!

—Ok, de acuerdo, está bien. —María trató de calmarme mientras me abrazaba. No insistió. Reparó en que necesitaba bastante más tiempo para asimilarlo todo. Para que redistribuyera las culpas con mucha mayor coherencia—. Este pantalón con esta camisa, entonces. No te los he visto puestos, pero tienes que estar muy guapa. Elegantona y sin provocar. Es eso lo que quieres, ¿no?

Me recreé en mi paseo por la Alameda Principal. El centro de Málaga era un enclave en el que convivían ocio, negocios y turismo nacional y extranjero en perfecta armonía. La afluencia de gente y la diversidad social y cultural nos hacía gozar de una mente abierta que nos invitaba a centrar nuestras miras en nosotros mismos, brindándonos un anonimato que no tendrían las ciudades pequeñas. Aquella avenida ancha, arbolada, flanqueada por edificios a media altura de fachadas antiguas y belleza histórica me atraía especialmente; huía de esos grandes edificios de ciudades más cosmopolitas sin perder por ello la sensación de gran urbe. Adentrarme en la conocida y emblemática calle Larios ya no solo me hacía sentir en casa, me transportaba además a esas muchas mañanas o tardes de sábado en las que poníamos nuestras miras en hacer un tour comercial que nos dejaba la paga semanal hecha un Cristo. Era preciosa. Con las flores ancladas en las farolas, pincelando el aire de color, las balconadas de sus edificios, las marquesinas exponiendo algunos de los eventos culturales de la ciudad... y con esa alfombra roja que la engalanaba de arriba abajo coincidiendo con el Festival de cine en la capital. Respiré hondo para empaparme bien de ese aroma de ayer que todo aquello me evocaba, especialmente en un sábado como aquel, en el que la celebración de la Noche en blanco 2012 había atraído a mucho más turismo del habitual.

Por un momento me olvidé de Chema. Y lo agradecí. Porque fue devolverlo a mi mente y flaquearme las piernas. No sabía cómo lo encontraría, ni física ni emocionalmente. La escueta conversación que mantuvimos para quedar, después de que María actuara de intermediaria, había resultado violenta, cortante por las circunstancias. Me esperaba en El Trillo, la taberna-restaurante propiedad de su tío desde hacía años, situada en Don Juan Díaz, una perpendicular a la calle Larios. Los veladores apostados en la puerta estaban abarrotados. Él no estaba allí. Abrí la puerta entre suspiros y temblor de manos y avancé un par de pasos registrándolo todo con la vista. Hasta

encontrarlo. Recostado sobre el respaldo de la silla en una mesa situada al fondo del local, con los claroscuros que la cálida iluminación dejaba caer sobre su rostro. Mi corazón comenzó a acelerarse. Y mi pulso me aguijoneó con violencia cuando él me miró y nuestros ojos se encontraron. Aquel cruce de miradas nada tuvo que ver con el de la discoteca. No había deseo en la expresión de sus ojos, no había mensajes de querer comerme a besos. Había compasión. Dolor. Las mismas emociones que vislumbré en ellos aquella fatídica noche, a excepción del miedo que ya no tenía razón de ser. Para él.

Todo se me vino encima en aquel encuentro. Y comencé a marearme. Una lluvia de imágenes cayó sobre mí, como un granizo fuerte e imparable que te hace trizas. Y volví a evocar con nitidez lo que había enterrado parcialmente, la imagen de Chema en la semioscuridad y parte de lo que aconteció después. Me agarré al respaldo de una silla para no caer mientras apretaba los párpados. Su llanto silencioso, el llanto silencioso de Chema aquella noche y su rabia contenida, patente en su boca rígida y su mirada evasiva, los llevaré grabados de por vida en mi mente.

Él se quedó allí, con la espalda pegada al tronco del árbol y el cuello marcado por la hoja de la navaja que aquel chico seguía sujetando con miedo en los ojos. El otro hijo de puta vino hacia mí y me agarró del pelo, con una sonrisa en los labios que me produjo unas terribles ganas de vomitar. «Te vas a portar bien, ¿verdad?» —me dijo mientras me empujaba, buscando un rincón oculto donde no ser vistos—. Su aliento me revolvió el estómago. Olía a alcohol y tenía los ojos enrojecidos por la excitación, por la bebida. O por ambas cosas, ¡qué sé yo! Me fallaron las piernas, el bombeo de la sangre en la cara y en mi cabeza era tal que pensé que caería mareada allí mismo. Y ojalá hubiera sucedido así. Ojalá.

Me empujó contra una pared y rodeó mi cuello con la palma de su mano, acercando sus labios a escasos centímetros de los míos. «Si eres buena y haces todo lo que yo te diga, a tu novio no le pasará nada. Porque es tu novio, ¿verdad?». No contesté. La presión de sus dedos y el nudo de mi garganta me lo impedían. Imploré con los ojos al tiempo que las lágrimas brotaban, imparables. Aquello no podía estar ocurriendo. No a mí. Escuchaba pasar algunos vehículos relativamente cerca y quería gritarles que estaba allí, que vinieran a interrumpir aquello que solo ocurría en las películas, en los dramas de sobremesa o en los culebrones que mi madre solía ver. Pero nadie acudió. Los únicos sonidos, cada vez más amplificadas, que yo acertaba a oír eran los de mis voces internas clamando auxilio, pidiendo clemencia, rogando piedad

como una vulgar y cobarde condenada a muerte.

No sé si fue su amenaza con respecto a Chema o mi propio miedo lo que me dejó paralizada, sin sangre en el cuerpo para reaccionar. Hay lagunas en mi mente que me resisto a llenar. Aunque a veces me asaltan de manera espontánea y ya no puedo borrarlas. Pasan a formar parte de ese archivo clasificado que intento guardar en un espacio restringido de mi memoria, un espacio que se ha ido ensanchando a lo largo de los años cuando debiera haber menguado hasta reducirse a cenizas. Mi subconsciente ha debido de sentir tanto asco por convivir con un recuerdo tal que lo ha ido vomitando a trozos. Machacándome. Y ahora lo hago yo para limpiar los despojos que aún llevo dentro.

Aquel tipo levantó mi camiseta y comenzó a magrearme los pechos mientras me comía la boca. Sentí una repulsa inmensa al notar su lengua lamiéndome los labios, abriéndose paso como un desesperado para encontrar la mía. Me apresó con su cuerpo y empezó a frotar su sexo contra mi vientre. Cerré los ojos, intentando escapar mentalmente de allí. Una muñeca de trapo habría tenido más fuerza que yo en aquel momento. El ruido de los vehículos disminuyó, ya solo era capaz de oír sus jadeos, cada vez más fuertes, impactando contra mi cuello. De pronto se detuvo, se retiró una cuarta escasa sin dejar de sujetarme y clavó sus ojos en mi boca, entreabierta por la presión de sus dedos en mis mejillas. «Vas a comérmela, princesa» —me anunció—. «Vamos. Seguro que ya lo has hecho antes con él».

Aún me dan náuseas al recordarlo, es duro rememorar los detalles. Pero siento que he de hacerlo, mirarlos cara a cara para que dejen de atormentarme, repetirlos en mi cabeza miles de veces hasta que la habituación a ellos termine por aniquilar el impacto que todavía me producen.

Me sentaron en una silla y me trajeron agua, mientras una señora desconocida me hacía aire. Alguien me cogió la mano y me apartó el pelo de la cara. Era Chema.

—¿Estás bien, Blanca? ¿Quieres que avise a alguien? —me preguntó.

13

Octubre de 2013.

Herminia se acomodó en una mecedora algo desvencijada, al igual que otras muchas cosas en aquella casa. Puso una toquilla de lana sobre sus piernas y se dejó acunar por un balanceo que se amoldaba a su viejo y cansado cuerpo, como si la madera carcomida de aquella butaca se hubiera solidarizado con sus huesos, tan crujientes como ella. Entornó los ojos y agradeció a sus oídos esa leve pérdida de audición que la aislaba del ruido del patio de luces, del vociferio de las vecinas charlando a través de él mientras tendían la ropa, o de las llamadas al orden a niños acostumbrados a esquivar normas.

Apenas eran las diez de la mañana. Al llegar del hospital, se había preparado una infusión de tila para calmar los nervios, que parecían empeñados en bailar sin cese hasta el final de sus días. Estaba cansada, la noche había sido larga. No tanto por el malestar de Fuensanta, que era dura como un rompeolas, sino por esa vigilia inevitable que extiende las horas en la oscuridad como si procedieran de un reloj muerto. No terminaba de ser consciente de que su voluntad se anticipaba a los dictámenes de su cuerpo al tomar decisiones, como la de imponerse a Víctor para acompañar a Fuensanta al pie de la cama. Pero era cuestión de instinto. Maternal, si podía llamarse así. Ese que te incita a arropar a los tuyos hasta el punto de intentar paliar las consecuencias de sus actos como si los hubieras cometido tú, con la sensación inconsciente, y hasta incoherente, de pensar que si restituyes el daño que le han producido a otros, tus hijos no parecerán tan malas personas como en realidad son.

Aprovechando que Aroa seguía sumida en un sueño plácido en una habitación próxima al salón, cerró los ojos y dejó volar su mente con libertad, apresando pensamientos, desvelando dudas y preguntas que jamás se planteó responder y que clamaban ahora respuestas que no tenía fuerzas para dar.

Demasiado tarde para buscar porqués. Demasiada apatía para afrontar responsabilidades que nadie dijo que fueran tuyas.

Se casó con veinte años y una sumisión que la doblaba en edad, porque ya le venía impresa en los genes, como el color de los ojos o el de la piel. No hubo de utilizar su marido una voz más alta que otra, levantar la mano o intimidarla para imponer criterios, como acostumbraban otros de su misma generación. A obedecer se aprende. Y ella lo hizo por imitación, lo veía en casa a diario. El sometimiento a su padre lo trasladó a su marido desde el mismo instante de su casamiento con él, como parte del ajuar que le habían preparado con tanto esmero. No cuestionó tampoco lo que suponía casarse con un empresario de feria que la haría deambular por pueblos y ciudades hasta el hastío, a bordo de una caravana sin pretensión de asentarse en ningún lugar. Hasta que se impuso la necesidad de su hijo de acudir al colegio con regularidad al cumplir los seis años. Fue aquella entonces la primera y única vez en que su voz se hizo valer, porque la segunda cayó en saco roto. A los trece años de Salvador, después de obtener un Graduado Escolar que de poco serviría, su marido dispuso que el niño trabajara recogiendo tiques en la atracción de feria de la que eran dueños, porque al parecer tenía ya suficiente edad. La combinación fue perfecta: el padre no quería vagos que alimentar y el hijo no quería libros para estudiar. Y la consecuencia, inmediata: la asignación diaria por su trabajo, unida a la consigna de gastarla en libertad, inflaron su ego inmaduro hasta límites extremos, sentando un precedente perfecto para que Salvador terminara convirtiéndose en un trabajador errante, en un itinerante a la búsqueda del mejor negocio, del más rentable según su manera especial de conceptualizar el término, que no discriminaba la ilegalidad.

Herminia sintió dolor al recordarlo todo. Pensaba en su hijo, en sí misma y en su vida y se le disparaban las preguntas, buscando respuestas con desespero, como si un ente supremo la obligara a rendir cuentas por su evidente fracaso; la cuestión más acuciante, la de la responsabilidad. ¿Hasta cuándo sentirla? ¿En qué punto debe romperse ese hilo que enlaza a una madre con su hijo obligándola moralmente a velar por él? ¿En qué momento hacerlo partícipe exclusivo de las consecuencias de sus actos sin que el pasado, su infancia o su educación puedan hacer de eximente? Y la pregunta más penosa: ¿cómo hacer oídos sordos a la sangre que circula por las venas, que clama tu protección invocando al amor?

Declarar contra su hijo la había dejado exhausta, vacía, rota. Con una lucha interna por hacer lícitos sus sentimientos a pesar de la traición. Aunque,

¿es traición atentar contra tu propio hijo cuando este amenaza con destruir la vida de otros seres inocentes? Si no podía salvarlo a él, debía al menos frenar sus actos. Impedir que siguiera haciendo daño la ayudaría a paliar su frustración como madre, su fracaso, su dolor.

—¿No has descansado esta noche? —le preguntó Víctor a su madre, acomodándole un mechón de pelo en un lado de la cara—. Llevas toda la mañana dormitando.

—No he pegado ojo. Estar aquí tumbada me pone de los nervios. Llego un momento en que me pincha todo el cuerpo, me duele la espalda y ¡no sé ni cómo ponerme con tanta goma y tanta leche!

—¿Por qué no llamaste a la enfermera?

—Lo hice. Pero a las cinco de la madrugada o... quizá más. Estuve charlando con la abuela hasta tarde y creo que me desvelé. Ella se quedó dormida y a mí me dieron un Orfidal.

—Llevaba cara de cansada cuando se fue esta mañana.

—¿Quién? ¿La abuela? —preguntó Fuensanta. Víctor asintió—. Pobre mujer, esos sillones son criminales y ella ya no está para estos trotes. Pero es cabezona, si no se queda revienta.

Víctor sonrió con ternura, evocando la imagen de su abuela y su voluntad de hierro.

—Te quiere como a una hija.

—Lo sé. Y ella es una madre para mí. Cuánto le debo, Víctor, no sé cómo habría podido salir a flote de tantas cosas si no hubiera estado a mi lado.

—Es fuerte.

—Mucho. Anoche me estuvo contando lo que le había costado declarar. Me decía que no sabía lo que le había resultado más duro, si acusar a tu padre o reconocer que su única misión en la vida, la de ser buena madre y esposa, había sido un churro, una auténtica porquería.

—¿Así te lo dijo? —preguntó Víctor, extrañado.

—Así me lo dijo. Con una resignación que me dio hasta miedo. Intenté convencerla de que no tenía la culpa, que lo había hecho como mejor sabía, y que no todo dependía de ella.

—Habéis tenido mala suerte con los hombres de la familia —apuntó él, apenado por la soledad de ambas.

—¿Con los hombres? No —negó Fuensanta, convencida tras hacer un balance meteórico de los hechos—. Tu abuelo no era un mal hombre, Víctor. Se comportó en su vida como se esperaba que hiciera un hombre en aquellos tiempos. Ahora se les llama machistas, pero antes eran hombres con todas las de la ley; cogían el mando de la familia y tomaban las decisiones sin que nadie les llevara la contraria, habían sido educados para eso. Salían a la calle a ganar el sustento y eso les daba derecho a organizarlo todo a su manera. Tu abuela nunca le replicó porque asumía que él era quien mandaba.

—Pero se llevó a papá a trabajar con trece años, en contra de la voluntad de la abuela.

—Porque a él se lo llevaron con esa edad. Se convirtió en un trabajador nato, no tenía pereza para echar todas las horas que hicieran falta. Y tu padre no era muy buen estudiante que digamos, así es que no se lo pensó. Tu abuelo no llevó una mala vida, ni tampoco la dio. Si se pasaba los meses dando tumbos fuera de casa era por su trabajo, no porque tuviera vicios ni nada raro. Hizo con su hijo lo que hicieron con él y quiso educarlo como lo educaron a él.

—Pues no le salió bien —apuntó Víctor, con recelo.

—Las lecciones se enseñan, pero cada uno las aprende a su manera —advirtió Fuensanta, mirándolo a los ojos—. Hay malos y buenos profesores, pero también hay buenos y malos alumnos. Y tu padre no fue de los mejores, según parece.

—¿Y el tuyo? ¿Y tu padre? ¿Qué me dices de él? No lo has visto en años, jamás se ha preocupado por ti.

—Fui yo la que se alejó de sus costumbres, de sus ideas, de sus creencias.

—¿Y no tendría que haberte respetado?

—Eran gitanos, Víctor, hasta los huesos. Orgullosos de sus tradiciones, de su forma de pensar, de su manera de vivir. Ir en contra de sus... No sé cómo decirlo...

—Principios.

—Sí. Ir en contra de sus principios era como renegar de él, de su moral, de su dignidad. Hay personas más abiertas, pero él no lo era. Pretender que me aceptara era como intentar convencer a un cristiano practicante de que no pasa nada por ser un hereje. Haciendo lo que hice, lo deshonré, y él nunca pudo superar eso. No me echó de su vida para hacerme daño, me echó de su vida porque estaba convencido de que era yo la que se lo había querido hacer a él, la que le había perdido el respeto burlándome de sus creencias.

Todo se reducía a cambiar de óptica, a observar el paisaje desde ángulos distintos para acabar concluyendo que el problema no está en la escena, sino en los elementos que manejamos para analizarla y actuar ante ella. Y que solo podía recriminarse aquello que se hiciera con auténtica maldad, no lo que atendiera a meras convicciones, por erróneas que estas fueran.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas de aquí, mamá? —Se sentó en la cama y tomó su mano entre las suyas—. ¿Qué vas a hacer con papá?

A Fuensanta se le vidriaron los ojos. No contestó.

—Él no ha retirado la denuncia —la informó. Ella giró la cabeza, buscando de nuevo su rostro—. Mantiene que tú lo atacaste con un cuchillo y que él se defendió.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace un rato hablé con el abogado. Habrá juicio porque él ha ratificado su declaración. Sabe que la única forma de librarse de esta es consiguiendo que te acusen a ti. —Esperó su reacción, antes de continuar—. ¿Eso también son convicciones? ¿O es maldad, mamá?

—No sigas por ahí, Víctor, no me machaques.

Fuensanta se irguió en la cama, cerrando los ojos por el esfuerzo y las punzadas que acometían su cuerpo. Un nuevo estado de agitación la acaparaba. Víctor lo percibió.

—Pero no te preocupes —se apresuró a decir—, lo demás parece ir por buen camino.

—¿Qué es lo demás?

—Tu declaración y la de la abuela coinciden en todos los detalles, no hay ninguna contradicción. La policía ha estado en casa, han reconstruido los hechos con ambas declaraciones. El juzgado también tiene los informes médicos del hospital, del centro de salud y el informe del forense. El abogado cree que el fiscal no tardará en retirar los cargos contra ti, porque todo indica que fuiste tú quien se defendió de la agresión de papá y no al revés.

—¿Y él? ¿Qué pasa con él?

—A él lo han dejado en libertad con cargos. Lo acusan de un presunto delito de lesiones, no consideran que haya violencia de género.

Fuensanta pidió a Víctor que abriera la ventana, le faltaba el aire. Después, se recompuso y sostuvo la mirada de su hijo, con entereza.

—He querido a tu padre con toda mi alma, siempre he estado enamorada de él. Y no sé si eso me ha hecho estar ciega, no ver lo que debería haber visto desde el principio. —Su voz perdió la tesitura enclenque de la emotividad; se

hizo más firme—. Pero eso tampoco es excusa. Por mucho que nos influya quien tenemos al lado, cada uno es responsable de su propia vida y de sus decisiones y tiene que asumir las consecuencias. Llega un momento en que hay que hacer frente a las verdades, una no puede estar escondiéndose de ellas o evitándolas, aunque duela aceptarlas. Sobre todo las de una misma. Las verdades de una misma, que son las que más te hieren.

—Sabes que yo estaré aquí para ayudarte con todo eso.

—Ya lo sé, rey. Tú y yo formamos un buen equipo, también saldremos de esta.

Se abrazaron. Con la cabeza alta, sin derrumbarse, con la decisión de los héroes anónimos, que son los que carecen de una fortaleza fingida.

—¿Pero adónde habéis mandado al Ironman de la puerta?!

Josefa entró en la habitación como una exhalación, seguida por Victoria, que traía una bandeja con una infusión y un minúsculo vaso con la medicación. Madre e hijo rompieron su abrazo, agradeciendo en el fondo que un soplo de aire fresco destensara el ambiente. Fuensanta esbozó una sonrisa y se limpió los restos acuosos que habían quedado depositados en las cuencas de sus ojos.

—¿No te lo has llevado tú? —preguntó ella, iniciando la broma y percatándose a un tiempo de que ya no tenía custodia policial.

Josefa sonrió ante la ocurrencia.

—Habrá ido a comprarme un ramo de rosas para la cita de esta noche. ¡Y yo con estas pintas! —exclamó, mirándose la bata.

—Al final te has dejado conquistar —continuó Fuensanta.

—¡No he podido hacer otra cosa, está que bebe los vientos por mí! El amor...

Todas se echaron a reír.

—Soñar es gratis —apuntó Victoria, mientras elevaba el cabecero de la cama para que Fuensanta pudiera beber sin atragantarse.

—¿Soñar, dices?! —exclamó Josefa, desplegando el sentido del humor—. Cuando te llegue la invitación de mi concubinato con él, me lo cuentas.

—Concubinato, ¡ja, ja, ja! ¡No eres antigua!

—Al contrario —replicó ella—. Soy más moderna que tú, a mí no me atarán los papeles.

Fuensanta soltó una carcajada y Víctor la acompañó con una sonrisa amplia y una mueca de perplejidad. Le sorprendía que su madre hubiera iniciado aquella distendida y peculiar conversación con las sanitarias. Pero se alegraba.

—¿Estás bien, necesitas algo? —preguntó Victoria, ahuecándole la almohada para mayor comodidad.

—Que vengáis más veces a visitarme, me agradan mucho los ratitos como este.

—Eso está hecho. Vamos a atender al enfermo que hay al final del pasillo y volvemos a verte otro rato.

Una tras otra se dirigieron hasta la puerta, que continuaba entornada. Josefa la abrió y se sobresaltó. No esperaba encontrar a nadie.

—¡Uy! —exclamó, y alzó ligeramente la voz—. Creo que vamos a tener que venir a verte mañana, cariño, tienes visita.

Víctor desvió la vista, curioso. Sintió una punzada nerviosa en la boca del estómago.

—Hola, Aroa —la saludó.

Fuensanta dejó de beber y comenzó a toser con fuerza mientras clavaba aún más sus pupilas en ella. Se llevó ambas manos al pecho y este se elevó varias veces de forma desacompañada. Dos lágrimas espontáneas cayeron por sus mejillas, matando el tiempo que su voz tardaría en aflorar. No podía creer que su hija estuviera allí. Aroa dio un paso al frente, temblando como jamás lo había hecho.

—¿Puedo pasar?

BLANCA.
Mayo de 2012.

Me senté en la mesa que había estado ocupando Chema, frente a él y de espaldas al resto del local. No quería ver a nadie, buscaba una intimidad que no encontraría sabiendo de la existencia de tantos testigos a mi alrededor. Me propuse prescindir de esa vigilancia obsesiva que me acompañaba siempre, a pesar de la inquietud evidente que me provocaba burlarla. El ataque de ansiedad que había causado mi desvanecimiento parecía estar dando sus últimos coletazos. La opresión en el pecho no había desaparecido del todo, debí de respirar con fuerza, rápida y violentamente durante un buen rato hasta hacerme trizas la garganta. Un leve temblor de manos me seguía incordiando a la hora de levantar mi vaso; temí que se me cayera y con ello dar un segundo espectáculo en cuestión de media hora.

Me tranquilizó la cordial sonrisa de Chema. Estaba guapo. Y bastante cambiado. Sus facciones habían madurado. Su rostro de adolescente chulesco se había transformado en el de hombre en puertas, con la sombra oscura de la barba marcada en sus mejillas y una expresión en los ojos más serena. Conservaba esa boca sensual, el atractivo de su barbilla partida y esa mirada profunda que en ese momento aún me lo pareció más, aunque puede que fuese producto de las circunstancias.

Bebí un sorbo de agua, gastando el tiempo para dar pie a que fuera él quien rompiera el hielo; había tantas cosas de qué hablar que yo no sabía por dónde empezar. Ni cómo soltarlas. Me recordó a esas veces en que es tal la cantidad de ideas que se arremolinan en tu cabeza que resulta imposible ordenarlas, a esas veces en que una opta por callar ante el tumulto de explicaciones que levantan la mano con ánimo de saltar a la palestra.

—No sabes cuánto me alegro de verte —confesó al fin—. He imaginado este momento hasta aburrirme y siempre lo he temido. No sabía cómo te

encontraría. Ni cómo reaccionarías. Me he asustado cuando te has quedado mirándome de esa forma, con la vista extraviada, resoplando. Me he sentido fatal, pensé que arremeterías contra mí en cuanto te tranquilizaras.

Me froté las piernas, dudando si había sido buena idea citarme con él. Pero no era tiempo de caminar hacia atrás, sino de avanzar, apartando los obstáculos que no me permitían cerrar unas puertas ni tampoco abrir otras. La presencia de Chema me produjo sentimientos encontrados que me costaba entender. Era un extraño, apenas sabía nada de él y, sin embargo, sentía una especie de vinculación inexplicable, como si la fuerza de aquel hecho fatídico me hubiese atado a él con un nudo imposible de deshacer.

—Se me ha removido todo por dentro —confesé—. Me siguen asaltando las imágenes y los recuerdos cuando menos lo espero, cualquier detalle lo puede provocar. A veces pienso que no seré capaz de arrinconarlo todo para poder vivir tranquila.

Mostré una sonrisa tímida, no quería hacer un drama de aquel encuentro. Deberíamos haber comenzado charlando del tiempo o de otros temas un tanto inútiles que sirvieran para relajarnos, antes de entrar de lleno en lo que nos había llevado hasta allí. Pero estaba claro que hasta en lo más simple podía llegar a perder el control.

—Te comprendo perfectamente —admitió—. Porque yo no he podido olvidar lo que sucedió aquella noche, y eso que ni mucho menos pasé por lo que pasaste tú. Tengo tus súplicas grabadas a fuego, no puedo quitármelas de la cabeza, es como si las llevara tatuadas en mitad del cerebro. —Le costaba mirarme a los ojos, iba y venía a ellos de forma inquieta, temerosa, como avergonzada—. El sentimiento de culpa me ha estado matando todo este tiempo. No puedo perdonarme no haber hecho nada por sacarte de allí.

—Podrías haberme llamado —sugerí, con amargura—. Después de aquello, no te preocupaste por saber de mí, por saber cómo estaba. Me he preguntado muchas veces lo que sucedió contigo. Escuché el motor de la moto, alejándose, y dejé de oír vuestras voces. No supe más. Me dijeron que te habías ido de Málaga y me pareció absurdo tratar de localizarte. ¿Para qué? —Me encogí de hombros—. No nos unía nada, no había nada entre nosotros. Mejor olvidar.

Él sonrió lacónico, creo que esperaba una acusación así, aunque no había especial resquemor en mis palabras.

—Aquel chico me obligó a marcharnos de allí, en la moto, a punta de navaja. Podía sentirla en el costado mientras conducía. —Chema jugaba

paseando la yema de los dedos por el cerco de agua que había dejado el vaso en la mesa, abstraído mientras lo contaba, con una expresión grave, aunque tranquila, en el semblante—. Me tuvo dando vueltas hasta que casi se agotó la gasolina, indicándome por dónde ir, supongo que haciendo tiempo para no joderle la faena a su compañero —apuntó con resentimiento—. Hasta que llegamos a los alrededores del puerto y me dijo que parara. Cuando se bajó lo vi nervioso, como asustado. Me insinuó que él nunca se había metido en fregados de aquella envergadura y que no quería problemas. Todavía no había pisado el trullo —me confesó— y no quería jugársela; pero su amigo era de temer cuando «tomaba» y había aprendido a no contrariarlo para evitar incidentes. Me propuso dejarme ir, como si nada hubiera pasado, con moto incluida, a cambio de no denunciarlos. Le eché huevos y le pregunté qué pasaría si no cumplía el trato, porque era una auténtica putada lo que nos habían hecho.

Hizo una pausa para beber, se le había secado la garganta, se le cortaba la voz.

—¿Y qué dijo él? —pregunté, impaciente.

Chema aún tardó unos segundos en contestar:

—Que entonces mi novia volvería a vérselas con su amigo. Y puede que con alguno más.

Se me encogió el estómago. Tragué saliva y lo miré, con el fuerte deseo de que hubiera callado.

—¿Y lo cumpliste? El trato...

Asintió con la cabeza.

—Lo cumplí. No eras mi novia, no sentía nada por ti que no fuera atracción, ya sabes... Pero no era un desalmado, no podía dejar que cumpliera una amenaza así. Estuve hecho un mar de contradicciones, soñaba con ellos y pensaba en ti a todas horas, con la rabia y la pena metida en el cuerpo a partes iguales. Lo mismo me decía que había hecho bien, que me indignaba conmigo mismo por dejarlo pasar, por quedarme impasible mientras ellos seguían viviendo la vida a sus anchas. Y sin dejar de preguntarme cómo iba a vivir yo con todo eso dentro de mi cabeza. —Respiró hondo, recobrando el aliento—. Cuando mi padre me dijo que me fuera con él y estudiara arquitectura en Madrid, vi el cielo abierto. Mi nota de selectividad no alcanzaba para entrar en la pública y me dijo que podría hacerla allí en una universidad privada. Se lo planteó a mi madre, a pesar de estar divorciados mantienen una buena relación. Y a ella le pareció bien. A mí también.

—Huiste. Igual que yo.

—En cierto modo, sí. Me trasladé a Madrid por la carrera, no por escapar de Málaga. Pero no llamarte ni contactar contigo sí que fue una huida — admitió.

Le brillaban los ojos, su voz y sus gestos hacían alarde de una sinceridad pasmosa. Sentí que se estaba abriendo ante mí para calmar su conciencia, a pesar del daño que le producía. Y lo compadecí. Porque entonces fui consciente de que él también lo había pasado mal, contrariamente a lo que yo había venido creyendo hasta el momento.

Chema se irguió en la silla y continuó:

—Si has pensado mal por haberte esquivado, por no haber querido saber de ti, has hecho bien, lo asumo. Estuve muchas veces por buscarte, Blanca, por intentar encontrarme contigo a pesar de la distancia. Pero era tan grande el sentimiento de culpa que tenía que no sabía cómo iba a poder mirarte a la cara. Y ya no podía arreglarlo, no podía volverlo todo atrás. Así es que seguí poniendo distancia para olvidar, intentando convencerme de que lo superarías, de que tendrías quien te ayudara de mejor manera que yo. Pero vi que la conciencia me terminaría matando si no hablaba contigo, si no me ponía delante de ti y asumía mi responsabilidad. No podía seguir escondiéndome como un cerdo —dijo cabizbajo—. Necesitaba escuchar lo que pensabas, incluso si me odiabas. Prefería saber que me odiabas a no saber nada.

—Tú no tuviste la culpa, Chema.

Me sorprendieron mis palabras y la sinceridad con que las dije. Me sorprendieron porque apliqué a Chema un rasero que no me había podido aplicar a mí misma hasta el momento. Yo sentía haber provocado aquel suceso que no me atrevía a nombrar. Y no podía borrar esa idea de mi cabeza por más veces que me repitieran que fueron los dos desalmados que bajaron por aquel puente los culpables de todo y no nosotros. Pero la objetividad prima en mucha mayor medida cuando se trata de hacer valoraciones ajenas. La egolatría o la autodestrucción son mucho más fáciles de usar en ese análisis subjetivo que solemos hacer de nosotros mismos.

—Sí la tuve, Blanca —afirmó—. Yo te invité a abandonar la disco. Yo te propuse coger la moto y alejarnos de allí, y fui yo quien eligió un lugar inadecuado a esas horas de la madrugada.

Nos estábamos descarnando allí mismo. Los dos necesitábamos purgar lo que guardábamos dentro y no tuvimos reparo en dar rienda suelta a los pensamientos que tanto nos habían incomodado a lo largo de los años. En

poner sobre la mesa nuestras inseguridades mutuas, las culpas propias o ajenas que con urgencia necesitábamos desterrar.

Su tío le preguntó desde la barra, a través del gentío, si todo iba bien. Chema buscó mi aprobación antes de asentir. Yo lo estaba pasando mal, al igual que él. Pero me reconfortaba el dolor, como cuando se te rompe un hueso y aguantas con valor la manipulación del médico porque sabes que eso te conducirá a su cura. Hablar de todo aquello me estaba haciendo bien. Tardé cinco años en descubrir lo que el estómago conoce por naturaleza: que debemos vomitar lo que nos corroe, expulsar lo podrido que hemos ingerido voluntariamente o no para no enfermar. Así es que decidí seguir, tomar las riendas de la conversación y contarle a Chema el «después» de todo aquello. Porque tampoco él había tenido la oportunidad de saberlo.

—Cometimos errores, Chema. Pero lo hecho, hecho está. Ahora debemos seguir adelante lo mejor que podamos.

Él mantuvo silencio durante un breve instante, parpadeando con lentitud.

—Aún no me has contado lo que hiciste tú, Blanca.

Me removí en la silla y desvié la vista hacia un punto perdido. No para recordar, los detalles estaban ahí, al alcance de mi mano, sino para acertar con la forma de expresarlos. Me abstraí del entorno y hasta de Chema, como si me hubieran dejado sola en un escenario con la oscuridad por compañera, bañando mi alrededor. Me costó arrancar.

—Me quedé allí sentada cuando se marchó, recostada sobre la pared, encogida, sin atreverme a moverme, casi sin respirar. Bloqueada. Incrédula. Confundida. Había momentos en los que me parecía haberlo soñado todo, haber tenido una de esas pesadillas reales que te hacen suspirar aliviada cuando despiertas y dar gracias al cielo por no ser verdad lo que has vivido. No me atrevía ni a mirarme. Entonces empecé a sentir vergüenza de que pudiera llegar alguien y me viera allí, con la ropa medio arrancada, despeinada, sola. ¡Me sentí como una puta, Chema! —confesé, escupiendo las palabras, con una mueca de asco marcada en la boca y en la frente—. Peor que una puta. Me sentí utilizada, como si fuera un trozo de carne sin sentimientos del que obtener placer y en el que verter los desechos como en una vulgar escupidera. Toqueteada, magreada...

»Creo que esperé sentada hasta que empezaron a encenderse algunas luces en la gasolinera que había al lado, ya estaba amaneciendo; no quería caminar sola siendo todavía de noche. Me peiné con las manos, me estiré la ropa y cogí mi bolso, que se había quedado tirado detrás del árbol en el que estabas

tú. No sé ni cómo volví a casa. Tuve la suerte de que mi madre no hubiera llegado aún de trabajar, si me hubiera visto con aquellas pintas y con la cara de demente que debía de llevar le habría dado un pasmo. Me metí en el baño y me froté todo el cuerpo con rabia. Ahora recuerdo las imágenes típicas de esas mujeres de las que abusan, duchándose y restregándose hasta hacerse heridas. Yo no encontraba el momento de parar, no quería ni pensar que un solo centímetro se me quedara sucio. Después del cuerpo vino la boca y la lengua. Hasta que me sangraron los labios y las encías. Vomité unas cuantas veces, no podía eliminar el olor y el... —Callé para ahorrarle a Chema los detalles repulsivos. Bebí un sorbo de una Coca-Cola que me habían traído sin que yo la hubiera pedido, pero que agradecí—. Me metí en la cama y me arropé hasta el cuello, con las persianas levantadas. Es increíble la cantidad de imágenes que te pasan por la cabeza, dando vueltas como un tiovivo desbocado, las frases hechas repetidas por mi madre hasta la saciedad, las advertencias. Las hipótesis de lo que habría pasado si... Un montón de hipótesis que ya no tenían ningún sentido, que no iban a solucionar nada una vez pasado todo, tan solo producirme una impotencia de cojones —solté, con rabia— pero que me resultaban imposibles de evitar. ¿Y sabes de lo que me he dado cuenta después, cuando he ido recordando poco a poco los detalles de aquel día y de los que vinieron después?

Chema tardó en reaccionar. Se le habían vidriado los ojos, me miraba con la boca abierta y reseca, y su pecho no se movía, parecía no respirar. No contestó, por el estado en que estaba o tal vez porque sabía que mi pregunta era retórica, que pensaba contestármela yo misma sin esperar a que él soltara palabra alguna:

—Que en ningún momento, a lo largo de esos días, lancé acusaciones contra él. Que no lo insulté. No me referí a él llamándolo cabrón, hijo de puta o cerdo por hacer lo que hizo. Ni siquiera lo pensé. Todas las acusaciones me las hice a mí misma. Todas mis lamentaciones lo fueron por haber ido a la discoteca, por haber bebido, por haberme puesto aquella falda y aquella camiseta estrecha y escotada, por haberme pintado como un furcia, por haber flirteado y haberme ido contigo, por creerme una mujer cuando no lo era, por engañar a mi madre en la hora de vuelta a casa, por no haber escuchado sus advertencias, por haberme confiado, por no haber tenido huevos para defenderme y haber permitido que me hiciera todo aquello por cobardía, por miedo.

Se me cayeron dos lágrimas, mudas. No me temblaba la voz, era

consciente de lo que decía y de lo que aquello significaba. Y me dolía como quien se saca las espinas del cuerpo sin contemplaciones.

—No sigas, Blanca. Por favor, no sigas —Chema se cambió de silla y se sentó a mi lado. Estaba afectado. Noté el roce de su mano en la mía—. Te estás haciendo daño, perdona por haberte preguntado.

—Necesito echarlo fuera de una vez. Es la primera ocasión que tengo de pensar en voz alta, de escucharme a mí misma. Llevo cinco años rumiando toda esta basura. La regurgito y me la vuelvo a tragar una vez y otra. Déjame, Chema... Déjame seguir.

Asintió ante mi súplica, la nuez de su garganta subía y bajaba como si sufriera espasmos.

—Todo esto, todo esto además de su amenaza fue lo que me impidió contárselo a mis padres. Estaba plenamente convencida de que ellos pensarían igual que yo, que me lo había buscado. He estado todos estos años culpándome por ello. Y todavía sigo. Por más que me repito que soy la víctima de todo, no consigo que mi mente lo asuma, que lo sienta así, lo digo de «boquilla», una lección aprendida que intento asimilar y que olvido en cuanto dejo de pensar de forma consciente.

—¿Te amenazó? —preguntó Chema, preocupado—. ¿Qué te dijo?

—«Te conozco, Blanca, sé quién eres. Así es que cierra tu puta boca porque sé cómo encontrarte. A ti y a ellos. No lo olvides.»

Chema tomó aire.

—¿A ellos?

—Supongo que se refería a mis padres, si no, habría dicho «a él» para referirse a ti. Cuando lo escuché pronunciar mi nombre creí que me moría, no he sentido tanto pánico en mi vida, te lo juro.

—¿Has vuelto a verlo alguna vez?

Negué con la cabeza, con énfasis.

—No. Estuve una semana entera sin salir de casa y apenas de mi cuarto. No contestaba al móvil, no hablaba, no comía... Solo quería llorar. Y quitarme de en medio —susurré—. No podía cerrar los ojos para dormir, lo veía por todas partes, escuchaba su voz a lo lejos. Me metía en la cama por la noche con la luz encendida, no soportaba abrir los ojos y ver la oscuridad. Me pasaba las horas bajo el agua de la ducha, sin moverme, dejando que cayera sobre mí como una cascada para arrastrar la mierda que sentía que llevaba encima. Y me liaba en la toalla antes de salir para no verme en el espejo. Todavía me cuesta mirarme al espejo —dije, pensativa y resignada—. María

se presentó en casa después de unos cuantos días de encierro, no sabía nada de mí desde aquella noche. Me conocía demasiado bien, las excusas que le ponía no las creía. Se sentó en mi cama y me dijo que de allí no se movía hasta que soltara por mi linda boca lo que escondía dentro. Cuando oí a mi madre cerrar la puerta de casa, arranqué a llorar con tanta fuerza que me asusté, abrazada a ella. Tardé más de una hora en poder hablar. Entonces le dije lo que había pasado, sin demasiados detalles, porque algunos me daba pánico recordarlos y otros los mantenía bloqueados, han ido saliendo después. Pobre, perdió la voz. Se puso a llorar conmigo mientras se lo contaba a duras penas. Intentó convencerme de que se lo dijera a mis padres, pero no lo consiguió.

—Te habría venido bien, Blanca, te habrían ayudado a superarlo. Seguro que habrían sabido encontrar el modo de que pudieras afrontarlo —apuntó Chema, con aflicción.

—Habrían denunciado. Conozco a mi padre, está acostumbrado a la chusma. Es vigilante de seguridad en el aeropuerto y antes ha estado en otros lugares más escabrosos. No les tiene miedo, se enfrenta a ellos. A veces me asombra que con su carácter pacífico tenga temperamento para ese trabajo. No se habría amilanado ante él, habría ido a Comisaría nada más enterarse. Y yo en aquellos momentos no estaba dispuesta a volver a verlo en una rueda de reconocimiento, sentado en el banquillo o sintiendo su sombra en cada calle y en cada esquina, preparado para vengarse por haber abierto la boca en contra de su amenaza. No, Chema, no podía hacerlo. No podía.

Nos quedamos en silencio. Giré la cabeza con lentitud y tomé conciencia del bullicio que se concentraba allí, en un ambiente que comenzaba a estar cargado de olores corporales mezclados con los aromas culinarios y las fragancias de los vinos servidos en las mesas que nos rodeaban. No supe cuánto tiempo llevábamos ocupando aquel lugar, con una decena de comensales en pie esperando acoplar el trasero para picar algo. Yo no tenía ninguna prisa en marcharme, estaba a gusto en su compañía, pero me sentí violenta ante la posibilidad de jorobar la buena marcha del negocio; aunque Chema formara parte de la familia, la consumición de nuestra mesa era claramente deficitaria para las arcas de El Trillo. Él no se inmutó. Y yo me vi amparada por su gesto.

—Leí en un cuento infantil —seguí diciendo— que la única forma de superar tus miedos es enfrentándote a ellos. Vencerlos, no esquivarlos. Solo así dejarán de perseguirte, de ser una sombra y una amenaza constante. Por eso volví. Pero estoy en proceso. Todavía me siento limitada, como amputada,

como si me faltaran miembros en el cuerpo para poder moverme libremente y sin ayuda. —Él chascó la lengua y torció la cabeza—. ¿Fuimos cobardes, Chema? —lo interrogué, clavándole los ojos—. ¿Seguimos siendo unos cobardes todavía?

Se retrepó de nuevo en la silla, buscando tal vez palabras ideales, además de sinceras, para contestarme.

—Cobardía... Sensatez... Inteligencia emocional, como la llaman ahora, para vivir en paz, evitando sentimientos que no sabríamos cómo manejar. No lo sé, Blanca. Cada uno lo interpretará como le parezca. Es fácil opinar cuando no se tiene el miedo metido en el cuerpo, y cuando sabes que no recaerán sobre ti las consecuencias de lo que decidas hacer. Ni siquiera deberíamos juzgarnos a nosotros mismos como lo estamos haciendo; las circunstancias y la perspectiva con la que ahora empezamos a ver las cosas no son las de entonces.

—Gracias por llamarme —le dije, dedicándole una sonrisa afectuosa—. Necesitaba completar este puzle.

—Me siento unido a ti de alguna manera, Blanca —afirmó para mi sorpresa, al comprobar que su percepción coincidía con la que yo había sentido hacia él—. Las experiencias traumáticas, cuando se comparten, unen. Y ese lazo continúa existiendo de alguna manera aunque todo pase. Yo no quiero romperlo. No pretendo forzarte a nada, ni hablo de una relación que vaya más allá de una pura amistad, no me malinterpretes. Solo quiero seguir sabiendo de ti, que podamos hablar de vez en cuando, compartir los miedos que queden dentro de nosotros.

Me pareció que los ojos de Chema se convertían en un mar de aguas calmas por el que navegar segura. Sentí su calor, abrazándome, acurrucándome en algún lugar de su corazón. Y se me saltaron las lágrimas. No sentía temor estando con él. Era la primera vez en cinco años que podía sentarme a hablar con un chico a solas, con intimidad, sin que el recelo me asolara el cuerpo. No podría dejar que me tocara. Pero no por miedo a él, a lo que pudiera hacerme, sino por los recuerdos agrios que sus roces provocarían, insoportables para mí. Pero supe que, al margen de esa barrera, no existía ninguna otra que no me permitiera seguir manteniendo con él una relación especial de amistad. Se me abrió el corazón. Y dejé que escapara mi secreto más guardado, la parte que él aún no conocía y con cuya confesión sabía que todavía le haría más daño del que había sentido hasta el momento. Su mano tendida me invitó a hacerlo, a sincerarme para que nuestra reconstrucción mutua no tuviera huecos por los

que hacer aguas.

—Me quedé embarazada, Chema. Se llama Álvaro, tiene cuatro años. Y unos ojos azules como los de su padre.

Tras superar un nuevo estado de shock e intercambiar algunos comentarios al respecto me acompañó a la calle. Me dio dos besos en las mejillas a los que yo correspondí y un número de teléfono donde poder localizarlo siempre que quisiera; al siguiente domingo volvía a Madrid.

Caminé de vuelta hacia La Alameda, con intención de entrar en Casa del Libro a por un ejemplar de Jane Eyre; el que tenía se había perdido en mi vuelta de Marbella. Pensé que a partir de octubre ya no tendría tiempo para leer. En un mes iniciaría la vuelta al trabajo y después, comenzaría Periodismo, justo cuando Chema terminaba Arquitectura. Parecía un relevo. Una forma distinta de estructurar la vida, alterando el orden de los acontecimientos. Pero llevada a cabo irreflexivamente.

Tomamos decisiones que nos condicionan. Y dejamos de tomar otras que también vinculan el devenir de nuestro futuro sin ser conscientes de ello en el momento. Loca adolescencia que pone ante nosotros un espejismo peligroso que percibimos como real: el de poseer el control de todo cuanto se cruza en nuestro camino, como si tuviéramos el don de estar siempre en posesión de la verdad y el don de la oportunidad para tomar las decisiones correctas en el momento apropiado.

Entré en la librería con la pregunta soslayada de Chema aleteando en mi cabeza, una pregunta que no contesté para no sentar un dilema que nos habría robado en aquel sábado más tiempo del que teníamos.

«Perdona mi indiscreción, Blanca, pero, ¿no te planteaste abortar?».

Octubre de 2013.

Fuensanta observó a Aroa con los ojos empañados, sin poder desclavar sus pupilas de ella. Siempre se dijo a sí misma, por completo convencida, que la reconocería en cualquier lugar del mundo y en cualquier circunstancia. Pero había sido Víctor al nombrarla quien había despertado el recuerdo aletargado que mantenía de ella, transfigurándolo. El rostro de su hija le parecía un holograma que mutaba, alternativamente, entre la imagen de sí misma veinticinco años atrás y el de la niña que se quedó con los brazos extendidos, reclamándola con desesperación cuando se marchaba a prisión. Su vida le pareció entonces como un puente de ojos amplios, soportada por apenas dos pilones distanciados en el tiempo que dejaban al aire gran parte de la misma, con un vacío bajo ella imposible de rellenar. Una vida construida a saltos que pedía a gritos hacer uso de los recuerdos y de los testimonios ajenos para remendarla. Y que había que decorar con sentimientos y emociones inventados al instante, insurgentes al comienzo y maleables a medida que la mente fuera tomando las riendas del corazón.

Por un momento, Fuensanta sintió maniatado su instinto materno, amordazado por el paso de un tiempo que termina revistiendo los afectos de timidez, de rubor, de vergüenza, hasta de censura. No era su pequeña, congelada en su memoria, la que estaba frente a ella. Era una mujer. Y desconocía lo que pensaba y lo que sentía, lo que quería y lo que la había impulsado a ir hasta allí. Siempre soñó con volverla a ver. Pero nunca, hasta ese preciso instante, se había planteado si aun así la volvería a tener.

Fuensanta apoyó una sonrisa en su tembloroso mentón y le tendió su mano abierta, a la espera de su reacción. Esta no se hizo esperar. Ambas se fundieron en un abrazo cálido con ráfagas de aire frío, las que manaban de la contradicción de Aroa, del choque frontal entre el instinto y su realidad. No

sabía ella de la lid interna que mantenía su madre, de su debate entre el amor, la sinceridad y el miedo atroz a volver a perderla si no resultaba ser lo que su hija esperaba encontrar. «Perdóname, perdóname, perdóname...». Una misma palabra repetida como una letanía, buscando acomodo en los oídos de Aroa. «Necesito saber». Una respuesta pronunciada con emotividad que brindaba a Fuensanta la oportunidad de redimirse ante ella, de besar su conciencia.

Hubieron de sucederse muchos minutos para apaciguar los ánimos, la tensión contenida. Para dejar de temblar. «¿Has comido?» Víctor inició así una conversación trivial con la que fracturar el hielo. Hablaron del viaje, del trabajo, de la salud y, como era de esperar, del estado civil de Aroa, lo que provocó una mirada cómplice entre los hermanos bajo la expectación de su madre, dejando así escapar las horas en un acercamiento previo, tan ansiado como necesario para abordar con calma lo que pudiera llegar después.

El sonido de las bandejas que anunciaba la merienda provocó un silencio violento que Víctor ahogó ofreciéndose para traer un café. Aroa aceptó. Y aprovechó el momento para acomodar su silla próxima a la cama, dedicándole a Fuensanta una mirada amable, cargada de intención que su madre captó. Esta pidió incorporarse para poder expulsar el devenir de su vida con mayor facilidad y propiciar así un nuevo comienzo para una relación interrumpida un cuarto de siglo atrás.

—¿Por dónde empiezo? —le preguntó, con afectación en la voz.

Aroa se encogió de hombros. No pretendía presionarla ni acribillarla a preguntas, no se sentía en la confianza de hacerlo. Además, ni siquiera sabía lo que estaba buscando, lo que deseaba escuchar.

—Por dónde quieras —le contestó.

Fuensanta asintió y tomó aire. Y con él, la fuerza necesaria para no hacer de aquella una confesión lastimera. No buscaba compasión.

—Por el principio, entonces —anunció, frotándose los dedos sobre el regazo—. Conocí a tu padre en una Semana Santa. En 1984. Yo tenía 24 años y unas ganas locas de pasarlo bien. A pesar de la edad que tenía, no había muchas oportunidades de disfrutar, mi padre me tenía atada en corto, como a todas las chicas gitanas con las que teníamos relación.

Hablaba mirando a la nada y con calma, como quien se dispone a narrar una historia sin importarle el tiempo.

—¿Eres gitana? —preguntó Aroa.

Fuensanta asintió con lentitud.

—De sangre, pero no de espíritu. Yo les decía a mis amigas que era una

transexual de raza, porque me sentía...

Se quedó callada, cabeceando mientras rememoraba aquella relación con una mezcla aún de pena y remordimiento. Después continuó.

—...como si estuviera atrapada dentro un cuerpo con creencias equivocadas. No comulgaba con ellas, por mucho que ellos intentaran convencerme de que eran las correctas, lo que yo debía sentir.

—¿Ellos? ¿Tus padres?

Asintió, pensativa.

—Por eso tenía tantos problemas con mi padre. Con mi madre también los tenía, pero no me enfrentaba a ella porque siempre era mi padre el que tomaba las riendas de la situación, el que hablaba, el que me reñía o me castigaba. A veces con razón; otras, sin ella. Había ciertas cosas que les preocupaban demasiado y veían fantasmas donde no había nada. El tema de la honra era una de ellas.

Miró a su hija y se sonrojó. Aroa soltó el aire insinuando una sonrisa irónica, en un gesto de comprensión.

—Eran otros años, otra mentalidad.

—Sí. Bastante cerrada. Que me fuera a la cama con algún hombre y no llegara virgen al matrimonio los tenía con el sueño perdido —confesó, encogiéndose, violentada por airear lo que consideraba parte de la intimidad de sus padres, de su manera de sentir—. Quizá porque veían que muchas de mis amigas ya estaban más que casadas con la edad que yo tenía y a mí aún no me había salido un novio en condiciones. Y mira que lo intentaron.

—¿Buscarte novio? —preguntó, asombrada.

Aroa se había inclinado ligeramente hacia adelante, apoyando ambos brazos sobre sus piernas. Era consciente del esfuerzo que Fuensanta estaba haciendo al confesarse, los nervios la delataban. Ella escuchaba con expectación, manteniendo en lo posible la neutralidad de sus emociones; intentaba, a toda costa, cumplir con el deseo de Víctor de no juzgarla. Su carácter abierto y extrovertido era una buena baza para garantizar la fluidez de un diálogo que se presentaba difícil.

—Cada vez que había una boda en nuestra comunidad, mi madre me emperifollaba de arriba abajo y me presentaba a todos los mozos casaderos que pillaba en el camino. Al principio era más remilgosa; después ya, viendo el éxito que tenía, solo preguntaba si estaba soltero y poco más. Cuando todo terminaba y me encerraba en mi cuarto, me daban ganas de vomitar de pensar que terminara casándome con alguien a quien no quisiera, o que no me gustara.

Mi madre me decía que la edad del amor se me había pasado ya, que no estaba la cosa para delicadezas, que ya le cogería cariño cuando viviera con él.

La hija abrió los ojos con extrañeza, le parecía estar ante una película antigua, completamente ajena a su vida.

—He visto algún programa de televisión sobre las costumbres gitanas, pero creía que no eran tan comunes.

—Hay de todo, mentalidades más abiertas y más cerradas. Pero a mí me tocó nacer en una familia con ideas del año de Maricastaña.

Aroa insinuó una sonrisa y se giró al escuchar los pasos de Víctor, acercándose a la cama. Este le tendió un vasito de café y un azucarillo. Ella lo vertió en el líquido y comenzó a moverlo con lentitud para desleírlo. Víctor se percató del silencio entre ambas.

—¿Molesto? ¿Preferís que os deje solas? No me importa esperar.

—Por mí, no —lo interrumpió—. Puedes quedarte.

—No hay nada que tú no puedas escuchar, o que no sepas ya —agregó Fuensanta.

Aroa dio un pequeño sorbo y mantuvo el vaso entre sus manos. Comenzó a jugar con él.

—¿Y mi padre? —preguntó ella entonces—. ¿Dónde encaja en todo esto? Porque él, que yo sepa, no es gitano...

—A tu padre le encantaba la Semana Santa, igual que a mí. Él salía de nazareno en la hermandad del Gran Poder, una de las que a mí me gustaba ver; pero yo siempre iba acompañada por mis padres porque salía de madrugada, en la noche del jueves al viernes. Ese año, unas compañeras de la academia en la que estudié secretariado me dijeron que si quería irme con ellas para verlo en la recogida, a las ocho de la mañana. Tenían intención de irse luego a desayunar con algunos amigos nazarenos de la hermandad, entre los que estaba tu padre. Les dije que sí, a esa hora de la mañana no había problema para que saliera sola. Cuando lo vi, fue una especie de flechazo, tu padre era muy guapo. —Su rostro se iluminó—. A él le ocurrió lo mismo. Le gustaban las morenas de ojos negros y yo ahora ya estoy muy estropeada, pero en aquel entonces era una morenaza de aúpa —confesó orgullosa—. Se sentó a mi lado y empezamos a charlar mientras nos tomábamos un chocolate con churros, como si no hubiera nadie más. Después de dos horas allí sentados, cuando ya nos íbamos a despedir, me preguntó si quería irme con él en la tarde-noche a ver al Cachorro.

—¿Al Cachorro? —preguntó Aroa, mirando indistintamente a los dos.

—El Cristo de una cofradía sevillana —aclaró Víctor.

—¡Ah! ¿Y te fuiste?

La alentó a seguir, con interés, con las pupilas chispeantes, sintiéndose a ratos como una espectadora ajena a la historia y a ratos parte de la misma.

—Por un momento, me lo pensé. Si mi padre se enteraba de que me iba sola con un desconocido a ver procesiones me caería una buena. Pero le dije que sí, ya estaba harta de no poder hacer nada sin permiso. Así es que quedamos en volver a vernos por la tarde. Recuerdo que había muchísimo revuelo en Sevilla, aquella era una Semana Santa especial porque había venido la Familia Real a verla después de no sé cuántos años. Nos costaba trabajo acceder a muchas calles, así es que dimos una vuelta y nos fuimos al puente de Triana a esperar allí hasta que pasara el Cachorro. Estaba previsto para las doce de la noche, ¡me la estaba jugando! Pero me daba igual.

Fuensanta miró a Aroa con los ojos encendidos, nostálgicos. Ella mantuvo silencio, dándole tiempo a degustar el recuerdo. Nada deseaba más que escuchar una historia bonita entre ambos, aunque ya supiera de antemano que al final no había resultado demasiado bien. La madre se acomodó y se tocó el pelo, apartándose un mechón hasta llevarlo a su sitio. Luego deslizó la mano hacia abajo, paseándola por su cuello para dejarla apostada en su pecho. Y entornó los ojos unos segundos. Ausente.

—Fue un momento mágico —dijo, con emoción—. Pedro se colocó detrás de mí, él era más alto que yo. Me abrazó por la cintura para protegerme de la gente que se arremolinaba en el puente conforme se acercaba la hora del paso de la procesión. Sentí un escalofrío cuando vi al Cachorro frente a mí, con las manos de tu padre rodeándome el cuerpo, apretándome contra él, su aliento aquí —se señaló—, en mi sien, emocionado, respirando fuerte. Sentirme protegida por un hombre que me gustaba.

Se detuvo al escucharse a sí misma hablando así, dejando escapar el intenso sentimiento evocado por la estampa revivida. Miró a Víctor. Él conocía sus emociones, pero nunca en su presencia las había expuesto con tal claridad, con tanto énfasis. Se avergonzó, pero encontró un respiro en el gesto comprensivo que su hijo le dedicó. Entonces miró a Aroa. Le destellaban las pupilas.

—¿Te enamoraste de él? —susurró.

—Sí, me enamoré. Con el tiempo supe que enamorarse no es querer y, mucho menos, amar. Pero puedo decir que me enamoré, que me ilusioné, que soñé que allí podría empezar lo que mis padres siempre habían buscado, pero

a mi manera y con quien yo eligiera. Nos quedamos allí, abrazados de aquella forma, con tu padre a mi espalda.

Le costaba seguir. Nunca pudo imaginar que hablar de una relación amorosa, de un sentimiento íntimo resultara tan difícil ante los propios hijos. O era el extraño lazo que la unía a la mujer sentada a su lado lo que la cohibía.

—No tienes que entrar en detalles, yo... —profirió Aroa.

—Quiero hacerlo —afirmó Fuensanta, con decisión—. Aunque, si a ti te molestan...

—No, no, por mí sigue, por favor, sigue. Creo que esto es lo más bonito que me voy a llevar de toda esta historia.

—Nos quedamos abrazados hasta que la gente se fue marchando y pudimos salir caminando sin tropiezos. No me soltó en todo el camino y cuando llegamos al final del puente, me besó. Y yo le correspondí. No sé lo que vería en mis ojos, yo... no era capaz de controlar lo que me estaba pasando, lo que estaba sintiendo, pero supo leerlos a la perfección. Me cogió de la mano y tiró de mí. Nos metimos por una calle estrecha, en los alrededores de la Plaza del Altozano, y me acorraló en el entrante de un portal, porque ninguno de los dos podíamos frenar el deseo que sentíamos de abrazarnos, de tocarnos.

Aroa apuró el café y dejó el vaso sobre la mesa sin desviar la mirada del abstraído rostro de su madre, sin apenas respirar para no romper la magia de una historia propia de novela rosa que ella contaba como un cuento de hadas. Para Fuensanta, evocar aquel pasaje de su vida en tal momento era como endulzar una porción de un pastel amargo; no quería renunciar a ese pequeño placer.

—Fue respetuoso conmigo —continuó—, no hizo nada que yo no quisiera hacer. Pero es que yo lo quería todo. Había estado tanto tiempo reprimida, sin tener una mala sensación de ese tipo, que no quise perder la oportunidad de que aquello me rebasara. Aunque terminara ahogada, aunque me muriera después de tirarme al río como lo estaba haciendo. Y lo dejé seguir. Dejé que me acariciara, que me besara, que me levantara la falda. —Sus ojos se humedecieron, posados en un punto perdido de la habitación. Y los de Aroa se contagiaron sin poderlo evitar—. No me importaba nada, ni me acordé de nadie. Ni de mi madre, ni de mi padre. Ni del honor y la honra que machaqué aquella noche —afirmó con pesar. Buscó a su hija—. Siento mucha vergüenza de contarte esto, yo... no soy de las que dicen lo que sienten así como así, pero esto es especial. Que tú estés aquí es muy especial.

Víctor tragó saliva y se inclinó para besarla, emocionado. Gran parte de su

felicidad estaba supeditada al bienestar de su madre y de cuantos tenía a su alrededor formando parte de su vida, y a los que amaba. Los anteponía, se daba en cuerpo y alma para garantizar su dicha. No contemplaba un giro de espalda con el que esquivar problemas que no eran suyos, a pesar de ser consciente de que esa sensibilidad extrema, de que esa entrega, jamás le permitiría alcanzar la paz.

—Tal y como lo cuentas, suena bonito. Muy bonito —afirmó la hija, con placidez.

—Lo fue, Aroa. Lo fue. Emocionante. Excitante. —Fuensanta se secó las lágrimas que empañaban sus ojos, antes de continuar—. Me fui a mi casa subida a una nube, con muchas sensaciones en el cuerpo y en la cabeza que quería repetir. Y Dios parecía estar de mi parte, porque tuve la gran suerte de que mis padres no hubieran vuelto a la casa cuando llegué; ellos también estaban disfrutando de las procesiones.

Fuensanta se llevó las manos al abdomen y torció el gesto.

—Deberías descansar, mamá —advirtió Víctor—. Ya habrá tiempo de seguir hablando.

—No, estoy bien. Estoy bien.

—¿Os volvisteis a ver? —preguntó Aroa.

—El Domingo de Resurrección. Esa vez sí que llegamos hasta el final, en su coche. Y hubo una tercera, en el fin de semana siguiente. Sin medios. Sin pensar en nada de lo que podría pasar. Yo me sentía como si me hubieran tenido sujeta con una goma elástica y me hubieran soltado de golpe. Tenía veinticuatro años y el cerebro de una adolescente insensata. Porque lo que hice, o hicimos, no fue un fallo ni un despiste, fue una insensatez con todas las de la ley. Y pasó lo que tenía que pasar.

—Ya... —asintió Aroa, parpadeando con pesadumbre.

—Pasé del cielo al infierno en un segundo, el que tardé en pensar en mi padre después de que diera positivo el análisis de embarazo.

—Puedo imaginarme cómo se lo tomó, por lo que has dicho antes de la honra.

—Prefiero no acordarme de los detalles, estoy viva de milagro. Mi madre se puso en medio. Por primera vez en su vida me defendió, aunque solo fuera por evitar que me diera un sopapo que me dejara empotrada en la pared. Pero en cuanto se calmó un poco, se puso de su parte, convencida de que él tenía razón y de que yo no merecía que me miraran a la cara. Y a mí, delante de ellos, toda esa valentía que había mostrado hasta entonces se me fue de golpe.

—¿Qué hizo mi padre cuando lo supo?

—Tu padre se equivocó, igual que yo. Él creía que estaba coladito por mis huesos, tanto como yo por los suyos. Así es que, después de superar el shock del principio, cedió a la presión de mi padre de que nos casáramos cuanto antes. Mi padre prometió ayudarnos económicamente, nada le importaba más que el hecho de evitar que me paseara por la calle con una barriga y sin un hombre al lado que hubiera puesto un anillo de compromiso en mi dedo. Pero resultó ser un desastre. Con mis padres ya nada fue igual. Mi madre me miraba como a una furcia barata y él, mi padre, no pudo superar el no poder entregarme como se entrega a una hija, casta y pura, en una auténtica boda gitana. Se sentía mal mirado por sus amigos, por su familia. Y esa frustración la pagó con nosotros. No podía soportar a Pedro, lo culpaba de mi desgracia. Arremetía contra él siempre que podía, lo ridiculizaba en público, le daba órdenes como si mandara sobre él y también sobre mí. Tu padre no pudo soportar aquel cerco, lo tenía asfixiado.

—¿Por qué no os marchasteis de allí?

Fuensanta suspiró e hizo una pausa. La parte dulce de la historia tocaba a su fin. La magia se evaporaba y, con ella, el semblante dichoso que su hija había mostrado hasta el momento al escucharla.

—Porque nos dimos cuenta de que no nos amábamos, Aroa, de que todo había sido un error. Fue un embelesamiento, un encantamiento, no sé cómo llamarlo. Pero en ningún momento habíamos sentido amor el uno por el otro como para huir juntos de allí. Respeto sí, tal vez cariño, pero no amor.

—¿Y eso cómo se sabe? —preguntó, con un deje de frustración.

—Lo supimos porque cada vez que discutíamos por culpa de mis padres, de sus costumbres, de su manera de meterse en nuestra vida, o por otras desavenencias nuestras, que también las teníamos, no hacíamos nada por arreglarlo. Cada vez nos importaba menos estar peleados y esos enfados fueron creciendo hasta que cada uno empezó a buscar la tranquilidad en otro lugar y en la compañía de otras personas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que estás pensando. En la vida de tu padre se cruzó una mujer, una compañera de trabajo con la que se desahogaba charlando, primero en la oficina y luego fuera de ella.

—¿Una compañera de trabajo?

—Ella, tu madre, María del Mar. Y en la mía se cruzó Salvador. Un chico abierto y zalamero que aparentaba más edad de la que tenía. No físicamente,

sino por carácter. Era autosuficiente, un buscavidas. Daba viajes a Gibraltar, a Algeciras, incluso a Marruecos, y traía mercancía de allí que luego vendía a las tiendas árabes y de marroquinería del casco histórico de Sevilla, las que suelen visitar los turistas extranjeros que vienen a la ciudad. También le suministraba artículos a mi padre para su puesto en los mercadillos y por eso lo conocí yo. No tuve con él ese embelesamiento, ese enamoramiento loco que tuve con tu padre; pero me fue calando hondo y en cuestión de poco tiempo, me sentía tan a gusto con él que no quería estar en ningún otro lugar. Ni siquiera con tu padre. Creo que ahí fue cuando empecé a distinguir entre los dos sentimientos, porque lo que sentía por Salvador era algo más profundo. Más tranquilo, no tan loco, pero más profundo, y eso no había llegado a sentirlo por Pedro en ningún momento.

—Qué pena —susurró Aroa. Fuensanta mostró una expresión inquisitiva para que se explicara—. Qué pena que una relación que empezó tan bonita terminara así —aclaró ella.

—No quisimos hacernos daño y decidimos romper. La cosa no tenía arreglo. Terminó casi tan rápido como empezó. Nos casamos a primeros de agosto y a final de año nuestra relación ya estaba muerta. Tu padre quiso esperar hasta que tú nacieras, no quería dejarme sola en los últimos meses del embarazo, ni en el parto. Cuando se aseguró de que tú y yo estábamos bien nos separamos.

—No te abandonó...

—No, no me abandonó, fue de mutuo acuerdo. Presentamos la demanda de divorcio sin enfrentamientos. El juez me concedió tu custodia después de que nos pusiéramos de acuerdo en el régimen de visitas a las que tenía derecho tu padre para poder verte.

—En las noticias de televisión, cuando supe de ti y lo que te había pasado, salió hablando una vecina. Decía que te conocía desde que llegaste a Málaga, conmigo en brazos, muy pequeña, con solo unos meses.

—Poco más de un mes tenías cuando llegué aquí.

—¿Por qué te fuiste de Sevilla?

—Porque si mi padre llevó mal que me quedara embarazada antes de mi boda, con la demanda de divorcio terminó de sentenciarme. Amenazó a tu padre. Y a mí me dijo que no quería volver a verme más, que había muerto para él. Decía que no merecía formar parte de su familia ni de su comunidad, que era libre de hacer mi vida como quisiera, pero sin él, sin ellos.

—¿Te echó de casa?

—No lo dijo así, pero... Seguir allí habría sido un infierno.

Aroa suspiró, le costaba comprender la intransigencia de su abuelo.

—No entiendo cómo se puede ser tan duro con tu propia hija.

—Lo juzgué entonces. Ahora ya no. Hay muchas formas de herir a alguien, de hacerle daño. Yo también lo traicioné a él. Me perdonó una primera afrenta; la segunda ya no pudo. Yo era su hija, pero ¿por ser su hija tenía que consentírmelo todo, tragar con todo lo que yo quisiera hacer? Digamos que me dio la libertad de hacer mi vida como quisiera, porque era mía y yo estaba en mi derecho, pero sin contar con él; él también estaba en su derecho de quererlo así.

Aroa cabeceó.

—Admiro tu forma de pensar, tu forma de entender las cosas.

—Mis años me ha costado —dijo, sonriendo lacónicamente—. Si algo tienen de bueno los golpes que te da la vida es que te van limando las esquinas hasta que dejan roma, como los guijarros de la playa.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué a Málaga y no a otro sitio?

—Salvador vivía aquí. Viajaba más que la maleta de una folclórica, pero su casa estaba aquí, con su madre. Cuando me vio en la calle no dudó en tirar de mí.

—¿Te metiste en su casa, con ellos?

—No. Un par de bloques más abajo, en la misma calle, había una mujer que necesitaba compañía, alguien que la cuidara, estaba ya muy mayor. Herminia la conocía y le propuso que nos acogiera en su casa; la mujer nos daba alojamiento, comida y un sueldecito pequeño, y yo la ayudaba en todo lo que necesitara para poder vivir con decencia. Me pareció bien, no tenía ninguna otra oferta mejor. Y podía estar cerca de Salvador; cada vez me sentía más unida a él.

—Él te salvó —afirmó Aroa, inmersa de lleno en la historia—. A Salvador, me refiero.

Fuensanta, de nuevo, centró la vista en la ventana, de la que parecía extraer luz de vida cada vez que necesitaba recomponerse. Se notó cansada. Destapar los recuerdos, destripar las emociones, desvelar los secretos cargados de sentimiento le estaban pasando factura. Pero su conciencia en calma terminaría por suavizar el impacto, la mella que todo aquello dejara en ella.

—Conocer a Salvador fue mi suerte, porque lo he querido y amado con locura. Pero también fue mi desgracia.

Víctor esbozó un gesto de desagrado, de amargor en el corazón.

—¿Por lo que te ha hecho ahora?

—No. Por lo que pasó hace veintiocho años. Aunque lo que hice, lo hice por decisión propia. Él no me obligó.

16

BLANCA.
Octubre de 2012.

—Parece que tu amiguito se ha largado, ya no quiere a una puta como tú. —Le costaba vocalizar—. El muy gilipollas no sabe lo que se pierde, a mí me encantaría repetir.

Apreté los ojos y los puños y mi respiración volvió a exaltarse, presa del pánico aún más. No me moví. Él se levantó despacio, se subió los pantalones y echó a un lado el pelo que caía sobre su frente. Se giró para echar un vistazo a su alrededor y volvió a agacharse junto a mí. Me apartó el cabello de la cara y me obligó a mirarlo a los ojos, sujetándome por el mentón.

—Esto queda entre tú y yo, princesa.

Los tenía vacíos. El color se había diluido y sus pupilas dilatadas parecían abrirse al máximo para engullirme en su oscuridad, para dejarme atrapada en un pozo de desolación.

Me agarré al borde de la cama para no ser arrastrada y desperté. La luz del alba me devolvió a la realidad. A otra realidad. Esa pesadilla, que recreaba fielmente sus últimas palabras de aquella noche y la última imagen que guardaba de él, venía repitiéndose con frecuencia desde que viera a Chema. Él removió mis fantasmas, cosa que me aterraba. Pero tenerlos frente a mí me permitiría atraparlos, no dejaba de repetírmelo en un intento de autoconvencerme mientras soportaba el sudor en el que me desperté bañada.

Respiré hondo unas cuantas veces mientras recorría con la vista los rincones de mi habitación para tomar conciencia de dónde estaba. Y del día que era: lunes, 21 de octubre de 2012. Tenía clase en la facultad. Una nueva rutina, que prometía ser agónica por cansada, se había instaurado en mi vida. Me había matriculado en primero de Periodismo, retomando los planes de un

futuro que yo me empeñaba en normalizar, y trataba de compaginarlo con mi trabajo en el hotel. Puedo decir que tuve suerte, según estaban las cosas a nivel laboral. La cadena me ofreció un puesto en uno de los hoteles de la capital, a tiempo parcial, un contrato de cuatro horas que podía cumplir por las tardes en la lavandería, devolviéndole la pulcritud a las sábanas, las toallas y demás ropa que los clientes ensuciaban a mansalva cada día. No puse reparos al ofrecimiento, me pareció mejor que ese otro puesto en recepción que me habían prometido y que a mis padres, sin embargo, convencía más por una cuestión de aprendizaje, no porque se me cayeran los anillos quitando las mierdas de los demás, como decía mi madre. A ellos, a mis padres, no les confesé la verdadera razón de mi elección, que no era otra sino la necesidad de no estar expuesta públicamente y sin evasivas a cualquiera que quisiera acercarse a hablar conmigo; estar localizada de manera tan señalada me producía mucha inquietud. Les aseguré que mi labor de lavandera y planchadora podía cumplirla con más flexibilidad horaria, lo cual hacía posible compaginarla en mayor medida con los imprevistos estudiantiles o maternos que me pudieran surgir; y en cierto modo, aquello no dejaba de ser verdad. Mi sueldo se redujo en más de la mitad, pero el hecho de no tener que pagar el alquiler de mi apartamento ni costear los gastos de manutención personal fuera de casa compensaban ese desfase monetario en mi bolsillo; podía seguir aportando el mismo dinero que les enviaba antes para mantener a mi hijo. Todo estaba consensuado, decidido en una asamblea casera compuesta por tres miembros más uno honorífico, con voz pero sin voto, que sin embargo era el que, paradójicamente, nos condicionaba por completo.

Yo me levantaba a diario a las seis y media de la mañana, tomaba un café para estimularme y me arreglaba con rapidez mientras mi madre despertaba a Álvaro y lo vestía. Salíamos de casa escopeteados, antes de las ocho de la mañana. Todos. Mi madre había conseguido meter cabeza de nuevo en la bolsa de empleo y le habían ofrecido un contrato de seis meses con turno de mañana, así es que yo dejaba al niño en el aula matinal del colegio antes de irme a la facultad y lo recogía a mediodía; habíamos optado por utilizar el comedor escolar para no alterar demasiado su rutina diaria. Por las tardes, de cinco a nueve, me marchaba a trabajar. Y me sentaba a estudiar por las noches, después de cenar. Tenía poco tiempo para estar con Álvaro, aprovechaba los fines de semana para acortar la distancia que seguía existiendo entre nosotros, aunque procuraba hacer uso de un tiempo de calidad en los ratos que entre semana pasaba con él. Jugábamos. Fundamentalmente, jugábamos, porque yo

había comprobado que se producía una conexión especial entre nosotros cuando él se divertía, cuando me ponía a su nivel y se activaba esa complicidad que, aunque de forma lenta, se podía entrever que iba en aumento, tanto como mis ojeras.

Los días de estreno en mi carrera me resultaron extraños. Los pasé capeando un cúmulo de emociones diversas y contradictorias que me incitaban por un lado a continuar con el plan previsto y, por otro, a repetirme a mí misma que aquello estaba fuera de lugar, que suponía empeñarme en retomar un hilo vital que se había enredado demasiado como para enderezarlo con éxito. Me sentí desplazada cuando me vi sentada en el aula con chicas de diecisiete o dieciocho años recién cumplidos frente a mis veintidós. Algunas de ellas no se habían desprendido todavía de esa tontuna típica de la adolescencia que te lleva a hacer el ganso a todas horas, con una risa desbocada y fuera de lugar y un afán por lucir tipo y pasear libros como alarde de una madurez que no tenían. Aunque no las culpaba. Porque no eran ellas las que escapaban de la horma convencional, sino yo. Y al igual los chicos, con mayor grado aún de inmadurez y derramando hormonas por doquier, a pesar de un aceptable nivel intelectual que no negaba que tuvieran y que, sin duda, sacarían a relucir más pronto que tarde. Me preguntaba si sería capaz de terminar, si aguantaría el ritmo que me había impuesto, si podría encauzar mi vida por aquel itinerario profesional cuando ello supondría abandonar, tal vez, el puesto de trabajo que me permitía tener independencia económica. Vislumbré la imagen de mi padre empujándome a ello, su rostro feliz y orgulloso cuando le mostré el resguardo de matrícula, y las palabras hilarantes de mi madre el día anterior a mi entrada en la facultad, mientras me abrazaba para calmar mis dudas, mis miedos, mis recelos:

—¿A ti no te llamaban «golfa intelectual» en el instituto? ¡Eah, pues lo de golfa ya lo demostraste con ese tal Chema en la discoteca, ahora te toca demostrar lo otro!

—¿Y tú como sabes eso? Lo de golfa...

—¡A ver si te crees que me he caído de un guindo! Que no te dijera más de dos cosas no quería decir que no las supiera. Anda, mueve el culo que llegas tarde.

Supe que mis años de universidad se limitarían a lo estrictamente académico, que estarían despojados de todos los aderezos que nosotras, de manera entusiasta e ilusoria, pretendíamos agregarle cuando celebramos el final del Bachiller. Nada de fiestas, nada de incursiones masculinas en

habitaciones de estudio, nada de horas lectivas pasadas en la cafetería de la facultad, nada de flirteos y amoríos fracasados con los compañeros de clase, ni de cotilleos entre el grupo de chicas poniendo a caldo a la salida de turno o a la ilusa empollona con aspiraciones a ser corresponsal de guerra. Me tacharon de vejstorio en los primeros años, de «rarita» por mi tendencia al aislamiento, por salir huyendo para no verme comprometida en nada que no fuera estrictamente necesario para la carrera. Pero esa seriedad acaparó al máximo mi concentración y mi buen aprovechamiento de aquellos cursos. Y ese era el punto de mira que me había trazado, mi objetivo prioritario y casi obsesivo, recuperar el tiempo perdido.

Mi trabajo en el hotel era cansado, pero cómodo. Había una sola compañera en mi mismo turno, una mujer entrada en años con un afán por la limpieza y por la blancura mayor que el de cualquier fabricante de detergente o de lejías para la ropa. No hablaba. Tenía las manos enrojecidas por el contacto con los productos, si bien yo creo que ya venía de casa de tal guisa, porque su olor corporal, más que a colonia o a perfume, se asemejaba al del amoniaco. Yo agradecía su silencio, me permitía escuchar música desde el móvil con los auriculares puestos sin considerarlo una falta de respeto o educación. Incluso pensé en aquel entonces que podría grabar un audio en mi mp3 con los temas de las asignaturas y escucharlos mientras faenaba; la tarea que realizábamos era tan mecánica que me dejaba la mente ociosa, capaz de atender a estímulos académicos que menguaran el tiempo de estudio empleado después. Ocasionalmente, me requerían para algún trabajo intelectual, de oficina. Sabían de mis conocimientos ofimáticos y algunos otros específicos del sector que había podido adquirir en mis años de estancia en el hotel de Marbella. Yo aceptaba. Me venía bien cambiar de aires, alterar la rutina, aunque no me terminaba de convencer el contacto directo que aventuraba que podría tener con el Jefe de Administración en caso de prestar mis servicios allí de manera frecuente.

Aquel 21 de octubre salí de trabajar dos horas más tarde de lo habitual, mi compañera había llegado con un resfriado de muerte y algunas décimas de fiebre, así es que ella tuvo que marcharse antes y yo terminar el trabajo urgente que se nos había presentado por una reserva masiva de última hora. Llegué a casa al filo de las once y media de la noche tras haber cogido un taxi —me negaba a caminar sola por la calle a esas horas—, con el estómago cuarteado e incesantes suspiros que confesaban un cansancio descomunal. El día había sido demasiado largo. Álvaro ya estaba durmiendo. Entré a darle un

beso de buenas noches y lo encontré abrazado a un peluche, con el pelo revuelto y la boca abierta, en un sueño placentero y profundo que le relajaba el rostro. A un lado de la cama tenía el libro de cuentos, abierto por la página de «Los tres cerditos» que tanto le gustaba. Su mano pequeña y regordeta lo sujetaba.

—Te ha estado esperando —dijo mi madre, apostada en la puerta, detrás de mí—. Quería que se lo leyeras tú.

—¿Yo? —me extrañé. Y me alegré—. ¿Por qué yo?

—Dice que los cerditos de tu cuento son más duros porque boxean, y le dan al lobo un par de cates en el hocico que lo dejan K.O. —explicó mi madre, con retintín.

Me eché a reír. Nunca me gustó ser fiel a los cuentos tradicionales, se hacían aburridos si no jugabas con alguna variante de vez en cuando. Yo sabía que no era muy ético recurrir a la violencia en los cuentos, pero, ¡qué demonios!, los niños disfrutaban con las luchas y las peleillas entre personajes que yo, además, escenificaba. Y aquello era ficción. Lo arropé y salí de allí con sigilo y una sonrisa boba e inconsciente en el rostro.

—¿Has cenado? —me preguntó ella.

—No, pero no tengo hambre, no te preocupes. Voy a leer un rato en la cama y me duermo, estoy muerta.

Mi madre asintió y yo le dediqué una mirada tierna que ella correspondió.

—Me alegra que Álvaro empiece a reclamarte. Aunque..., he sentido celillos, ¿sabes? —confesó jocosa al darse la media vuelta.

Yo me desnudé, me puse un pijama y me metí en la cama con el portátil sobre las piernas, hacía días que no chateaba con las chicas y me apetecía saber cómo estaban. Las encontré enfrascadas en una conversación de libros y en una crítica a un *post* algo polémico que alguien había publicado en la red.

—Ya veo que seguís siendo unas arpías y que ponéis verde en secreto al más pintado —escribí en el chat, sin saludo previo.

—¡¡¡Ehhhh!!! ¿Pero tú dónde te metes? —exclamó Estela, un segundo después.

—Haciendo cosas útiles, no como vosotras, que no hacéis ni el huevo, todo el día metidas en Face.

—¡Para el carro, bonita, que yo he tenido un día de perros ayudándole a mi madre a limpiar la cocina, así es que cierra el pico! —contestó María.

—Y yo he escrito tres reseñas que tenía pendientes y he terminado la novela para la lectura conjunta —apuntó Patri.

—¿Y tú, Estela? A ver, cuéntame, que estas ya se han disculpado —referí con tono alegre, invitándolas a una distensión que yo misma necesitaba.

—Yo... yo... He paseado al perro... He hecho la cama... La comida para el almuerzo...

—Vale, no sigas, ya veo que has estado estresada, ¡ja, ja, ja! —escribí.

—¿Y tú, mi querida Jane? —me preguntó María.

—De todo, he hecho de todo. Estoy muerta. Tendréis que recoger mis pedazos dentro de poco y guardarlos en un bote para reconstruirme otra vez. Pensaba leer un poco, pero creo que mis párpados no aguantarán el desfile de letras. A este ritmo, pasarán a mejor vida.

—Yo no podría abandonar la literatura. Ni la lectura. Ni las redes —confesó Estela—. Me moriría si no pudiera conectarme a Facebook, a Internet. Soy red-adicta, facedependiente, como queráis llamarlo. Estoy enganchada, lo admito.

—Porque no te has visto en la necesidad —apunté—. Tu problema es que tienes demasiado tiempo libre y has encontrado en todo esto un buen entretenimiento. Yo ahora no puedo pensar en libros, ni en lo que sucede por aquí —escribí, algo afligida—. Tengo el punto de lectura marcando la misma página desde hace un mes, no consigo terminar la novela que tenía empezada.

—No te preocupes ahora de eso —intervino Patri—, es lo de menos. Los libros son para disfrutarlos, una historia mal leída no divierte, ni entretiene. Ya tendrás ocasión de retomarlo todo cuando tu vida se normalice.

—¿Y eso cuándo ocurrirá? —pregunté espontáneamente—. Creo que mis obligaciones son crónicas.

Transcurrió un par de minutos sin que alguna de ellas me contestara. A veces se largaban sin despedirse, éramos así, espontáneas. Que la confianza daba asco quedaba patente en nuestra forma de comunicarnos, de entrar y salir de las conversaciones sin avisos previos.

Antes de cerrar Facebook, mi pantalla me dio el aviso de un mensaje privado de Patri. Lo abrí.

—¿Por qué elegiste el nick que tienes? Me lo he preguntado muchas veces. ¿Por qué «Jane Eyre»? ¿Es tu novela favorita?

—¿Por qué elegiste tú el de «Patri»? —contesté, un tanto a la defensiva, me seguía ruborizando que atentaran contra mi intimidad, por sutil que fuera.

—No es un nick, es la abreviatura de mi nombre, en verdad me llamo Patricia. Pero había una mujer en mi pueblo vieja, fea y bastante estúpida que se llamaba así, y le cogí manía al nombre, aunque fuera el mío. Conseguí que

hasta en casa me llamaran Patri; aunque mi madre, cuando se cabrea, lo pronuncia enterito. Oye, perdona, no tienes que explicármelo si no te apetece, no quiero que te enfades ni te molestes conmigo, ¿vale?

Recapacité. La ausencia de emociones en un diálogo escrito era palpable, por algo se le había ocurrido a alguien la feliz idea de inventar los emoticonos. ¡Cuántos malos entendidos se producirían en el curso de las conversaciones por chat de no ser por ellos! Yo no había puesto ninguno y debí de haber sonado demasiado borde, cuando no era tal mi intención.

—Discúlpame tú a mí, he sido un poco seca. —Apareció en mi pantalla una carita sonriente que me invitó a seguir—. Estaba leyendo esa novela cuando decidí abrir una cuenta en Facebook. Es de esas obras que te mandan leer en el instituto en mal momento, cuando solo quieres leer pachochadas más amenas o historias romanticonas donde los protas tienen relaciones que prometen besos, toqueteos y algo más. La leí de mala manera y tuve que acudir a «El rincón del vago» para defenderme en el examen. Hace unos años, la rescaté de la estantería y la abrí por una página al azar. ¿Tú crees en las señales, Patri?

—Sí, sí que creo en ellas. Tanto que a veces me asustan.

—Leí un párrafo en aquella página que decía así... —Hice una pausa de un minuto para buscar aquel texto, que conservaba grabado en un fichero en mi portátil—. «Querido lector, espero que nunca padezcas lo que yo padecí entonces. Que nunca broten de tus ojos unas lágrimas tan tempestuosas, abrasadoras y dolorosas como las que brotaron de los míos. Que nunca clames al cielo con ruegos tan angustiosos y desesperanzados como los que salieron de mis labios. Que nunca temas ser la causa de la desgracia del que más amas». No supe en aquel momento a qué se refería ni por qué lo decía, pero me parecía estar hablando yo. Sentí tal conexión con ella y con su pena, tal similitud con mis propias emociones, que aquello fue suficiente para engancharme y empezar a leerla esa misma noche. Cuando tuve que elegir un nombre con el que abrir la cuenta, ni lo dudé.

—Vaya... Una razón un poco triste, guapa —apuntó ella.

—Por eso nunca lo he revelado a nadie. ¿Recuerdas que una vez, en un *post* publicado en el Club de lectura en el que nos conocimos, hicieron esa pregunta?, ¿por qué habíamos elegido nuestros nombres de perfil?

—Sí, algo de eso recuerdo, aunque no demasiado bien.

—Yo no contesté. Me habrían preguntado el porqué de esas lágrimas, de los ruegos. Incluso algún cotilla me habría preguntado cuál era esa desgracia.

Y yo no quise, ni quiero, tener que buscar excusas, porque las explicaciones reales no las pienso dar. Así es que te pido por favor que no lo reveles, ni siquiera sé por qué te lo he dicho a ti.

—Tranquila, no me gustan los cotilleos, ni los malos rollos de ir contándoles a unos los secretos de los otros. Me halaga que me lo hayas contado, yo me siento muy a gusto charlando contigo. Y esto... no deja de ser una muestra de confianza hacia mí, de buena amistad.

—Sí —admití—, la verdad es que yo también me siento muy bien hablando contigo, me das tranquilidad, no sé... Siento tu apoyo, tu comprensión, tu... cariño hacia mí.

—No debe de ser fácil superar lo que has pasado.

—No, no lo es —contesté.

—No he podido quitármelo de la cabeza desde que me contaste lo que te ocurrió. ¿No te has arrepentido nunca de no habérselo dicho a tus padres?

—Ya lo saben.

—Digo al principio, cuando pasó. Te habrían entendido, seguro.

—¿De verdad crees que mis padres entenderían que yo me fuera en plena madrugada a un parque con un chico al que solo conocía de vista, para despelotarnos y darnos el lote o follar como animales en plena calle, bebidos y sin una pizca de vergüenza? Su primera reacción sería culparme a mí por haberlo propiciado. Y mi madre me habría tachado de puta, la conozco bien.

Tardó en contestar. Supuse que mi pregunta contraatacando a su afirmación la había descolocado.

—Sí, es cierto. Hay padres que no son muy liberales y les costaría entenderlo. Pero, eras su hija. Su amor estaría por encima de todo y de todos, Jane, ese sentimiento de los padres por sus hijos es incondicional.

—Igual que el mío hacia ellos —afirmé, con rotundidad—, aunque de eso no me di cuenta hasta entonces. ¿Alguna vez en tu vida te ha pasado algo gordo, Patri?

—Mi ruptura con Eva. Para mí ha sido duro. Y tiene algo en común con lo tuyo, y es que no he podido contárselo a mis padres, no tenían ni idea de mi relación con ella. Aún no les he confesado que... me gustan las chicas. Pero claro, esto no es un palo de la envergadura del tuyo, por supuesto.

Me sorprendió su sinceridad y su espontaneidad, y se confirmaron mis sospechas hacia ella y a la inclinación de sus relaciones amorosas. Efectivamente, puede que su trance no tuviera las mismas repercusiones que el mío, pero aun así era consciente de que la magnitud de las cosas depende de

quién las padece y de cómo se las toma. Y el suyo no era un problema puntual. Que no hubiera sido capaz de confesarles a sus padres su tendencia sexual después de una relación seria con aquella chica implicaba que su homosexualidad era un obstáculo en su vida más grande de lo que cabía esperar. Sin duda alguna, dejándole cierta mella psicológica con la que lidiar.

—¿Y por qué no se lo has dicho aún? —pregunté, con intención. No la dejé contestar—. Porque los quieres y no deseas hacerles daño, ¿verdad?

—Así es.

—Pues esa es mi razón, Patri. Cuando te ocurre algo así, sientes como si te cayera encima una pila de años. Maduras de golpe. Te das cuenta de la realidad de la vida, de esa que tantas veces te han contado y tú no te querías creer pensando que eran exageraciones tuyas, extremismos fuera de toda lógica para asustarnos y evitar que hiciéramos lo que no debíamos, según ellos y sus creencias, según su moral y su educación, no la nuestra. Y descubres que no exageraban, que cualquier cabrón puede cruzarse en tu camino y destrozarte la vida en un momento. Mis padres me prohibieron hacer muchas cosas por temor a los demás, no por una falta de confianza en mí, ahora lo sé, aunque antes no lograra entenderlo. Mi madre siempre solía ponerme el mismo ejemplo: «Cuando conduces un coche puedes tener un accidente por una imprudencia tuya, pero también por una imprudencia de los demás que tú no puedas esquivar. Lo primero, lo controlas; lo segundo, no. Y yo no puedo dejarte correr ese riesgo». Decirle lo que pasó habría sido como darle la razón. Y, además, les habría destrozado la vida también a ellos. ¿Imaginas el sufrimiento que habrían tenido?

—¿Quisiste evitárselo, igual que yo, ¿no?

—Se habrían sentido impotentes; aunque hubieran denunciado, el daño estaba hecho. Pensé que lo mejor era cargar con la culpa, alejarme, tomar distancia, superarlo. Y luego volver para rehacer mi vida con tranquilidad, con paz.

—¿Y lo has conseguido? —me preguntó, tras una larga pausa.

—No. Y no sé si lo conseguiré. Lo intento. Y a mis padres les ahorré el sufrimiento durante unos años, pero ahora ya lo saben. Solo he retrasado el momento.

—No sabes cuánto me apenas, de verdad. Si puedo hacer algo por ti... No dudes en buscarme, en hablarme, en pedirme lo que quieras. Todo lo que sea por ayudarte, guapa.

—Ya lo estás haciendo. Esta mano tendida, tu confianza, tu apoyo, poder

desahogarme contigo... Para mí es mucho más de lo que crees.

—¿Cómo es ahora la relación con tus padres?

—Muy buena. Con mi padre siempre fue cordial, siempre nos entendimos. Con mi madre siempre fue difícil; pero ahora, después de las charlas que hemos tenido, nos comprendemos bastante mejor. Después de las charlas y de las confidencias mutuas. —Hice una pausa—. Es curioso como unos sucesos destapan otros, como unos secretos desvelan otros que estaban por ahí guardados. Y de los que nada podíamos sospechar.

No quise continuar hablando, bastaba de confesiones, no quería adentrarme en terrenos ajenos al mío propio y terminar revelando lo que no debía. Le di las buenas noches y ella estampó un beso en la pantalla con un pequeño corazón manado de los labios.

Yo sonreí por haber tenido la suerte de encontrarla.

Octubre de 2013.

—¿Qué estás viendo, abuela? —preguntó Víctor, tras entrar en el salón y asomarse a la pantalla del televisor—. ¿Otra vez el desfile? —Rio—. No te lo pierdes ningún año, ¿eh?

—¡Y este, menos! Este año no están los Reyes, lo presiden el Príncipe y doña Letizia —contestó, con entusiasmo en la voz.

—¿Y eso?

—Como el Rey, el pobre, se fastidió la cadera y lo tuvieron que operar, no ha podido ir. ¡Mira, ya se están bajando del coche!

Víctor la miró con ternura, complacido al verla abstraída y ajena a su realidad.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Algo más de las diez y media —contestó ella, sin despegar la vista de la pantalla—. ¡Qué guapo es nuestro Príncipe, da gusto verlo, con ese porte, tan educado! Lo tenían que hacer ya Rey, su padre está changado cada dos por tres, y bastante ha hecho ya por España. Ahora, que le deje el sitio a los jóvenes. Mira doña Letizia —seguía relatando—. También es guapa la muchacha.

—Pero es plebeya —la provocó Víctor, con sorna.

—Sí, ya..., pero a ver..., habrá que modernizarse. Ella no quería, ¿sabes? —comenzó a decirle a modo de confidencia—. El Príncipe la pretendía y ella no quería saber nada, pero él, erre que erre. Hasta que lo consiguió. Tiene que estar enamorado perdido de ella. A mí no me disgusta, pero está muy delgada, mírala. Con esa chaqueta rosa parece que lo disimula un poco, pero verás cuando se la quite. ¡Y eso que dicen que la tele engorda!

La mañana de aquel sábado, 12 de octubre, comenzó con el Desfile del Día de la Hispanidad como entretenimiento extraordinario en la rutina habitual.

Herminia se había levantado temprano. Se desvelaba con facilidad y, alcanzada cierta hora, no le daba tregua al sueño para volver, sentía que le arrebatara horas de vida que no estaba dispuesta a ceder. Había desayunado un vaso de leche con galletas, migadas, como solía decir, y había tomado asiento en su mecedora, con la toquilla por los hombros, para empaparse de una celebración en la que cobraban protagonismo numerosas celebridades del mundo de la política que ella, paradójicamente, solía reconocer. No era la primera vez que Víctor reparaba en el hecho de que, de no haber estado subyugada a la figura de un padre y un marido, Herminia habría sido una mujer revolucionaria.

—¡Y tú, niño, ¿adónde vas, así de guapo?! —le preguntó, al verlo de pie junto a la mesa, abrochándose el cinturón.

—Tengo una cita —contestó él, abriendo los ojos y mostrando sorpresa en la voz, a sabiendas de que aquello le robaría la atención a la Princesa Letizia.

La abuela Herminia se irguió y se arrellanó en la mecedora, mirándolo de arriba abajo. Víctor llevaba puestos unos vaqueros en azul oscuro, una camisa a rayas celestes de manga larga y unos zapatos de vestir que la sorprendieron, solía abusar de las deportivas. Se había afeitado, peinado con esmero y perfumado. Y había colocado sobre la mesa, a la espera de ponérselo, un reloj de Lotus con pulsera plateada y esfera negra que su abuela le había regalado en su último cumpleaños, pagando religiosamente a plazos los cien euros que le había costado.

—¿Una cita? ¿Con una chica? —preguntó entusiasmada.

—Hummm..., sí y no. No exactamente. Algo mejor. Espero.

Herminia frunció el ceño, pensativa, intentando descifrar el acertijo.

—Pues, como no me digas algo más... —contestó al fin—. Es que ya estoy vieja para adivinanzas.

Se echó a reír.

—Ya te contaré algo más, sé que puedo confiar en ti.

La besó en la frente.

—Sí, sí, mucha zalamería, pero me dejas con la miel en los labios y sin saber nada.

—¿Podrías ocuparte tú de mamá hasta que yo llegue? —le preguntó él, arrodillándose a su lado—. Esto es importante para mí.

Los ojos de Herminia se ablandaron. Aún más.

—Pues claro. Comerás por ahí, ¿no?

—Sí, iremos a Plaza Mayor y comeremos allí.

Herminia asintió.

—Ahora dentro de un ratito me visto y me voy para allá. La Sole me dijo que no tuviera prisa, que ella hoy no tenía nada que hacer por ser fiesta.

Sole era una de sus vecinas más queridas, servicial y abnegada. Dispuesta a ofrecerse para ayudarlas cada vez que lo necesitaran; no en vano, tanto Herminia como Fuensanta lo habían hecho con ella de igual forma alguna vez.

—¿Y Aroa? —preguntó Víctor—. ¿Durmiendo?

—No, se levantó temprano y se fue. Dijo que tenía que hacer unas cosillas, que volvería pronto. Yo no le pregunté el qué. Me da a mí que le pesa estar aquí, que está barruntando irse ya para su casa. Anoche la escuché, ¡sin querer, ¿eh?!, hablar por teléfono con su padre, para mí que era su padre —matizó—, y entre medias de la conversación lloraba.

Víctor se mantuvo pensativo unos instantes, haciéndose cargo de la situación una vez más.

—Es que... Todo esto es extraño para ella: esta casa, nosotros... Por mucha familia que seamos, nos acaba de conocer. Pero no me gustaría que se marchara, abuela, quisiera tenerla aquí más tiempo, conocerla más a fondo, compartir cosas con ella. Yo, aunque parezca raro, no la siento como una extraña, a pesar del poco tiempo que hace que está aquí.

—El corazón no le hace caso al tiempo, niño, es el único al que no le importan los relojes. A algunas personas les exige años para abrirse y con otras es capaz de hacerlo en un suspiro. Él tiene sus propias razones; aunque la cabeza no las entienda. Mira, ya está aquí.

Había sonado el timbre de la puerta, apenas media pulsación. Aroa lo había accionado temerosa de despertarlos. Le abrió Víctor y lo vio vestido, preparado para marchar.

—¡Vaya, ¿te vas?! Había comprado churros y chocolate para desayunar. Si lo sé, hubiera vuelto un poco antes.

—No he desayunado aún. Me apunto, me apetece —dijo él, alegre, distendido.

—Yo sí he desayunado ya —apuntó Herminia, pero no te lo voy a desmerecer. ¿A qué hora es tu cita? —le preguntó a Víctor.

—A las doce.

—Pues sí que te has arreglado con tiempo, sí... —dijo Herminia, con cierta ironía en la voz.

—Estoy nervioso, lo admito.

Todos sonrieron, acercándose a la mesa mientras Aroa desplegaba el

cartucho de papel y abrió la pequeña chocolatera de plástico en la que le habían servido el líquido. Él alcanzó tres tazas de la alacena y lo sirvió.

—Aroa...

Víctor se tragó su timidez, y a pesar de notarse violento ante su propia pregunta, la formuló:

—¿Estás bien aquí, con nosotros?

Ella se sorprendió, no esperaba que interpelara en sus sentimientos.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Doy la impresión de no estar a gusto?

—No sé, dímelo tú, es que... no quisiera que te sintieras como una extraña.

Miró a su abuela. Esta calló, orgullosa de un nieto cuyo carácter retraído había ido evolucionando con el tiempo hasta tomar las riendas de la casa y de la familia, buscando de forma incansable el bienestar y la unión de todos.

—...y no quisiera que te marcharas —concluyó él, mirándola a los ojos.

Aroa bajo la vista, agradecida por el deseo, pero confusa.

—No puedo quedarme mucho más tiempo, Víctor, mi vida está en Barcelona. No puedo quejarme de lo que he encontrado aquí, de lo que me habéis dado y de cómo me habéis acogido. Si te digo la verdad, no lo esperaba. Aunque, no sé qué esperaba, era tanta la incertidumbre... Me ha gustado conocerlos, estar con vosotros, saber que tengo aquí otra familia que no me ha olvidado —su voz se quebró, ligeramente—. Pero tengo muchas cosas pendientes de aclarar con mis padres y necesito tiempo a solas para digerirlo todo. Para saber qué siento.

—Unos días más. Quédate unos días más —le rogó—. Cuando te vayas tendremos que usar el teléfono y no será lo mismo. Pasará lo de siempre, al principio nos llamaremos con frecuencia y luego iremos espaciando las llamadas hasta que...

—Podemos usar el Whatsapp —apuntó—, o comunicarnos por Facebook, ¿tienes cuenta de Facebook?

—Sí, pero... —Hizo una pausa—. A mi madre..., a mamá le has devuelto la calma —confesó al fin—. Y nada me gustaría más que darle la oportunidad de que pasara contigo más tiempo, que no sea una aparición fugaz, no quiero que le parezca un sueño.

—¡Ah, quieres que me quede solo por ella, entonces! —exclamó jocosa, para aliviar la tensión emocional de la conversación.

—No, no —se apresuró a aclarar—, no seas mala —sonrió—, es por todos, por mí también, tenemos más cosas de las que hablar, pero mi madre me importa de una manera especial.

La abuela Herminia observó cómo ambos tragaban saliva.

—Vamos, que se enfrían los churros —dijo, dando unas cuantas palmadas sobre la mesa—. Déjala que se lo piense, niño, que cuando te pones cansino... —bromeó ella.

—Tengo que llamar a la oficina —apuntó Aroa, tras una pausa—. Intentaré hablar con mi jefe y darle una explicación más amplia de lo que está pasando; me vine cogiendo unos días que me debían y sin aclararle nada. Si no hay problema por esa parte, hablaré con mis padres para decirles que me quedo unos días más. Ya nos pondremos al día a la vuelta.

Víctor le apretó la mano, sonriente, agradecido.

—Me marcho —anunció él—. No quiero llegar tarde, deseadme suerte.

—No sé para qué, pero ¡suerte! —contestó Herminia, encogiéndose de hombros.

La voz en *off* del televisor continuó relatando los entresijos del desfile mientras Herminia recogía las tazas del desayuno. Aroa se apresuró a levantarse para limpiar las manchas de grasa y las gotas de chocolate que habían caído sobre el mantel. Miró a la abuela de soslayo un par de veces, sin atreverse a importunarla. Hasta que esta se dirigió a ella para indagar en sus planes inmediatos, tenía que organizarse.

—¿Qué piensas hacer, niña? Yo me tengo que ir dentro de un rato para el hospital, habrá que darle el relevo a la Sole.

—No sé. Yo hago lo que sea mejor, lo que usted me diga. ¿Quiere que me vaya yo? —se ofreció, al observar su gesto cansado.

—No, no... Aquí no paro de darle vueltas a la cabeza. Allí, al menos, charlo con Fuensanta, estoy pendiente de ella, me siento útil, ¿sabes?

Aroa la miró con cariño. Había personas que nacían con la condición de brindarse a los demás y alcanzaban el final de su vida sin haberse percatado de que construir y vivir la suya propia también era un objetivo.

—Herminia... —Al fin se atrevió—. ¿Qué le pasó a Fuensanta hace 28 años?

La abuela se sacudió la falda del vestido, como una reacción espontánea y nerviosa ante la pregunta.

—Eso, niña, es mejor que te lo cuente ella. Yo no soy quién para desvelar las intimidades de nadie.

Su plañidera voz puso a Aroa en alerta, en una expectativa creciente ante lo que parecía un secreto celosamente guardado.

—Pero, ¿fue algo grave? —no pudo evitar preguntar.

—Y tanto que lo fue. Aquello os separó a tu madre y a ti. —La abuela observó el rostro perplejo de Aroa ante su contestación—. Vente conmigo al hospital y pregúntaselo a ella.

—Me da apuro, Herminia. No sé si querrá hablar de eso, recordarlo.

—Tú necesitas saber, niña. Y tu madre necesita confesarse, la conozco bien.

Aroa aceptó la invitación, tácitamente, sin decir nada. Herminia agachó la cabeza mientras caminaba en dirección al dormitorio. Atrás quedaron la voz televisiva y las imágenes sonrientes de los invitados a un evento que no parecían pertenecer al mismo mundo que habitaba ella. Aunque a saber lo que podía cocerse en realidad entre las paredes privadas de cada rostro alegre, a saber si dispondrían de un amplio trastero en el que guardar sus miserias para que no trascendieran al público, para que no enturbiaran el cuento imaginario que pretendían vivir.

Dejó de pensar en ello. Asumir que los demás también tenían problemas por solventar no la aliviaba de la pena que le producían los suyos propios. Aunque la reconfortaba pensar que ella había aprendido a convivir con ellos, a admitirlos, como quien llega a este mundo con una tara de nacimiento que debe integrar para que no obstruya una felicidad que no estriba en la perfección absoluta, sino en el hecho de aprender a mirarse y verse perfectos a pesar de todo. Tanto a ella como a Fuensanta, la vida se había empeinado en amputarles desde el comienzo gran parte de lo que amaban. De quienes amaban. La abuela Herminia se lamentó de nuevo por haber sido una familia desmembrada, similar a un racimo de uvas al que arrancas unas cuantas resultando imposible volver a enlazarlas, unir las de nuevo para que no se pierdan rodando solas. Los hijos de Fuensanta circulaban por rutas diferentes, separadas, cada uno por su lado. Y su propio hijo, aunque se hubiera mantenido cerca, tenía un espíritu libre al que jamás pudo echar el lazo, y menos en ese momento en que estaba desaparecido desde que ella lo pusiera en la calle a raíz de la última fechoría. Salvador estaba en libertad con cargos, pero en paradero desconocido. Herminia había rehusado hacerse responsable del último requerimiento que a través de carta le hacía el juzgado, porque no sabía, a ciencia cierta, si podría hacérselo llegar en plazo. Pero era su vida. Por fin entendía que su hijo debía mostrar madurez suficiente para hacer frente a las consecuencias. Ella, por su parte, dedicaría sus últimas fuerzas a quienes la reclamaban y de verdad la necesitaban. A quienes lo merecían. Y Fuensanta estaba entre ellos.

Aquella mañana de octubre de 1985, el timbre de la puerta sonó dos veces consecutivas, sin pausa entre una y otra; era la llamada típica de Salvador, su forma de identificarse cuando visitaba a Fuensanta en casa de la anciana con la que convivía. La mujer dormía plácida; las pastillas que solía tomar para poder conciliar el sueño le hacían efecto bien entrada la madrugada. Aroa se agitaba en su cuna, alentada por el aleteo de su pequeño estómago que ella identificaba por instinto como una señal de hambre. El reflejo del sol de octubre, a esas horas de la mañana, doraba la superficie de los muebles antiguos del salón y daba vida a las motas de polvo que bailaban libres, en suspensión.

Fuensanta abrió la puerta, dándose de bruces con el rostro decaído y blanquecino de Salvador. Tenía ojeras y mostraba una pose aplomada que despertó en ella la preocupación.

—Tienes mala cara, ¿qué te pasa? Entra y siéntate.

—No estoy bien —la informó él—. He despertado con fiebre, me pincha la garganta y me duele la cabeza. Y las rodillas. Me he pasado toda la noche arropándome y desarropándome, lo mismo tenía frío que empezaba a sudar a chorros, no he dormido nada.

—Pues tiene pinta de ser gripe —concluyó ella—. O algún enfriamiento tonto que hayas cogido. ¿Y por qué te has levantado? Tendrías que haberte quedado en la cama.

Salvador se acomodó en un rincón del sofá, pasándose la mano por la frente para limpiar las gotas de sudor que habían brotado en ella nada más entrar.

—Sí, tendría que estar metido en la cama, pero es que...

—¿Pero es que qué? ¿Qué problema hay?

Él carraspeó, simulando un picor de garganta que ocultaba una actitud nerviosa.

—Tengo un negocio pendiente. Un trato que debo cumplir.

Fuensanta se detuvo y lo miró, escuchando de fondo los primeros lloriqueos de Aroa, que la reclamaba.

—¿Qué negocio? ¿Un trato de qué? ¿No puede esperar? Pero si no puedes tirar de tu cuerpo. Tú mírate. A no ser que te lleve poco tiempo y puedas volverte a la cama.

—Si fuera así, no tendría ningún problema. Pero... tengo que viajar — apuntó, cerrando los ojos con pesadez.

—Pues eso ya es peor.

—Por eso, por eso he venido. Para que me digas cómo lo hago, a ver si hay algo que me pueda tomar que me ayude a estar en pie.

—¿Y me lo preguntas a mí? Yo no soy médico.

—Pero estás acostumbrada a cuidar de la mujer esta, conoces las pastillas que se toma para sus achaques. Si voy al centro de salud me van a decir lo que ya sé, que guarde reposo y que me tome una pastilla para la fiebre cada ocho horas, pero a mí eso no me resuelve el problema. Y créeme que es un problema.

Ella volvió a mirarlo, con mayor perplejidad. No solía inmiscuirse en sus asuntos de trabajo, Salvador era celoso con ellos. Y en aquel punto de su relación, aún eran lo bastante independientes como para organizar sus vidas a criterio propio, a pesar de los fuertes lazos afectivos que los unían, sobre todo, de Fuensanta hacia él. Creía estar enamorada. Pero ante todo sentía que lo amaba. Sin saber por qué. Aunque tal vez fuera aquella la razón más convincente para afirmarlo. Cuando la mente es incapaz de explicar un sentimiento es porque este resulta ser un vástago puro del corazón.

—Tengo que darle el biberón a la niña. Voy a ir a por ella, me voy a sentar a tu lado y, mientras se lo toma, tú me explicas con detalle en qué consiste ese problema, ¿de acuerdo? —dijo ella, con una mezcla de comprensión y un cierto autoritarismo en la voz que no solía emplear con él.

Fuensanta acomodó a Aroa en su regazo, dejó caer unas gotas de leche sobre el dorso de su mano para comprobar si quemaba y, después, se aseguró de que la pequeña succionaba bien el contenido a pesar de los grumos diminutos que nadaban en el líquido. Luego dirigió la vista a Salvador y alzó las cejas en un gesto elocuente que lo invitaba a hablar.

—Tengo que ir mañana a recoger un porte de telas a Algeciras para venderlas en el mercadillo y en una tienda de aquí, de Málaga.

—¿Ahora vendes telas? Creía que seguías vendiendo artículos turísticos.

—No son para mí.

—¿Y por qué vas tú?

—Me lo han pedido. Como un favor.

—Pues diles que no puedes hacerlo, ya tendrás más ocasiones de hacer favores.

—No puede ser, todo está ultimado y concretado. Y no hay otro que lo

haga.

—Bueno, pues, que lo retrasen un par de días, hasta que estés mejor.

Salvador negó con la cabeza, moviéndola con lentitud.

—Fuensanta, tiene que ser mañana. Todo está organizado para mañana. Y si no lo hago, no dejaré de hacerles un favor. Se lo tomarán como algo peor.

Aroa se quejó. Su madre había dejado caer la mano, atenta a la confesión, y se le hacía imposible seguir tomando su leche con normalidad.

—Expícate, Salvador. Dime claramente lo que te traes entre manos, porque a mí me parece muy raro todo esto que me estás contando.

Él se puso tenso y se concedió una pausa antes de continuar hablando.

—En ese porte viene otro tipo de mercancía, además de las telas.

A Fuensanta se le volteó el estómago.

—¿Qué... tipo de mercancía? —preguntó, sabedora de la respuesta.

—Esa... La que estás pensando —contestó con gesto circunspecto y culpabilidad en la voz.

—¿Pero tú estás loco?!

La niña se asustó ante la exclamación de su madre y comenzó a hacer pucheros, agitando sus manitas de un lado a otro.

—Ya está cariño —la calmó ella, acariciándole el pelo—, tranquila, ¿vale?

—Es poca cosa, lo justo para aliviarnos un poco. Ahora, con la niña, nos vendrá bien, necesita mucho.

—Yo no te he pedido nada, con lo que me paga Antonia me apaño. La comida y la casa la tengo. La tenemos —rectificó, mirando a Aroa.

—Ya, lo sé, pero yo quiero que estés más tranquila, que no tengas que preocuparte por nada. —Pasó el reverso de sus dedos por la mejilla de Fuensanta, regalándole una caricia cariñosa hasta recalar en la nuca—. Nunca ha pasado nada, está muy bien organizado. Alquilan una furgoneta pequeña, una Citroën Berlingo, y traen los rollos de telas con la mercancía camuflada en ella. Lo más peligroso es pasarla a Algeciras, pero no lo hago yo, lo hacen otros, y ellos son los que de verdad se la juegan. Una vez que está dentro, yo solo tengo que ocuparme de cargar el coche en el punto de origen, a las afueras de Algeciras, y traerlo hasta la puerta de un almacén de telas que hay aquí, en Málaga, en el polígono industrial de Santa Cruz. Además, todo esto no se hace de seguido, dejan pasar unos días desde que entra la mercancía hasta que la sacan de allí. Apenas hay riesgo y es un dinero fácil que nos viene muy bien.

Fuensanta se revolvió nerviosa.

—¿Cuántas veces has hecho esto?

—Ninguna. Esta es la primera.

—¿Y cómo has llegado hasta ellos? ¿O son ellos los que te han buscado por algo?

Salvador desvió la vista, dándose tiempo para contestar.

—Debo algunos favores, ya te lo he dicho. Conozco a la persona que lo hace normalmente, pero esta vez no podía y me lo ofreció.

—¿Y por qué dices que si no vas se lo tomarán como algo peor que un favor que no les haces? —preguntó Fuensanta, con temor.

—Por la información de la que dispongo. Porque se supone que ya estoy al tanto de sus trapicheos y conozco la forma en que lo planifican. Al menos, la última parte de la operación.

—¿Y qué? ¿Eso ya te obliga a ir?

Salvador respiró con resignación ante la ingenuidad de Fuensanta.

—Si yo participo, ellos se sienten más seguros, dan por hecho que no los voy a delatar. Hacerlo sería de idiotas, porque yo caería también, aunque mi implicación fuera de poca importancia. Pero si no voy, se sienten vulnerables por lo que sé de todo esto. Podría irme de rositas.

—Pues a mí eso me parece absurdo, qué quieres que te diga. Si quieres delatarlos, puedes hacerlo en cualquier momento. Podrías irte ahora mismo a la policía y explicarles cuáles son sus planes.

—Podría hacerlo, sí. Pero me costaría muy caro. Estoy vigilado. Estamos vigilados —matizó, despertando el pavor en las entrañas de Fuensanta.

Ella se levantó, puso a Aroa sobre su hombro para que expulsara los gases y comenzó a pasear de un lado a otro del salón, con flojedad en las piernas. No concebía cómo Salvador había sido tan incauto de meterse en un fregado tal. A veces le parecía que la experiencia vital que había ido acumulando desde su infancia le impulsaba a actuar sin control, con una confianza excesiva en sus posibilidades, no en la bondad del mundo, que él ya había demostrado saber que no existía. No había aprendido aún a guarecerse las espaldas, a pesar de alardear de ello abiertamente.

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó, con la voz seca—. ¿Dos personas, una banda, una red organizada?

Fuensanta quería calibrar la magnitud del peligro al que se enfrentaban.

—No lo sé. Ni lo quiero saber. Cuanta menos información tenga mejor. Mi amigo está actuando de intermediario entre ellos y yo, él es el que me da las

instrucciones y me hace las advertencias. Pero no creo que sea una red, ni siquiera una banda, como tú dices, ya te digo que el porte es muy escaso. No deben de tener una operativa de envergadura.

La pequeña se había quedado dormida con el vaivén de su madre. Fuensanta escuchó su respiración profunda y abandonó el salón para dejarla en su cuna con suavidad. Volvió a él y miró a Salvador con las manos apoyadas en la cadera.

—No estás para conducir —aseveró, con gravedad en el gesto al observarlo de nuevo—. ¿Qué pasaría si te diera un mareo al volante? Son unas cuantas horas, bastantes, entre la ida y la vuelta para que estés tanto tiempo en pie, con fiebre...

—Ya. Pero tengo que hacerlo —afirmo él—. Tengo que ir como sea, Fuensanta, no estaré tranquilo si no lo hago.

—¿Y después de esta? ¿Qué pasará después de esta vez?

—¿Te refieres a si lo haré más veces? —Ella asintió en silencio—. Después de esta, se acabó. Una y no más.

—¿Eso lo saben ellos?

—Sí. Ya te digo que este porte lo hago yo en sustitución de mi amigo. Cuando vuelva, se encargará él, yo ya no intervendré en nada más.

Fuensanta guardó silencio, con la mano tapándose la boca. A continuación, cerró los ojos y negó con la cabeza, incapaz de creer lo que estaba pensando. Lo que acababa de decidir.

—Está bien, yo voy.

—¿Que estás hablando?! —exclamó Salvador, irguiéndose en el sofá.

—Yo lo hago. Si es como estás diciendo, no tiene por qué haber problemas, ¿no? Dices que el riesgo es mínimo, que una vez que ha entrado la mercancía en Algeciras lo peor está pasado. Pues ya está. Cojo esa furgoneta, voy a por las malditas telas y las dejo en la puerta de ese almacén. Eso sí —advirtió con el índice levantado, apuntando a Salvador—, luego te alejas de toda esta mierda o me largo con mi hija por donde he venido, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Entendido. —Con esfuerzo, se levantó del sofá y la abrazó, besándola con dulzura en la frente—. No sé cómo podré pagarte esto.

—Dejando de hacer el imbécil —dijo, con profunda ofuscación.

—Voy a llamar a mi amigo. Tengo que plantearle este cambio de planes, espero que no haya problema.

Fuensanta emprendió la vuelta a casa al día siguiente, al volante de una Berlingo alquilada a su nombre para evitar problemas con la compañía de

seguros en caso de accidente. En el habitáculo de carga, portaba una montaña de telas enrolladas, perfectamente precintadas e identificadas; a su derecha, en el asiento del copiloto, la documentación con el albarán de entrega de los tejidos con las especificaciones legales reglamentarias; y en el cubículo de su estómago, un nudo grueso y apretado. Abandonó el casco urbano de Algeciras y condujo por la Autovía del Mediterráneo, en dirección a Málaga, respetando los límites de velocidad —por nada del mundo quería complicarse la vida con multas de tráfico—. Dejó atrás Los Cortijillos, Guadacorte y Taraguilla. Y a la altura de San Roque observó cómo la circulación de los vehículos comenzó a ralentizarse, densificándose el tráfico considerablemente unos kilómetros más adelante, hasta llegar casi a detenerse en un tramo de autovía que no tenía accesos de entrada o salida a la misma, rodeada de vegetación y sin edificación alguna. Quiso pensar que podía deberse a un accidente de circulación en la zona.

Con cautela, asomó la cabeza por la ventanilla. Y le comenzaron a sudar las manos de manera ostensible al apreciar las señales de la Guardia Civil, controlando la circulación de vehículos bajo el puente situado poco antes de llegar al Casino Admiral de San Roque. Entonces se encomendó a su amado Cristo de la Expiración, al Cachorro, rezando por que la dejaran pasar de largo.

Blanca.
Diciembre de 2012.

Mis años de estancia en Marbella los recuerdo como un destierro; voluntario, a ojos de mis padres, y obligado a los míos propios, por el miedo atroz a una ciudad que, en mi mente, se había reducido a su décima parte incrementando considerablemente las probabilidades de volver a encontrarme con él. Un destierro autoimpuesto como salida a una vida que me venía larga, que me sobrepasaba. Es fácil que nos sintamos valientes, confiadas en nosotras mismas y en nuestras posibilidades cuando nos amparamos en el parapeto de los padres, que nos protege aunque la inmadurez de la juventud se empeñe en renegar de él. Pero qué distinto se percibe todo cuando caen los castillos contruidos en el aire y nos damos de bruces con la realidad, más dura de lo que siempre pensamos que pudiera ser.

La soledad se instaló en mi vida nada más bajar del bus. Y con ella, el adverbio más repetido en un monólogo interno que no cesaba de hacer preguntas: ¿cómo hacer esto o aquello?, ¿cómo actuar?, ¿cómo comportarme?, ¿cómo vivir con desconocidos?, ¿cómo guardar mi secreto?, ¿cómo relacionarme?, ¿cómo superarlo todo?, ¿cómo, cómo, cómo...?

Me acomodé en una pensión de mala muerte las primeras tres semanas, necesitaba tiempo para adaptarme a una rutina en la que debía reubicarlo todo, desde el cepillo de dientes hasta la administración de un sueldo escaso a cambio de un día entero de jornada laboral. Llegaba a la cama extenuada por un trabajo físico al que no estaba acostumbrada y con las fuerzas mermadas por un pésimo estado de ánimo que me las devoraba. De no haber sido por la salvaguarda del anonimato en aquella ciudad extraña —que me hacía sentir segura— no habría aguantado hasta encontrar a Violeta. Ella fue quien me abrió una puerta en su vida para que yo entrara, convenciéndome para que me

trasladara al piso que compartía con otras chicas; una de ellas volvía a su lugar natal dejando libre una plaza que podría ocupar yo. Y no lo pensé mucho. El silencio de mi habitación, tan apreciado al principio, se había vuelto demasiado denso. Me aplastaban sus paredes y el aire me sabía a podredumbre y vidas rotas.

Cambiar de ambiente y verme rodeada otra vez de vida al llegar a «casa» me reconfortó, aunque no llegara a encajar en ella tanto como las demás. Quizá el problema estuvo en no haber sabido integrarme y participar de sus idas y venidas, de conversaciones de chicos que me producían rechazo, o simplemente, no profundizar en una relación con ellas por temor a verme delatada y cuestionada. Su mundo giraba al derecho; el mío, en sentido contrario. Ellas iban hacia adelante y yo daba vueltas en círculos con el rumbo perdido, movida por inercia en cada momento. Mis compañeras de piso controlaban sus vidas, aunque fuera de forma alocada; en mi caso, la vida me seguía controlando a mí, se empeñaba en mantener mis dudas patas arriba, removiendo sentimientos que no conseguía clarificar. Tenía miedo a equivocarme y miedo a volver; me remordía la conciencia haber abandonado a mi hijo, aunque fuera patente mi rechazo hacia él; me veía metida en un túnel sin saber cómo salir, pero me negaba a pedir ayuda para poder escapar.

Me refugié en la lectura para paliar mi carencia de vida social, para matar las horas de ocio en los días en que no debía ir a trabajar. Leyendo conseguía evadirme, me trasladaba a otros mundos y alejaba de mí pensamientos recurrentes que me encerraban en una espiral negativa de la que me costaba salir. Reduje mi vida a un camino de ida y vuelta de casa al hotel y poco más; a lo sumo, alguna visita al supermercado destinada a la cena, porque el almuerzo lo hacía fuera, no tenía tiempo de regresar a comer. Como contrapunto, mis compañeras y su apretada agenda en la que intentaban integrarme sin éxito. La noche, la calle y las copas formaban un cóctel explosivo que me producía un altísimo nivel de ansiedad.

Una tarde vi a Violeta en el salón, con un portátil de segunda mano que le había comprado a un chico de la facultad. Navegaba por Facebook mientras yo leía «Jane Eyre» hecha una piltrafa, en un rincón del sofá. Estábamos las dos solas. Recordé entonces las veces en que María me había dicho de abrir una cuenta para poder contactar y, a su vez, relacionarnos con otras amigas a las que no teníamos oportunidad de ver personalmente por haberse marchado a estudiar. En un principio lo rechacé. Mi anonimato era esencial, me brindaba seguridad, y no estaba dispuesta a ponerla en peligro entrando en una red

social. Pero Violeta me sugirió usar un *nick*, una imagen neutra y la posibilidad de elegir minuciosamente a quién daba permiso para contactar conmigo, a quién concedía mi amistad. Me habló de la existencia de grupos con intereses comunes, con pasiones compartidas en los que poder intercambiar opiniones, información diversa o datos curiosos que me podrían resultar atractivos, con independencia del grado de implicación que yo quisiera tener después. Ella pertenecía a un club de atletismo, le encantaba correr, y yo podría ser miembro de algún grupo de lectura en el que hablar de libros o disfrutar de actividades organizadas por él, como asistencias a foros, conferencias, presentaciones literarias, incluso talleres de escritura en los que integrarme para salir del caparazón en el que estaba metida. Confiando en sus consignas de privacidad, terminé por abrirme una cuenta bajo el nombre de Jane Eyre. Me estrené con dos amigas, Violeta y María, bajo el firme propósito de aceptar solo a mujeres, con el requisito indispensable de haberlas conocido a través de algún grupo de lectura y con referencias previas que me dieran seguridad.

Conocer a Estela y a Patri, a través de uno de esos clubes, fue lo mejor que me pudo pasar. Tardé tiempo en aceptarlas. No veía la necesidad de que invadieran la intimidad de mi muro cuando a través del grupo poníamos en común nuestros intereses literarios, que era lo que yo entonces necesitaba como alternativa de ocio. Pero esas horas de puesta en común, los comentarios en la misma onda, nuestros gustos lectores tan similares y el cariño y la simpatía mostrados al cruzarnos al pie de cada *post* terminaron por unirnos, hasta aceptar nuestra amistad mutua y abrir, incluso, un chat privado donde las cuatro pudiéramos comentar lo que nos pareciera oportuno. María quedaba un tanto al margen de la literatura, no era precisamente una de sus pasiones; pero congenió de maravilla con las dos, le gustaba charlar con ellas aunque se tratara de cuestiones alejadas de las letras. El grupo de Las ratonas fue, para mí, una ventana al exterior que comenzó a abrirse en aquel entonces y que aún continúa. Era una entrada al oxígeno y una salida a la angustia. Una entrada al aliento y un escape para esas viles sensaciones que no me dejaban tranquila.

Mi vida se fue normalizando a golpe de reloj y de actividades metódicamente insertadas en ella, de manera progresiva, creciente, pero muy escasas comparadas con el ajetreo de mis compañeras de piso, de las que cada vez me distanciaba más por nuestro estilo de vida dispar. Aguantaba que me llamaran «la abuela», que marcharan a dormir cuando yo me levantaba, que se emperifollaran de forma provocativa mientras yo echaba la vista a un lado

para ahuyentar los recuerdos. Lo que no aguantaba eran los quejidos lejanos —y cercanos— que apreciaba algunas veces cuando, sospechosamente, volvían más temprano a casa tras una salida de copas. Me encerraba en mi cuarto y daba una vuelta a la llave, encendía las luces, agarraba mi teléfono móvil y chateaba con las chicas o paseaba por *Face* para tener la sensación de no estar sola. Otras veces, cuando la incursión la hacían a plena luz del día, yo escapaba a algún parque infantil cercano; la proximidad de unos padres vigilando el entorno para proteger a sus hijos me daba tranquilidad.

Una de esas tardes marcó un antes y un después en mi estancia marbellí. María solía enviarme las fotos de Álvaro que podía conseguir, las hacía a distancia. Aun así, podían distinguirse sus rasgos con relativa facilidad. Incluso me enviaba algún vídeo corto grabado con móvil en el que nada se podía escuchar, pero sí apreciar retazos de vida en la imagen de mi hijo.

Aquel día, en aquel parque, me pareció ver a Álvaro y me sobresalté. No sabía a cargo de quien estaba, hasta que una mujer joven fue hasta él y le ayudó a subir al tobogán por el que tanto empeño mostraba. Fue una mera ilusión, un espejismo. Pero ya nada volvió a ser igual. Todo se me derrumbó. Todo se revolvió en mi mente, como si hubiera penetrado una ráfaga de aire en una cápsula al vacío desmoronando una estructura construida artificialmente. Siempre existe un detonante, una primera pieza que cae y empuja a todas las demás, un ruido inesperado que rompe el silencio y te hace despertar volatilizándolo un sueño que ya no vuelve. Me pregunté qué estaba haciendo allí, alejada de mi hijo. Paseé la vista por todos los pequeños que jugaban y observé su relación con quienes los acompañaban. Me asoló como un tornado la incertidumbre de no saber si algún día podría arrepentirme de haberme perdido su infancia, y lo que era más grave, si algún día tendría que asumir su acusación de renegar de él sin ser culpable, sin que él hubiera hecho absolutamente nada para castigarlo así. Reparé en el tiempo que yo llevaba soportando la culpa de haber sido violada, a la que debería sumar la de haber obligado a mi hijo a crecer sin la protección y el cariño de su madre. La primera podría esquivarla, pero jamás podría eludir la segunda. La acusación de haber abandonado a mi hijo provocaría en mí una culpa eterna al ser real.

No supe si fue un cambio drástico de mentalidad. Tampoco si el tiempo que llevaba viviendo en Marbella, a solas, alejada del núcleo problemático de mi vida, abrió ante mí aquella nueva perspectiva. No me lo cuestioné. Lo que sí supe fue que huir no es el camino. La cobardía te amputa la voluntad, la libertad, los apéndices de una vida que hay que vivir. Recordé el cuento

infantil que había leído; para superar el miedo a un fantasma hay que enfrentarse a él, plantarle cara. Y seguir allí escondida no solo no lo destruiría, sino que además alimentaría a otros tantos que, tarde o temprano, terminarían por devastarme.

Debía volver.

Llegué a casa antes de lo que pensaba. La proximidad de las Navidades se había dejado notar en las reservas del hotel y había que doblar esfuerzos por atender la demanda, así es que mi jefe de personal no dudó en fastidiarme el sábado con unas horas extras que resultaron ser menos de las que esperaba. Mi madre y yo habíamos planeado llevar a Álvaro al cumpleaños de un compañero del cole y aprovechar para hacer algunas compras de cara a las fiestas, pero tuvo que llevarlo sola. Miré la hora por si aún tenía tiempo de agregarme, en casa no había nadie. Pero no merecía la pena, debía de estar a punto de terminar.

Me senté en el sofá, me quité los zapatos y subí los pies para descansarlos entre los cojines. Me asaltó un sopor leve con bostezos incluidos que no sabía si atribuir al hambre o al sueño. La noche anterior, la conversación por chat con las ratonas se había prolongado hasta las once, y continué después charlando con Patri, en privado, hasta la una de la madrugada. Se nos iba el santo al cielo cada vez que conectábamos.

Escuché una llave en la puerta y, en menos de un minuto, mi padre asomó la cabeza. Se alegró de verme. Y yo a él. Me dedicó una sonrisa, en esa línea de parquedad en palabras que lo caracterizaba. Se sentó junto a mí y me estiró las piernas, dejando caer mis pies sobre sus rodillas para darme un masaje.

—¿Cansada? —me preguntó.

—Un poco. Sobre todo, los pies. Llevo toda la semana planchando sábanas y los tengo ya como una foca.

—¿Te quedaste a estudiar anoche? Ví luz hasta muy tarde.

—No. Estuve charlando con mis amigas y luego intenté leer un rato, así me duermo antes. No pienso.

Sonreí, con una pizca de pesadumbre.

—¿Cómo vas? —me preguntó, sondeándome más con el tono usado que con las palabras.

—Mejor. Bastante mejor. Mucho más tranquila.

—Me alegro. Y ya sabes, cualquier cosa que te preocupe...

—Lo sé.

—¿Mamá y el niño no han venido todavía?

—No. Ya no tardarán en llegar, supongo, el cumple era a las once. —Mi padre hizo amago de levantarse, pero también se le veía algo cansado y volvió a arrellanarse—. Papá...

—Dime.

—Háblame de Álvaro, cuéntame cosas de él.

—¿Qué quieres que te cuente? Lo más importante lo sabes ya, tu madre te ha ido poniendo al día de todo.

—No, no me refiero a cosas importantes. Detalles, anécdotas, su día a día. Sé lo que ha vivido, pero no cómo ha vivido.

Se levantó. Y en pocos minutos volvió con unos cuantos álbumes de fotos que puso sobre la mesa. Yo me erguí enseguida, me pareció una idea excelente.

—No imaginaba que tuvierais fotos en papel, todo el mundo las guarda en digital.

—Tu madre y las tecnologías no se llevan muy bien. Y tampoco confía mucho en ellas, dice que de aquí —tocó el álbum— tiene la garantía de que no se borran.

Nos echamos a reír. Mi padre abrió uno de ellos y pude ver la primera imagen de Álvaro metido en una bañera pequeña mientras mi madre lo sujetaba. Su barriguita abultada afloraba en la superficie del agua como el lomo de una pequeña ballena. Tenía la carita salpicada de gotas y jabón en el pelo y en la boca. Sonreía abiertamente, con ganas, como yo en ese momento.

—Aquí tenía cinco meses. Mira qué roscas tenía en las piernas —me mostró otra foto—, no paraba de comer. Verás esta otra...

Pasó unas cuantas páginas y se detuvo para señalarme una imagen de Álvaro sentado en el sofá, sujetando un trozo de pan con sus manitas mientras lo mordía. Se podían entrever los dos dientecillos de abajo entre las migas esparcidas por los labios y por toda la barbilla.

—Apenas se ponía malito —continuó diciendo, mientras lo ojeábamos—. Los virus típicos del invierno, pero nada de importancia. Era algo escandaloso para la fiebre, pero no duraba mucho. Siempre ha tenido buenas defensas, es un niño fuerte.

Me estaba emocionando. Lo había dejado con tres meses, cuando aún no reaccionaba a demasiados estímulos y, menos, si provenían de mí, porque

apenas me conocía. Y en apenas tres meses más podía percibir, a través de las fotos, sus gestos, su rostro feliz, su inocencia. Podía apreciar su vida y su mundo, el que mis padres habían construido para él y en el que había sido cuidado y mimado. Siempre aparecía sonriendo.

—Apenas lloraba —afirmó mi padre—. Siempre ha sido un niño alegre. Aún recuerdo el día que lo llevamos a la playa, cuando ya sabía caminar. Notaba extraño el tacto de la arena en los pies que se le quedaba pegada por la humedad y no paraba de levantarlos, parecía que estaba zapateando en un tablao flamenco. No dejaba de mirárselos. Quería coger los granitos con sus dedos pequeñitos, hasta que alcanzó a agarrar un puñado de arena con la mano sin saber luego lo que hacer con ella. Sacudía las manos abiertas con todas sus fuerzas mientras nos miraba con los ojos asombrados y la boca hecha un rosco. Yo hice una pequeña bolita de arena y se la lancé a la barriga, y aquello le provocó una risa contagiosa que voy a recordar siempre. Empezó a imitarme. Apenas conseguía lanzarme unos cuantos granos, pero yo simulaba caerme por el impacto y él no podía dejar de reírse a carcajadas. Acabamos emborrizados los dos. Fue maravilloso.

Se me escapó una lagrimita escuchando a mi padre. De felicidad por él, de agradecimiento, de nostalgia, de ternura ante la escena que me estaba contando y de la que había dejado constancia en las fotos. Seguimos viendo muchas, muchas más. Álvaro en la piscina, sentado en una silla de madera pequeña, vestido de flamenco en la feria de agosto, intentando soplar las velas de cumpleaños, jugando con globos de colores, pateando un balón de fútbol con su primera equipación del Barça, montando en triciclo, subido a caballo a lomos de un bóxer con cara de bueno, en la cima de un tobogán, con disfraces de superhéroes en Carnaval, construyendo torres con cubitos de colores, pintando sus primeros dibujos, con las manos, la cara y la ropa llenita de cera. No podía dejar de observarlo, con sus ojos claros, su rebelde mechón de pelo caído hacia adelante, sus pecas en las mejillas desde el primer año. Me había perdido mucha vida a su lado, demasiadas primeras impresiones que mis padres podían contar y yo no. Y no estaba dispuesta a dejar pasar ni una más. Nuestro vínculo afectivo se había ido afianzando, Álvaro no había puesto reparo alguno en incorporarme a su vida, tenía bastante más inocencia que edad. Y yo quería corresponderle. Sentía que quería corresponderle.

—Esta Navidad será especial, papá.

Mi padre me acarició el pelo, asintiendo con lentitud. El álbum se había quedado abierto por una página en la que había una foto preciosa de mi hijo

abriendo sus regalos de Reyes el año anterior.

Escuché las pisadas de Álvaro y lo busqué con la vista, venía corriendo en dirección a mi padre, al que dio un abrazo con todas sus fuerzas, rodeándole el cuello. Segundos después se oyó la puerta al cerrarse, pero mi madre no apareció, debió de quedarse colocando lo que trajera en las manos o guardando el abrigo y el bolso en su dormitorio. Álvaro se aproximó a mí con parecida efusividad, pero frenó en seco al ver el álbum sobre mis piernas.

—¡Oh! —exclamó, curvando los labios sin apenas producir sonido—. ¿Qué ves, mami? —Me dio un vuelco el corazón al escucharlo decir «mami», no «mamá», sino «mami», más tierno, más cercano, más íntimo—. ¡Los regalitos de los Reyes, esos los tengo, allí, en mi cuarto, ¿te los enseño?! —preguntó excitado.

—Espera, ven aquí. Siéntate —Lo subí a mis rodillas—. ¿Tú escribes la carta a los Reyes Magos para que te traigan los regalos?

—Sí, la *abume* ayuda. Yo le digo qué quiero y ella escribe, porque yo no sé escribir, las letras me salen un churro.

—¿Un churro?! —exclamó mi padre—. Pero si son preciosas.

—La *abu* dice que son un churro, que tengo que practicar más. Los *tiangulitos* sí me salen.

—¿Quieres que esta vez te ayude yo? —le pregunté—. ¿Quieres que la escribamos entre los dos?

—¿Tú sabes hacer cartas? —me dijo, con los ojos muy abiertos.

—¡Claro! ¡Me salen chulísimas, ya verás!

—¡Vale!

—¿Y vamos a poner el árbol con las bolas, las estrellas, las campanillas?

—¿Y los bastones de dulce? ¿Y los caramelos? ¿Y las luces?

—También.

—¿Cuándo? —preguntó saltando de mis piernas al suelo.

—Cuando tú quieras.

—¡Ahora!

—Ahora no puede ser —intervino mi madre, que acababa de aparecer—. Ahora vamos a comer. Esta tarde.

—¡Jo! —exclamó, cruzando los brazos.

—Pero antes dile a mamá eso que me has dicho a mí por el camino. Anda, díselo.

—¿El qué, Álvaro? —pregunté.

El niño se encogió de hombros y dobló la boca hacia abajo, no sabía a lo

que su abuela se refería.

—Sí, lo que dice tu amiga Ainhoa de mamá. ¿Cómo es mamá, Álvaro? — preguntó con retintín, a la expectativa de la respuesta.

—Guapa.

—¿Eso dice Ainhoa, que soy guapa? —le pregunté, sonriendo.

Mi madre insistió:

—Sí, guapa. ¿Y qué más?

—Y un putón —exclamó Álvaro echando a correr, inocente, ajeno al significado de la palabra.

—¿Cómo? —inquirió mi padre, mirando sorprendido a mi madre.

—¡Voy a coger a esa banda de arpías y las voy a poner a caldo!

—¿A quiénes? —preguntó él, mientras yo callaba.

—A la madre de Ainhoa y compañía, ¡a quién va a ser! La niña se lo habrá escuchado a ellas, ¡pero si no sabe ni lo que es! ¡No estoy dispuesta a que mi nieto escuche eso de su madre, ¿me entiendes?! ¡No me da la gana! Porque ya se habían ido, que si no...

—Cálmate, Victoria, no puedes enfrentarte a ellas sin saber de dónde ha salido eso.

—Me da igual. —Seguía obcecada—. ¡Que lo digan en mi cara! ¡Qué sabrán ellas, menuda lengua!

—Mamá...

—Es mi hija. Si no la defiendo yo, ¿quién lo va a hacer?

—Mamá, escúchame un momento, por favor —insistí, forzándola a mirarme—. No vamos a entrar al trapo de todo lo que digan. No las escuches. A Álvaro se le había olvidado lo que había dicho Ainhoa y tú lo has obligado a recordarlo. Mientras más importancia le demos, peor.

—¿Te da igual que te tachen de puta?

—No, no me da igual —dije con seriedad—. Pero no voy a ir por ahí peleándome con todo el mundo y tú tampoco —apunté—. Que piensen lo que les dé la gana, ya se aburrirán. No quiero comerme la cabeza con mierdas como esa.

Me había enfadado. Cabreado, más bien, por la atribución que se permitían algunos de catalogar a quienes les parecía sin saber de ellos absolutamente nada, en virtud de unas apariencias que en este, como en otros muchos casos, podían ser erróneas. Pero todos habíamos criticado alguna vez, todos nos habíamos pasado de la raya en algún momento cuando la causa era ajena y los jueces nosotros. No iba a dejarme llevar por impulsos ni a echarme encima

más preocupaciones de las que ya tenía por quienes de verdad me importaban. Y tampoco deseaba ver a mi madre participando en aquel circo.

Álvaro entró de nuevo en el salón, cuando ya nos levantábamos mi padre y yo.

—¿Papá vendrá con nosotros a la cabalgata? —preguntó él, abiertamente.

Nos miramos perplejos, no sabíamos a qué atendía aquella pregunta.

—¿Papá? —Mi madre se agachó a su lado—. Ya te expliqué que papá no está, cariño, no puede venir con nosotros —le dijo con dulzura.

—Ella tampoco estaba —advirtió, señalándome con su dedito extendido—. Pero ya ha venido. Papá también puede venir.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Cielo... —comenzó a decir mi madre.

Álvaro se giró para mirarme, sin dejarla terminar.

—Mami, ¿tú sabes dónde está mi papá?

Octubre de 2013

Las pupilas de Aroa se habían dilatado al máximo, a pesar de la luz. Era incapaz de mover un músculo mientras escuchaba a su madre relatar los hechos acontecidos veintiocho años atrás. Con los sentidos en alerta intentaba atrapar cada gesto, cada suspiro, cada palabra vertida por Fuensanta al espacio para desgranarlos y darle significado a una forma de percibirlo todo que la desconcertaba. Por primera vez en su vida fue consciente del desorden de sus emociones, de la flagrante ruptura de los nexos de unión lógicos entre estas y la razón. El mundo de la droga siempre le resultó reprochable. En todas sus vertientes, pero en grado máximo y criminal entre quienes lo promovían para lucrarse de él a costa de la dependencia miserable de otros seres humanos, jóvenes en muchos casos. Y allí estaba ella. Pinchada en la silla, con los dedos de las manos apretándose los muslos, a la espera de escuchar con ansia lo que era evidente que no había sucedido, que la Guardia Civil diera a su madre vía libre para atravesar aquel puente, permitiéndole volver a casa, a pesar del delito, para que ambas pudieran continuar sus vidas en compañía mutua. Observó los matices de la inocencia en el rostro de Fuensanta, el brillo de la culpabilidad y del reproche propio en sus ojos, y se preguntó cómo se puede transgredir la ley de manera consciente con la nobleza de espíritu que adivinaba en ella: ¿por ignorancia?, ¿por la inmadurez de la juventud?, ¿por miedo?, ¿por amor? Rememoró las palabras de Víctor en relación a su madre: «Ella daría la vida por cualquiera de nosotros. Hasta por ti.»

La habitación había enmudecido. La abuela Herminia permanecía recostada en el sillón, con la vista ausente y el corazón fruncido. La cama de al lado había sido ocupada tras habersele retirado a Fuensanta la vigilancia policial. Una anciana, aquejada de una hemorragia digestiva grave, respiraba

con suavidad por los efectos de una sedación que parecía no atender exclusivamente al alivio del dolor. A su lado, dormitaba una mujer mayor cuyas ojeras evidenciaban el cansancio de atenderla incluso antes de su entrada al hospital. Fuensanta había envuelto su confesión en un susurro que no trascendía el espacio más allá de donde Herminia y Aroa estaban sentadas. Un susurro de intimidad. O de vergüenza.

—No quiero ni acordarme del espanto que sentí cuando los civiles abrieron la puerta del maletero y subieron a un perro para que lo oliera todo. Se volvió loco, ladrando sin parar. Entonces me llevaron a su furgoneta; registraron y sacaron toda la mercancía que yo llevaba hasta que encontraron la dichosa droga. Si no hubiera sido por ti, Aroa —dijo mirándola—, porque tú me estabas esperando en casa, no me hubiese importado morirme allí mismo.

Aroa no la interrumpió, no dijo nada. No podía ni quería hacerlo. No deseaba obtener detalles escabrosos de todo aquello, le bastaba una somera explicación del devenir de los acontecimientos que la abocaron a entrar en prisión. Y eso es lo que Fuensanta se disponía a hacer, pasar por alto los entresijos que solo servirían para reverdecer las cicatrices.

—Me machacaron a preguntas —continuó—. Intentaron engatusarme para que delatara a los que estaban relacionados con la mercancía que llevaba en la furgoneta. Se imaginaban que no era solo cosa mía. Pero yo sabía que a mí no me salvaría nadie, porque el hecho de llevarla encima ya es delito. Si yo acusaba a alguien, lo condenaba también. Y ese era Salvador. No había nadie más a quien pudiera culpar, porque él no me había dicho nada, ni siquiera había referido el nombre de ese amigo suyo que lo había metido en el ajo. — Se mordió el labio y pausó la confesión, rescatando recuerdos escondidos—. Aquella era la primera vez, para él y para mí, y como no teníamos antecedentes, pensé que no podía caerme mucho; con un poco de suerte quizá no tuviera ni que ir a la cárcel. Pero si, por mano del diablo, al final tenía que entrar, ¿quién iba a cuidar de ti si Salvador iba también? Siguieron interrogándome hasta que terminó el juicio. Sin embargo, no abrí la boca. Desde el principio tuve claro que mantendría mi decisión, y sobre todo más adelante, cuando supe que me había quedado embarazada de él. Entonces me dije que lo necesitaba fuera, porque mis hijos no podían entrar en prisión. No quería que pagaran por un delito siendo inocentes.

Las lágrimas inundaron sus ojos a pesar de respirar profundamente para mantener la serenidad. Hay recuerdos inalterables que resurgen con plenitud

de matices adheridos a ellos, aunque transcurran años. Recuerdos que no envejecen, que no se deforman, que no pierden la fuerza como los músculos, o la consistencia volviéndose flácidos como la piel.

—Me cayeron seis años por el medio kilo de coca que llevaba. Habrían sido más si hubieran descubierto que había una banda organizada detrás. Lo sospechaban, pero no pudieron demostrar que perteneciera a ella. Sé que no creyeron lo que les conté, pero tengo la cabeza dura y me empeñé en repetir lo mismo una y otra vez, no cambié mi declaración en ningún momento. Así es que me condenaron por lo que pudieron probar. Por nada más.

Volvió a tomarse un respiro para beber un poco de agua y acomodar la almohada para cubrir sus riñones, las horas de cama se los estaba destrozando.

—¿Y Salvador? ¿Qué hizo Salvador? —se atrevió a preguntar Aroa.

—Lloró abrazado a mí si tenía que llorar, desconsolado y sintiéndose culpable por haberme dejado ir. Me dijo que no se lo perdonaría en la vida. Antes de salir la sentencia me repitió muchas veces que todo saldría bien, que ya vería como no pasaba nada, como todo se quedaría en un susto y nada más. Pero no fue así. Cuando supo el tiempo que tenía que pasar allí dentro, cambió sus palabras para tranquilizarme. Me aseguró que él cuidaría de mis hijos. Me habló con tanta sinceridad que yo lo creí. Vuestro bienestar era lo único que yo podía pedir.

El rostro de Herminia, ensombrecido, era la imagen viva de la desolación. Su gesto destilaba la amargura y la pena propias de una conciencia lastimada: la de madre. Aroa se estremeció. Imaginó aquellos momentos como una secuencia de fotogramas de una película de cine muy real, en la que ella también era protagonista. Porque era ella la niña de la que hablaba, la que perdía el vínculo afectivo y la cercanía de su madre para no recuperarlos más. Ella.

—Al principio todo fue bien —continuó Fuensanta—. Salvador iba a visitarme, hablaba por teléfono con él. Me contaba cosas de ti, lo que hacías, lo que ibas aprendiendo, tus avances en el colegio. Me enviaba fotografías para que pudiera verte, porque yo no quería que fueras a visitarme a la prisión. No quería que tuvieras ningún contacto con aquel lugar, ni tampoco que pasáramos un rato juntas yuviéramos que volver a separarnos luego, cumpliendo con las malditas normas. A mí me destrozaría, y tú no entenderías por qué tenías que irte.

»Después de dar a luz a Víctor, Salvador me dijo que solicitara tener vis à

vis con él en prisión. Y así lo hice. Todos los meses tenía un vis-vis íntimo con él. Necesitaba abrazarlo, sentirlo cerca. Y él también a mí. Aquello me daba aire. Era como si me escapara de allí durante hora y media, como si me subiera a las nubes, como si nada hubiera pasado. Aunque se me cayera el mundo encima al salir de la celda en la que nos reencontrábamos. Así estuvimos poco más de un año. Hasta que empezó a distanciarse.

Extendió la mano hacia la mesilla, buscando la botella de agua para aclarar su garganta. La anciana de al lado continuaba durmiendo tras la cortina de separación y la mujer que la acompañaba estaba fuera, dando paseos cortos de un lado a otro, inmersa en su propio mundo de sensaciones. Fuensanta comenzó a doblar instintivamente el embozo de la sábana, a modo de tic nervioso que no podía controlar. Herminia posó la mano sobre su brazo para hacerle llegar su reconfortante afecto. Por ella la habría detenido, habría virado el rumbo de la conversación para sacarla de aquel trance que la hería de nuevo. Pero sabía por propia experiencia que los fantasmas internos no son buenos compañeros, que es mejor dejarlos huir.

—¿Por qué se distanció? —preguntó Aroa, con tristeza empática en la voz.

—No lo sé. Casi no me llamaba y cuando lo hacía apenas hablábamos unos minutos. Decía que tenía trabajo, asuntos por resolver, que estaba muy liado, pero que me seguía queriendo. Yo no lo dudaba. Hasta que faltó al vis à vis que teníamos aquel mes. No saber lo que pasaba por su cabeza me mataba. Y no saber cómo estabais vosotros me volvía loca. Abigail me consolaba repitiéndome que todo iría bien, que no me preocupara, que tenía un buen hombre al lado ocupándose de todo. Quise creerla. Hice un esfuerzo por creerla y casi lo conseguí. Hasta que...

La voz de Fuensanta terminó por quebrarse, su barbilla comenzó a temblar y las lágrimas afloraron a su rostro como un venero incontenible. Aroa dio un respingo en la silla y se levantó, abrazándola con efusividad por vez primera desde que llegó.

—Vale, vale, ya está, chssss. —Trató de calmarla—. Déjalo estar, otro día seguimos, tranquila, tranquila...

Fuensanta se retiró ligeramente para poder enjugarse los ojos con el dorso de la mano, con una dolorosa negativa en su rostro.

—Hasta que llegó tu padre.

Aroa se detuvo al instante y la miró. No esperaba que fuera el recuerdo de su padre lo que hubiera desatado sus emociones.

—¿Mi padre? ¿Adónde llegó mi padre?

—A la prisión. Fue a verme a la prisión porque tenía que hablar conmigo.
«Vengo a por la niña».

Tales fueron las palabras de Pedro, escupidas contra el cristal de seguridad tras el que se hallaba Fuensanta. Las lanzó a bocajarro sin un saludo previo, sin un cortés «como estás» que le indujera a pensar a ella que venía en son de paz. No fue así. Pedro dejó el cinismo y la hipocresía aparcados en la puerta, en un intento de saldar la única cuenta pendiente entre ambos que de verdad le importaba: Aroa. La confusión asoló el rostro de Fuensanta, incapaz de dar explicación a la aparición de Pedro y a una intención que presagiaba su pérdida. Ante sus ojos implorantes, él extrajo de un sobre unas cuantas fotografías y las adhirió al cristal para que ella pudiera verlas con nitidez. Correspondían a Salvador. Habían sido tomadas en antros de mala muerte y, sobre todo, en bares. La niña le hacía compañía. Sentada en la barra, jugando en el suelo, a los pies de desconocidos con copas de alcohol en la mano. En una de las imágenes podía verse un reloj de pared inmortalizando la madrugada. Y en la última, demoledora para su madre, un hombre maduro tenía posadas ambas manos sobre los muslos de la pequeña, bajo la falda de su vestido, al tiempo que le sonreía. No así la niña, que tenía sus propias manos sobre las de él, por encima de la tela, con los brazos tensos, en una postura que mostraba claramente su malestar. Un escalofrío sacudió sus vertebras, su cuello, y heló su alma. Bajó la cabeza, respirando con dificultad. «¿Cómo supiste...?» —le preguntó ella. Los rumores no caminan, vuelan, con velocidad directamente proporcional al cariz oscuro de lo que encierran. La noticia de la entrada en prisión de Fuensanta llegó a Madrid, a las intermediaciones de Pedro, en pocos meses, y a la misiva iban adheridas la incertidumbre y la preocupación del devenir de la niña. Nada hay más eficiente que abanicarse con un puñado de billetes al tiempo que se lanza una insinuación a quien no tiene escrúpulos para rebuscar entre la basura. Las imágenes conseguidas no tardaron en llegar, junto a la crónica a pie de fotos de los negocios turbios de Salvador que Pedro no quiso revelarles a ella. Quizá porque observar su sombra tras el cristal cubriéndola de arriba abajo, después de lo que vivieron, terminó por despertar su compasión. «Podrás verla cuando esto haya pasado y tu vida esté rehecha. Pero ahora no. Es mi hija.» Pedro soterró la pena con la firmeza de su voz, con una sentencia en la que reclamaba no solo su custodia, sino la renuncia expresa de Fuensanta hacia la niña para que María del Mar, su mujer, pudiera adoptarla legalmente y darle así el amor y la estabilidad emocional que merecía.

Fuensanta se incorporó en la cama y arrancó a llorar de forma desconsolada, con la palma de su mano aferrando un corazón que volvía a romperse en mil pedazos por la mala conciencia. Víctor entró en ese instante en la habitación, frenándose ante el gesto calmado de la abuela al indicarle que todo se debía a un exorcismo necesario, a la expulsión de unos demonios encerrados demasiado tiempo.

—Y accediste a su petición —afirmó Aroa en un susurro.

Su madre no la miró, no despegó la vista de las sábanas.

—Me dijo que lo pondría en conocimiento de los Servicios Sociales si no dejaba que te llevara con él como me había pedido. —Aroa contrarió el gesto, desconcertada—. En aquel momento, lo odié con todas mis fuerzas. Pero después lo entendí. Pedro tenía miedo de no poder controlar la situación, de no poder evitar que yo, mis padres o alguien de mi familia te reclamara y te diera una mala vida que no te merecías. Quería salvarte, Aroa. Quería salvarte de todo lo que me rodeaba y la única forma era obligarme a renunciar a ti, solo así se quedaría tranquilo.

La puerta volvió a abrirse. La anciana gemía y su acompañante venía a auxiliarla, a averiguar lo que le pasaba. La voz susurrada de aquella mujer sumió en el silencio a Fuensanta y en un tumulto de pensamientos a todos los demás. El corazón de Aroa se abrió a su padre tras haber estado cerrado a cal y canto en las últimas semanas. Podía entenderlo. Alcanzaba a comprender su postura de padre, protector y salvaguarda de una niña vulnerable a un entorno que podría llevarla a la perdición. Le habría pedido perdón de haber estado a su lado en aquella misma estancia, por haberle reprochado, de manera tan cruel, que la hubiera obligado a vivir alejada de su madre. La actitud de Pedro no había sido caprichosa ni egoísta. Así lo entendió.

—Es triste e injusto que el destino te lleve por caminos que tú no elegiste —continuó Fuensanta, alisándose el pelo y recomponiéndose con entereza—, que te obligue a depender de otras personas para poder seguir viviendo y que estas te ayuden o te hundan sin que tú puedas hacer nada por evitarlo. Aunque yo no digo que no tenga culpa, bien sabe Dios que siempre he reconocido los errores que cometí. Pero creo que el precio ha sido demasiado alto —afirmó con rotundidad, elevando el rostro y mirando a Aroa con la vista empañada—. Sentí pena de mí misma —se lamentó con rabia—. Cuando quise darme cuenta me vi joven, con casi dos años de prisión a mis espaldas, más de cuatro de condena por cumplir y tres hijos en el mundo a cargo de Salvador, porque yo no los podía atender como debía. Tú y mis dos varones —aclaró, mirando a

Aroa—, Víctor y Raúl. Los dos abrieron sus ojitos en la cárcel mientras yo cumplía sentencia. No sabías nada de Raúl, ¿verdad? —le preguntó, expectante.

—Sí. Víctor me habló de él.

—Entré en prisión embarazada de Víctor, pero me quedé en estado de Raúl allí dentro, en uno de los vis à vis que tuve con Salvador. No fue buscado, claro está, algo falló, por si no tenía ya suficiente desgracia —apuntó, con un lamento rabioso.

—Me habría gustado conocerlo.

Fuensanta apretó los labios y asintió, pensativa, recorriendo la habitación con la mirada como quien busca un agujero por el que escapar. Tras unos instantes, recaló de nuevo en los recuerdos, aún quedaban algunos por aflorar.

—«Al menos, son libres. Los tres.» Eso pensé. Hasta que apareció Salvador después de meses para decirme que tenía negocios importantes fuera de Málaga y que tenía que viajar muy a menudo, que no podía seguir atendiendo a los niños como hasta entonces. Le grité que me lo había prometido, que no podía hacerme eso. Y él se escudó en que alguien tenía que trabajar para traer dinero a casa, que no serviría de nada que se quedara con los niños y los dejara que se muriesen de hambre. Se me vino el mundo encima. Si hubiera tenido cerca una ventana por la que tirarme, lo habría hecho. Sin dudar. «¿Qué voy a hacer?» Me preguntaba eso tantas veces que no me daba tiempo ni de pensar. Y mejor que no lo hiciera, porque la única respuesta que se me ocurría me daba una angustia tremenda: tenerlos conmigo allí dentro. ¡Tanto tiempo...!

Víctor había entrado con sigilo en mitad de la confesión y escuchaba de cara a la ventana, de espaldas a su madre para impedir el desborde de sus emociones. Se conocían demasiado bien. Sabía que no terminaría de asimilarlo nunca, que jamás podría analizarlo todo y hablar de ello, y de ellos —de los miembros de su familia—, sin verse afectado sobremanera, aunque su actitud terminara imponiéndose a su forma de sentir. Aroa contenía el aliento, impactada por el testimonio. Y la abuela Herminia lloraba, en silencio, retorciendo un pañuelo entre sus manos a riesgo de desflecarlo. Fuensanta la miró. Ambas se miraron.

—No llore, Herminia —le dijo—. No quiero compasión, no me la merezco. Cada uno debe ser responsable de las consecuencias de lo que hace. Y yo tuve mucha suerte de contar con usted. Siempre ha sido la madre que no tuve por haber renegado de mí. Nunca podré agradecerle bastante que se

ofreciera a criar a Raúl. Que se hiciera cargo de él para que no tuvieran que entrar los dos.

—Fuensanta, yo...

—Lo sé —la interrumpió—. Que no pudo quedarse con Víctor también, que lo intentó. Los dos eran pequeños, necesitaban mucho y usted también estaba sola.

Ante la mirada atónita de Fuensanta, Herminia arrancó a llorar con mayor desconsuelo.

—¡Maldita fue la hora en que me quedé con Raúl! —sentenció, con el corazón roto—. Sufrí muchísimo cuando vi a Víctor entrar en la cárcel sin tener cumplidos los dos añitos. No sabes cuánto. Pero más he sufrido por Raúl. —Fuensanta la miró con los ojos extremadamente abiertos y con el ceño fruncido, intentando comprender—. Tenía que haberse criado contigo, tenía que haber estado al lado de su madre, igual que su hermano.

—¿Por qué..., por qué dice eso, Herminia? —preguntó ella, con el alma en un puño.

La abuela hizo un esfuerzo por dejar salir su voz. La templó.

—Ese niño ha visto y ha vivido lo que nunca debió ver y vivir —aclaró la abuela, con voz grave y entrecortada—. Y yo nada pude hacer.

Víctor se giró y puso una mano sobre el hombro de Herminia, que ella acarició con su mejilla. Y susurró ensimismado:

—Y yo me pregunto, otra vez, si de haber estado protegido por mamá, viviendo con ella como lo estuve yo, todo habría sido diferente para él. Me pregunto si podría haberse evitado mucho de lo que le sucedió

20

Blanca.
Marzo de 2013.

—¿Estás por ahí? Tu punto verde está encendido.

—¡Hola! Sí. Estoy echando un vistazo a los últimos comentarios del club. Para despejarme. Tengo los apuntes delante y estoy que me duermo.

—Pues déjalo para mañana.

—No puedo, Patri, tengo examen dentro de dos días. Y un trabajo pendiente que aún no he empezado, no sé cómo lo voy a hacer.

—No te agobies, Jane, ya verás como sí puedes.

—Creí que esto iba a ser más fácil.

—¿El qué? ¿La carrera?

—Todo. Compaginar estudios, trabajo, el niño... Bueno, la carrera también, claro.

—No puedes quejarte, demasiado bien lo llevas, con el poco tiempo que le dedicas. Eres inteligente.

—Pero estoy agotada. Y estoy en el primer año. ¡Con los que me quedan!

—No lo pienses. Cuando acuerdes tendrás el título en la mano y podrás buscar trabajo en lo que te gusta. Seguro que podrás dejar el hotel.

—Ojalá sea así. De todas formas, tengo suerte, mi madre me ayuda mucho con el niño, y mi padre, siempre que puede, también.

—¿Tu madre no trabaja?

—Sí. Terminó el contrato que tenía y ha podido renovarlo, la persona a la que estaba sustituyendo no se ha incorporado todavía. Y lo mejor es que ahora siempre está en el turno de mañana.

—Que es cuando Álvaro está en el cole...

—Así es. Lo recoge del comedor y ya pasa la tarde entera con él.

La ventana del chat se mantuvo estática por un par de minutos.

—¿Cómo está tu madre contigo? ¿Mejor?

—Está muy bien. En estos últimos meses ha cambiado mucho. Las dos hemos cambiado. Cada vez nos vamos entendiendo mejor. Ella tiene su carácter, ya sabes, te he hablado de eso alguna vez. Pero toda la fuerza se le va por la boca. A la hora de la verdad está siempre al pie del cañón y, aunque lo disimule, le sale el cariño por las orejas, ¡ja, ja, ja!

—Sabía que eso terminaría pasando. Te dije que cuando no entendemos el porqué de las cosas no es fácil ser comprensivos. Ni tolerantes.

—Ya. Pero no siempre es fácil contar los porqués.

—No, no es fácil, en eso te doy la razón. ¿Y tu hijo?

—¿Mi hijo? —Me detuve a pensar la respuesta tras dar un suspiro—. Siento que cada vez lo quiero más —escribí—. Es dulce, risueño, activo, gracioso. Inocente.

Un emoticono con dos corazones en los ojos apareció ante mí. Sonreí.

—Es pequeño —escribió ella—. Con esa edad no tienen malicia, no tienen dobleces. ¿Está más apegado a ti?

—Sí, lo está. Cada vez más. La otra noche no podía dormir y estuve un buen rato pensando en eso. Parece como si quisiera acaparar ahora todo el cariño que antes no le di. Le gusta estar conmigo, que lo lleve al parque, que le cuente cuentos, que me sienta a hacer las fichas con él. Pero sobre todo jugar. ¡Le encanta jugar conmigo!

—Me gustaría verte la cara en este momento.

Esbocé de nuevo una sonrisa ante la perspicacia de Patri.

—La tengo tal y como te la estás imaginando, con sonrisa bobalicona y ojitos tiernos —contesté, con cierto humor.

—¡Ja, ja, ja!, justo como pensaba. No sabes cuánto me alegra, Jane. Por ti. Me alegra que puedas recuperar lo que habías perdido, de verdad.

—Yo también.

—Ya solo falta que empieces a salir, ya sabes, con amigas y amigos...

Acompañó la sugerencia con un dibujo de una carita guiñando.

—Salí con María.

—¡No me digas! ¡¿Cuándo?!

—Hace tres noches.

—¿Sólo con ella o con alguien más?

—Un par de amigas más y un primo de ella. Estuvimos charlando y tomando algo hasta las once.

—¡Eso es genial! ¿Ves? Recuerda cómo estabas en Marbella hace un par

de años, parecías una ermitaña. Poco a poco irás recuperando tu vida social y rellenarás tu agenda, que está más pulcra que la ropa de un anuncio de detergente, ¡ja, ja, ja!

—¡Qué graciosa! —escribí, con un emoticono de sonrisa abierta—. Me volví en taxi. Eso todavía me cuesta. Lo de caminar sola por la calle, de noche... No puedo con eso todavía.

—¿Sigues teniendo miedo?

—A veces pienso que no se me quitará en la vida. ¿Sabes lo que pasa? Que pensamos siempre que las cosas chungas solo les suceden a los demás. Hasta que te pasan a ti. Y te rayas un montón, porque te da la sensación de que en cualquier momento puede volver a pasarte, lo ves ya mucho más fácil. Pasas de un extremo a otro en nada.

—Los miedos también se superan. Tú lo estás haciendo, Jane.

Sus palabras me reconfortaron.

—Sobre todo cuando hay algo que te empuja —le contesté.

—¿Cómo qué?

—Mi hijo, por ejemplo. Ahora me siento responsable de él. Siento que tengo que luchar por él, protegerlo, defenderlo. Aunque tenga a sus abuelos al lado y recurra a ellos muchas veces, yo soy su madre.

—Eso ha sonado muy bien. Lo de que eres su madre.

—Sí.

—Al principio de volver a tu casa me dijiste que no conseguías sentirlo como hijo tuyo, ¿recuerdas?

Me hizo pensar.

—No, no recuerdo que te dijera eso, pero es verdad. Hablaba de «mi hijo» porque lo había tenido yo, pero no porque lo sintiera como algo mío. Pero ya sí, Patri. Cuando pienso en él, siento ternura, cariño, no sé...

—Eso debe de ser el instinto materno.

—Puede que sí, que esté empezando a crecer dentro de mí —escribí, con una cierta melancolía poética—. Eso es lo que me está dando las fuerzas que no tuve en su momento.

—Aquello pasó hace unos cuantos años. La edad no jugaba a tu favor entonces.

—No intentes ponérmelo bonito, Patri, fui una cobarde, con todas las letras.

—Pero, ¿por qué piensas eso?

—Porque no me defendí. ¡Y tenía que haberlo hecho! Cada vez que lo

pienso ahora, me arrepiento de no haberlo intentado.

—Ahora lo estás viendo en otras circunstancias, no es lo mismo. Además, nunca se sabe lo que es mejor, si pelear o rendirse para salvar la integridad física. Incluso la vida. De todas maneras, todo se va deformando a medida que pasa el tiempo, hasta los recuerdos. Seguro que no actuaste como lo estás recordando ahora.

Sentí rabia conmigo misma al rememorarlo. Y la volqué en mis letras, junto al despecho que sentía:

—¡Me acuerdo perfectamente, Patri, no lo he olvidado! Recuerdo haberme quedado quieta, petrificada, rezando mientras él me apretaba por todas partes sin detenerse. Por su actitud, hubiera jurado que no iba a tener más oportunidades de estar con otra mujer en su vida más que conmigo. Me dejé hacer, esperando que todo terminara de una puta vez. Aunque acojonada por la duda de cuál sería el final. ¡Cuántas veces me he maldecido por mi debilidad!

—Jane...

Seguí escribiendo, completamente cegada. Y asqueada.

—Se recostó sobre mi espalda mientras eyaculaba. ¡Sentí sus espasmos como si estuviera agonizando! Tenía una mano en mi pecho y la otra, presionándome el cuello contra el asfalto. Su aliento en mi oído. Podía apreciarlo a él, pero no a mí, no a mi propio cuerpo, hacía rato que había renegado de él, como si no me perteneciera. Ahora creo que lo hice por protegerme, por desligarme de una parte de mí con la que ya no quería volver a identificarme más.

—Jane... —volvió a repetir.

Aparté los dedos del teclado, con el estómago oprimido, angustiada al ser consciente de lo que había escrito.

—¡Dios, no sé cómo he podido contarte esto!

Me tapé la cara con las palmas de las manos, impregnadas de sudor.

—Me lo has contado porque sabes que quiero ayudarte, que estoy aquí para lo que necesites —se apresuró a escribir ella.

Tomé aire durante unos segundos.

—No sé por qué me confieso contigo.

—¿Eso es un lamento? —preguntó ella, con un emoticono triste al final de la frase.

—No, no. No es un lamento. Es solo que no entiendo por qué me resulta tan fácil abrirme cuando hablo contigo.

—¡Uf, eso está mejor, me habías asustado! —comentó con distensión—. A

ver, Jane, escúchame... —escribió, recobrando la seriedad.

—Qué.

—Analizar las cosas a destiempo no lleva a ninguna parte. Ahora no están presentes los mismos elementos de aquel momento. Así es muy fácil cuestionarte, pensar que fuiste cobarde y que lo podrías haber evitado.

—Ya, ya... Y eso es lo que me provoca este sentimiento de culpa que no me deja vivir.

—Así es.

—Pero pienso quitármelo de encima, ¿sabes? ¡Aunque me cueste la vida, voy a quitarme este puto sentimiento de encima!

—Así me gusta. Esa es la actitud, Jane, valiente.

—Me alegra que estés ahí.

—Quizá no pueda ayudarte mucho, pero sí escucharte. Hablar de lo que te hace daño, sacarlo fuera, viene bien. Fíjate en la relación con tu madre. Seguro que el cambio del que me hablabas antes ha tenido mucho que ver con tu confesión de lo que te pasó aquella noche.

—Y con lo que hablamos después. Por sincerarnos como lo hicimos.

—Eso no me lo has contado.

Miré el reloj.

—¿No tienes sueño? Es muy tarde.

—No. Aunque tú tienes que estudiar —me recordó.

—No estoy para estudios, la concentración se me ha ido al garete. Prefiero seguir charlando.

—Por mí...

—¡Oki! Te cuento entonces.

Mi madre enmudeció cuando terminé de explicarles lo que había pasado. Perdió la voz. Se quedó clavada a la silla, agarrada con una mano al borde de la mesa como si temiera perder el equilibrio que la mantenía derecha. Tragaba saliva y lágrimas como puños corrían por sus mejillas y resbalaban por su boca, apretada bajo sus dedos. Mi padre se había inclinado hacia adelante en el sofá y se tapaba el rostro con las manos. Nunca lo había visto así. Desmoronado, hecho añicos. Podía palpar el sufrimiento de ambos, respirarlo, como una nube de humo denso que se hubiera esparcido por todo el salón. A mí, un nudo me estrangulaba la garganta. Siempre supe que los quería, pero creo que hasta ese momento no me hice realmente a la idea de cuánto los amaba, de cuánto me importaban. Me levanté y me agaché junto a mi madre,

abrazándola por la cintura y refugiándome en su regazo. «¡Lo siento!» «¡Lo siento muchísimo!» Esas fueron las únicas palabras que pude articular, casi en un susurro. Mi madre me rodeó la cabeza con sus brazos y apretó su mejilla contra ella, sin poder decirme nada. Luego me acerqué a mi padre. Me senté junto a él y lo estreché fuerte. Él me miró, con los ojos encharcados y el ceño fruncido, con un gesto claro de impotencia y frustración.

—¿Por qué no me lo dijiste, Blanca? ¿Por qué no me lo dijiste? —me preguntó, con la voz entrecortada—. Habría ido a buscarlo para echármelo a la cara. Yo...

Apretó los puños, negando con la cabeza. La angustia no le permitía expresarse.

—¿Y qué habrías hecho, papá? —le pregunté con dulzura, encogida al verlo—. ¿Qué habrías hecho si lo hubieras encontrado? ¿Tomarte la justicia por tu mano?

—Mi deber era protegerte. Eras... Eres mi niña.

—Te habría destrozado la vida a ti también. Nos la habría destrozado a todos.

—Ya lo ha hecho.

—No —respondí, limpiándome las lágrimas—. Ha pasado el tiempo, el dolor ya no es el mismo. Volvemos a ser una familia, seguimos viviendo, a pesar de todo.

—Pero no se ha hecho justicia, Blanca —afirmó con rabia y dolor—. Ese... monstruo seguro que ha seguido con su vida como si nada hubiera pasado, mientras tú...

—Lo sé, papá. Pero siento que todo ha ido mejor así.

—Te hemos estado culpando por algo que no habías hecho.

—Sí, sí que hice algo. No os escuché. Pasé de vuestras advertencias, me reí de vuestros miedos, de la protección que queríais darme —confesé con valentía.

—Pero no te quedaste embarazada por una locura tuya. Esto... ¡Dios mío!

Mi padre arrancó a llorar, tapándose el rostro de nuevo. Mi madre lo hacía en silencio, con las manos temblando sobre su falda.

—Si nos lo hubieras dicho, no te habríamos tratado así —dijo mi madre, haciendo un esfuerzo por vocalizar—. Yo al menos no te habría tratado como lo hice. Ahora siento... un peso muy grande en la conciencia.

—No quise que sintieras lo que estás sintiendo ahora, mamá. Además, el dolor hubiera sido mucho mayor si te lo hubiera contado cuando pasó. Ahora

estoy de vuelta, dispuesta a luchar, a rehacer mi vida —continué diciéndole, con voz suave para tranquilizarla a ella y a mí misma también—. Yo ahora me siento más fuerte. Y tú podrás llevarlo mejor, seguro.

—Aguantaste mis acusaciones, mis insultos.

—Y no me arrepiento. Prefería que sintieras decepción y rabia, que pudieras desahogarte diciéndome que era una inmadura, incluso una puta como me llegaste a decir. Prefería que soltaras todo lo que pensabas de mí para que así te quedaras tranquila. Porque yo me sentía culpable, sentía que lo merecía. Y todavía lo siento. De la otra forma, mamá, habrías tenido que vivir con la pena, con la impotencia de saber lo que me había pasado, con el deseo fuerte de que se hiciera justicia sin conseguirlo. Y con el miedo. Porque seguro que habrías sentido un miedo tremendo a dejarme sola, a que saliera a la calle, a que volviera a encontrarme con él. ¿No era todo eso mucho peor?

—No sé lo que es peor, Blanca —contestó, bailándole los labios.

—¿Y Álvaro? Piensa en Álvaro, mamá.

Ella levantó la cabeza y se redondearon sus ojos. Parecía no haber reparado en él hasta que se lo mencioné. Mantuvo un largo silencio hasta contestar.

—No puedo creer que Álvaro sea fruto de todo esto. Mi niño no.

—¿Lo habrías aceptado igual de haberlo sabido desde el principio? ¿Lo habrías mirado y mimado desde el primer día como lo has hecho? —le pregunté.

Le brillaban los ojos, al igual que debían de brillarme a mí; la emoción que sentíamos resultaba difícil de digerir.

—No sé lo que habría sentido, no sé si lo habría rechazado. Ahora sé que siento lástima de él, que siento mucha pena de que tenga un padre así de...

Se contuvo.

—Ahí está la diferencia entre tú y yo, mamá —confesé, acercándome a ella y sentándome a su lado. Puse mis manos sobre sus rodillas y me acerqué a su rostro, quería que me entendiera. Necesitaba que me entendiera—. Pudiste quererlo desde que nació porque no sabías nada de lo que había pasado. Pero yo sí. Yo sabía de dónde venía. Sabía de lo que era fruto y no podía mirarlo a la cara, mamá. —Me tembló la voz—. En él veía a su padre y todas las imágenes de aquello se me venían encima. Álvaro era parte de él y eso me producía un rechazo que no podía evitar. Por más que lo intentara, por más que me dijera que era inocente. Lo odiaba, mamá —Me eché a llorar, con la conciencia muerta—. No era un niño, era la huella de lo que pasó. Una

condena para toda la vida.

Mi madre me miró y me limpió el rostro con el dorso de sus manos.

—Ahora entiendo.

—Por eso me fui. Si me quedaba a su lado, le iba a destrozar la vida, porque no sentía que pudiera darle el cariño y el amor que necesitaba, no podría cuidarlo como debía. Y él no merecía eso, porque no tenía culpa de nada. Primero tenía que superar mis traumas, tenía que asimilar lo que había pasado y aprender a vivir con eso. Tenía que superarlo yo primero para luego poder hacerme cargo de él sin herirlo, sin odiarlo ni rechazarlo. Y sabía que lo dejaba en buenas manos, que con vosotros no le faltaría de nada, que lo querriais como lo habéis hecho.

—¿Has vuelto porque lo has superado? —me preguntó ella, con un destello de esperanza reflejado en la cara.

—Estoy en ello, mamá. Y voy por buen camino. Estar a vuestro lado es todo lo que necesito.

Me abrazó con fuerza, poniendo una mano en mi nuca para apretar mi cabeza contra su hombro. Luego me dedicó una mirada distinta.

—Pero no quiero compasión —apelé al verla—. No sirve para nada, me he dado cuenta de que te hunde todavía más. Prefiero vuestra ayuda. Quiero luchar.

Miré a mi padre, que nos había estado escuchando sin poder aliviar la emoción.

—¿Cuento contigo, papá? —le pregunté, con una sonrisa esbozada entre el tumulto de gestos que mi rostro expresaba.

—Prométeme que confiarás en nosotros —contestó él—. Que no volverá a fallarnos la comunicación como pasó entonces. Si no sabemos lo que te ocurre, lo que te preocupa, lo que te asusta, no podremos ayudarte, Blanca. —Asentí, complacida—. Yo, por mi parte, estoy dispuesto a escucharte cada vez que quieras. Quiero estar en tu vida.

—Ya lo estabas —alegué.

—Sí, pero dejaba que fuera tu madre quien hablara contigo, quien te convenciera, quien negociara, quien diera la cara. Ahora yo también quiero estar ahí.

El abrazo férreo fue esta vez para él.

—Todo irá bien, pequeña.

—Seguro que sí, papá. Seguro que sí.

Me recompuse después de vivir de nuevo la conversación de la que había hecho partícipe a Patri. Y di por zanjado un tema que no quería seguir recordando, ya había tenido suficiente por esa noche.

—Bueno... Ahora te toca a ti contarme cómo estás, ya está bien de hablar de mí.

Añadí una carita sonriente.

—Yo estoy bien. Mi vida es fácil, comparada con la tuya.

—¿Y esa chica de la que me hablaste? Hace tiempo dijiste que habías terminado con ella y que lo habías pasado muy mal.

—Y ahí quedo todo.

—¿No hay posibilidad de volver atrás?

—No.

—¿Qué contundente! ¿Por ti o por ella?

—Por mí.

—¿Porque ya no sientes nada o porque estás dolida?

—Por lo primero. Ya no siento nada por ella, forzarlo es absurdo.

—¿Tan rápido muere el amor, Patri? —pregunté, con un emoticono de sonrisa tímida.

—Cuando otro lo suplanta, sí.

—¡Eh! ¿Me estás diciendo que te has vuelto a enamorar?

La ventana del chat quedó en blanco durante bastantes segundos.

—Creo que sí —escribió al fin.

—¡Vaya! ¡¿Y qué haces hablando conmigo, entonces?! Deberías estar charlando con tu chica, estarías más a gusto...

Una nueva pausa, esta vez más larga. Al fin, saltó el mensaje.

—Ya lo estoy haciendo, Jane.

21

Octubre de 2013.

Víctor se tumbó en la cama tras haber tomado una ducha de agua caliente que lo destensara de la jornada. Demasiados frentes abiertos. Demasiadas cosas en que pensar.

Cogió la última novela que había comprado hacía un par de días, un ejemplar de «Y las montañas hablaron», de Khaled Hosseini. Releyó por encima la sinopsis de contraportada. En ella se hablaba de la decisión de una humilde familia campesina de dar una hija en adopción a un matrimonio adinerado, así como de las infinitas formas en que el amor, el valor, la traición y el sacrificio desempeñan un papel determinante en las vidas de las personas. Distinta época, distinto entorno, diferentes vidas; pero similitudes en unas palabras que parecían invocar la suya propia y la de su madre. Eso fue lo que lo empujó a hacerse con ella para convertirla en su próxima lectura. «Muy bien, si queréis una historia, os contaré una historia» —decía en la primera línea—. El corazón le dio un vuelco. «Como te has portado muy bien, antes de dormir te contaré un cuento» —le decía su madre cada noche en prisión. Le pareció imposible poder recordarlo cuando apenas tenía guardadas imágenes nítidas de aquellos años, tan solo estímulos, flashes, impresiones cuyo origen desconocía en la mayoría de los casos. Cerró los ojos y posó el libro sobre su pecho, invadido por el sentimiento extraño que le producía aquel vacío existencial alimentado por su mente. «¿Tú estuviste con ella en prisión?!» —le había preguntado Aroa, sorprendida, tras salir del hospital días atrás—. Él asintió, sin querer decirle mucho más. O sin poder hacerlo, porque casi todas sus referencias eran externas, contadas por su propia madre.

Víctor cruzó las puertas de la cárcel dos meses antes de cumplir los dos años de edad, con los enseres de su escasa vida encerrados en una maleta pequeña y un muñeco de peluche con el que solía dormir. Atrás quedó el

corazón deshecho de Herminia, despojado de la vida de un pequeño de cuya compañía gozaba cada vez que su padre se lo permitía, o cada vez que la reclamaba para hacerse cargo de él cuando sus negocios le impedían atenderlo como era su deber, cosa que había aumentado en frecuencia en el último año. Víctor se separaba así de ella, de su padre y de su hermano de siete meses, evaporándose las referencias masculinas y familiares que poseía hasta entonces. Le daba la espalda a la libertad para vivir entre barrotes; aunque lo haría en los brazos de su madre, y a eso se aferraba Herminia para suavizar el dolor que la desgarraba, la pena que obstruía su garganta sin dejarla respirar.

Fuensanta lo vio entrar en la sala de la mano de una funcionaria de rostro afable. No así el del niño. Estaba asustado. Apenas se atrevía a levantar la cabeza, lo cual era de esperar, considerando que había sido arrancado de su entorno con una brusquedad cruel. La funcionaria lo acercó hasta donde estaba su madre y Fuensanta se agachó, abrazándolo al tiempo que se tragaba las lágrimas para no asustarlo aún más. Le acarició las mejillas y le acomodó el pelo. «Hola, Víctor. Soy mamá» —le dijo, con la emoción a flor de piel—. Pero el pequeño no contestó. La miró temeroso, preguntándose si tendría que ir con ella, ansiando ver el rostro de su abuela para correr y aferrarse a sus piernas, donde se sentía a salvo. Fuensanta lo cogió de la mano y él se dejó llevar, con sus andares torpes resonando a lo largo de un pasillo que les devolvía voces y sonidos metálicos, inquietantes para él, hasta adentrarse en la nueva celda de uso individual a la que habían trasladado a Fuensanta ante su llegada, un espacio austero ocupado por una cama y una cuna junto a un pequeño armario donde guardar los escasos utensilios y enseres infantiles de los que disponía.

La estancia en el Módulo de Mujeres del Centro penitenciario de Sevilla fue dura, muy dura. Tal vez agravada por la difícil adaptación de Víctor a un cambio de vida que parecía haberlo hecho retroceder en su madurez física y cognitiva. El pequeño apenas hablaba, apenas articulaba un puñado de sílabas. No comía bien, no dormía con placidez, se despertaba sobresaltado y sufría de terrores nocturnos que parecían haberse adelantado en edad, buscando en sueños un lugar donde esconderse, lejos de allí. Se mantenía impassible ante cualquier reclamo que hubiera de hacer y tampoco atendía a los estímulos como cabía esperar. Nada conseguía llamar su atención. No tenía ganas de reír, no se sentía atraído en manipular los escasos juguetes que había, que no reconocía como suyos y por los que tampoco sentía la menor curiosidad. El hecho de compartir zonas comunes con otras reclusas sin hijos, expuesto a sus

peleas y trifulcas, a las voces en defensa de su espacio y de sus pertenencias no generaba en él la tranquilidad necesaria para aplacar sus temores. Tampoco el espacio se adecuaba en absoluto a las necesidades infantiles. Se pasaba el día con su manita aferrada al pantalón de su madre, escondido tras su pierna y agarrando un peluche del que no se desprendía en ningún momento, porque le parecía que ambas eran las dos únicas figuras en quienes podía confiar. Fuensanta lo protegía, intentaba acaparar su atención para abstraerlo de estímulos negativos, cultivando una habilidad para inventar juegos a partir de la nada en su afán de entretenerlo. Le contaba cuentos escenificados, le hacía cosquillas, lo abrazaba y acurrucaba para hacerlo sentir inmune al miedo. Le pintaba dibujos que recortaba después con sus propias manos y los ponía alrededor de la cama mientras le cantaba bajito, para relajarlo tras los golpes de las puertas al cerrarse. Y después lloraba. Mientras Víctor buscaba el calor en el pecho de su madre, reconociendo un olor que cada día le reconfortaba más, Fuensanta lloraba hasta dolerle el alma, apretando la mano del pequeño entre las suyas.

Lamentaba haber destrozado la vida de Víctor y la lejanía de Raúl, al que no podía acunar y amar como madre, al que no podía hacerle sentir que era su niño. Deploraba haber perdido a Aroa, con un miedo atroz cosido a las entradas de pensar que pudiera terminar olvidándose de ella. Notaba cómo sus carencias afectivas se agigantaban por un desarraigo familiar y conyugal, provocándole un desequilibrio psicológico que temía transmitir al único hijo que mantenía a su lado y en el que se volcaba en exceso. Vacío, desazón, miedo, angustia, soledad, tristeza, culpa...; emociones negativas que se habían hecho con el control de su cuerpo y de su mente de forma déspota.

A primeros del 1992, con tres años recién cumplidos, Víctor y su madre fueron trasladados al recién inaugurado Módulo de Madres de la Cárcel de Alcalá de Guadaíra, en la provincia de Sevilla. Un pequeño soplo de aire fresco entró en sus vidas. O así lo creyó ella. Aquel módulo había sido diseñado y creado para acoger, exclusivamente, a mujeres presas con hijos a cargo viviendo en prisión. Todas ellas gozaban de un nexo de unión: eran madres por encima de todo, volcadas en brindarle a sus hijos una felicidad que a ellas mismas les había sido vetada, así como empeñadas en conseguir a toda costa que sus pequeños no fueran conscientes de dónde estaban, de que les había sido negada la libertad, al igual que a ellas.

En nada se parecía este módulo al de la prisión sevillana de la que procedía. Muchas internas habían tomado la decisión de quedarse

embarazadas para poder vivir en aquel entorno y contar con los beneplácitos de que ellas, como madres, disfrutaban en comparación con los dispensados en los módulos de mujeres de cualquier otra cárcel. Las celdas, individuales para cada madre y sus hijos, eran amplias y estaban limpias, con un baño completo dentro de ellas y una decoración con estética y mobiliario bastante más adecuados para un menor. Incluso con espacio libre para poder jugar con ellos durante las horas de estancia obligada en el interior de las mismas. Durante el resto del tiempo, las puertas permanecían abiertas para posibilitar una entrada y salida libre y facilitar el acceso a todo lo necesario para la atención de los niños. Los servicios sanitarios y asistenciales también habían mejorado. Contaban con profesionales formados en pediatría, aunque no fueran especialistas como tales, y existía una «Escuela de Madres» en la que aprender a ejercer ese rol a tres niveles: físico, emocional y afectivo. Aun así, por mucho empeño que se hubiera puesto en ese intento de engañar a los niños endulzando su estancia, estos terminaban sabiendo, con el paso del tiempo, dónde habitaban. Víctor era consciente de que, una vez cerrada la puerta de su habitación, ya no podía traspasar el umbral hasta después de dormir, por mucho que la golpeará. No era mamá quien debía atender a sus ruegos, también la había visto a ella golpearla alguna vez sin resultado alguno. Había aprendido a obedecer a su madre, a mantener silencio y a imponerlo con su pequeño dedo índice cruzando sus labios. Y sabía que también su madre debía obediencia a las «señoritas» que aparecían y desaparecían en su rutina diaria sin previo aviso; quizá porque agachaba la cabeza ante sus órdenes, como hacía él, o porque no se atrevía a replicar cuando le hablaban de manera acalorada, limitándose a abrazarlo y haciéndole sentir que algo iba mal. Había barrotes en muchos lugares, imposibles de atravesar, y siempre veía los mismos muros, pintados de blanco o con dibujos de colores, conformando los únicos horizontes que su vista podía alcanzar.

A lo largo de sus cuatro años de estancia en prisión, Víctor se fue amoldando a una rutina construida con una rígida disciplina, con horarios encorsetados y actividades programadas imposibles de variar en su mayor parte. Desayunaba todos los días en la celda, en compañía de su madre, tras levantarse sistemáticamente a la misma hora. Fuensanta lo aseaba, lo vestía y lo equipaba con una pequeña mochila para asistir a la escuela infantil de la propia prisión, ubicada en un módulo distinto situado en la zona exterior del recinto. Aquel era el único momento del día en que podía probar a qué sabía la libertad, en que los muros desaparecían de su vida mientras jugaba en

solitario al aire libre, bajo los árboles. Su parquedad en palabras y una clara tendencia al aislamiento dificultaban su relación con los demás pequeños, que en ciertos casos, al igual que él, se mostraban callados y taciturnos, solitarios e independientes, necesitados de la cercanía de sus madres y de la seguridad que les brindaban. Organizaciones no gubernamentales desarrollaban actividades destinadas a alejar a los pequeños de aquel lugar, visitando enclaves lúdicos distintos a lo rutinario. Pero Víctor lloraba nada más subir al autocar. Aplastaba su pequeño rostro contra la ventana en su deseo de volver a las faldas de su madre, de buscar sus brazos para refugiarse y no ser arrastrado de nuevo a otro desconocido lugar. No había forma de convencerlo. Como tampoco la había de convencer a Fuensanta para que aceptara, en periodos vacacionales, que una familia de acogida se hiciera cargo de él, ofreciéndole así la posibilidad de disfrutar de unos placeres imposibles dentro de la prisión. El pánico la atenazaba ante la hipótesis de que su hijo le fuera arrebatado como había ocurrido con Aroa.

A las dos del mediodía, Víctor llegaba del colegio para almorzar y la tarde la pasaban en la sala de juegos infantiles, o en un patio al aire libre, si acaso no llovía, junto a otros niños de igual o diferente edad, rodeados de plantas, muros decorados y bancos de azulejo sevillano; siempre en el mismo entorno, en idéntico recinto y con una limitación de elementos de juego y de estímulos nada aconsejable para su formación y aprendizaje, para adquirir destrezas y habilidades psicomotrices, sociales y emocionales cuya carencia arrastraría después durante tiempo. La relación entre las reclusas solía ser amable, tranquila. Entre ellas, apenas se daban voces en respeto a los pequeños, aleccionadas por las funcionarias que de continuo les advertían que estaban en el Módulo de Madres y no en el de Interior. Intercambiaban consejos, anécdotas, sueños, esperanzas... Cuidaban de los hijos de otras si alguna de ellas se ausentaba por cuestiones de salud u otra razón. Se dejaba ver un instinto colectivo de maternidad, aunque cada cual fuera, en el fondo, celosa de su intimidad, de su vida personal, de su convicción de mejor mujer, esposa y madre que las demás.

Víctor, por su parte, no demandaba nada más de lo que se le ofrecía, porque no conocía otro mundo que no fuera aquel, y si lo había conocido al comenzar su vida, no lo recordaba. Le bastaba algún juguete, sin pilas, sin piezas desarmables, completamente inofensivos para madres y niños por exigencias de las normas internas, para pasar la tarde entretenido. No solía haber disputas entre los pequeños, parecían asumir que nada de lo que había

allí les pertenecía realmente. Algunas madres organizaban juegos colectivos para promover el contacto entre ellos, porque sus compañeros de patio constituían su único entorno social, pero a Víctor su timidez, su retraimiento y la dependencia excesiva de la figura materna le dificultaban participar, aunque no sintiera temor hacia ellos. No tenía carisma de líder, no sabía imponerse, ni siquiera defender aquello que tenía entre manos. Desde el mismo instante de su nacimiento, parecía querer buscar la paz. En solitario.

No quiso su madre que las imágenes de su abuela Herminia, de su padre y de sus hermanos se difuminaran entre sus recuerdos, intentaba mantenerlas vivas en su pequeña mente para restablecer así su relación con ellos tras abandonar la cárcel. Fuensanta fijó sobre las paredes de la celda fotografías de su familia con los nombres escritos debajo en grandes letras a todo color. La primera sonrisa que él esbozó durante su estancia en prisión apareció en su rostro al mostrarle su madre una foto de la abuela Herminia que acababa de recibir. Y la primera palabra. Ella se agachó a su lado para mostrársela y, al verla, al niño se le iluminó la cara. Extendió su dedito para señalarla, sonrió ampliamente con los ojos abiertos y miró a su madre. «Lela» —pronunció—. Emocionada, decidió entonces Fuensanta que debía intensificar unos lazos familiares que el pequeño necesitaba para su equilibrio psíquico. Le narraba historias reales y otras tantas ficticias de las que habría podido vivir con ellos, empeñada además en alimentar, dentro del corazón de su hijo, un amor del que le habría gustado que gozara de manera natural. Le aventuraba lo que harían cuando salieran de allí, cuando pudieran abrazarse, besarse y convivir sin cortapisas de ningún tipo. Y trataba de despertar en él la compasión por sus hermanos, haciéndole creer —contrariamente a lo que de verdad pensaba— que no habían sido tan afortunados como lo había sido Víctor compartiendo con ella cada minuto de su día a día. Tragaba saliva al insinuarlo, convencida de que él había corrido la peor suerte de todos al ingresar allí. Pero necesitaba dibujarle al niño, a pesar de su edad y de sus cortas entendederas, un firmamento de color rosa que ahuyentara los demonios de una infancia como la suya. La angustia de no saber en qué medida su estancia en prisión podría condicionar su futuro la obligaba a actuar así. No tardaron en aparecer los primeros besos del niño hacia ella, los primeros abrazos fuertes alrededor de su cuello, forjándose una devoción mutua que solo una dedicación exclusiva y los infortunios del destino son capaces de provocar.

Fuensanta abandonó la prisión a finales de 1994; por fortuna, un año antes de que la nueva legislación redujera la estancia de los menores en prisión a

los tres años, obligándola, en tal caso, a cederlo a la familia de acogida que tanto temía. Dejó atrás el Centro penitenciario de Alcalá de Guadaíra con su hijo Víctor caminando de una mano, a punto de cumplir los seis años de edad y aterrado ante un mundo tan enorme como extraño. En la otra mano, una pequeña maleta que contenía, entre sus enseres varios, una caja de fotografías de sus otros hijos, junto a las cartas manuscritas que Herminia le había ido enviando, con más corazón que conocimiento, para rendirle cuentas de la vida de Raúl; una realidad, la plasmada en aquellas hojas, con múltiples lagunas rellenas de ficción para no alarmarla, para no hundirla en la miseria de saber que también él debería haber entrado en prisión y gozar de la protección que solo su madre era capaz de darle.

—Víctor...

Aroa había llamado a la puerta al mismo tiempo que pronunciaba su nombre. Lo sobresaltó. Se había quedado ligeramente dormido, abstraído en sus pensamientos y en su intento de recordar los avatares de su estancia en presidio y a unos compañeros de infancia que debía de tener bloqueados por su propia seguridad mental. Se incorporó, invitándola a pasar.

—Perdona, no quería despertarte —se disculpó—, no sabía que estabas dormido.

—No, tranquila, me había echado en la cama con la intención de leer un rato, pero debo de estar más cansado de lo que pienso, se me han cerrado los ojos sin darme cuenta.

—Hablamos mañana, entonces.

—¿Querías decirme algo? No me importa, de verdad, aún es temprano.

—He hablado por teléfono con mi padre.

—¿Le has dicho que te quedarás unos días más?

—Le he dicho que venga él.

Víctor se sorprendió, no sabía cómo encajar la noticia, ni a qué razón atendía la invitación de Aroa hacia su padre.

—¿Te molesta que se lo haya dicho? —preguntó ella, tras haber captado el gesto.

—No, no —se apresuró a negar—. Es solo que... no sé...

—¿No sabes?

—Si mi madre está preparada para verse con él. Porque eso es lo que pretendes, ¿no?, que se vuelvan a encontrar.

—Creo que estaría bien que aclararan ciertas cosas. Después de escuchar

a... nuestra madre, pienso que el miedo que mi padre siente ya no tiene razón de ser. Y también creo que él le debe una explicación, incluso una disculpa por haber evitado durante tanto tiempo que yo la encontrara. Ya tengo una edad. Busco conciliarlo todo, no empezar ninguna guerra. En estos días, he aclarado muchas cosas de mi vida y también de lo que siento. Me gustaría que todos formáramos parte de una misma familia, en la que no haya secretos, ni rencillas, ni reproches.

—Eso es pedir mucho.

—Lo sé.

—No por mí —aclaró Víctor, con premura—, yo estaría encantado, pero hay heridas difíciles de curar.

—¿Y si lo intentamos? ¿Y si mediamos nosotros para que se curen?

Víctor la miró con ternura. Era su hermana y parecía correrle por las venas el mismo gen conciliador que habitaba en las suyas.

—Podemos intentarlo, sí. Pero déjame que prepare a mamá, está viviendo muchas emociones fuertes en estos días y ya ves cómo está de salud.

—Solo se lo he propuesto a mi padre, no le he dicho que tenga que ser ya.

—De acuerdo. Hablaré con ella y según como reaccione, te digo y así hacemos, ¿te parece?

—Me parece perfecto.

Se levantó, abandonando el borde de la cama en la que se había sentado. Al llegar a la puerta, se giró de nuevo. Víctor aún la miraba.

—Llevo un par de días dándole vueltas a la cabeza, no puedo dejar de preguntarme... —continuó ella, frenándose al sentir cierto rubor por su propia curiosidad.

—¿Preguntarte qué?

—Lo que le pasó a Raúl. El otro día, ¿te acuerdas? Cuando dijiste que si él también hubiera estado en prisión con ella, tal vez podría haberse evitado mucho de lo que sucedió. ¿Qué le ocurrió?

Víctor se mesó el pelo, notando un sopor en el rostro que temió no poder disimular.

—Bueno, la verdad es que es un poco largo de contar y me gustaría hacerlo con tranquilidad.

—Entiendo —contestó Aroa con rapidez—. Ya habrá tiempo, no te preocupes. Descansa.

Le dedicó una sonrisa conciliadora y salió de la habitación. Víctor se incorporó aún más en la cama, con el corazón palpitando. Le hablaría de la

vida de Raúl, era su hermano y sentía de justicia hacerlo. Pero no quería enturbiar la imagen que Aroa pudiera haberse formado, por lo que no le contaría lo que sucedió aquel día, la confesión que le hizo Raúl cinco años atrás, cuando entró en la habitación de madrugada con una sonrisa demencial en el rostro, apestando a alcohol, con los ojos enrojecidos y las pupilas dilatadas por los efectos de la cocaína:

—¡Oh, hermanito, menuda noche he tenido! Cervezas, peli porno y unas rayitas en casa del Tato. ¡Y para colmo, sorpresa de fin de fiesta! Había un pibita al otro lado del puente de la Palmilla, magreándose con su novio en mitad de la calle. Tenía las tetas fuera y me ha puesto más cachondo de lo que estaba.

Se limpió el sudor de la frente mientras resoplaba. A Víctor, de forma súbita, se le humedeció la espalda.

—¿Qué has hecho? —preguntó, conteniendo la respiración.

—Me la he tirado. Pero eso ya te lo contaré mañana, ahora me voy a dormir. Dile a la vieja que no me despierte, que me ha sentado mal la cena.

Blanca.
Mayo de 2013.

Me sentí halagada con la declaración de Patri, mentiría si dijera lo contrario. Aunque me quedé descolocada cuando la leí, sin saber qué contestar. Ella actuó de manera astuta. Enseguida me dio las buenas noches como lo hacía siempre, como si nada hubiera pasado, seguro que para no hacerme sentir violenta al forzar una respuesta por mi parte. Saber que yo era capaz de despertar un sentimiento puro de amor en otra persona fue un soplo de confianza sobrevenido sin avisar, pero que sin duda agradecí. La pena fue que no pudiera corresponderle, tenía muy clara mi identidad sexual, aunque en aquel entonces estuviera aletargada, hibernando o casi muerta. Con Patri me sentía a gusto, tranquila, como en casa.

Después de aquello, mantuvimos algunas conversaciones más. Rompimos el hielo cediéndoles el protagonismo a los libros —nuestra tabla de salvación en momentos críticos— y luego no dudé en sacar a flote el asunto de nuevo para que no quedara navegando a la deriva en un mar de nadie. Tuve la impresión, a pesar de mis dulces aclaraciones, que Patri se negaba a perder la esperanza. Aun así, aceptó continuar con mi amistad sincera y profunda, sin presionarme para traspasar la línea que ella había cruzado ya hacía años y formar parte de una vida en la que me esperaba.

Se lo conté a María, mi fiel amiga, aquel domingo, 26 de mayo. Se vino a casa para acompañarnos, a Álvaro y a mí, durante todo un día en el que mis padres quisieron regalarse un romántico homenaje por su aniversario de bodas. Yo misma los animé a hacerlo. Necesitaban intimidad, dedicarse tiempo mutuo, cultivar una relación a la que a veces, por estable, se la deja volar sola sin pensar que las alas también se rompen por el mal uso, por la erosión de los fuertes vientos, de las múltiples tormentas, por falta de

protección. Almorzaron en un restaurante de alta cocina, con mesa para dos, mantel de hilo y velas. Pasearon por el puerto y hasta se atrevieron a besarse fugazmente bajo el mismo árbol donde él se le declaró. Y terminaron riendo en el teatro Alameda, con la puesta en escena de una comedia —«Fisterra»— y Eva Hache de protagonista abstrayéndolos de la realidad. Nosotras nos dedicamos a ver dibujos animados con mi hijo, a hacer guerrillas de cojines en el sofá tras disfrazarlo de Spiderman, a comer pizza y chuches como leonas bajo secreto de sumario para que mi madre no supiera del mal ejemplo dado al niño y a fabricar —cual obra de arquitectura— una tarta de galletas con chocolate para merendar. En ello estábamos Álvaro y yo cuando María entró, sujetando el portátil abierto, para decirme que las ratonas estaban en el chat.

—Ponlo ahí, encima de la mesa, y charla tú con ellas, mira qué manos tengo —la advertí—. Pero ve contándome.

—¿Aquí, mami? ¿Aquí pongo esta?

Mi hijo estaba subido a una silla, remojando las galletas en leche y cacao para construir los varios pisos de que se componía la tarta. Tenía los deditos negros de hundirlos en el líquido y se le destrozaban todas las galletas tras dejarlas sumergidas más tiempo del necesario. Pero su rostro se veía feliz. Solo por eso merecía la pena poner la cocina como si hubiera sido asaltada por un ejército de soldados hambrientos.

—¡Pero no te chupes los dedos, cochino, que luego tienes que coger las galletas! —exclamé, con comicidad.

Álvaro reía con ganas y repetía la hazaña.

—Se ha roto, mami. Esta galleta se ha roto —decía, señalando un amasijo de cereal en el plato.

—Pues nos la comemos. ¡Pero no digas nada, chssss....!

Él miraba a María, encogiéndose de hombros y sonriéndome con complicidad, al tiempo que llenaba sus carrillos y se rechupeteaba los labios.

—Dicen que pasan de apuntarse al reto de novela histórica, que todavía tienen pendientes novedades de novela negra que les apetece leer —decía María, sin desviar la vista de la pantalla.

—¿Cuáles? —pregunté.

—Ya está. Mami... ¡Mami...! ¡¡Mamiiiiii...!!

—¡¿Qué, qué, qué?! —exclamé, ante las voces y los tirones que Álvaro daba a mi blusa.

—Ahí va, ¡cómo te ha puesto la camisa de chocolate! ¡Ja, ja, ja! —advirtió María.

—Que ya las he puesto, mira.

—Pero ¿cómo que ya las has puesto? ¿Y en este hueco, y en este, y en este? —le dije, señalando el plato—. ¿Ahí no pones ninguna?

—«El guardián invisible», de Dolores Redondo —seguía leyendo María, en el chat.

—Esa la tengo.

—«Memento Mori», de César Pérez Gellida. Una de Juan Madrid, dice Patri, con un título largo que ahora no recuerda cuál es.

—¿De Juan Madrid? ¿Reciente? ¿«Los hombres mojados no temen a la lluvia»?

—Espera... —María tecleó el título con rapidez—. Sí, dice que es esa. ¿La tienes?

—No, esa no.

—Y «El pantano de las mariposas», de Federico Axat.

—¡Pero ¿qué haces comiéndote el chocolate, Álvaro, que lo tenemos que fundir?!

—Es que me gusta.

—Claro que te gusta, pero es para la tarta.

—Dice Patri que si te apetece alguna, la empieza cuando tú puedas y así la comentáis.

—Dile que luego lo pienso y le digo algo, primero quiero acabar con esto —advertí, extendiendo los brazos para señalar con las manos abiertas todo lo que teníamos montado— y merendar con el pequeñajo tranquilamente. Le dejo el mensaje en el chat.

Terminé de remover las natillas y fundí el chocolate en una olla aparte. Álvaro se empeñó en darle vueltas con la cuchara, tal y como me había visto hacer a mí, y tuve que coger su pequeña mano con la mía para evitar que terminara sumergiéndola de lleno en el fondo del líquido. Era atrevido y vivaz, no parecía temerle a nada. Extendí las natillas y el chocolate de forma alterna entre capas de galletas mientras María jugaba a decorar el rostro de Álvaro con el polvillo que había quedado esparcido entre los platos. Reí al verlo, parecía salido de una película de indios y vaqueros. Metí la tarta en el congelador con el fin de agilizar el tiempo que los ingredientes tardaran en cuajarse —tenía claro que mi futuro no dependía de mi buen hacer culinario— y extendí un mantel en la mesa del salón, mientras María y mi hijo se dedicaban a lanzarse las pajitas de la bebida a modo de flechas apaches, escondiéndose tras las sillas.

Sentados en el sofá, tomamos una porción de tarta con unos zumos y un Cola-Cao. Álvaro se retrepó al terminar, recostándose en los cojines, y los párpados comenzaron a pesarle; el exceso de actividad y, tal vez, las emociones novedosas le pasaban factura. María también tenía aspecto de cansada, lidiar con niños quemaba más de lo que parecía, así es que la invité amablemente a marcharse a casa para que descansara, cosa que agradeció, aunque sus palabras de cortesía pretendieran mostrar lo contrario.

El silencio del momento me incitó a relajarme, satisfecha, tranquila. Aún quedaba tiempo hasta la vuelta de mis padres. Podía escuchar a mi lado la pesada respiración de Álvaro, profundamente dormido. La luz tamizada por las cortinas creaba una atmósfera agradable a mi alrededor, con leves reflejos de un sol que perdía intensidad. Sentí como si el entorno me acurrucara, como si me hubiera acogido en su seno protegiéndome, recubriéndome de paz.

Suspiré y me puse cómoda. Extendí las piernas, apoyé los pies sobre el sillón y coloqué el portátil sobre mis muslos. Entré en Facebook, di un vistazo a las últimas publicaciones y abrí el chat para dejarle a Patri un privado con el nombre de la novela que me apetecía leer. El icono con la entrada de un mensaje se iluminó en la parte superior de la pantalla. Abrí pensando que sería la contestación de Patri, pero me equivoqué. Era Chema. Me dio mucha alegría encontrarlo al otro lado del hilo sin esperarlo, hacía semanas que no charlábamos y comenzaba a echarlo de menos. El saludo que nos dedicamos denotaba la amistad y la confianza crecida a lo largo del tiempo, cada vez más íntima, más profunda. Chema seguía en Madrid, prometiéndose eternamente unas buenas vacaciones en nuestra tierra malagueña que nunca llegaban, mientras yo esperaba volver a encontrarme cara a cara con él.

—Me alegro de verte por aquí, empezaba a echarte en falta —escribí, con una carita ruborizada impresa, acompañando al mensaje.

—Llevo unas semanas muy liado, no tengo tiempo de nada.

—¿Cómo llevas el proyecto? —le pregunté.

—Tengo fecha para presentarlo dentro de tres semanas, ya no le doy más vueltas. Me gustaría tener la máxima calificación, pero si sigo perfeccionándolo no terminaré el máster en la vida. Necesito acabar ya y pasar a otra cosa. ¿Y tú?

—Me van a quedar dos casi seguro.

—¿Y eso? La última vez que hablamos las llevabas bien...

—Porque además de los exámenes había que presentar trabajos y alguno no me ha dado tiempo a entregarlo en el plazo que nos daban. Los exámenes

tampoco los he hecho demasiado bien.

—En septiembre te examinas y ya está. Sin agobios.

—Eso he pensado yo, que no me quiero agobiar más; si hago la carrera en cuatro años, como si la hago en ocho. Porque no creas que en el verano voy a poder estudiar más, en el hotel hay más trabajo y no me extrañaría que me ampliaran el horario.

—¿Y Álvaro? ¿Qué tal está?

—Aquí lo tengo, a mi lado, dormido como un tronco en el sofá. Se ha pasado media tarde conmigo en la cocina, ayudándome a hacer una tarta de galletas, y ha caído rendido después de comérsela.

—¡Ja, ja, ja! —rio Chema—, vaya pinche que te has buscado.

—Disfrazado de Spiderman, jugando a los indios y con chocolate hasta en las orejas, ¡ja, ja, ja! María y yo hemos estado todo el día con él, no he cogido un libro. Pero no me importa, ahora estoy feliz.

—Se nota.

—Me gusta estar con él.

—¿Te acuerdas cuando me decías que te costaba mirarlo?

—Sí —contesté con pesar—. Ahora lo lamento, me remuerde la conciencia cuando lo pienso.

—Las acciones del pasado no se cuestionan, ya hablamos de eso.

—Es que es difícil cuando hay sentimientos por medio.

—Ya veo. Ahora sí que lo quieres, ¿verdad?

—Mucho. —Hice una pausa antes de seguir escribiendo—. Ahora incluso me alegro de haberlo tenido.

Giré la cabeza y lo observé, con sus mejillas pecosas encendidas, como siempre, y una expresión de pícara inocencia que me despertaba ternura.

—Pero eso no te lo planteaste nunca —escribió Chema—. Al hecho de tenerlo o no tenerlo, me refiero.

—Sí que lo hice, pero no tuve valor para afrontarlo todo. Y luego ya fue demasiado tarde.

—Muchas decisiones llegan a destiempo. Cuando podemos hacer algo, dudamos; y cuando lo tenemos claro, ya resulta imposible.

—Quizá porque tenemos demasiadas cosas en la cabeza, demasiados frentes abiertos que no nos dejan pensar con claridad. O porque no tenemos sangre fría para hacer determinadas cosas. A mí me pilló desprevenida, me costó reaccionar. Y cuando por fin lo hice, me di cuenta de que tomar esa decisión me venía demasiado grande.

—¿Te pilló desprevenida? —preguntó, con aparente extrañeza—. ¿No pensaste en esa posibilidad? La de un embarazo...

—Ni por asomo, me quedé pillada en lo que me había pasado. Creo que sufrí tanto con las consecuencias inmediatas que las futuras ni las vi.

—Tampoco era muy probable que pasara.

—No, la verdad es que no. Tal vez pensara, inconscientemente, que no iba a tener tan mala suerte, que algo así no podía pasarme a mí. O que mi mente bloqueara esa posibilidad por puro miedo y no me dejara pensar en ella, yo qué sé.

—¿Habría cambiado algo?

—¿Si me lo hubiera planteado cuando pasó? Claro. Podría haber tomado precauciones, supongo. Si es que... —chasquéé la lengua y negué con la cabeza al tiempo que escribía, como si los pensamientos que vertía en el chat cobraran voz—, lo más fácil y lo más sensato habría sido irme directa a una comisaria. O al hospital, y contar lo que me había pasado. Ellos habrían puesto en marcha el protocolo, como me dijo mi madre. Me habrían reconocido, habrían hecho un parte médico de lesiones y habrían avisado a la policía para tomarme declaración. Ahora veo que un paso en falso puede condicionarte el resto de tu vida, pero yo, en ese momento, solo quería huir y esconderme, no podía pensar en nada más.

—¿Y después? Cuando supiste que estabas embarazada. ¿Por qué dices que no tuviste el valor de hacerlo? ¿Por ti? ¿Por el niño? ¿Por tus padres?

La conversación había cobrado tintes profundos, pero a mí me apetecía continuar. Desde que Chema me preguntara en El Trillo si me había planteado abortar, le debía una contestación y sentía que quería dársela, tal vez para justificarme ante quien sabía a ciencia cierta que no me cuestionaba. Y ante alguien a quien sabía que le importaba.

—Era menor de edad, tenía 17. Necesitaba el consentimiento de mis padres para poder abortar.

—¿Necesitabas su consentimiento, o solo informarlos de tu decisión de abortar?

—Lo de informarlos fue años después; en aquel momento, la ley exigía el consentimiento expreso. Pero ¿qué más daba? De una forma u otra se lo tenía que decir, les tenía que contar lo que me había pasado.

—Y seguías sin querer que ellos lo supieran.

—Sí, seguía sin querer hablar de violación. ¿Y qué hacer, entonces? No podía decirle a mi madre que quería abortar así, sin más, porque no quería

hacerme cargo de un niño que venía a consecuencia de un descalabro mío, como solía decir ella. No lo hubiera consentido, sus creencias morales y religiosas no se lo permiten. Tendría que haberle dicho la verdad y la hubiera matado, ahora más que nunca lo sé. Cuando supe que me había quedado preñada estaba de dos meses y medio, casi de 11 semanas. Entré en estado de shock, me bloqueé completamente. Fue María la que llegó a casa, días después, para preguntarme si me lo había planteado. Me dijo que había estado indagando y que, de hacerlo, tenía que ser antes de la semana 14. Además, había que alegar violación para que la ley me permitiera abortar, no había otra opción. Pensé que si no había denunciado ni tenía informes de un hospital, ¿cómo iba a alegar eso casi tres meses después? ¿Cómo iba a poder demostrarlo?

—Te entiendo.

—Muchas cosas por decidir en muy poco tiempo. No creo que puedan practicarte un aborto de un día para otro. No sé qué trámites lleva, pero a los legales, súmale las pruebas y los informes médicos, la planificación de la operación, esperar hasta que te llamen...

—Y decidir si quieres hacerlo o no, que es lo más difícil.

—Eso es lo peor. Aunque te confieso que entonces sentía un rechazo enorme hacia el niño. No lo sentía como algo mío, era algo suyo creciendo dentro de mí. Era su huella, su marca. Quería arrancármelo como me arrancué la ropa. Y como me hubiera arrancado la piel si hubiese podido. Pero no fui capaz, Chema. A pesar del rechazo, no fui capaz de embarcarme en todo aquello. Tampoco tenía quien me guiara y me abriera el camino, solo a la pobre María, que demasiado hizo.

—Disfruta de él, Blanca.

—Ya lo hago. Cuando era un bebé, lo miraba y solo podía ver la cara de..., ya sabes. Tenerlo delante era un castigo. Y ahora... Ahora lo miro y pienso que ha sido tan víctima como yo. Hasta siento compasión de él por tener como padre a un hijo de puta así. Me preguntó un día que dónde estaba su papá.

—¿Y qué le dijiste? —se apresuró a preguntar.

—Cambié de tema, ¿qué le iba a decir? Mi madre le repitió que estaba lejos, trabajando, como siempre le ha dicho. Pero algún día le tendré que decir la verdad, no podré ocultarle algo así durante toda la vida.

—No lo pienses, aún es pronto. Ya encontrarás el momento y la forma de hacerlo.

—Sí, ya llegará.

—Ahora os tiene a ti y a sus abuelos dándole todo lo que necesita. Y tú vas a ser una buena madre, Blanca.

Me emocioné.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

Levanté los dedos del teclado unos segundos, eligiendo las palabras que mejor expresaran lo que sentía.

—Que ya no necesito ganármelo para calmar mi conciencia, Chema, necesito hacerlo porque lo quiero. Es mi niño.

Parpadeé varias veces para secar la humedad que se había asentado en mis pupilas. Chema y yo nos despedimos con la promesa de reencontrarnos cuando él terminase el máster y yo las clases. Mientras tanto, el chat, las llamadas telefónicas y el WhatsApp salvarían la distancia física y suplantarían la identidad de las conversaciones cara a cara.

Me disponía a salir de Facebook cuando vi un mensaje privado pendiente de leer. La conversación con Chema me había absorbido tanto que ni siquiera me había percatado de ello. Supuse que sería de Patri y esa vez, acerté. Hacía bastante tiempo que me había preguntado en qué fecha comenzaría a leer.

—Disculpa, no había visto tu mensaje, estaba charlando con Chema — escribí.

—No te preocupes. ¿Va todo bien?

—Sí. Nos hemos estado poniendo al día. Y hablando de algo que teníamos pendiente.

—Parece un buen chico, ese tal Chema.

—Sí que lo es. Un buen amigo en el que puedo confiar, además.

—¿Ya está viviendo en Málaga?

—No, sigue en Madrid. Pero ya no importan las distancias, las redes y el móvil nos unen.

Tardó en escribir de nuevo.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites y cuando lo necesites, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

Me extrañaron sus palabras, me pregunté por qué incidía en aquello. ¿Por mi estrecha relación con Chema, tal vez? Puse un emoticono de carita sonriente y otro al lado enviándole un guiño.

—Voy a recoger la cocina, Patri, tengo que limpiarlo todo antes de que lleguen mis padres o a mi madre le dará un infarto cuando lo vea. Ya te diré

cuándo empiezo, pero me temo que no podré hasta dentro de dos o tres semanas al menos, tengo los finales encima y no me queda otra que estudiar en serio.

—De acuerdo, tranquila, a tu ritmo. Un beso.

—Un beso.

Mis padres atravesaron la puerta una hora después. No quedaba rastro de la que habíamos liado. Aunque, nada más despertar, el chivato de mi hijo le contó a mi madre, con todo detalle, nuestra incursión en la cocina y todo el desaguisado que la tarta había provocado y del que quedaban secuelas en su ropa y en la mía. Mi madre nos miró a los dos y, en contra de todo pronóstico, calló, con aparente felicidad en el rostro; no supe si por no enturbiar el final de su velada romántica o porque se alegraba de que nuestro acercamiento se consolidase cada vez más. Le dio un beso en la frente a mi hijo, le acomodó el pelo y desapareció en dirección al dormitorio, mientras mi padre me tendía un sobre que había encontrado dentro de nuestro buzón. Estaba sin franquear y no figuraba remitente alguno. Tan solo en el frontal del sobre aparecía mi nombre y mis dos apellidos escritos en mayúscula, con letras moldeadas por una plantilla. Me recordó a las que yo solía usar en los murales del colegio y que dibujaba con ayuda de una regla en la que aparecía el alfabeto al completo. Me fui al dormitorio y lo dejé caer sobre la cama, sin abrir. Lo estuve observando durante largo rato, sin atreverme a cogerlo de nuevo, como si temiera quemarme.

Hay momentos en la vida en los que actúa de salvaguarda la intuición, quizá como un instinto de supervivencia residual que nos impide correr riesgos cuando la mente no dispone de los datos necesarios para activar una señal de huida. Las manos comenzaron a sudarme y mi estómago pareció arrugarse. Instantes después, cuando tuve el valor suficiente de abrirlo, comprobé que me había quedado corta en mi presagio.

El mensaje que contenía era más temible de lo que cabía esperar.

Octubre de 2013.

Hay veces en que la vida parece vivirse bajo la inercia de un movimiento continuo que no nos permite pensar, solo actuar como mecanos programados para sortear los obstáculos que impiden el avance necesario. No miramos, no observamos, no escuchamos. Nos movemos, solo. Hasta que una mano divina, o extraña al menos, detiene el carrusel del golpe y nos hace caer, tomando conciencia de los pedazos que formaban parte de nuestro ser sin saberlo. Todo permanece estático, nada fluye, solo aquellos secretos guardados, aquellos sucesos ocultos de los que no pudimos tomar conciencia a pesar de tener una relación directa con nuestra existencia y que ahora nos tocan por la espalda para hacerse notar.

Aquel mes de octubre, Fuensanta no lo olvidaría jamás. Por haber sido un venero de novedades, una fuente de confesiones, un tiempo de encuentros consigo misma y con su familia, desnudándose ante ellos y ante sí para tomar conciencia del mundo y volver a reconstruirse, para reorientar su vida como hacía tiempo que debería haberlo hecho. Hay golpes que resquebrajan el corazón. Otros, sin embargo, cuarteán la cáscara que lo recubre, ese envoltorio de piel áspera, hecha al sufrimiento y a la abnegación dolorosa, y lo dejan palpar libre, recordándole en cada latido su derecho a amarse a sí mismo tanto o más que a los demás.

Se miró mientras caminaba por el pasillo del hospital, arrastrando los pies como un alma en pena en aquella tierra de nadie, envuelta en un silencio interno que la reconfortaba y que se acrecentaba con el paso de los días, a medida que expulsaba sus confesiones al exterior. Pensamientos, emociones, sentimientos traducidos a palabras y transferidos a quienes la amaban, aligerando el peso de su alma; confesiones y secretos desvelados por otros calmando su culpa, como si fuera el suero enganchado a su vena el que la

inoculara. «No hay mal que por bien no venga», solía decir la abuela Herminia en su afán de hallar la luz en cualquier oscuridad. Y así había sido. Fuensanta no sentía prisa alguna por salir de allí; había perdido el bazo, pero le estaban remendando el alma.

—¿Nos sentamos un poquito? —le preguntó Herminia, devolviéndole la conciencia de que alguien la acompañaba.

Habían llegado a un rellano en el que una hilera de sillas revestía la pared. Fuensanta asintió, tiró del soporte del suero y lo acomodó a su lado, supervisando que no se hubiera obstruido la vía en la maniobra. Las gotas caían despacio, con lentitud desesperante, un buen indicativo de que la infección remitía y no era necesaria mayor dosis de antibióticos. También la fiebre parecía despedirse, en los dos últimos días no se habían producido picos al caer la tarde. De seguir así, no tardarían en darle el alta; aunque aún quedaban algunos puntos de sutura por dar a su alma.

—¿Por qué dijo aquello de Raúl, Herminia? No he podido dejar de darle vueltas a la cabeza. ¿Qué fue lo que vivió?

—¿Víctor viene a verte hoy? Lo oí salir muy temprano esta mañana y no me dijo nada. Pensaría que estaba dormida.

—Hay mucho trabajo en el taller, no puede pedir más horas libres. Vendrá cuando salga de trabajar.

—Claro, claro. Demasiado bien se han portado con él.

—Herminia... —la silenció Fuensanta.

—¿Qué?

—No me cambie de tema.

Le dedicó una sonrisa tierna. La abuela la miró y suspiró. Apoyó la palma de la mano en la mejilla y el codo sobre el otro brazo, doblado bajo el pecho.

—¡Ay, niña!

—Tengo derecho a saber, Herminia.

—Saber o no saber. Confesar o callar —dijo, pensativa—. Tu derecho a conocer la verdad y mi miedo a hacerte daño cuando ya no hay remedio.

—¿Es que antes sí lo hubo?

—No lo sé —contestó Herminia, ahogando en parte su respuesta con la mano, desplazada mientras cabeceaba con dolor—. Puede que sí...

—¿Y por qué no me lo contó?

—Porque duele hablar mal de un hijo.

Fuensanta clavó sus pupilas en el semblante hundido de Herminia, que miraba las líneas del suelo como si quisiera escapar por ellas.

—No soy tonta, abuela. Sé que ha habido muchas cosas que Salvador no ha hecho bien. No me iba a descubrir nada nuevo.

—No lo entiendes, niña. No me refiero solo a lo que hizo, me refiero a lo que fue, a lo que es. Una madre sabe reconocer cuándo un hijo se porta mal. Y lo admite, no es difícil. Pero cuesta mucho más aceptar que la maldad no está solo en lo que hace, sino en lo que lleva dentro, en él mismo. Le pasas la mano, lo tapas, no quieres que los demás lo sepan porque te hace daño que hablen mal de él. Te pasas los meses y los años pensando que son las circunstancias las que lo provocan, que algún día sentará la cabeza y empezará a portarse como un hombre de bien. Hasta que te das cuenta de que nunca cambiará, que está en su naturaleza hacer daño sin conciencia. Pero para entonces ya es tarde, ya se ha llevado por delante la felicidad de los que están a su alrededor. Como la tuya y la de los niños.

—Y como la de usted...

—Sí, también.

Fuensanta le apartó un mechón de pelo que había escapado de su moño bajo, buscando un contacto con el que transmitirle su compasión.

—¿Qué le hizo a Raúl?

—Tratarlo como si fuera uno de sus colegas y no su hijo. Hizo de todo, menos de un padre como Dios manda. Lo educó a su manera, para sus intereses.

—No la entiendo, Herminia. Salvador me dijo que no podía hacerse cargo de él, el niño iba a estar con usted.

—Y así fue. Al principio. Yo me ocupé de Raúl cuando todavía era un bebé y a Salvador le estorbaba. Él tenía negocios en muchas ciudades, viajaba sin darme explicaciones de adónde iba ni de dónde venía. Tampoco me decía lo que hacía. Pero una no es tonta. Ignorante sí, pero no tonta.

—¿Qué... hacía? —preguntó Fuensanta, temerosa ante el tono último empleado por la abuela.

—Trapicheaba con todo lo que pillaba. Todo lo que le diera dinero lo aprovechaba. Y si tenía que utilizar al niño, pues lo hacía.

Sus ojos se enturbiaron.

—¿Cómo, Herminia? ¿Cómo lo utilizaba?

La abuela podía oír el latido del corazón de su nuera, aun siendo corta de oído.

—¡Ay, niña, no me preguntes tanto! Mira que todo esto ya solo sirve para que vivas con más dolor, ya no hay...

—Herminia...

El gesto adusto de Fuensanta detuvo el lamento. La abuela tragó saliva y miró al suelo, no se atrevía a confrontar sus pupilas con las de aquella mujer que se aferraba a un bote de suero para mantenerse viva.

—Cuando era pequeñito se lo cedía a algunas mujeres para que se lo llevaran por ahí a pedir —continuó Herminia—. Raúl era llorón. Y ellas decían que tenía hambre para que a la gente le diera lástima y así sacar un poco más de dinero. Una parte se la entregaban a Salvador, y él, a saber en qué lo gastaba, porque a mí nunca me dio más de lo que solía dejarme encima de la mesa cada semana. —Fuensanta tomó aire mientras la escuchaba y cerró los ojos un instante—. Ahí se daría cuenta del partido que podía sacarle al niño, supongo yo, porque empezó a llevárselo cada vez más a menudo.

—¿Usted lo vio? —preguntó Fuensanta, con un deje de escepticismo ante una evidencia que no quería creer—. ¿Cómo sabe que hacía eso con él?

—Las vecinas tienen la lengua muy larga, niña. Lo cuentan todo.

—¿Y usted se lo permitía?

Herminia agachó la cabeza de nuevo, perdiendo la mirada entre los pliegues de su falda. Luego la izó otra vez y la miró a los ojos.

—¿Qué autoridad podía tener esta pobre vieja sobre un hombre hecho y derecho, si no la tuve cuando era un niño? Me enfrenté a él muchas veces, pero jamás me tuvo respeto. Yo abrazaba a Raúl cuando se empeñaba en llevárselo, intentaba impedirlo. Trataba de convencerlo, de que entendiera que solo era un niño y que, aunque fuera su padre, no tenía ningún derecho a cambiar su rutina, a alterarle su vida. Pero él decía que quería enseñarle lo que era el mundo, no educarlo entre algodones como pretendía yo. No quería blandengues, ni niñitas. —Desvió la vista y apagó su voz hasta sumirla en un susurro—. Me levantó la mano una vez, con los ojos rojos, como un diablo. Me lo arrancó de los brazos y me dijo que era su hijo y que podía hacer lo que le diera la gana, que yo no tenía ningún derecho sobre él. Y que no lo volvería a ver si seguía metiéndome en sus asuntos.

—¡Herminia! —exclamó Fuensanta, con la angustia cosida al pecho—. ¡Pero ¿por qué no me lo dijo?! Yo...

—Podías habértelo llevado contigo, ya lo sé —concluyó—. Pero ya tenías a Víctor, y cada vez que hablábamos un poquito te echabas a llorar por que estuviera allí dentro, por la infancia sin libertad que estaba viviendo. Ahora me doy cuenta, niña, pero entonces yo confiaba en poder remediar la situación, confiaba en que cuando cumpliera más años ya no le sirviera para todo

aquello y le diera de lado. Entonces ya podría llevarlo al colegio y darle una vida tranquila, pero... —Las lágrimas resbalaban por el rostro de Fuensanta, precipitándose lentas, silenciosas—. ¡Ay, no me llores, hija, que se me parte el alma!

—¡Mi niño! ¡Fue culpa mía, dejé a mi niño!

—¡No, no, no! ¡Ni lo digas, ¿me oyes?, eso ni lo digas! La culpa fue de Salvador. Y mía..., por haberlo traído a él a este mundo y no haber sabido educarlo.

—¡Cómo pude estar tan ciega, Herminia! ¡¿De qué forma lo miraba para no darme cuenta de lo que era?!

La tomó de las manos, implorando una respuesta.

—Estabas enamorada, niña. Y el amor pone una venda muy gruesa en los ojos.

—Siempre fue un cobarde, ¿verdad? —siguió diciendo Fuensanta, con dolor en la voz y la mirada perdida—. Ahora lo sé. Siempre escudándose en otros para salvar las espaldas; pero aparentando, de cara al mundo y a sus amigos, que era capaz de valerse por sí mismo como si fuera un gran hombre. Siempre demostrando ser un gallo de pelea cuando no era nada.

—Decía mi padre que los pobres en cualidades son los que más echan mano de las apariencias, los que más intentan demostrar lo que no son y presumir de lo que no tienen. ¿Y sabes por qué? Porque se avergüenzan de sí mismos y no quieren que lo sepan los demás.

—Pero de todo se aprende, Herminia. La vida te va enseñando con cada error que cometes, con cada cosa que aciertas o que haces bien —clamaba Fuensanta, parpadeando para aliviar el escozor de sus ojos—. La vida le ha dado a Salvador muchas oportunidades para darse cuenta de sus errores y mejorar.

—No te confundas, hija —la interrumpió la abuela—. Salvador nunca asumió sus errores. Y quienes no asumen los errores que cometen seguirán pecando durante toda su vida, porque no penan sus culpas, como sí has hecho tú. Siempre esperan que rectifiquen los demás.

Se hizo un silencio. El personal sanitario seguía cruzándose en su camino con quienes hacían uso de los ascensores, con aquellos que buscaban desorientados la ubicación de las habitaciones o a quienes atendieran las necesidades del familiar ingresado al que estaban acompañando. Fuensanta aceptó un pañuelo de papel de manos de Herminia y respiró hondo, dispuesta a escuchar cuanto quedara por confesar. Con valentía. Con intención de seguir

tejiendo costuras en su corazón roto para seguir manteniéndolo vivo dentro de sí. El suero del bote seguía menguando, insertando gotas de fuerza en las venas de Fuensanta con las que devolverle el aliento que perdía con cada noticia, con cada fatídica confesión de un pasado cuyos detalles desconocía en mayor grado de lo que creía. Por el contrario, el relato seguía creciendo, acumulando palabras como minutos en aquel reloj con aroma a medicamentos, comidas insípidas y fiebre que lucía colgado en el pasillo del hospital.

Durante la estancia de Fuensanta en prisión, Raúl estrechó lazos con su padre en ambientes de timbas, antros regados de alcohol y cuartuchos con mesas decoradas a rayas de polvo blanco. No tardó en convertirlo, engatusado por juguetes y golosinas, en repartidor de barrio, con papelinas camufladas entre la ropa que el niño, obediente, llevaba de un piso a otro, de un portal a otro, de una calle a otra, entregándolas a sus consumidores sin levantar la sospecha policial, que siempre recaía en los muchachos de mayor edad. Acudía al colegio a destiempo, bajo la tutela ausente de un profesorado advertido para hacer la vista gorda por exigencia de su progenitor, con autoridad suficiente para hacerlos sentirse intimidados y amenazados si una denuncia tuviera lugar. Incluso para justificar ausencias de semanas enteras en las que Raúl acompañaba a su padre en sus escauceos por Marruecos, pasando fronteras como una familia de bien sin delitos que ocultar, a excepción de pequeños encargos, camuflados en los enseres infantiles que el pequeño portaba y que serían esnifados, fumados y pinchados en venas de docenas de desgraciados al poco de llegar.

Cuando Fuensanta abandonó la cárcel, pasó las primeras semanas en casa de Herminia, con la promesa de encontrar un lugar donde vivir que no se cumplió; entre otras razones, porque la abuela se lo impidió, la conciencia no le permitía dejar que la familia se disgregara aún más de lo que ya lo estaba. Además, su instinto materno, aún aferrado a ella, la apremiaba a hacer frente común con su nuera en el rescate —tan urgente como necesario— de Raúl, antes de que este acabara convertido en un vándalo sin remisión a manos de su padre. Pero poco pudo hacerse. El amor propio de Fuensanta y su negativa a depender económicamente de la inestabilidad de los ingresos aportados por Salvador la llevaron a aceptar el empleo de limpiadora que una asociación de mujeres, con la reinserción social como objetivo prioritario, encontró para ella en dos entidades benéficas ligadas a dicha asociación. La vuelta al mundo real, las horas prestadas a su labor profesional y la astucia de Salvador para sortear la rutina que ella impuso nada más volver siguieron engrosando la

ligazón entre el niño y su progenitor en sus andadas matinales y reforzando sus lazos afectivos. Nada quería saber Raúl de su madre. La esquivaba, la ignoraba, la insultaba a pesar de una disciplina que provocaba en ella más impotencia que efecto en el crío. Incontables fueron las lágrimas derramadas por Fuensanta ante la pérdida física y emocional de su hijo, ante sus acercamientos fallidos a pesar del amor reservado por ella en lo más profundo del corazón para regalárselo con creces cuando pudiera estrecharlo de nuevo en sus brazos, cuando pudieran aunar y convertir en una sola sus vidas truncadas por las malas decisiones y el destino.

—¿Por qué me odiaba tanto, Herminia? Me lo he preguntado miles de veces. ¿Por qué Raúl me odiaba tanto siendo un crío? ¿Por qué no me dejó demostrarle el amor que yo sentía por él?

—La distancia, niña.

—No, abuela. La distancia no deja que crezca el cariño, en todo caso aviva la indiferencia. Pero el odio y el rencor... Esos necesitan algo más que distancia para crecer. —Le dedicó una mirada dolorosa antes de volverle a preguntar—. ¿Por qué, Herminia? ¿Usted lo sabe?

Silencio, largo y denso, protegido de los ruidos ambientales por una barrera invisible para no decaer. Y unas manos ajadas retorciéndose entre sí mientras los labios se debatían entre ocultar la verdad o terminar con la mentira de una maldita vez.

—Por la lengua venenosa de Salvador —susurró la abuela, con el alma partida en dos—. Le decía a mi niño que no lo querías, que lo apartaste de tu lado y te quedaste con Víctor porque pensabas que era mejor que él. Que luego sentiste celos de lo que había entre ellos y querías separarlos, quitarle el cariño que sólo su padre le había dado mientras tú no estabas. Le decía que tú solo lo castigabas mientras él le daba regalos, que lo tratabas como un niño y no como el hombrecito que era cuando estaba con él, que jamás llegarías a quererlo como querías a su hermano porque en el fondo lo odiabas.

La adaptación de Víctor al mundo real tampoco estuvo exenta de dificultades. Tímido, retraído y asustadizo, excesivamente dependiente de la figura materna con la que había convivido en un entorno limitado en estímulos, donde apenas había tenido ocasión de valerse por sí mismo y vencer dificultades. Obediente y disciplinado, lo que facilitaba el cumplimiento de las normas familiares y escolares; pero carente de viveza y de habilidades sociales para ahuyentar el pánico a verse solo en un espacio físico en el que asumir el liderazgo era el objetivo prioritario de sus congéneres. Ni siquiera

podía contar con la ayuda resolutiva y astuta de Raúl. Víctor sentía hacia él un cariño especial, quizá explicable por el profundo sentimiento que Fuensanta había inculcado en él desde pequeño, sumado a su condición de hermanos y a la convivencia entre ellos tras salir de prisión. No era del todo recíproco, sin embargo. Raúl sentía hacia Víctor, de forma preponderante, el apego que aporta la dominancia, el poder de manipulación. Es cierto que con el tiempo su afecto hacia él fue creciendo, pero nunca llegó a igualar la empatía desmesurada que incitaba a Víctor a velar por su hermano y a compadecerlo por lo que era, por aquello en lo que se había convertido.

—Salvador nunca ha querido a Víctor, Herminia. Siempre se ha referido a él como mi hijo, nunca lo ha considerado suyo. En cambio, con Raúl... ¿Cómo pueden seis años poner toda una vida del revés?

—No es el tiempo, niña. Es el cuándo. Pasó en muy mal momento.

—Pero yo me llevé la peor parte, tendría que haber sido mi vida la que se destrozara por completo, no la suya.

—¿Sabes lo que yo pienso? Que la vida no la destrozan las circunstancias, ni los problemas. La destrozan las personas por no saber cómo enfrentarse a ellos y cómo superarlos.

—¿Esa es la diferencia entre nosotros? ¿Entre Salvador y yo?

—No, niña. La diferencia es que tú siempre has vivido a costa de ti misma; él siempre lo ha hecho a costa de los demás. Y nunca ha dudado en pisar las cabezas de otros para llegar más alto.

Volvieron a la habitación. Fuensanta se recostó en la cama, cansada, abatida. En su mente, el ayer y el hoy, estrechándose en un abrazo cómplice, lanzándose un guiño mutuo por esa alianza que había provocado el devenir de unas cuantas vidas por derroteros imprevistos: las de Víctor, Raúl, Aroa..., la suya propia. Se durmió convencida de que todo aquello que fuimos condiciona en gran medida lo que somos y en lo que nos convertimos; de que todo aquello que hicimos altera de forma sustancial e indubitable el camino vital por el que circulamos. Aunque todavía se preguntaba si el destino termina por imponerse a nuestras decisiones o podía ser burlado por ellas. De ser esto último, confiaba en no volver a equivocarse más; de ser lo primero, tendría que rezar por que de una vez por todas pudiera gozar de su benevolencia.

BLANCA.
Mayo-Junio de 2013.

Desperté a María a las dos de la mañana con una llamada de móvil. No podía dormir. Ni sentarme, ni calmarme, ni cerrar los ojos. Y menos pensar. Ni siquiera podía respirar. Tenía la puerta cerrada, no se oía nada en el exterior, mis padres debían de estar durmiendo ajenos a todo. Álvaro también. A mí me ardían la cabeza, el pelo, las sienas. Me golpeaba el corazón en el pecho, como si la caja torácica se le hubiera quedado pequeña. Y sentía una flojedad en las piernas y un temblor en las manos semejantes a los de una bajada de azúcar. Había instantes en los que me asaltaban las ganas de vomitar y no podía apaciguar el estado de ansiedad que me hacía respirar de manera superficial.

Volví a mirar de soslayo aquella hoja de papel. Jamás pensé que cinco palabras pudieran reabrir un abismo negro más profundo que aquel en el que había estado sumida en los años atrás. Una frase escueta, expresando un deseo que suponía para mí un temible retroceso en la reconstrucción de mi vida, una recidiva grave, una recaída, un nuevo atentado a mi equilibrio emocional y vital.

«Quiero conocer a mi hijo».

Eso ponía la nota. Con una intencionalidad tan firme que estaba aterrorizada.

María atendió mi llamada con un susurro ininteligible; debí de haberla pillado en su primer sueño, en esa fase profunda en la que el mundo onírico despliega al máximo su esplendor dinamitando la realidad por un tiempo. Tardó en reaccionar, y agradecí que no me hiciera esa pregunta tan típica de si sabía la hora que era en aquel momento. Inicié la conversación de una forma atropellada.

—¿Quieres calmarte y hablar más despacio? ¡No me entero de nada! ¿Que has recibido qué?

—Un anónimo.

—¿De quién?

—Joder, María, es un anónimo —repliqué, con el único ápice de paciencia que tenía—. Sospecho que es de él, pero no lo puedo asegurar.

Escuché su respiración y un carraspeo. La imaginé intentando recobrar la lucidez perdida mientras dormía.

—¿De él? ¿Te refieres a... él? —preguntó ya con alerta en la voz—. ¿Al cabronazo, hijoputa, rastrero?

—Sí, María, a ese —la interrumpí; ella podría haber hilado una decena de insultos sin detenerse y yo tenía prisa por contarle, no podía esperar—. Quiere conocer a Álvaro.

—Espera, espera..., espera que me siente porque esto no es lo que yo creía. Pensaba que querías contarme una de tus gilipolleces de chica insomne y me estás dejando a cuadros. A ver, explícamelo con más detalle, porque ayer os dejé tan felices cuando me vine a casa y ahora no sé de dónde ha salido todo esto, estoy descolocada.

Le detallé cómo había llegado esa nota hasta mí y la sensación que me había producido leerla. Aunque María me conocía bien, apostaba a que era capaz de hacerse una idea bastante clara de mi estado emocional con solo escuchar mi voz y la forma en que le hablaba.

—No lo puedo creer —exclamó—, eso tiene que ser una broma, Blanca. ¿Se te ocurre quién puede querer gastarte una broma pesada?

—No, no se me ocurre. No creo que haya nadie con tanta mala leche como para hacer eso.

—Yo no estaría tan segura, nadie sabe cómo pasó. La gente piensa que te dejaron preñada en alguna juerga y que después no quisieron hacerse cargo del niño, pero nada más.

—Esto me da muy malas vibraciones, María —afirmé angustiada—. No hay marcas en el papel y la letra está hecha con un molde para que no se reconozca.

—Vale, vale, tranquila, a ver, pensemos con calma. Solo han escrito esa frase, no hay ninguna información más, ni especifica cómo ni cuándo quiere conocerlo.

—No, solo la intención.

—Pues pasa, Blanca, no le hagas ni caso. Haz una bola con ese papel y

quémala.

—¡No jodas, María, ¿cómo quieres que pase?! Ya sé que no aclara más, pero a mí esa intención ya me tiene descompuesta. ¿Qué crees, que ha sido una neura de un momento y ya está?

—¡Pues sí, podría ser! Tú qué sabes cómo estaba cuando la escribió, lo mismo tenía alcohol en el cuerpo para prender cien hogueras y mañana ya no se acuerda de lo que ha hecho.

Intentaba ser receptiva a la perspectiva que me ofrecía María, pero me resultaba imposible, mi optimismo se había desintegrado sin dejar rastro.

—¿Y si es verdad que quiere conocerlo? Dime. ¿Y si es verdad? ¡Estoy acojonada! ¡No quiero que tenga contacto con mi hijo, ni conmigo, ni con mis padres! ¡Con nadie! Quiero que desaparezca de una puñetera vez, que se largue, que se muera, ¡que me deje vivir en paz!

Me eché a llorar. Llevaba demasiadas horas soportando la presión, tratando de canalizar la angustia sin soltarla y no pude más.

—¿Quieres que vaya a tu casa? —me preguntó María, con un tono de voz que me reconfortó. Me limpié las lágrimas y respiré.

—No, no, es muy tarde, no quiero que andes sola por la calle a estas horas.

—Bien, entonces bebe agua e intenta serenarte antes de que sigamos hablando. Venga, te espero —me animó.

Volví con una botella fría y un vaso. Me acomodé en un sillón pequeño que había a los pies de mi cama, donde a veces me sentaba a leer, y agarré de nuevo el auricular.

—Ya estoy aquí —la advertí.

—No puedes acceder a lo que está pidiendo, Blanca, no puedes permitir que se meta de nuevo en tu vida.

—¿Y cómo lo hago? ¡¿Cómo lo alejo?!

Comencé a temblar al evocar de nuevo sus palabras tras haberme violado: «Te conozco, Blanca, sé quién eres. Sé dónde encontrarte. A ti y a ellos». Ese malnacido me lo acababa de demostrar. Sabía dónde vivía, cómo llegar hasta a mí, y ahora Álvaro estaba incluido en el lote, en esa amenaza que en principio solo nos cercaba a mis padres y a mí.

—Denunciándolo, no se me ocurre otra forma —apuntó ella.

—¿Y qué mierda voy a poner en esa denuncia? No hay nada amenazador en ese mensaje, María, la policía pensará que solo es un padre con ganas de conocer a su hijo.

—Es tu violador.

—¿Y cómo lo demuestro?!

—Contando lo que pasó.

—Será mi palabra contra la suya, no hay testigos. Chema se fue en la moto con el otro chico, ¿recuerdas? Y tampoco hay pruebas, me vine a casa, nadie vio lo que me hizo.

Había elevado la voz sin querer. Me disculpé con María, parecía que le estaba echando una bronca por sus sugerencias sin fundamento; pero no era eso, eran mis nervios destemplados e incontrolados, que no me permitían hablar calmada.

—No puse denuncia entonces —le dije, midiendo el tono—. Podría hacerlo ahora, sí, pero... no quiero, María. No quiero enfrentarme a él, porque no estoy segura de que puedan acusarlo.

—Te entiendo.

—¿Qué querrá? ¿Qué pretenderá ahora con todo esto? —cuestionó en voz alta—. ¿Será solo curiosidad?

—Eso mismo me pregunto yo. Después de cinco años, a saber cómo estará. No sé si los que hacen estas cosas se rehabilitan alguna vez en su vida o siguen siendo siempre igual. Podría haber cambiado, seguir siendo un degenerado o haberse vuelto un psicópata.

—¡Joder, Blanca, no sigas, que me estoy poniendo mala!

—¡Pues imagínate cómo estoy yo! De momento no haré nada, pero si vuelve a pronunciarse tendré que decidir qué hacer.

—¿Y tus padres? ¿No se lo vas a decir?

—No.

—Le dijiste a tu padre que no le volverías a ocultar nada importante, o al menos eso fue lo que me contaste.

—Sé lo que le dije. Pero no le voy a poner el cuerpo malo sin saber en lo que queda todo esto. A mi madre no pienso decirle nada, ni ahora ni luego, se pondría histérica.

—Bien, pues ahora intenta dormir, que si no mañana estarás hecha un asco para ir a la facultad, te dejarás los dientes en la mesa.

—Paso de ir, no voy a poder concentrarme.

—No hagas eso, si te quedas sola en casa no dejarás de darle vueltas al tema y te pondrás peor.

—¿Estarás conmigo en esto, María?

—¿Tú eres tonta? Pues claro que estaré contigo, ¿cuándo te he dejado yo a ti en la estacada, eh?, dime...

—Gracias. No sé qué haría sin ti, de verdad.

—Duérmete.

Resultó imposible, por más que cerraba los ojos, mis pupilas bailaban bajo los párpados como pulgas saltarinas. Probé una docena de posturas y en ninguna de ellas encontraba acomodo. Incluso opté por leer. Pero llegaba al final de la página recorriendo cientos de letras en palabras sin sentido; mi mente era capaz de ejercitar esa acción de forma automática al tiempo que analizaba mi situación actual buscando soluciones negras en la oscuridad. Cuando sonó la alarma en el móvil el sueño me estaba venciendo. Escuché el tintineo de los vasos en la cocina y el aroma del café. Decidí levantarme y sentarme junto a mi madre a desayunar, echándole riles a plantarme ante ella con total disimulo, como si una pesadilla irreal me hubiera turbado durante la noche, sin más. Aún no había despuntado el sol, mi aliado emocional; pero la compañía de mi madre, con sus confidencias detalladas respecto a mi padre y a lo que había sentido el día anterior, y un cargado café caliente me hicieron sentir bien, protegida en casa, al lado de quien velaba por mí a pesar de su ignorancia, provocada por mi silencio.

Los siguientes días transcurrieron de forma atípica, con una vigilancia obsesiva por mi parte de cuanto ocurría a mi alrededor. Me giraba en la calle mientras caminaba, me sobresaltaba con todo, me sentía observada y acosada sin razones evidentes. Y no permití que mi madre acudiera al colegio sola para recoger a mi hijo, ella no estaba al tanto de la situación y temía que él pudiera acercarse a ellas en cualquier momento. Fingí una enfermedad que no tenía para no ir a trabajar, bajo mi promesa de recuperar el tiempo perdido en cuanto hubiera ocasión, me remordía la conciencia traicionar la confianza que el hotel había depositado en mí. María me decía que no podía seguir actuando como lo estaba haciendo, porque no sabíamos cuánto podía durar. No era una amenaza con fecha de caducidad, bien podría ser eterna.

En aquellos días, fui consciente de que el miedo había cobrado fuerza, de que volvía a resultarme invalidante, como también fui consciente de haberlo transferido a Álvaro. Ahora ya no lo focalizaba en mí, sino en él. Anteponía su bienestar al mío y lo sentía como una víctima más vulnerable de lo que pudiera ser yo misma. Una nueva violación o un nuevo acoso habían dejado de ser opciones pavorosas en mi mente, ahora copaba mis pensamientos la posibilidad de un secuestro, de un acercamiento indeseado, de una relación exigida que me obligara a cedérselo en contra de nuestra voluntad. Ideas irracionales, pero factibles para mí en mi particular escenario vital. Hice un

esfuerzo sobrehumano por aparentar tranquilidad, por sonreír para difuminar el rictus de los nervios en mi boca, por ocultar que, en aquellos momentos, me importaba un bledo estudiar, hacer trabajos, leer novelas o comentar en el club de Facebook los estados intrascendentes de cualquiera de sus miembros. Chateé con las ratonas, pero no les conté nada, ni siquiera a Patri; aunque tuve que morderme la lengua para no hacerlo, porque ya necesitaba sus consejos y su templanza tanto como un café matinal.

Dos semanas más tarde abrí el buzón, como ya venía haciendo a diario dos y tres veces desde que recibiera el anónimo. Metí la mano cerrando los ojos y extraje el correo: unos cuantos sobres de publicidad, otro de una entidad bancaria con mi padre como destinatario y otro sin franquear, con mi nombre estampado en negro con letras de molde. Una arcada se me vino a la boca y un sudor frío me cubrió el cuerpo. Comencé a respirar apresurada y superficialmente, girando en círculos alrededor de mí misma, como si hubiera sido atravesada por un eje imaginario. Me curvé hacia adelante pasado un rato y la vista se me nubló. No veía nada, solo el suelo cada vez más cerca de mí hasta tocarlo con las manos, flexionando las piernas. Me senté en el suelo, en un rincón del portal donde escaseaba la luz y se me escaparon dos lágrimas de angustia sin hacer ruido. Por fortuna, nadie entró, ni tampoco salió. La casualidad quiso tenderme una mano para que no fuera delatada en mi miedo y en mi debilidad. Recé para que mi madre no estuviera en casa, o al menos, que estuviera tan enfrascada en sus propios asuntos que no reparara en el rostro lívido que llevaba; ver a un muerto acercándose a mí no me hubiera producido un efecto semejante.

Entré en mi cuarto y agarré el móvil con desesperación, buscando a María entre mis contactos. Me cortó la llamada, pero yo insistí con varios wasaps que la advertían de mi urgencia por hablar con ella. Hasta que sonó. A duras penas pude descolgarlo, la presión que yo ejercía sobre la pantalla lo bloqueaba.

—Ha llegado otro —aventuró ella, sin esperar saludo alguno.

—Sí.

—¡Joder! ¿Y ahora qué pone?

—No lo sé, no lo he abierto.

—¿Estás bien, Blanca?

—No, no estoy bien. Me ha dado un ataque de ansiedad en el portal, me duele el pecho y solo tengo ganas de llorar. Joder, vaya mierda, ¡vaya mierda!

—Dame diez minutos, voy para tu casa. Tú mientras entra al baño, échate

agua fría en la cara y respira hondo. No toques nada hasta que yo llegue, ¿de acuerdo? Yo lo abro.

—De acuerdo.

María llegó a casa en menos tiempo del que me había dicho, con las mejillas enrojecidas por el calor, había venido corriendo. Yo estaba sola en casa, mi madre no había vuelto aún con Álvaro. Ella entró en mi dormitorio y cerró la puerta. Me abrazó y de nuevo me eché a llorar.

—No estás sola, Blanca, ahora no estás sola. Yo estoy aquí y, si es necesario, pediremos ayuda a tus padres, ya está bien de comernos solas los marrones. Esto no te lo has buscado tú, no tienes por qué ocultarlo.

Cabeceé negando.

—No, no, a ellos no, María, vamos a intentarlo nosotras, por favor.

Se me quedó mirando y suspiró.

—Lo intentamos, pero a la más mínima hablamos con ellos. Esta vez no me callo, Blanca, si la cosa se pone negra y no lo haces tú, lo haré yo.

Asentí en silencio y me senté.

—¿Dónde está el puto anónimo ese? —preguntó

—Ahí.

Reposaba sobre el escritorio. María cogió el sobre y observó que el tipo de letra coincidía con el anterior. Lo rasgó con temeridad, sus manos temblaban ligeramente. Desdobló el papel y lo leyó para sí misma.

—¿Qué? —pregunté, después de aguardar un tiempo.

—«Sábado que viene, a la una, en la Malagueta, chiringuito El cachalote. El niño y tú. SOLOS». —leyó.

—Va en serio, María. Quiere conocerlo, va en serio.

No pude contenerme, de nuevo arranqué a llorar. De forma desconsolada, además.

—No tienes por qué ir.

María se había agachado delante de mí e intentaba hablarme a la cara, que yo mantenía oculta entre las palmas de mis manos.

—En la playa. En un chiringuito de la playa —dije, sorprendida.

—Es muy listo. El sábado a mediodía aquello estará petado, y además es un lugar abierto. Si tiene que salir huyendo, se meterá entre la gente y no habrá quien lo coja. No vayas, Blanca.

—No me va a dejar en paz. Si no voy, el cabrón ese me mandará otro anónimo o...

—¡O nada! —me interrumpió—. No te va a hacer nada, ¿me oyes?, no lo

vamos a dejar.

Me limpié las lágrimas y me erguí en el sillón, intentando recuperar la compostura.

—Si conoce al niño, ya sabrá cómo es, podrá llegar hasta él cuando quiera —me advirtió María.

—¿Y quién te dice que no lo ha visto ya? Hasta puede que me haya seguido alguna vez y nos haya visto juntos —contesté, rascándome la frente, en un gesto instintivo de reavivar mi capacidad de pensar.

—Entonces ya lo conocería y todo esto no tendría sentido.

—María, conocer a alguien implica mucho más que verlo y saber quién es. Ese tío querrá tener un contacto más cercano con mi hijo, hablar con él, qué sé yo. De un loco puedes esperar cualquier cosa.

—¿Y si no se conforma con una sola cita? ¿Y si después de conocerlo quiere más?

—Pues eso es lo que me da miedo, que quiera meterse en nuestras vidas. Ya me la destrozó una vez, y ahora que lo estaba superando... ¡Joder, por qué! ¡¿Por qué me tiene que estar pasando esto ahora?!

—A mí también me da miedo, por eso insisto en pedir ayuda a alguien. Si hubiera cambiado y no tuviera malas intenciones, te habría citado sin más, no te exigiría que fuerais solos.

María estaba confusa. Tanto como yo.

—Él no sabe si yo lo denuncié. No querrá arriesgarse a que lo pillen ahora, después de tanto tiempo.

—No entiendo nada, todo esto es absurdo.

—No voy a llevar al niño —dije, resolutiva—. En todo caso, iré yo sola.

—¡Pero, ¿qué estás diciendo? ¿De verdad te planteas ir?! ¡Tú estás loca!

—Me asusta que tome represalias si no voy, que pueda hacerle algo al niño, que se acerque a él sin que Álvaro sepa quién es. ¡Que se lo lleve!

Caminaba de un lado a otro de la habitación con desesperación, volviendo loca a María, que no cesaba en cambiar de postura para poder hablarme.

—Piénsalo bien, Blanca. Por favor, piénsalo bien. Tan malo puede ser ignorarlo como abrirle las puertas y dejar que se acerque. Estamos a martes, lo hablamos de nuevo más adelante, el jueves, o incluso el viernes, ¿vale? Seguro que lo vemos todo de otra forma.

María estaba desbordada, la situación se le escapaba de las manos. Sin darme cuenta había depositado en ella una responsabilidad, la de asesorarme, con demasiado peso para su corta experiencia. Se despidió de mí con un

abrazo y un compungido gesto de compasión, ofreciéndose para merodear por la zona si al final terminaban por cruzárseme los cables y me decidía a acudir. Le resultaría fácil pasar inadvertida entre los bañistas y estaría cerca para socorrerme si lo necesitaba en algún momento.

Al poco de marcharse, llegó mi madre y Álvaro inundó la estancia de risas y voces. Me daba vida, era mi vida. Inocente, vulnerable, alegre, feliz. Debía protegerlo a muerte. Al caer la noche le conté un cuento para hacerlo dormir y les deseé a mis padres unas buenas noches anticipadas para poder aislarme. Tras unas cuantas horas chateando y leyendo, escuché desde mi cuarto los gemidos asustados de mi hijo. Me apresuré a ver qué le pasaba y lo encontré bañado en sudor, sentado en la cama, lloriqueando.

—Hay un monstruo gordo y feo que me quiere coger, mami, no se va, me da mucho miedo, tiene unas manos muy grandes y una cara con verrugas y dice que me quiere comer, que da igual que corra, que me alcanzará porque soy pequeño, y que no tengo músculos para vencerlo —me dijo de manera atropellada nada más entrar, con los ojos desorbitados.

—Schsssss..., tranquilo, mamá está contigo, tranquilo...

Lo abracé.

—No te vayas, por fi, por fi, no te vayas.

—No, no me voy.

—Tú le das miedo. Si estoy contigo se irá, contigo es un cagueta.

—Yo lo venceré, ya lo verás. Mataré a ese monstruo y ya no podrá hacerte nada, te lo prometo.

Álvaro se echó hacia atrás y se refugió en mis brazos, recostados ambos en la cama. Le acaricié las mejillas y masajeeé su pelo para relajarlo. La tensión de su rostro se fue difuminando y comenzó a sonreír al conciliar de nuevo el sueño. Sintiéndose seguro junto a mí. Yo lo miré y sonreí también, con un nudo en mi garganta.

—Yo me enfrentaré a ese monstruo, cielo —le susurré, mirando al vacío —. Lo buscaré y pelearé con él cara a cara hasta vencerlo, no permitiré que te haga daño. A ti, no.

Observando a mi hijo en la penumbra, aferrado a mí, tuve claro que debía ir.

Octubre de 2013.

—¡Ah! ¡Me estoy quemando! —exclamó Víctor.

—Espera. Deja que la sujete yo mientras tú abres la puerta.

—Gracias. No se puede poner la mano debajo de la caja, está ardiendo.

Víctor giró la llave, dos vueltas, y empujó con ímpetu para que Aroa franqueara la entrada antes que él. Olía a comida. La abuela debía de haberla dejado hecha antes de marcharse al hospital, pero no había avisado a su nieto. Tampoco le apetecía en demasía, por el aroma que escapaba de la cocina parecía ser coliflor, estofada con patatas, como le gustaba a Herminia y detestaba él. Reparó en que tal vez por ello no se lo había dicho antes de irse.

Aroa entró en el salón y dejó las dos cajas sobre la mesa. Se quitó la chaqueta y la puso sobre el sofá de cuero oscuro que había próximo a ella. Volvió a fijarse en los pañitos de croché que reposaban sobre ambos brazos y también sobre el respaldo, a juego con el tapete que, a modo de mantel, cubría la mesa bajo el cristal. Un mueble de madera antiguo, con las patas torneadas y una vitrina labrada, ocupaba la pared más larga del salón. Observó entonces, con detalle, los cuadros con escenas de cacería enmarcados con pan de oro y un crucifijo en un rincón cercano a la mecedora de Herminia. Sonrió. En aquella casa podría haberse rodado la afamada serie televisiva «Cuéntame cómo pasó» sin necesidad de decorados. Hasta las abuelas llevaban el mismo nombre.

Ella no había conocido a los suyos, a sus abuelos, tan solo al padre de María del Mar y no por mucho tiempo. Un cáncer le arrebató la vida sin alcanzar la edad de jubilación. Que viviera, además, en una ciudad distante de Barcelona no le había permitido disfrutar de él. Ahora que había conocido a Herminia, con su talante maternal y conciliador, se había sorprendido a sí misma preguntándose, en varias ocasiones, cómo saben los mimos de una

abuela durante la infancia, qué placer reporta el papel de niña consentida a espaldas de la disciplina paterna. Y los cuentos, esas historias narradas de memoria por ellas, con aderezos propios para cubrir las lagunas que los pequeños olvidos dejan, con tono envolvente y mirada directa al rostro, sin que un papel escrito te arrebatase su exclusiva dedicación.

—Podíamos haber pedido que nos las trajeran —sugirió Aroa.

—¿El qué?

—Las pizzas.

—Aquí no vienen.

—¿Por qué?

—No se fían de entrar en el barrio.

—¿Y eso?

—Piensan que les van a robar. Y la verdad es que no es la primera vez que ocurre, esperan a que el repartidor baje con el dinero después de entregarlas y...

—No fastidies.

—No siempre, pero ha pasado bastantes veces como para que ya no quieran repartir por aquí. A alguna calle de la parte baja puede que vayan, pero hasta aquí no quieren llegar.

Aroa se sintió vulnerable por un instante. Había estado moviéndose sola por las calles aledañas desde que llegó a Málaga sin detenerse a pensar que pudiera correr peligro. Les quedaban muchas cosas por hablar, por confesarse mutuamente. Hasta el momento se habían centrado en los aspectos familiares más relevantes y habían obviado nimiedades que podría resultar aconsejable conocer también.

—¿Quieres plato o nos las comemos en las cajas? —preguntó Víctor desde el pasillo.

—Por mí, en la caja, así no ensuciamos nada.

Río. Su carácter práctico comenzaba a aflorar y ello no dejaba de ser una muestra de confianza.

Él se aproximó a la mesa con dos vasos, una botella de Coca-Cola fría y algunas servilletas. Se sentaron.

—¿A ti te ha pasado algo alguna vez? ¿Te han robado, te han quitado algo? —preguntó Aroa, con curiosidad.

—¿Cuál te gusta más, la Cuatro quesos o la Barbacoa?

—La Barbacoa, pero no tengo problema, como de las dos.

—No, nunca me han quitado nada —contestó Víctor, mientras terminaba de

trocearlas.

—Entonces has tenido suerte, ¿no?

—Nos conocemos, sabemos que somos del barrio y nos respetamos. Y a mí más, por ser hermano de Raúl. ¿Quieres Coca-Cola?

—Sí, por favor. ¿Por ser hermano de Raúl? ¿Qué tiene Raúl que no tengas tú?

—¡Uf! Tal vez deberías hacer la pregunta a la inversa: qué tiene Raúl que también tenga yo.

—Pásame el hielo, me gusta más fría —pidió ella, estirando el brazo en dirección a un vaso grueso que hacía las veces de cubitera—. ¿Tan diferentes sois?

—Bastante. Yo diría que somos casi opuestos.

—¿En carácter?

—En todo. En carácter, en forma de pensar, en nuestra manera de vivir y de ver las cosas. Él siempre ha sido un líder, siempre ha tenido iniciativa para todo, nunca le ha tenido miedo a nada. Es un atrevido.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó Aroa, incapaz de interpretar con acierto el tono empleado por Víctor para aseverar lo que acababa de decir—. Las personas sin miedo y con carisma de líder suelen llegar más lejos en la vida, ¿no?, consiguen más cosas que los retraídos.

—Puede ser, pero también se arriesgan más. Se meten en más fregados de los que deben y eso les acarrea problemas —afirmó él, con un leve lamento en la voz—. Prueba una cuña de esta, está buena.

—Por la forma en que lo dices, deduzco que Raúl se ha metido en algún fregado —aventuró ella, con cautela.

—En uno no, en más de uno. Y gordos. Pero no es solo por ese carisma de líder, como dices tú, o por ser atrevido, es por muchas más cosas.

—¿Cómo cuáles?

Aroa mordisqueaba la pizza con los codos en la mesa, en postura informal, distendida, confiada. Se habían sentado uno junto al otro, no charlaban con las miradas enfrentadas, lo cual les permitía dejar escapar delicadas confidencias con mayor facilidad; bajar la vista y perderla entre los enseres de la mesa o de la estancia les aportaba sensación de intimidad. Ella preguntaba cuanto se le ocurría, no le gustaban las afirmaciones a medias.

—Mi padre, por ejemplo. Y las malas juntas que ha tenido desde que era muy pequeño. Cuando estás rodeado de malas influencias no puedes aprender nada bueno, sobre todo a cierta edad.

—Tú también has vivido con tu padre...

—No, yo he vivido con mi madre —se apresuró a decir—. Primero, dentro de la cárcel y luego, fuera. Raúl siempre ha estado con mi padre, él siempre ha sido su modelo. Cuando mi madre salió de prisión intentó recuperarlo y no lo consiguió. Ni lo ha conseguido todavía.

Víctor resumió con brevedad la infancia de Raúl, sin demasiados detalles, tan solo los necesarios para que Aroa pudiera hacerse una idea del estilo de vida de su hermano.

—Cuando entras en ese submundo, resulta muy complicado salir —concluyó él—. Te va atrapando lentamente y, cuando acuerdas, estás metido en una maraña que no sabes cómo romper. Raúl pasó de traficar con drogas a consumirlas. Porros, coca, alcohol.

Aroa había dejado de comer, había soltado la pizza sobre la tapa de cartón y lo escuchaba con gesto circunspecto y grave atención. Víctor hablaba con serenidad, como quien está habituado a convivir con la tragedia y ya no sufre el impacto que debiera.

—¿Coca también?!

—Encontré un día a Raúl en el baño, metiéndose una raya. Yo tenía quince años. Me quedé paralizado, sin saber qué decirle ni qué hacer. Salí de allí con la cara blanca y con ganas de vomitar. Él salió al cabo de un rato, con los ojos muy abiertos, brillantes, y me miró sonriendo, orgulloso, como si aquello lo hiciera sentirse más importante que yo, más mayor, más adulto. Estábamos solos en casa, mi madre estaba trabajando y mi abuela estaba viendo la tele en casa de una vecina. Por la soltura con que lo vi hacerlo, di por hecho que no era la primera vez.

Se hizo un silencio que Aroa respetó para darle tiempo a rehacerse de aquel recuerdo, amargo y duro.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, cuando él varió su postura y volvió a mirarla.

—Sí —contestó Víctor, sonriendo tenuemente—. Come, anda.

—No tengo más gana. Come tú, que tragas más que yo.

—Se te ha quitado el hambre con lo que te estoy contando.

—No, no, qué va... Bueno, un poco. —Una sonora sonrisa destensó la conversación—. Pero me gusta saber, si a ti no te importa, claro, si tú estás bien.

—Todavía me cuesta recordar ciertas cosas —prosiguió Víctor—, porque no es un capítulo cerrado, ¿sabes? Ha habido idas y venidas, entradas y

salidas, curaciones y recaídas, por lo que antes te comentaba de meterte en ese submundo. No puedes abandonarlo por partes. Es todo o nada. Para que Raúl se curara del todo tendría que irse muy lejos de aquí, renunciar a su vida actual, a su entorno, a sus amigos, a todo. No puede haber nada que se lo recuerde, nada que tire de él, nadie que lo anime a hacer lo que le perjudica.

—Como un desterrado.

—Sí. Pero él no quiere renunciar a eso, nunca lo ha querido, por más que yo me haya empeñado en abrirle los ojos, en luchar por él para que acepte ayuda profesional.

—Por lo que veo, lo has intentado todo por él...

—Todo, Aroa. Él siente un rencor hacia mi madre que no lo deja acercarse a ella, aceptar su ayuda. Yo he visto a mi madre sufrir por eso como no puedes imaginar y he intentado mediar entre los dos para provocar un acercamiento, para que se comprendan, para que entierren el hacha de guerra y se den una oportunidad.

—Y no lo has conseguido...

—Ha habido etapas en que las cosas han mejorado bastante, normalmente cuando ingresaba en centros de desintoxicación. Recuerdo cuando entró en uno de ellos la primera vez. Pasó dos meses como en un infierno, pero aguantó. Cuando empezaron a darle los primeros permisos para salir, era otro, una persona completamente distinta. Estaba más calmado, más lúcido, como más racional. Hasta las ideas las traía cambiadas. A mi madre y a mí nos parecía mentira verlo y escucharlo.

Víctor se emocionó.

—Espera, voy a traer un poco de agua.

Aroa volvió en dos minutos, con una botella y dos vasos que llenó hasta el borde. Ambos bebieron, apartando las cajas de una pizza casi fría que ya no comerían.

—Mi madre me decía, refiriéndose a él: «Este sí es mi hijo, este sí que es mi hijo». Y yo también veía a mi hermano como si se hubiera desecho de una coraza y se mostrara como realmente es, esa es la sensación que me daba.

—¿Y qué pasó?

—Recayó. Y fue aún peor. Se volvió más agresivo. Como decía mi madre, las hormonas se aliaron con las drogas formando un cóctel explosivo. Si ya antes se sentía mayor, en esa etapa empezó a vivir como si fuera un hombre de treinta años, no aceptaba órdenes de ningún tipo, no había forma de hacer carrera de él, de conducirlo. Manejaba dinero porque seguía trapeando con

mi padre, hacían viajes por los que ni mi madre ni yo queríamos preguntar, porque sospechábamos para lo que eran. Y se lo gastaban en meterse chutes, en beber alcohol, en putas.

Lamentó haber dicho esto último, pero sus palabras resbalaron por sus labios como si le quemaran en la boca. Habían cogido carrera y no controlaba la velocidad a la que circulaban, alentado por el ambiente de confianza que se había creado en casa y por el deseo de Aroa de saber, de ejercer su derecho a saber.

—¿Tu padre también es...?

—¿Drogadicto? —Aroa asintió—. No, que yo sepa. Sé que fuma porros cuando se junta con los amigos en los clubes y en las timbas nocturnas, pero nunca lo he visto colocado con algo más fuerte, ni me han llegado rumores de que lo haya hecho. Mi hermano, sí.

—Nuestro hermano —matizó ella—. ¿Cuántas veces lo han ingresado ya?

—Unas cuantas. Cruzo los dedos cada vez que se va, toco madera, rezo lo que sea para que no vuelva a recaer —confesó, con cierta impotencia—. Ingresó de nuevo en enero de este año, después de Navidad. Se marchó con la promesa de que sería la definitiva, de que estaría todo el tiempo que hiciera falta. ¡Si de mí dependiera...!

Aroa posó su mano en el antebrazo de Víctor y él la miró, sintiéndola aliada. Le gustó la sensación de poder contar con un apoyo cercano en edad y en mentalidad, pero con una capacidad más objetiva que la suya para evaluar la situación.

—¿Te lamentas de no haber podido hacer más por él? —le preguntó ella, esperando su respuesta con una mirada directa, casi intimidante.

—Sí.

—Cada cual tiene su vida. Y cada cual la vive a su manera; por mucho que nos empeñemos en que lo hagan de otra forma, no siempre es posible. No puedes culparte por eso. Él toma sus propias decisiones, no se deja aconsejar. Así es que las consecuencias tendrá que asumirlas él.

—Me da mucha pena, Aroa, igual que mi madre. Aunque es una sensación distinta la que siento por cada uno, en el fondo no puedo dejar de pensar que los dos han sido víctimas. Los dos han tomado decisiones equivocadas por culpa de las circunstancias y luego ya no han podido enmendarlas, no han sido capaces de recuperar el equilibrio por culpa de las consecuencias. —Jugueteó con el vaso, antes de proseguir—. ¿Tú has oído decir alguna vez eso de que todo tiene solución menos la muerte?

—Sí. Mi padre lo dice.

—Pues es mentira. Hay caminos que se tuercen y por mucho que te empeñes en volver a enderezarlos, jamás te llevarán de nuevo por la buena senda. Lo dice la abuela Herminia y tiene toda la razón. Sales del atolladero, no te mueres dentro de él, pero a veces lo que te espera fuera es peor que la misma muerte. Es un camino de sufrimiento continuo, porque un disgusto te lleva a otro; un mal paso te lleva a otro aún peor; y al final te vas hundiendo en la miseria hasta que te llega la mierda al cuello y ya no puedes salir. Como si fueran arenas movedizas.

Aroa se levantó para despejar la mesa y llevarse a la cocina los restos de la comida, aunque con una intención clara de dar a Víctor un tiempo de respiro, incluso de analizar ella misma los sentimientos que su hermano le transmitía con respecto a una situación familiar que distaba años luz de la suya propia. Regresó a la mesa con una tableta de chocolate que no dudó en abrir nada más sentarse. Partió un trozo y se la tendió a Víctor.

—El chocolate ayuda a liberar serotonina, la hormona de la felicidad y de la tranquilidad —dijo espontáneamente, con decisión—. Cómete un trozo, yo voy hacer lo mismo.

Le sonrió y él le correspondió, aceptando el ofrecimiento.

—Gracias.

—Víctor, no puedes hacer tuyos los problemas de los demás, no puedes ir por la vida intentando resolverlos todos, te vas a destrozar.

Él paladeó un trozo de chocolate que había mordido, con la mirada ausente.

—Es que siento que podría haberme tocado a mí.

—No te entiendo. ¿Tocado el qué?

—La vida de Raúl. La infancia de Raúl. Si él hubiera entrado en prisión en lugar de hacerlo yo, lo habría cuidado mi madre y todo habría sido distinto. A mí me habría tocado vivir con mi padre y entonces...

Calló al notar la angustia que ascendía por su pecho. Pero no dejó que Aroa tomara la palabra, le urgía soltar un pensamiento recalcitrante que siempre lo había estado sobrevolando, provocando en él un sentimiento de culpabilidad, absurdo tal vez, pero muy dañino.

—Durante un tiempo pensé que Raúl había tenido una suerte inmensa por vivir libre. De pequeño no era capaz de analizar nada, pero al cumplir años empecé a envidiar su carácter, la soltura que tenía y con la que se movía en el colegio, su capacidad para buscarse la vida sin la ayuda de nadie. No podía

dejar de pensar en todo lo que había disfrutado, las experiencias que había vivido, los lugares que había visitado mientras que a mí me habían privado de todo. Fui consciente de todo lo que me había perdido cuando vi que lo que a mí me sorprendía, a mi hermano le pasaba desapercibido. Él venía de vuelta de muchas cosas que eran nuevas para mí. Pero luego mi madre empezó a contarme lo que hacía, lo que había visto, lo que había vivido y cómo se las gastaba. Entonces empecé a dar gracias a Dios por haber estado junto ella.

—Y también empezaste a compadecerte de él...

—Sí. Descubrí que el de la buena suerte había sido yo. Y no sé qué sensación es peor, Aroa, si la de envidiarlo o la de compadecerlo sintiéndome culpable por haber corrido mejor suerte. Es mi hermano. Y no lo ha tenido nada fácil.

Se acercó el vaso de agua a los labios y bebió con lentitud. Ella aprovechó la pausa para sondearlo. En profundidad.

—¿Lo defiendes porque lo quieres o porque piensas que él no tiene la culpa de ser lo que es?

Aroa tenía la facultad de ponerlo en tesituras difíciles. Ella no solo aspiraba a conocer los hechos, también ahondaba en los sentimientos, como si quisiera conocer a su familia en toda su plenitud, en toda su integridad. Él no contestó de forma inmediata, se detuvo a meditar la respuesta a una pregunta que le sorprendía.

—¿Hay alguna diferencia? —dijo al fin, con desconcierto—. ¿Que lo defienda por una cosa o por otra es determinante para algo?

—Sí. Si lo defiendes porque lo amas, serás objetivo a la hora de analizar su comportamiento y las consecuencias. Si lo defiendes porque lo consideras una víctima, disculparás lo que haga. Y eso puede ser peligroso.

Víctor miró a Aroa, frunciendo el ceño en un intento de razonar cuanto acababa de escuchar. La tableta de chocolate estaba casi en la mitad. La habían ido pellizcando y ofreciéndosela mutuamente sin reparar en ello, imbuidos en una conversación en la que se habían sentido cómodos y confiados a pesar de la dureza de las confidencias, a pesar de que hablar en pasado y aliviarse por ello era del todo imposible todavía.

El móvil de Víctor sonó entonces de manera repentina, sobresaltándolo en mitad del silencio en el que buscaba respuestas. Se levantó y descolgó. Era Fuensanta.

—Voy para allá enseguida —contestó él, tras escuchar el escueto mensaje telefónico—. Es mamá. Le van a dar el alta, estará lista en una hora, así es que

tengo que ir a recogerlas, la abuela está con ella.

—¡Qué alegría!

—¿Vienes conmigo?

—Sí, te acompaño.

—Bien. Así por el camino me cuentas algo de tu infancia, ahora te toca a ti.

—¡Pero si yo no tengo nada que contar! Mi niñez y mi adolescencia, comparadas con las vuestras, son de lo más aburridas. Nada digno de destacar.

—Pues entonces cuéntame qué se siente estando aburrido, que para mí es novedad, ¡ja, ja, ja!

Fuensanta recogió sus cosas con mucha parsimonia, demasiada. Sentía que una parte de ella quedaba allí, entre aquellas sábanas que en breve serían lavadas borrando las huellas de una historia que había cambiado de rumbo. Hay circunstancias que permanecen latentes, dormidas durante años, a la espera del detonante que las active provocando consecuencias en oleada. Aquel puñetazo propinado por Salvador había fracturado los cimientos de una vida construida entre brumas, y el hospital había dispuesto los medios materiales y humanos necesarios para rehabilitarla. Le debía mucho. Fuensanta sentía que su deuda con el centro sanitario no estaba limitada a su restablecimiento físico, sino también mental, aunque ninguno de sus trabajadores fuera consciente de tal hazaña.

Se despidió de Josefa y Victoria con afecto desmedido por haberle brindado muchos momentos de placer trivial pero efectivo, por haberle procurado atenciones con un mimo curativo mayor que el de la propia medicación. Nada sería igual cuando traspasara el umbral de la puerta y dejara atrás la habitación que había sido su hogar y su mundo durante semanas. Su vida había experimentado en ella un giro insospechado. Y a raíz de ello, su corazón y su alma se mostraban dispuestos a gozar de la paz y el sosiego que rara vez tuvieron.

—¿Qué te pasa, niña? —le preguntó Herminia, observándola—. ¿Acaso no quieres irte?

—Me da un poco de miedo salir de aquí, abuela.

Esbozó una sonrisa lastimosa.

—No vas a estar sola. Entre las dos saldremos de todo, ya lo verás.

—Temo que al llegar a casa todo siga siendo igual que antes. Y yo quiero estar tranquila.

—No lo será, niña, ya te lo digo yo.

Fuensanta la miró.

—He descubierto muchas cosas que no sabía que habían pasado.

—Y todavía te faltan algunas por descubrir —aventuró la abuela, mirándola con ternura.

—No me asuste, Herminia.

—Lo que ha empezado aquí ya no lo podemos parar, niña, tenemos que llegar hasta el final. Hay que destapar el puchero del todo y sacar hasta el último garbanzo negro que haya. Pero tú eres fuerte. Lo superarás.

Se abrazaron. De manera tan sentida que no escucharon crujir sus huesos entre los latidos del corazón.

26

Blanca.
Junio de 2013.

Me dolía el estómago desde hacía días, apenas me entraba bocado, lo tenía cerrado a cal y canto bajo amenaza de vomitar cuanto osara llegar a él. No podía contener los nervios, la ansiedad, el pánico. «No tienes por qué ir, no tienes por qué ir», me repetía una y otra vez. Pero una fuerza bruta e indescriptible me empujaba a sobreponerme, exigiéndome a mí misma acabar con todo de una puñetera vez. El temor se alternaba con la rabia, con la ira que me producía pensar que ese malnacido quisiera seguir jodiéndome la vida. Había momentos en que me flaqueaban las piernas, en que no sabía qué demonios le iba a decir cuando lo tuviera delante, convencida de que el bloqueo sería tal que terminaría riéndose en mis narices al comprobar el poder que conservaba sobre mí. En otros momentos me encendía, me arremangaba y se me inflaba el pecho de pura soberbia cuando pensaba en Álvaro y en mi necesidad de protegerlo; me sentía valiente, capaz de enfrentarme a él y dejarle las cosas claras para que supiera que no estaba dispuesta a amilanarme, que ahora me hallaba en disposición de jugar mis cartas; que esta partida, aunque también la hubiera comenzado él, no me pillaba desprevenida como sucedió entonces.

Di mil vueltas a la habitación, sin poder centrarme en nada. No sabía cómo vestirme, cómo peinarme, si maquillarme o acudir con la cara lavada y el aspecto desastrado para provocar su repulsa. María me aconsejaba un atuendo que pasara desapercibido, que me hiciera parecer una chica del montón. Decía que si aún tenía de mí una imagen idolatrada en su mente, así la tiraría por tierra, no se le alegraría la vista ni tampoco alguna otra parte de su cuerpo. Pero yo no quería parecer deshecha, no deseaba que él supiera que me había tenido incapacitada para usar de nuevo un escote durante años, una barra de

labios roja o una falda corta, semiestrecha y fácil de elevar hasta la cintura. Ni que intuyera que seguía cubriéndome un sudor frío, paralizante, cada vez que evocaba de manera involuntaria algún pasaje de aquel suceso, que lloraba nerviosa cuando escuchaba unos pasos detrás de mí en la oscuridad si no me resultaba posible identificarlos. Si mostraba miedo, estaría perdida. Si me mostraba débil, no podría negarle con la autoridad debida que conociera a mi hijo, que también era el suyo. Aunque me estuviera muriendo por dentro, tenía que demostrarle que cinco años habían hecho de mí una mujer que nada tenía que ver con la adolescente a la que violó, que la experiencia y la vida me habían curtido en poco tiempo mucho más de lo que él pudiera imaginar y ahora ya no era manipulable ni vulnerable. Tenía que demostrarle que me sentía capaz de hacer cualquier cosa contra él si me veía en la necesidad. Sin miramientos. Sin remilgos. Sin temor. Valerosa y segura por fuera; aunque aterrada por dentro.

Entré en el baño y encendí los focos de luz dispuestos sobre el espejo. Este me devolvió un primer plano de la cicatriz pequeña que se me quedó en la frente como recuerdo de aquella noche. La vista se me perdió en ella, atravesándola, transportando mi mente, como tantas otras veces, hasta aquel momento que me sobrevinía porque yo me negaba a visitarlo a voluntad. Él y yo, junto a aquella gasolinera, sumidos en la semioscuridad, con nuestros cuerpos, mis ruegos, mi llanto y su voz. Pensé que todo terminaría con la felación. Pero no. Tras ella, me tiró de espaldas al suelo y luego me volteó. En aquella maniobra brusca me golpeé la frente con una piedra y una de sus afiladas aristas rajó la carne y me arañó la piel. Noté un hilillo de sangre deslizarse hasta mezclarse con las lágrimas que me inundaban el rostro. Pude escuchar sus insultos como un eco revoloteando sobre mí mientras me agarraba con fuerza para elevar mis nalgas hasta situarlas a la altura de sus caderas. No sabría decir qué dolor me parecía más fuerte, si el que sentía en mi sexo por la fiereza de sus envites o el del alma, engarrotada por una amalgama de miedo, impotencia, humillación y rabia, sobre todo rabia, por tener que soportar los delirios de un loco que creía tener sobre mí un derecho que nadie le había dado, que estaba haciendo uso de mi cuerpo de una forma despiadada, como si fuera un trozo de carne hueco sobre el que poder desahogarse y en el que escupir sus miserias.

Aparté la vista de aquella marca y respiré hondo. Por primera vez, al recordar una parte de aquella escena, mis manos no temblaban. Tenía los puños cerrados, apoyados en la encimera, y las uñas clavadas; me pareció que

era ira lo que circulaba por mis venas. Y aquella emoción no me invalidaba, me arrojaba hacia él, justo lo que necesitaba en ese momento.

Elegí finalmente un atuendo discreto y me puse gafas de sol para preservar mi intimidad, para sentirme protegida aunque solo fuera psicológicamente. Cogí un bolso pequeño y me lo puse en bandolera, con mi móvil accesible y el número de teléfono de María seleccionado en pantalla, a falta de pulsar el botón de llamada. Ella llevaba un bolso de playa con una toalla y una esterilla, además de los enseres típicos para tomar el sol. Habíamos quedado en bajar en la parada de bus y distanciarnos para hacer el camino por separado; yo debería buscarlo a él y ella mantenerme localizada a mí para situarse cerca. Si yo en cualquier momento giraba la cabeza con rapidez a un lado y a otro de donde estaba, vendría a buscarme. O llamaría a la policía si notaba cualquier otro indicio de que la cosa iba mal.

Un calor agobiante comenzó a asolarme a medida que nos acercábamos a la Malagueta. No me notaba el estómago, tan solo un agujero negro de una envergadura atroz. Bajé los escalones del autobús con las piernas bailándome y la respiración acelerada, como si hubiera hecho el trayecto corriendo sin parar. Miré el reloj tras caminar un rato. Era la una menos diez y ya divisaba a lo lejos el lugar en el que me había citado. Me sudaban las manos. Había mesas bordeando el bar y no muchas ocupadas, el día estaba algo nublado y la temperatura más fresca de lo habitual. Tampoco estaba colapsada la playa, María podría elegir sin problema un lugar donde acomodarse próximo a nosotros. Ralentiqué el paso y comencé a buscarlo con la mirada, tenía el cuello rígido. Me pareció ver a un chico de espaldas ocupando una de las mesas más apartadas, estaba solo, pero no podía asegurar que fuera él si no me acercaba más. De pronto, se pasó la mano por el cabello y se giró. Su mirada se cruzó con la mía y allí se quedó, permitiéndome observar sus ojos azules con la respiración cortada. Sentí que me ahogaba. Él giró un poco más el cuerpo invitándome a avanzar, me había quedado paralizada. Todo el camino repitiéndome a mí misma que no debía demostrar miedo y me había quedado paralizada ante sus narices.

—Hola.

No reconocí su voz, era más firme y más grave de lo que la recordaba, y también más serena. Sus facciones habían cambiado, eran más adultas, más marcadas, más varoniles; había traspasado con creces los límites de la adolescencia y las huellas habían quedado impresas en su rostro como sin duda habrían quedado en el mío también, pero era él. Mi vello electrizado y

mi boca seca me lo aseguraban. Y alguno de sus gestos también. Me sorprendió que tantos detalles hubieran quedado guardados en mi memoria sin haberlos podido recordar hasta ese instante. O quizá fuera una labor de reconocimiento lo que estaba haciendo, más que de recuerdo en sí.

No le contesté, no sabía cómo llamarlo, ni en qué tono dirigirme a él, pero no sería de forma amigable, desde luego. Tampoco sabía si dejarlo hablar o abordarlo yo directamente increpándolo por lo que hacía. Necesitaba imponer mi autoridad sin parecer que lo retaba. Porque en el fondo sentía miedo.

—¿Te vas a quedar ahí de pie? Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

Levantó la mano y llamó al camarero sin esperar mi respuesta. Cuando este llegó a la mesa, él me miró y me señaló, a la espera de que yo hablara.

—Una botella de agua. Fría, por favor.

Me tembló la voz. Recé por que no lo hubiera notado, pero me había temblado la voz. Yo mantenía mi bolso agarrado con fuerza, palpando el móvil. No me atrevía a mirarlo de frente, a pesar de llevar las gafas de sol, pero tampoco quería oscilar demasiado la cabeza para que María, que no sabía dónde estaba, se alarmara.

Mantuvimos un tenso silencio hasta que me dejaron la botella sobre la mesa y la abrí. En ese intervalo tuve una impresión extraña: tampoco él parecía saber por dónde empezar. Lo esperaba agresivo, intimidante, desafiante incluso al ver que Álvaro no había venido conmigo. Pero no fue así. O al menos yo no lo sentí. Y aquello me desconcertó. Yo me había dicho a mí misma, a lo largo de la mañana, que cinco años me habían cambiado más de lo que él pudiera imaginar. ¿Habría ocurrido a la inversa también? Lo deseché, no me fiaba, podría ser una estrategia para que me confiara, para ganar tiempo, para verme venir. Me empiné la botella para hidratar mi garganta y mis labios secos y decidí echarle a aquel asunto los riles que no tenía, limpiándome el sudor de las manos en mis pantalones blancos bajo la mesa.

—¿Qué quieres? —le pregunté con voz firme—. ¿A qué estás jugando?

El corazón empezó a latirme a mil por hora, no creía posible que yo estuviera actuando así. Vi un leve gesto de contrariedad en su rostro, como si no esperara mi reacción. Pero se relajó con rapidez.

—No estoy jugando a nada. No te pongas a la defensiva. Solo quiero...

—¿Seguir jodiéndome la vida? ¿Lo que hiciste no te pareció suficiente, aún quieres más?

No podía detener el temblor de mis manos. Él, en cambio, parecía mantener la templanza sin problema alguno, sin dejar de mirarme.

—No pretendo hacer eso. No es mi intención.

No quise preguntarle cuál era su intención, su respuesta me aterrorizaba.

—Entonces, déjame en paz.

Intenté imponer un tono de autoridad que ahogara el de súplica, pero no sé si lo conseguí. No quería dejarle hablar, facilitar una conversación con la que pudiera intimidarme.

—Quería saber de ti. Y también de él.

Su tono afable me confundía, debía de estar fingiendo. Y si era así, su frialdad y su estrategia maquinada me producían aún más pavor. No sabía realmente ante quién estaba, en quien se había convertido él con el paso del tiempo.

—No hay nada que debas saber —contesté, notando cómo el sudor seguía brotando en las palmas de mis manos—. Preocúpate de tu vida y deja la nuestra.

—La vuestra también me preocupa.

Lo miré fijamente a través de las gafas de sol. Se había inclinado hacia adelante para decirlo, aproximándose a mí. Yo reculé de forma instintiva. Comencé a sentir angustia ante sus palabras, por un momento pensé que nada habría peor que convertirnos en la obsesión de un loco.

—Tranquilo —ironicé—, he aprendido a cuidarme. Y a defenderme también —añadí, recalcando mis palabras—. No te necesito para nada y mi hijo tampoco.

Al nombrar a mi hijo mi pulso tembló aún más y derramé el agua que había en la mesa. Quería irme de allí. Salir corriendo y olvidarlo todo, pensar que aquel extraño encuentro podría cerrar con éxito otro mal trago en mi vida.

—Tranquilízate tú, estás muy nerviosa. No tienes de qué preocuparte, por qué tener miedo.

Intentó coger mis manos y las aparté con rabia, con asco, incrédula ante lo que estaba escuchando.

—¡Estás loco! —exclamé, con las lágrimas aflorando a los ojos—. Además de un cerdo, eres un jodido loco. —Perdí la templanza, sin pensar si aquella forma de hablarle empeoraría todavía más la situación, si perdería la paciencia y dejaría salir su verdadero cariz, la personalidad que estaba convencida de que tenía soterrada—. Después de lo que me hiciste, ahora vienes aquí intentando hacerme creer que quieres protegerme como si fueras mi padre.

—Es la verdad.

—¡Y una mierda!

Me puse en pie al tiempo que gritaba, sin reparar en quién me pudiera escuchar. La angustia que sentía en el pecho me obligaba a desahogarme, aunque mi voz quedaba amortiguada por la algarabía del mar y de los bañistas en esa concurrida hora. Temí que mi reacción alarmara a María y actuara antes de tiempo, la había perdido de vista, no sabía por dónde andaba. Pero también me asustaba el mero hecho de pensar que no pudiera verme, no sentirme protegida por mi amiga ante aquel engendro humano que pretendía mostrar remordimientos que yo no creía que tuviera. No me tragaba que hubiera cambiado radicalmente en tan pocos años, como si todo hubiera sido fruto de algo circunstancial.

—No sé qué quieres —le confesé, escupiendo las palabras—, ¡no sé qué mierda quieres, pero no nos tendrás, ni a mi hijo ni a mí, ¿me entiendes?! Y haré lo que haga falta. ¡Lo que haga falta! —exclamé, apuntándolo con el dedo.

Me giré para marcharme, tenía que escapar de allí. No estaba segura de lo que había conseguido acudiendo a esa cita, tal vez me sobreestimé pensando que estaba preparada para enfrentarme a aquella pesadilla, que mi hijo me daría unas fuerzas que aún me faltaban. Bordeé la silla y noté que sus manos sujetaban mis brazos. Su tacto a mi espalda terminó de crisparme e hizo que me revolviéramos.

—No te vayas, escúchame...

—¡No me toques! —le grité, mirándolo a nuevo a la cara, con los ojos bañados en lágrimas y mi valentía a los pies.

Él retiró sus manos, elevándolas y mostrándome las palmas en señal de tregua, de acatamiento a mi exigencia.

—Dame una oportunidad —me dijo. No pude responder, no cabía en mi asombro. Fruncí el ceño como una interrogante al no comprender lo que me estaba pidiendo—. Déjame demostrarte que todo puede cambiar, que vuestras vidas pueden ser diferentes a partir de ahora.

No lo dejé terminar.

—¡Piérdete, hijo de puta! —exclamé.

Retrocedí un paso, sin dejar de vigilarlo.

—No quiero verte llorar.

Seguí caminando hacia atrás, negando con la cabeza.

—Olvídame —murmuré, dándole la espalda para marcharme de allí.

Él entonces subió la voz para que yo pudiera escucharlo entre el bullicio y exclamó con un tono de desesperación:

—¡No quiero ver lágrimas en tus ojos! Ni que sigas clamando al cielo, Jane...

Me frené en seco, con el corazón desbocado y los ojos desorbitados, mirando a la nada, intentando tejer hilos en mi mente. Escuchar el nombre de Jane junto a aquellas palabras precisas fue como sentirme atravesada por un rayo, como una flecha certera al talón de Aquiles que me dejara expuesta, vulnerable, indefensa, casi muerta. Me di la vuelta despacio, sumida en un silencio ambiental que tan solo debía de percibir yo. Y me topé de nuevo con sus ojos azules, su pelo castaño y sus inconfundibles facciones ahora fuera de lugar, completamente desubicadas para mí.

—¡¡Patri?!! —exclamé, atónita.

Octubre de 2013.

Llegaron a casa al caer la tarde. Los días se habían acortado y el sol había perdido fuerza, dispuesto a rendirse ante un otoño triste en el que muchas cosas se habían desplomado además de las hojas, con el riesgo —o tal vez la suerte— de ser barridas por el viento. Fuensanta había recorrido el camino en silencio, observando ausente el devenir de la urbe a través de la ventanilla del auto, con la carta de libertad expedida por el hospital doblada sobre el regazo. Nadie se atrevió a turbar el mutismo que le permitía pensar, barajar opciones, acaparar fuerzas para seguir caminando por la ruta marcada. Necesitaba tiempo para asumir los virajes, sacudirse los males, analizar el terreno y seguir luchando. Demasiadas cicatrices. Y posibles heridas pendientes a las que tenía miedo, perpetradas bajo la insignia de Salvador.

La abrazó la quietud al abrir la puerta, una paz comfortable impregnada de un aroma familiar al que faltaba un matiz que se había vuelto amargo y que por nada del mundo deseaba aspirar de nuevo. No preguntó por él; pero Herminia, como ella misma afirmaba, era un ave vieja y se anticipaba con su sexto sentido nacido a golpes de experiencia e intuición. «No está, niña. Ni estará».

Sus palabras y su voz calmada dulcificaron aún más su regreso. La abuela le sonrió y Fuensanta, con una mota de brillo punteando sus pupilas, se dejó caer en un sillón junto a la mesa, concediéndose una tregua para iniciar la rutina que se avecinaba a partir de aquel instante. Aroa tomó asiento junto a su madre y esta le cogió la mano, apretándola con fuerza mientras miraba a Víctor, ocupado en extraer de una bolsa los objetos que habían ido acumulando en la habitación de hospital. Allí estaba su familia, su verdadera familia a excepción de Raúl, cuya ausencia lamentaba. ¡Bendito fuera el momento en que los pudiera unir a los tres, en que pudiese gozar al unísono de aquellos hijos nacidos de sus entrañas!

—¿Por qué ha dicho que no estará, Herminia? —preguntó Fuensanta, rompiendo el silencio.

—Porque Salvador ya no vive en esta casa. —El gesto de contrariedad de su nuera la conminó a terminar su explicación—. No merece una familia como esta.

—Pero es...

—...mi hijo, sí. Pero porque lo he parido, nada más —contestó, con tristeza.

—No diga eso, Herminia. El cariño no se lo puede una poner y quitar de encima cuando le apetezca. Y un hijo siempre será un hijo.

—¿Acaso soy peor madre por reconocer las verdades? —preguntó la abuela, con pesadumbre.

—A usted no le ha hecho nada.

—No quererme, ¿te parece poco? —contestó con rapidez—. Escúchame, niña... Cuando una es joven solo pide salud para luchar por los hijos, por los padres, por el marido. Lo demás parece que no importa. Pero cuando una se va haciendo vieja descubre que el corazón también cuenta, que con el corazón destrozado no se puede vivir. Y quién puede hacerle más daño que tu propio hijo con su falta de cariño, con sus desprecios, sus amenazas, con su maldad...

Hablaba con gravedad, pero con entereza, con la piel curtida por el azote de un constante viento en contra.

—¿Lo echó usted o se marchó él?

—Le dije que se buscara otro lugar para vivir, que bastantes desgracias había traído ya a esta casa. Nunca sabes cuál es el momento de parar, siempre piensas que va a ser la última, pero no es así. Detrás de una viene otra y luego otra, y esta ya ha sido lo bastante gorda como para decir que hasta aquí hemos llegado.

—En estos días he pensado que no tendría que haberme metido en sus asuntos —dijo Fuensanta, cabizbaja.

—¿En los asuntos de quién? —preguntó Víctor, que acababa de sentarse tras dejarlo todo en orden.

—De tu padre. Pero me asusté. Cuando vi aquel paquete se me vinieron a la cabeza todos los recuerdos del viaje que yo hice y...

—¿Qué paquete? Empieza por el principio, porque yo no sé todavía lo que pasó, mamá —confesó Víctor, con un deje de reproche en su voz—. Aún no sé a cuento de qué vino esa pelea. Se lo pregunté a la abuela y me dijo que ella no era nadie para destapar los trapos sucios de los demás.

—¡Ay, niño, yo no quería hacerte daño! —se defendió.

—Ya estoy curado de espanto, abuela, y tengo derecho a saber. Llevo mucho tiempo implicándome en todo lo que le pasa a esta familia para que ahora me vengáis con remilgos. He hablado con los médicos, con la policía, con el abogado, sin tener ni idea de lo que había pasado porque no habéis querido contármelo. Tú tampoco, mamá. Mientras estabas en el hospital has escurrido el bulto como has podido y yo no he querido agobiarte. Y de papá no me puedo fiar, ya no sé lo que creer y lo que no.

—No te enfades —le suplicó Herminia, frotándole el antebrazo con la palma de su mano.

Aroa se arrellanó aún más en el sofá. Por buena acogida que hubiera tenido, no podía evitar sentirse desplazada en determinados momentos, como espectadora de una vida ajena a la que hubieran invitado, sin voz ni voto, por una mera cuestión de derechos genéticos. No quiso inmiscuirse ni obstaculizar el flujo de aquella conversación que auguraba confesiones nuevas.

—Un paquete de cocaína que encontré en el armario de mi dormitorio, escondido entre su ropa —aclaró Fuensanta—. No sé qué demonios hacía eso aquí, a quién se lo estaría guardando o a quién tenía que entregárselo. Me descompuise cuando lo vi. De pensar que la policía lo descubriera y se creyera que era nuestro. ¡Nuestro no, mío, porque yo soy la que tengo antecedentes penales por drogas! —exclamó, acusando los nervios—. Seguro que pensarían que era mío y todo volvería a empezar de nuevo.

—¿Y qué hiciste? ¿Decírselo a papá?

—No abrí la boca —contestó Fuensanta—, papá no estaba. Pero no lo esperé. Rajé la bolsa y eché la coca al váter sin pensarlo. Cuando tu padre llegó acababa de tirar de la cisterna. Me puse muy nerviosa al verlo detrás de mí y salí del baño sin recoger la bolsa, la dejé tirada en el suelo y él la vio. No se podía creer lo que había hecho, por eso tardó un poco en reaccionar. Pero luego montó en cólera y empezó a dar voces como un energúmeno, diciendo que me iba a matar. Vino a buscarme a la cocina, con los ojos desencajados y la cara congestionada. Y yo no anduve lista, le dije que no quería volver a ver mierdas de esas en casa y lo rematé. Me cruzó la cara, sin dejar de gritar: «Te mato, te mato». Lo vi cerrar el puño y apretar la boca y pensé que si no lo paraba, me mataría de verdad, así es que cogí el cuchillo de la encimera para defenderme y lo herí en el brazo, pero no sirvió de mucho. Me dio un puñetazo en el costado y se me cortó la respiración, me caí redonda al suelo. Escuché gritar a la abuela...

Se detuvo para tomar aire, estaba temblando. Aroa le acarició el dorso de la mano, impactada por la narración.

—Todo pasó muy rápido —continuó relatando Herminia—. Yo estaba en el lavadero, liada con la ropa. Escuché que empezaban a discutir, pero ya estaba acostumbrada y no creí que la cosa fuera a ser diferente. Tu padre entró en la cocina y vi lo que pasaba por el cristal, pero había puesto el cubo delante de la puerta y no pude salir a tiempo de parar el puñetazo. Empecé a gritarle que la dejara y cuando llegué hasta ella estaba en el suelo. Me puse en medio como pude y él paró. Ya no recuerdo más, solo que llamaban a la puerta. Era el vecino, que había escuchado las voces, pero ni siquiera sé quién le abrió; tu padre debió de ser, al salir. Llamaron a una ambulancia y a mí me bajaron a casa de Carmen para darme una tila porque estaba para morirme.

Un denso silencio cubrió la estancia, con el pensamiento común de que un brote de locura apenas necesita tiempo para sembrar destrucción, arrasar una vida, masacrar un sentimiento o burlar por siempre al amor. Con la creencia de que una mala hierba que ambicione dinero terminará envenenando todo cuanto crezca a su alrededor mientras no sea extirpada de raíz. Herminia lamentó haberlo traído a este mundo, haberlo creado. Aroa bendijo haberse librado de aquellos genes malditos; y sintió que de nuevo disculpaba a su padre por haberla arrancado de un hogar que hubiera tenido que compartir con él de no habérsela llevado. A Víctor, su propia impotencia le impedía pensar, no acertaba además a definir una emoción que transmutaba del respeto filial a la rabia. Y a Fuensanta la embargaba la pena de un error con mayúsculas, el de haberse ligado a él con una ceguera casi adolescente que, a ráfagas, había venido sobrevolándola durante demasiado tiempo.

Con la cabeza apoyada en el respaldo y el dolor del alma doblegando sus párpados, Fuensanta rompió el mutismo.

—No puedo explicarme qué le hizo cambiar tanto. La cárcel. Es lo único que se me ocurre —advirtió, pensativa—. Teníamos una vida... normal, con lo justo, sí, pero no necesitábamos más, éramos felices juntos. Nos queríamos, Herminia, él a mí también, estoy segura. Pero todo cambió cuando entré en prisión, aquello nos destrozó la vida, rompió el orden que teníamos. Salvador se encontró solo, a cargo de los niños, con su negocio, sin un hogar en el que recogerse. Y empezó a frecuentar las malas compañías que le han llevado a convertirse en el hombre que es hoy.

La abuela se incorporó en su mecedora, aproximando el cuerpo al de su nuera mientras deshacía su gesto de condescendencia.

—A ti te gustaría que esa fuera la verdad, que todo hubiera sido como lo estás contando —le dijo, con melaza en la voz—, pero siento decirte que no es así. ¡Quítate la venda de los ojos de una vez, niña, no inventes! Salvador nunca ha sido como tú crees. Nunca.

—Antes de que yo entrara en prisión...

—Tampoco —la interrumpió.

—Herminia... Salvador empezó a tener mala vida...

—La droga que tiraste al váter era suya. No tenía que entregarla ni se la estaba guardando a nadie, era suya. Para venderla —reveló la abuela con decisión, sin dejarla terminar.

Fuensanta despegó la cabeza del sillón y su semblante se ensombreció.

—¿Para venderla a quién?

—A jóvenes desgraciados como Raúl.

Un calambre nervioso ascendió hasta sus sienes.

—¿Qué está diciendo? —Su voz cambió, mostrando irritación—. ¿Que mientras nosotros nos dejamos el pellejo por sacar a Raúl de un mundo que lo está matando, Salvador trafica y se aprovecha de muchos como él? —preguntó perpleja, masticando las palabras.

Herminia afirmó con la cabeza. Víctor abrió los ojos de par en par, sin poder articular palabra, atusándose el pelo ante un descubrimiento que tan solo era la antesala de lo que habría de venir.

—¿Desde cuándo? —preguntó Fuensanta, con las manos comprimiendo sus piernas.

—Desde siempre.

—Desde siempre, ¿cuándo es?

—Desde que erais novios y él viajaba a Marruecos, a Ceuta o a Algeciras a por mercancía para los turistas. Además de todo eso, siempre traía algo más.

—¿Y lo hacía solo o con ayuda de alguien?

—Iba solo, pero lo organizaba con más gente. De confianza.

—¿Una red? —preguntó Fuensanta, con una angustia creciente oprimiendo su cuello.

—Pequeña, pero sí. Una red. Parece ser que, por aquel entonces, él solo transportaba la mercancía, no traficaba con ella.

Comenzaron a sudarle las manos al escuchar la respuesta. ¡¿Cómo había podido estar tan ciega?! —se recriminó—. ¿La confianza en nuestros seres queridos puede vetarnos hasta el punto de no reparar en nada?

—¿Y usted cómo sabe todo eso? ¡¿Y por qué nunca me dijo nada?! —

—Tranquila, niña, nos engañó a las dos. Yo tampoco me di cuenta de lo que hacía. En estas semanas de atrás lo escuché hablar por teléfono dos veces, una aquí y otra en un bar, cuando fui a llevarle una citación del juzgado, y he ido atando cabos con otras cosas que ya sabía por Raúl. Lo tuyo tenía que haberle servido de escarmiento para dejarlo, pero parece ser que no, que solo le sirvió para darse cuenta del peligro que corría y emplear a otros en esa tarea, como ya hizo contigo.

Las palabras de la abuela, en su última frase, poseían una connotación extraña, parecían evidenciar una versión de los hechos distinta a la suya propia.

—¿Como ya hizo conmigo?

—En tu viaje a Algeciras.

—¿Qué sabe usted de ese viaje, Herminia? —preguntó sobrecogida, como quien se descubre adentrándose en un campo de minas.

—Deberías cenar y descansar ya, niña, hoy ha sido un día muy largo.

—En el hospital me dijo que había que destapar el puchero, abuela, y sacar hasta el último garbanzo negro que hubiera dentro. Me dijo que lo que había empezado ya no lo podíamos parar, así es que no se eche atrás ahora.

Herminia carraspeó y le tendió las manos por encima de la mesa para agarrar las suyas. El rostro de Fuensanta comenzó a perder color. No dijo nada, permitió que la abuela hablara, clavando la vista en su gesto, percibiendo su dolor.

—Salvador no le tenía que hacer ningún un favor a nadie, era él el que tenía que ir.

—Me dijo que todo estaba organizado y que la persona que lo hacía habitualmente no podía ir...

—La persona que lo hacía habitualmente era él, niña. Salvador estaba dentro de esa organización.

Fuensanta no pudo gobernar el pulso que hizo temblar sus manos, sus labios. Estaba subyugada a unas emociones que, ante tales confesiones, vagaban con un libertinaje imposible de reprimir.

—¿Me mintió? —preguntó en voz alta y sin dejar de mirarla—. Me habló de que nos vendría bien el dinero que le daban por hacer ese porte, como si fuera algo extraordinario. Y además me dijo que si no lo hacía vendrían a buscarlo por todo lo que sabía, que habría represalias. ¿También eso era mentira?

—Sí.

—¡Maldito canalla! —estalló—. ¡Lo hice por sacarle las castañas del fuego, por salvarle el pellejo porque estaba cagado, y ¿ahora resulta que era uno de ellos?! —De repente cambió el semblante y esbozó una abierta sonrisa irónica—. ¡Y encima tuvo la suerte de librarse de los civiles por haberse puesto malo! El destino premia a los que menos se lo merecen, siempre es igual —lamentó, cabeceando enérgicamente.

—No fue el destino, niña —apuntó la abuela, con un hilo de voz.

Víctor y Aroa la miraron al unísono, en una tensa expectativa de lo que pudieran significar sus palabras. Fuensanta recobró la compostura, como si una ráfaga de aire la hubiera recolocado, paralizándola después.

—Explíquese, Herminia.

—No sé cómo, pero al parecer lo sospechaban, que la Guardia Civil podría estar al tanto de ese porte. Y no quisieron arriesgarse. Salvador pensó que si ibas tú, levantarías menos sospechas.

—Entonces...

—Fingió que estaba con gripe y te lo creíste, niña. Te echó un buen anzuelo y tú picaste, se aprovechó de tu bondad. —Miró a su nuera con los ojos empañados, compadeciéndose de ella—. ¿Me comprendes ahora cuando digo, con todo el dolor de mi corazón, que mi hijo siempre ha sido un malnacido?

Víctor se levantó con tal ímpetu que derribó la silla ante el estupor de Aroa, testigo más que nunca de las miserias humanas. Qué difícil resulta a veces aceptar la existencia de conductas reprobables cuando estas se desconocen, cuando son tan distintos los sentimientos que mueven las nuestras —pensó ella—. Vemos la vida desde nuestra propia atalaya, desacreditando a quienes refieren aberraciones amparadas bajo un manto oscuro y hasta secreto al que, probablemente, jamás tengamos la oportunidad de asomarnos.

Se inclinó hacia adelante, pasando uno de sus brazos por la espalda de su madre para brindarle un sentido afecto mientras Víctor vociferaba.

—¡Como me lo eche a la cara! —amenazó él, desencajado, mientras daba vueltas por la sala.

—Deja que la justicia se encargue, niño.

—No me fío de la justicia, con mamá se equivocó.

—Esta vez será distinto, puedes estar seguro —afirmó la abuela—. Voy a declarar en el juicio, acuérdate.

—Solo está acusado de un delito de lesiones, abuela, pero ¿y todo lo demás?

—También diré por qué empezó la pelea. Y todo lo que sé de lo que ha

venido haciendo durante estos años —aclaró Herminia—. Voy a levantar la liebre para que tiren del hilo y... que pase lo que tenga que pasar, ya no aguanto más —concluyó, con voz trémula. Se levantó taciturna, con el remordimiento de madre apostado sobre sus hombros y la admiración de su nieto a la espalda—. Me voy a la cama —anunció—, no tengo ganas de cenar. Mañana será otro día. Y tú, descansa, niña, que falta te hace.

Fuensanta asintió y no tardó en seguirla. Estaba cansada, muy cansada. Si el tiempo se midiera en vivencias, aquellas últimas horas conformarían meses. Se arrebujó entre las mantas, dejándose llevar por la calma que el silencio de la noche brindaba como si fuera un refugio. Una nube de pensamientos flotaba en el aire, buscando el momento de acurrucarse al calor de su cuerpo. Pero ya había tenido bastante, ahora era ella quien deseaba impartir orden, seleccionar cuáles debían quedarse y cuáles marchar. Puso la mano en su pecho y noto el latir de su corazón. Seguía vivo. Y por un instante sintió una reconfortante sensación de paz entre el dolor. Aquella última confesión, que Herminia había callado durante tiempo para no herirla aún más, le devolvía paradójicamente el sosiego, la liberaba de una carga de máxima culpa al sentirse víctima. Su decisión de hacer el viaje no había sido por entero libre; aunque de forma encubierta, había sido coaccionada y traicionada. Jamás podría compararse ese daño al sufrido por sus hijos, que nunca tuvieron posibilidad de elección, pero de alguna manera mermaba el daño que su conciencia le había venido causando hasta el momento.

La vida puede comenzar de nuevo en cualquier instante —pensó—. Es difícil, pero no imposible. Y la prueba la tenía ante sí. Había sido necesario desmembrar su existencia, exponer a la luz y ante sus ojos cada una de las piezas que la componían, por doloroso que resultara, para que fuera posible acomodar sobre ellas las bases de esa otra nueva vida que tanto se merecía. Construir. Aquella era la consigna, la meta. Echar mano de lo vivido para seguir adelante con la destreza que la experiencia aporta, no para compadecerse de una misma regodeándose en la miseria que solo acarrea más miseria, que invoca a la destrucción. No puede cambiarse el pasado, pero sí el presente y el futuro. Y lo haría. Era hora de levantar la cabeza, sacudirse el polvo y seguir adelante tras hacer limpieza en los rincones del alma y en los del corazón.

«Sobre todo, en los del corazón —reiteró, en voz alta—. Porque el amor hay que disfrutarlo, no sufrirlo».

Blanca.
Junio-Julio de 2013.

Busqué a María con desesperación, moviendo la cabeza de un lado a otro mientras recorría un tramo de arena en dirección al paseo. Ella debió de haberme visto porque enseguida la tuve detrás de mí, alargando las zancadas y preguntándome lo que había ocurrido, preocupada.

—¡Vámonos, María! —le dije, con alarma.

—Pero ¿¿qué ha pasado, qué te ha dicho?! ¿¿Te ha amenazado, te ha...?!

—No.

—¿Entonces?

—¡Es Patri!

María, extrañada, se detuvo mientras yo seguía caminando con rapidez. De nuevo echó a correr hasta alcanzarme.

—¿Quién es Patri? ¡El... —se contuvo—, ¿es Patri?!

—Sí.

—¡Venga ya!

—Como lo oyes.

—¡Pero ¿cómo...?! ¡¡Joder!!

—Eso digo yo, ¡joder! —repetí, indignada y asustada a partes iguales—. Vámonos a casa, allí hablamos, yo... —manoteé en el aire, con la elocuencia perdida— no sé ni qué pensar, esto me sobrepasa.

Cogimos el autobús de vuelta e hicimos casi todo el camino en silencio. No me afectaba el calor pegajoso que se me adhería al cuerpo, ni los envites de los viajeros en cada curva, mi mente estaba a kilómetros de allí. Dejaba escapar una misma frase de vez en cuando, «¡no me lo puedo creer!», como si se deslizara entre las decenas de pensamientos que no podía reprimir. María no contestaba. Agarrada a una barra se limitaba a mirarme, tal vez porque

estaba tan perpleja como yo y elucubraba de igual forma, muda, sin articular palabra.

Entramos en casa y vi la silueta de mi padre al fondo, dibujada sobre el cristal de la cocina; no tendríamos la suerte de estar solas como otras veces. Cerré con más ímpetu de lo habitual y nos salió al paso.

—¿Todo bien? —me preguntó, limpiándose las manos en un trapo.

—Sí, papá.

Mi tono de voz, áspero y seco, no lo convenció.

—¿De verdad? Blanca...

Su mirada me hizo recordar mi promesa de no volver a esconder nada que él debiera saber. Ya le había ocultado la existencia del anónimo, y lo peor de todo, mi cita con el malnacido, como habíamos comenzado a llamarlo para evitar un apelativo que a mí me seguía produciendo pavor. Si continuaba por esa vía y mi padre terminaba enterándose, la confianza recuperada se iría al garete para siempre.

—Luego te cuento, ¿vale? —le contesté, buscando su comprensión y su tolerancia con la mirada.

—Luego me cuentas —repitió, con intención.

Nos metimos en mi cuarto. María se sentó con lentitud sobre la cama y yo empecé a dar paseos de ida y vuelta por la habitación, sin detenerme, como si tuviera que soltar la adrenalina por las plantas de mis pies.

Mi amiga rompió el silencio.

—¿Cómo sabes que es él? Patri es una chica.

—¡A veces pareces tonta, María! —le dije, sin dejarla terminar.

—¡Eh, no te pases! —exclamó molesta.

—Perdona, ¡pero es que tienes cada ocurrencia! Yo no me llamo Jane, ni soy la chica con sombrero y vestido de hace dos siglos que tengo puesta en mi muro. El suyo es un perfil falso, como el mío.

—Pues por eso te lo pregunto, ¿cómo sabes que es Patri?

—Porque hace tiempo que le expliqué el motivo de llamarme Jane. Le conté la historia y le recité las palabras exactas que me habían llevado a leer el libro y por las que elegí ese *nick*.

—Eso nunca me lo has contado a mí.

—¿Ves? Patri es la única que lo sabía. La única o el único, ya no sé cómo llamarlo. Él las repitió estando allí. No sé si se le escaparon o las dijo con intención, pero me las soltó. Me quedé muerta.

María se frotó las manos en los vaqueros y me miró de reojo, sopesando el

terreno.

—Entonces... Durante todo este tiempo ha estado...

No se atrevió a terminar.

—Pegado a mí sin que lo supiera, siguiéndome los pasos, espiándome. ¡Yo preocupada por encontrármelo en la calle y lo he tenido todo el tiempo delante de mis narices!

Reparar en aquello me produjo ansiedad.

—¡Joder! —exclamó ella, frotándose la frente—. ¿Y hasta qué punto te has confesado con él?

Sonreí con ironía, soltando el aire como una exhalación.

—Le he contado intimidades, sentimientos, detalles de mi vida actual, hasta de Álvaro.

—¿Cuántas intimidades?

—Muchas —contesté, con inquietud—. Le he hecho muchas confidencias, María, demasiadas.

Me sentí descubierta, vulnerable, con el temor agarrado al estómago y a la garganta y con rabia por sentirme engañada a la vez. Me parecía haber levantado un muro de protección a mi alrededor con el enemigo dentro. Él sabía de mi rutina diaria, de mi trabajo, de mis costumbres, de mis entradas y salidas y, por supuesto, de mi hijo. Me pregunté en los días de atrás cómo habría sabido de Álvaro, cómo habría podido adivinar su existencia, y había resultado ser yo la que se lo desvelara con mi boca floja. Imperdonable.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —me preguntó, cogiéndome la mano en una parada de un par de segundos que hice frente a ella.

—Bloquearlo. No quiero tenerlo cerca, no quiero que siga husmeando en mis cosas. Quiero alejarlo de mí como sea.

Nos quedamos en silencio durante un tiempo largo, cabizbajas y ensimismadas. Yo me senté en los pies de la cama, a su lado. Y al fin la miré, interrumpiendo sus cavilaciones.

—¿Qué piensas? —le pregunté.

—Que no me entra en la cabeza, chica. Que no puedo imaginarme a Patri haciendo eso. Te juro que jamás lo hubiera sospechado, con lo sensata que es, lo tranquila que está siempre, quitándole hierro a las cosas y a nuestros rebotes. Nos ha ayudado muchas veces, no la veo capaz de hacerle daño a alguien.

—A mí tampoco me cuadra, María. Todo eso pasó hace tiempo, es cierto, pero... ¡Ya no me fío de nada ni de nadie, no sé qué pensar, te lo juro, estoy

hecha un lío!

—Si bloquearas a Patri, no sé qué pasaría con el grupo de las ratonas. Tendrías que ponerle alguna excusa a Estela, porque decirle la verdad... — sugirió, esperando mi reacción.

—Ahora mismo me importa un bledo el grupo de las ratonas, solo quiero esconderme, alejarlo de mí. Y no quiero que esto lo sepa más gente, solo tú y yo.

—Y tu padre. Tendrás que decírselo, ¿no?

—¡Esa es otra, mi padre! Si se entera de todo esto sin que yo se lo cuente, me larga de aquí, no creo que soporte más engaños. ¡Joder, me estoy agobiando, María, no sé por dónde va a salir todo esto ahora! ¡No sé cómo hacerlo!

—No entres en *Face* —me sugirió—. Déjalo todo como está, no te señales bloqueando a Patri, ni abandonando el grupo. No publiques, no le contestes, no comentes nada. Siempre puedes decir que entre el trabajo, la carrera y el niño no tienes tiempo para la red, eso es fácil de creer. Y habla con tu padre, ponlo al tanto de todo, aunque le digas que te deje hacer las cosas a tu manera. Tú te sentirás más segura si el malnacido vuelve a acercarse a ti de mala forma, tendrás quien te defienda.

La abracé. Dentro de su locura juvenil, tenía brotes de sensatez que yo admiraba y valoraba. Ignorar el Facebook era como bloquear a Patri, como cortar la comunicación entre nosotros hasta el momento en que yo quisiera. Si es que quería alguna vez.

Mi hijo irrumpió en la habitación, con su alegría vitalista de siempre, ajeno al peligro que se cernía sobre nosotros. Al abrazarlo, al sentirlo junto a mí se disipó gran parte de esa bruma espesa que me cortaba la respiración.

A él, fundamentalmente a él, me dediqué las siguientes tres semanas, en el tiempo libre que me restaba después del trabajo y de estudiarme la parte que me tocaba de las dos asignaturas que me habían cateado en junio. Eso sí, mientras mis manos se afanaban en las tareas mecánicas de hotel, mis pensamientos se empeñaban en formar nudos en mi mente, dando vueltas a lo mismo una y otra vez. La figura de Patri aparecía ante mí como en una nebulosa, no podía apreciar con claridad su forma real, ni mucho menos sus matices para poder actuar en consecuencia. No había vuelto a saber de ella desde que tuviéramos la cita, o mejor dicho, de él, aunque había visto que tenía mensajes privados por abrir. E incluso me aseguraba María, con su particular astucia, que utilizaba algunos post publicados en su muro para

acercarse a mí, transmitirme calma y apelar a mi confianza perdida en la playa en aquel mediodía. Por mi parte, la inquina súbita experimentada hacia él a partir de nuestro encuentro parecía diluirse en determinados momentos, como si todo fuera un recuerdo soñado, una pesadilla vívida que nada tenía de real. Se atenuaba volviendo a cobrar forma la imagen bonita y antigua que guardaba en mi mente como fruto de nuestros habituales contactos a través de la red. Me sorprendía echando de menos nuestras conversaciones nocturnas, profundas y sosegadas, nuestros ánimos compartidos, la empatía mutua que nos empujaba a seguir adelante a pesar de las penurias que nos deparaba la vida. Hasta que de nuevo era consciente de quién era en realidad. Entonces, reverdecía mi rechazo; su engaño me enrabiaba y el miedo se apoderaba de mí. En definitiva, me veía sometida a un barullo de sentimientos incontrolados y contradictorios que constituían todo un atentado a mi equilibrio emocional.

No hablé con mi padre. Quería visualizarlo todo con más claridad para poder plantearle, de forma fidedigna, cómo se presentaba la situación. No sabía si Patri era real, fruto de un cambio en su forma de ser, de comportarse, de pensar. Si era el producto de una mutación del malnacido en sus últimos años de travesía adolescente y de primera juventud o, por el contrario, su mente maquiavélica había hecho acopio de un nombre y personalidad falsas con el fin de tejer una tela de araña en la que atrápanos, con estudiada y premeditada frialdad.

Estela comenzó a indagar en nuestra inactividad. Tal vez yo tuviera excusas suficientes, había sumado la playa a mi repertorio de quehaceres en los que emplear el tiempo, pero no María. Aun así, le escamaba que ni siquiera atendiera a una mísera notificación que de seguro me habría sonado en el móvil, del que nunca me despegaba. El grupo de las ratonas se había reducido a dos miembros sin razón aparente, sin anuncio previo. Comenzaron a llegar sus mensajes privados, poniendo en mi conocimiento la desesperación de Patri por hablar conmigo, porque no tenía forma alguna de localizarme. No se me ocurría lo que decirle a Estela sin apelar a un enfrentamiento entre nosotros que justificara el distanciamiento de las últimas semanas. Así es que callé. Le expliqué tan solo que no pasaba por buen momento y que necesitaba tiempo, desconexión absoluta de todo y de todos. «Dice que si no puede hablar contigo por chat, lo hará en persona, que es capaz de plantarse en la puerta de tu casa para que la escuches», me dijo en uno de sus últimos mensajes, a lo que añadió con ingenuidad: «¿Pero es que sabe dónde vives?». Claro que lo sabía. Y lo vi capaz de hacerlo.

Con esa afirmación dando vueltas en mi cabeza, me senté en la cama una noche a finales de julio, con el portátil sobre mis piernas. Mis padres dormían y Álvaro también. Todo estaba sumido en un silencio profundo que me permitía escuchar el rumor de la brisa, meciendo las hojas de los árboles. La lámpara pequeña lucía sobre mi mesilla. La puerta cerrada me protegía. Por primera vez en semanas entré en Facebook y desplegué el menú de mensajes abiertos y por abrir. El primero, resaltado en negro, atendía al perfil de Patri. Dentro del paréntesis que aparecía junto al nombre figuraba un ocho. Ocho mensajes que no había atendido, ocho intentos de contactar conmigo. Su última frase, la única que podía leer sin abrir el chat era un «por favor» escrito en mayúsculas.

Entorné los ojos, temblándome la mano sobre el ratón, porque, si pulsaba, él sabría que lo había leído y sería como darle pie a que se comunicara de nuevo conmigo. Pero me corroía la curiosidad de saber lo que quería decirme.

—¿Quién eres?

Ni siquiera lo saludé. Leí por alto los mensajes precedentes; en la mayoría de ellos, súplicas para que lo escuchara, y me centré en el último: «No te vayas, Blanca. POR FAVOR». No pude resistirme a su última rogatoria, en letras grandes, como nunca escribía.

Inquieta, arranqué con esa pregunta un diálogo en el que exigía respuestas.

No tardó en contestar, parecía estar esperándome.

—Patri, la misma persona de siempre. Tu amiga.

—¡Y una mierda! —escribí, su cinismo me sacó de quicio—. Lo primero: no hables en femenino, no sigas con esa farsa. Y lo segundo: NO eres mi amigo. ¡No puedes ser mi amigo después de haberme destrozado la vida!

La ventana del chat se mantuvo estática un par de minutos.

—De acuerdo, lo siento —escribió al fin.

—¿Qué sientes?! —le pregunté, alterada—. ¿Lo que me hiciste hace seis años? ¿Usar un perfil falso para acercarte a nosotros? ¿Ganarte mi confianza poco a poco para luego reírte y aprovecharte de mí? ¡¡¿Qué coño sientes?!!

Se me llenó la boca de improperios, no era momento de hacer alarde de buena educación, debía escupir la rabia de la única forma en que me salía, con el lenguaje propio de un cabreo descomunal.

—No me he reído de ti en ningún momento, Blanca —contestó, pausando de nuevo la respuesta, como si la midiera, como si sopesara bien qué contestar—. Siempre he sido sincero contigo.

—Mentira.

—Todo lo que hemos hablado y todo lo que te he dicho ha sido tal y como lo sentía. Desde el principio. No he pretendido engañarte.

—¡Ja! Pasas de ser un cerdo y hundirme en la mierda a preocuparte por mí. ¿Eso es lo que quieres que me crea?

—Algunas cosas son difíciles de explicar...

—Y todavía más difíciles de entender.

—Escúchame, Jane, por favor —Se me encogió el estómago al ver que volvía a llamarme así, como siempre, como en los buenos momentos—. Me acerqué a ti al principio porque me preocupabas, sin ninguna otra intención. No pretendía nada, no quería hacerte daño, solo saber cómo estabas, qué era de tu vida. Luego empezamos poco a poco a intimar y reconozco que comencé a sentir por ti algo mucho más profundo. Pero eso tú lo sabes, porque lo que has vivido conmigo, es real. Siempre he sido sincero contigo.

¿Qué me estaba contando? ¿Qué me quería hacer creer? Me retrepé y me apoyé aún más sobre el cabecero de la cama, con una oleada de palabras, revueltas entre emociones, atravesando mi cabeza. Escuché toser a mi hijo e hice amago de levantarme, pero se calmó. Cuando devolví la vista al portátil vi que Patri continuaba escribiendo.

—He intentado ayudarte, animarte, empujarte para que sigieras adelante. Lo he hecho siempre que me contabas algo y veía que estabas mal.

—¡Joder! ¡No quiero ni pensarlo!

—¿El qué? ¿Que quisiera ayudarte?

—Que me haya confesado contigo como si fueras mi amiga. «Amiga» —reiteré—, en femenino. El asco que les tenía a los tíos, lo que sentía cuando se acercaban a mí. Me da vergüenza y hasta miedo haberme abierto de esa forma, creía que estaba segura charlando contigo. ¡Y ahora mismo me estoy preguntando qué mierda hago metida en el chat!

Se me enturbiaron los ojos. Me alisé el pelo con ambas manos, como si quisiera detener el tumulto de emociones contradictorias que lidiaban en mi cabeza.

—Hablar con un buen amigo, Jane. Estás metida en el chat con un amigo que —tardó en acabar de escribir— te aprecia y te quiere más de lo que imaginas.

¡Estaba loco! ¡Y me iba a volver loca a mí también! Pensé cómo debía interpretar sus palabras, aquellos sentimientos que volvía a confesarme después de que ya lo hiciera una vez. No quería que me quisiera, de ser así no me dejaría esquivarlo, poner distancia entre los dos. ¿O quizá fuera mejor? Si

mostraba hacia mí un afecto sincero tal vez no volvería a hacerme daño, ni a Álvaro tampoco. Pero... ¿sería ese un amor sano, o propio de un demente, de un psicópata?

—¿Cómo me encontraste?

Decidí cambiar de tema, no me veía capaz de extraer conclusiones y había más cosas que me interesaba saber.

—Por casualidad.

—Sin foto y con otro nombre es difícil encontrar a alguien por casualidad, tienes que buscarlo —afirmé, rotunda.

—A través de una amiga común de Facebook. Publicó en su muro una foto en la que aparecías tú, ella y otras dos chicas en la presentación de un libro, en Marbella. Al verte, te reconocí.

Recordé aquella foto. Me alarmé cuando vi que la había subido, bajo ningún concepto quería aparecer en la red con mi imagen real. En el *post* que la acompañaba había puesto nuestros nombres, en mi caso, el *nick* que ya venía utilizando —Jane Eyre—, y aunque no desvelaba quién era quién, le pedí que la retirara inmediatamente.

Dejé que Patri continuara explicándose, me intrigaba cómo había llegado a enlazar los datos para llegar hasta mí.

—Me descargué la foto y anoté los nombres. —Se la había bajado antes de que ella la eliminara, maldita sea—. A dos de ellas las descarté, usaban su nombre y su imagen real. La tercera me costó algo más, bastantes paseos por su muro y el de sus amigos hasta encontrar otra foto antigua asociada a ese nombre. La única que me quedaba eras tú, tenías que ser la que decía llamarse Jane Eyre. Entré en tu muro y no había nada, la foto de perfil y los cambios de cabecera que habías hecho desde que lo abriste, casi nada más. Después miré a tus amigos y me di cuenta de que no tenías ni un solo chico, así es que supuse que no podría acercarme a ti si no me cambiaba el perfil.

—¿Y para qué querías acercarte a mí?

—Ya te lo he dicho, me picó la curiosidad de saber cómo estabas, qué era de tu vida. Cuando te vi en esa foto, pensé que tenía la oportunidad de comprobarlo y no me pude resistir. Se me ocurrió entonces echarle un vistazo a los grupos de literatura a los que pertenecía esa amiga común, hasta dar con el de Estela, en él te encontré. Abrí un perfil nuevo con foto y nombre de chica y pedí entrar en el Club. Empecé a comentar en los *post* en los que intervenías y así me fui acercando. Luego vino el chat de Las ratonas y, por último, el privado, pero eso ya lo sabes tú.

Con premeditación y alevosía. Poco a poco y paso a paso. Ganándose mi confianza hasta llegar, como él decía, a los mensajes privados en los que habíamos terminado explayándonos con confidencias cruzadas y charlas que habían supuesto un balón de oxígeno en mi vida. ¡Cuántas veces di gracias al cielo por haberla encontrado, por contar con Patri al otro lado de la pantalla en cualquier momento! ¿Y ahora?

—Un engaño en toda regla —escribí.

—Jamás hubiera podido llegar a ti de otra forma. Pero te vuelvo a repetir que nunca he tenido mala intención. Ni la tengo —añadió—. Nada me gustaría más que poder seguir contigo como hasta ahora, Jane, de verdad.

No sabía cómo acabaría todo, no sabía qué creer. Estaba tan liada que lo mismo podría acceder a una nueva cita con él que llamar a la policía o denunciarlo por acoso. Necesitaba pensar. Y no sabía si emplear para ello la cordura o el instinto. Deseaba dejarme arrastrar por la bondad de sus palabras, hacer valer la esperanza de que todo acabara de una puñetera vez, ya fuera por un cambio radical en su carácter o, tal vez, porque todo cuanto sucedió hubiera sido un producto de las circunstancias y no una consecuencia de las malas cualidades inherentes a él. Pero no podía. Algo se resistía dentro de mí.

Presioné mis sienes con fuerza, las preguntas no cesaban. Qué decirle a mi padre, cómo justificar un probable acercamiento con Patri de cara a mi madre, de qué manera proteger a mi hijo ante cualquier eventualidad que pudiera surgir. Y entre ellas, la mayor de todas: ¿por qué sentimiento dejarme de llevar? ¿Por mi rechazo a lo que calificaba como un peligro cercano y real, o por el bienestar que Patri, la Patri de siempre, me prometía? ¡Maldita ambivalencia!

«No te alejes de mí, Jane. Dame una oportunidad», fue lo último que leí antes de cerrar el chat.

Noviembre de 2013

—¿Sabes lo que se me está antojando? —preguntó Fuensanta, mirando a su hijo con un simpático gesto suplicatorio—. Un chocolatito con churros en Casa Aranda.

—Pero eso está en el centro... ¿Tienes ganas de ir hasta allí?

—Tengo ganas de chocolate, de ese chocolate —matizó—. Las ganas de moverme las busco, que si no, me voy a convertir en una inválida.

Víctor no pudo evitar un leve gesto de contrariedad, no esperaba un imprevisto así en el momento de marchar, tenía otros planes. Se vio en una tesitura de la que salió airoso gracias a Aroa.

—¿No habías quedado para salir? —le preguntó ella, intencionadamente, dirigiendo la mirada hacia él.

—Pues claro, ¿no ves lo emperifollado que va? Si parece un dandi —añadió Herminia, perspicaz, como siempre—. ¿Vas con Eva?

—¡Qué cotilla eres, abuela, te quieres enterar de todo! —exclamó, risueño.

—Dijiste que ya me contarías y no has soltado prenda.

—Ah, bueno, si vas a salir, entonces nada, no te preocupes, otro día —dijo Fuensanta.

—Dime dónde es y yo la llevo.

Víctor respiró aliviado ante el ofrecimiento de Aroa.

—Pero tú no tienes coche. ¿Vamos en el autobús?

—En un taxi.

—¡Buff, en un taxi! Los taxis son muy caros, nos va a salir el chocolate por un pico.

—Da igual, invito yo —afirmó ella, con rotundidad—. Y me apetece hacerlo, así es que no hay más que hablar.

—Os recojo a la vuelta, no estaré mucho rato por ahí —se ofreció Víctor—. Luego te llamo al móvil, Aroa, y ya concretamos.

—De acuerdo. ¿Se viene usted también, Herminia?

—No, yo no, niña, gracias. Voy a ir un ratito al cementerio con la Carmen, antes de que se pasen más días. Quiero llevar unas flores.

En treinta minutos, subían al asiento trasero del taxi que Aroa había pedido por teléfono. Cruzaron el barrio y salieron del él a través del Puente de la Palmilla, en dirección a la Alameda. Hacía un día apacible, con un cielo azul, el viento en calma y una temperatura agradable para aquel cuatro de noviembre. Aroa recibía el sol en la mejilla a través de la ventanilla del coche, su tez devolvía reflejos dorados. Fuensanta la miró, orgullosa. La vio guapa, elegante, educada, autosuficiente. Se sintió extraña de verse acompañada por ella, su hija, después de tantos años en que parecía haberla soñado. Le cogió la mano y la apretó con fuerza, dedicándole una sonrisa que Aroa correspondió.

—Menuda familia te has encontrado —le dijo—. No te la esperabas así, ¿verdad?

Hablaba bajito, casi mascullando para que el taxista no pudiera escucharla; aunque él iba abstraído, sin prestarle atención, tarareando una canción flamenca que se oía de fondo en la radio.

—No me la esperaba de ninguna manera.

—Anda, no seas tan diplomática —apuntó Fuensanta, cómplice, propinándole un leve empujón con su brazo.

—Bueno... —rectificó Aroa, sonriendo—. Reconozco que me la esperaba un poquito más... normal.

—Como la tuya.

—Más o menos.

Sonrió de nuevo.

—Siempre tuve miedo de que te avergonzaras de nosotros, de que no quisieras cuentas cuando nos conocieras y vieras cómo somos y cómo vivimos.

—Tenemos tantos prejuicios —reconoció Aroa, entornando los ojos—. Al principio me agobié, no te voy a mentir. Cuando hay algo que no conoces te lo imaginas maravilloso, y luego, cuando descubres sus partes más... chungas, como decís por aquí, te decepcionas y hasta sientes un poco de miedo al pensar que tú vienes de ahí, que de alguna manera estás relacionada con todo eso.

—Te entiendo.

—Pero después de conoceros más a fondo no puedo avergonzarme. Y menos de ti. Creo que tú y Herminia me habéis dado unas cuantas lecciones de vida.

Clavó sus ojos en los de su madre, desvelando a través de ellos su honestidad.

—Tengo que dejarlas por aquí —advirtió el taxista—, el resto de la calle es peatonal y no puedo entrar.

—No se preocupe, aquí nos quedamos —contestó Fuensanta, resolutiva, mientras Aroa extraía su cartera del bolso para abonar la carrera.

Bajaron a mitad de la calle Puerta del Mar, tras dejar atrás la Alameda Principal, y se adentraron en su último tramo, enlosado y sin circulación de coches. Caminaron por ella sin prisa, cogidas del brazo bajo las palmeras que la bordeaban, observando los escaparates de las tiendas y los veladores de alguna cafetería repletos de gente. El clima, suavizado por el mar, regalaba veinte grados de temperatura a los turistas y foráneos que disfrutaban de su momento de ocio. El ambiente salino y cálido le recordó a Aroa a su ciudad adoptiva, a esa Barcelona que la había acogido brindándole la posibilidad de vivir en calma.

—Mira que tienda de novias, Aroa —señaló Fuensanta, apuntando con su dedo índice a la esquina de la calle Herrería del Rey, donde se ubicaba la famosa Casa Aranda—. ¿Algún día te veré así?

—¡Ufff! —exclamó, con espontaneidad—. Yo no soy mucho de bodas, ¿eh? A mí, eso de comprometerme con papeles me da grima.

Fuensanta soltó una carcajada.

—Y ahora más, ¿verdad? —apuntó, irónica—. Aquí es. —Fuensanta la frenó en la puerta y la invitó a que disfrutara de la estampa de aquella calle estrecha y de la fachada de un local con tantos años de antigüedad—. ¿Sabes que aquí solía venir mucho Matías Prats y otros periodistas de la prensa y de la radio?

Entraron y se acomodaron en una mesa que acababa de quedarse libre. Fuensanta se sentó de espaldas a la entrada y Aroa en frente, entre aromas de café, chocolate y los preciados churros de cuya fama hacía gala la casa.

—¿Qué tal te llevas con tus padres, Aroa? —le preguntó sin preámbulos, mientras terminaba de quitarse la chaqueta y la colocaba sobre el respaldo de su silla.

—Bien, no hemos tenido problemas, solo las discusiones típicas entre

padres e hijos. Tienen buen carácter.

—¿Con quién te llevas mejor?

—He tenido más enfrentamientos con mi padre, pero porque siempre ha sido el que ha llevado la voz cantante. Mi madre siempre ha delegado en él, ha dejado que fuera quien pusiera las normas y me recriminara lo que hacía mal. Incluso las charlas más... delicadas las he tenido con él. Con mi madre también, pero porque yo la buscaba, no porque ella viniera a mí; aunque es verdad que siempre ha estado ahí, cada vez que la he necesitado. —Calló unos segundos, pensando—. Ahora sé por qué era así, creo que ahora me lo explico todo.

—¿El qué te explicas?

—El reparto de papeles. Él sí es mi padre, por eso siempre ha tenido la iniciativa.

—Yo creo que ella también ha cumplido muy bien con su papel de madre —reconoció—. No hay más que verte para saber lo que han hecho por ti. Los dos.

Aroa admitió la aseveración de Fuensanta, en silencio. Sabía que eran odiosas las comparaciones, pero no podía evitarlas, y el equilibrio en su vida era tan evidente como antagónico al de Víctor o Raúl.

—Cuando empecé a sospechar que mi padre me ocultaba algo y se me vino a la cabeza que pudiera tratarse de algo así, lo odié. —Con aquella afirmación, acaparó aún más la atención de su madre—. Lo digo como lo siento, lo odié. Y cuando supe con seguridad que María del Mar no era mi madre y que lo habían estado escondiendo durante toda mi vida, aún más.

Un camarero les sirvió la merienda, un plato de churros de apetecible aspecto y dos tazas humeantes de chocolate con leche. Aroa sumergió la cucharilla en la suya para deshacer la capa espesa que se había formado arriba.

—¿Y ahora qué sientes? —preguntó Fuensanta, que no quería perder el hilo de la conversación.

Aroa desvió la mirada hacia un lado y suspiró.

—Creo que lo quiero más que antes —confesó al fin, provocando alivio en su madre.

—A veces cuesta entender lo que los padres hacemos por los hijos y las decisiones que tomamos por su bien. Pero el tiempo se encarga de explicarlo, ¿verdad?

—Sí —contestó, cabeceando con lentitud, con pleno convencimiento—.

Ahora entiendo muchas de sus decisiones y de las tuyas. Ojalá yo no tenga que tomar nunca ninguna tan difícil.

Fuensanta rozó la mejilla de su hija, pellizcándole la barbilla con cariño.

—Ojalá. Pero si tienes que hacerlo, aquí estaremos para ayudarte. Si tú quieres, claro.

—Por supuesto que quiero.

—¿Y también querrás volver cuando te vayas?

Había un deje de temor y nerviosismo en su pregunta.

—Ahora tengo dos vidas, un padre, dos madres... —contestó, con una sonrisa en los labios—. ¡Hasta una abuela! Se lo he preguntado y Herminia me ha dicho que sí, que acepta ser mi abuela, ¡ja, ja, ja!

Rieron.

—Y dos hermanos también —añadió Fuensanta.

Aroa probó el chocolate acercándose la cuchara a los labios. Quemaba, así es que decidió seguir esperando.

—Me gustaría haber conocido a Raúl —confesó de nuevo, con pesadumbre—. Me temo que me iré sin verlo.

—Ese sí que es un chico independiente, vive a su aire desde hace mucho tiempo, apenas lo veo.

—Me dijo Víctor que no os llevabais muy bien...

Fuensanta asintió, con un gesto de lamento.

—Raúl nunca me ha perdonado que Víctor estuviera conmigo y él no. Siempre ha dicho que su hermano era mi favorito, que a él nunca lo he querido igual. No sabe la espinita que yo he tenido aquí clavada toda la vida —se tocó el pecho, dándose golpecitos a la altura del corazón— por todo lo que lo quiero y por todo lo que ha sufrido. ¿Te ha contado Víctor muchas cosas de él?

—Sí.

—¿Lo de las drogas también?

—Sí.

—A ver si puede ser que algún día se rehabilite del todo —dijo, cabizbaja—. Lo ha intentado varias veces, pero la droga es un monstruo, te agarra y no es fácil escapar. ¡Lo que le costó a Víctor conseguir que ingresara en un centro la primera vez! Raúl decía que no tenía ningún problema, que podía controlarla y dejarla cuando quisiera. Tardó mucho en darse cuenta de que sin ayuda es imposible.

—¿Cuánto tiempo estuvo ingresado la primera vez?

—Seis meses. Le dieron un permiso para salir después de que superara la

primera etapa, la del síndrome de abstinencia. Cuando lo vi no me parecía el mismo, aquel Raúl sí que era mi hijo. Estaba tranquilo, centrado, con la cabeza sobre los hombros, razonando bastante bien. Un poco más atontado de la cuenta por los tranquilizantes y las demás pastillas que tomaba, pero bien. ¡Hasta estaba cariñoso conmigo!

—¿Y recayó otra vez?

Conocía parte de la historia, pero quería escuchar la versión de su madre, su forma de sentirla.

—En cuanto que se juntó con sus colegas. Me dijo que había tomado, pero que era poca cosa, y que solo sería esa vez. Pero yo sabía que si volvía a probarla, estaba perdido. Y así fue.

Aroa la miró a los ojos. Los tenía vidriosos. Siempre que Fuensanta hablaba de Raúl, se le aguaban los ojos. La conciencia se asomaba por ellos con su peor rostro.

—Hay que tener una voluntad de hierro para salir, ¿verdad?

—Y buenas influencias a tu alrededor, pero él no las tiene. Hemos luchado todo lo que hemos podido, ha estado ingresado varias veces y siempre ha conseguido superar el primer bache. Pero luego viene la prueba de fuego, la calle, y mientras siga regresando al mismo sitio de donde salió, seguirá recayendo.

Aroa sopesó si evitar la pregunta, pero quería saber.

—Y ¿cómo se costeaba la droga? ¿De dónde sacaba el dinero?

—Unas veces, se lo daba su padre; otras, se quedaba con parte de la mercancía que tenían para vender; y cuando no tenía ni una cosa ni la otra, robando donde pillaba, en casa, en los comercios, hasta a gente de la calle.

—Dios mío.

—Tienen varias caras, Aroa. Pueden ser muy buenas personas cuando están limpios, pero cuando están con el mono se convierten en auténticos demonios. Incluso cuando ya han tomado no son ellos, se vuelven locos. Algunos se meten en su propio mundo y se quedan ahí, atontados, como si no tuvieran voluntad; otros se ponen eufóricos y no les importa nada, se creen los reyes del Universo, por encima de todo y de todos. Raúl era de estos.

—Después de que Víctor me contara, me he preguntado algunas veces si es posible acostumbrarse a vivir con un problema así. Yo creo que no podría, a mí me superaría.

—No, no te acostumbras. —Negaba con la cabeza mientras arrastraba las palabras con pesadumbre—. Aprendes a tomarte las cosas con más

tranquilidad y acabas aceptándolas tal y como vienen. Te haces dura. Lo que al principio te agobia muchísimo, cada vez te afecta menos. Pero no llegas a acostumbrarte del todo, Aroa, es tu hijo. —Levantó las cejas, parpadeando intensamente a fin de aliviar el picor de los ojos mientras se llevaba una mano al pecho para golpearlo con tristeza—. Te queda aquí un sentimiento que te machaca por dentro —confesó, y se quedó callada unos segundos—. La droga destroza la vida de ellos y de los que están a su alrededor.

El bullicio de la cafetería no las incordiaba, eran ajenas al trasiego de clientes buscando un velador libre en el que sentarse, al ruido de las tazas al posarse en las bandejas, a la voz de los camareros pidiendo la comanda. Aroa escuchaba a Fuensanta, sentadas frente a frente. Su tono calmado le aportaba paz, despertaba su confianza en una madre hecha a los golpes, capaz de reaccionar, de afrontar los problemas sin remilgos, con la cabeza alta, sin miedo. Su rostro ajado en nada se parecía al de María del Mar. Los disgustos incuban arrugas, deslucen pupilas, apagan miradas. Desvían la atención del propio yo para centrarla en aquello que sacrifica su vida, minando el tiempo de dedicación personal. Pero si bien afean la parte externa, puede que engrandezcan el interior, llenándolo de belleza. Así había ocurrido con su madre. Y Aroa lo estaba percibiendo, más que nunca, en aquella tarde de noviembre.

Fuensanta pasó una servilleta por sus labios, limpiándose los restos de líquido que habían quedado en las comisuras de la boca.

—¿Ya no quieres más? —preguntó a su hija, que aún tenía intactos los churros que le habían servido.

—Estaban ardiendo —se excusó, por no admitir que, una vez más, la conversación le había robado el apetito.

—¿Sabes lo que también me mata de todo esto? —Aroa se encogió de hombros, en señal de ignorancia, alentándola a seguir mientras comía con esfuerzo—. Pensar que aunque solo fuera por una vez contribuí a que esa basura llegara a las manos de desgraciados como Raúl. Y haberlo hecho por lo que lo hacen todos, por ganar dinero fácil, aunque a mí terminara costándome caro. ¡Qué distintas se ven las cosas desde un lado y desde otro!

—¿A qué te refieres?

—A que es mucho más fácil cometer delitos cuando no eres consciente de las consecuencias, cuando no ves el sufrimiento que causas; al menos si tienes conciencia, como la tengo yo. Por mucho que te lo digan, no te das cuenta de verdad de todo lo que acarrea hasta que lo vives de cerca. Cuando le pregunté

a Salvador que por qué había dicho de ir a ese viaje, me contestó que si no lo hacía él, lo haría cualquier otro y que a nosotros nos hacía falta el dinero. Más de una vez lo escuché decir que la culpa de que hubiera camellos la tenían los que consumían, que si ellos no la pidieran, no habría quien se dedicara a ese negocio. Yo le contestaba que si la pedían era porque estaban enganchados, y él terminó convenciéndome de que todos han tenido una primera vez, y que esa decisión de meterse el primer chute es libre, que nadie los obliga, que lo hacen porque quieren, porque les apetece y punto.

—¿Y ahora lo ves de otra forma?

—Ahora sé que cada uno cree lo que le conviene, lo que más le interesa para ganar dinero, para vivir bien, para estar tranquilo. Puede que a mí me ocurriera eso, que Salvador me convenciera porque en realidad yo quería creerlo para sentirme en paz. Pero después de vivir de cerca el calvario de mi hijo y de ver la forma en que lo metieron en ese mundo, aprovechándose de lo vulnerable que era, ya no puedo pensar igual. Ahora sé que es al contrario. Si esa gentuza no pusiera la maldita droga al alcance de sus manos, los chicos como Raúl buscarían otras formas de evadirse y de afrontar sus problemas.

—Los que la venden saben a quiénes se la tienen que ofrecer, cómo y cuándo —aseguró Aroa—. Si consiguen que la prueben, saben que tendrán clientes potenciales durante muchos años.

—Por eso no son tan libres como decía Salvador. De pensar que a mi hijo lo inició él, qué fue su padre quien lo metió en ese mundo desde pequeño... ¡Maldita fue la hora en que se cruzó en mi vida!

Fuensanta terminó de apurar la taza mientras Aroa ojeaba su móvil, en busca de alguna llamada perdida de Víctor que no hubiera escuchado. Se disponía a marcar cuando lo vio entrar en la cafetería. Fuensanta, de espaldas a él, rebuscaba en su cartera.

—Menos mal que todavía estáis aquí —dijo Víctor, a modo de saludo—, porque el móvil ni cogerlo.

—Con el ruido y la charla no lo he oído —le contestó Aroa—. No pienses que vas a pagar tú, ya te he dicho que invitaba yo —le advirtió a su madre.

Víctor, de pie junto a Fuensanta, la besó en la cabeza.

—No, no, estoy buscando una foto. Mira, este es Raúl. —Se la tendió y Aroa la observó, sorprendida—. No me digas que no es guapo, ¿has visto qué ojos tiene?

—Es muy guapo, sí. Por cierto, aún no me habéis dicho dónde está.

—En un centro de rehabilitación. En Barcelona.

—¿En Barcelona?! —exclamó, al caer en la cuenta de que podría verlo a su vuelta—. ¿Entonces, podré...?

En ese instante miró a Víctor, que se afanaba en hacerle señales de negación a espaldas de su madre. Aroa calló enseguida, sin atreverse a preguntar de nuevo. Ya le pediría a su hermano las explicaciones que en aquel momento parecía no poder darle.

—Ingresó este verano —especificó Fuensanta, ajena a todo—, supongo que ya mismo vendrá por aquí. Llevamos meses sin verlo, como está tan lejos...

—¿Nos vamos? —la interrumpió Víctor.

—Sí, vámonos —le contestó su madre, cogiéndose de su brazo—. ¿Lo has pasado bien?

—Por cierto —interrumpió Aroa—. Creo que no os he dicho que mi padre llega pasado mañana. Por fin.

Blanca.
Septiembre de 2013.

El verano se estaba acabando. No era preciso tirar de calendario para saberlo, demasiados indicios se citaban al unísono para recordárnoslo, entre ellos, un icono odiado por mí desde la infancia, el famoso eslogan de «Vuelta al cole» anunciado a diestro y siniestro en librerías, centros comerciales, radio y televisión, con el material escolar usurpando en las estanterías el espacio que poco antes ocuparon los artículos de playa y jardín. Me provocaba una *depre* terrible pensar en libros, exámenes, días cortos, horarios rígidos... Aunque era de justicia que rompiera un lanza, en tal ocasión, por un septiembre que comenzaba provocándome más calma de la acostumbrada.

Tenía buenas vibraciones tras haberme examinado en la primera semana de mis asignaturas suspensas. No creía sacar notas excelentes, la exposición de mis conocimientos —algo escasos— no había sido como para tirar cohetes, pero me conformaba con un aprobado raspado después de la odisea vivida en los meses anteriores y los frentes de batalla en los que venía lidiando. De cualquier forma, una cosa tenía clara, y era que el tiempo empleado en enmendar errores es directamente proporcional a la magnitud de los mismos, y los míos eran gordos, por lo que tenía asumida una dosis de paciencia extra en mi nueva vida; si necesitaba arrastrar materia en el curso siguiente, lo haría. Por otra parte, al término de ese prolongado fin de semana del ocho de septiembre, el hotel descolgaría por fin el cartel de «completo», y por ello habían tenido el detalle de regalarme unos días de descanso que comenzaban ese mismo domingo que yo decidí pasar en la playa, en compañía de María y de mi hijo Álvaro. Mi pequeño merecía un último chapuzón antes de retomar sus deberes escolares.

Había dejado a mi madre graznando en la cocina alrededor de la una del

mediodía, cuando terminé de meter unos bocatas en la mochila, un par de botellas de agua y, en una bolsa aparte, todos los enseres propios que un día playero infantil requería: toalla, protección solar, gorra, camiseta y bañador extra, pala, rastrillo, cubo, pelota hinchable, red para coger cangrejos, gafas de buceo y un libro para tontear, porque sabía de sobra que no tendría opción de leer en ningún momento.

—¿Hoy te llevas al niño a la playa? ¿Hoy precisamente que es el día de mi santo y teníamos pensado merendar por ahí?

Mi madre era adicta a las celebraciones: de cumpleaños, de santo, de aniversario... Yo no es que las odiara, pero me estaba volviendo práctica y priorizaba lo que no me sería posible disfrutar de nuevo en breve. Vivir el momento o aprovechar las oportunidades eran consignas que ganaban puntos por días en mi nueva forma de entender la vida.

Miré a mi padre, apoyado en el quicio de la puerta, fuera de la trayectoria visual de mi madre, y me hizo el gesto cómplice de no escucharla. Supuse entonces que la idea de merendar había sido solo suya, por mucho que lo hubiera expresado en plural.

—Esta noche nos invitas —le dije, para conformarla—, que mañana no se trabaja.

—¡Pues no le quites ojo al niño, que te conozco! —me gritó ella—. ¡Que te lías con la cháchara y cuando quieras darte cuenta está medio ahogado!

Desplegué los esterillos en la arena, sonriendo al evocar las palabras de mi madre, y luego empecé a sacar juguetes de la bolsa para dar con la crema solar antes de que Álvaro corriera hasta el agua. Lo cogí del brazo y extendí por él una capa blanca y tan espesa que hasta al sol sahariano le costaría traspasar.

—¡Hay olas, mami!

—Sí, ya las veo. Y son grandes, ¿eh?

Exageré, apenas me alcanzarían los muslos.

—¿Y la tabla?

—¡Cachis! La tabla no la hemos traído, pero podemos usar el macarrón.

—Sí, sí, sí. ¡Venga, corre!

—Tranquilo, que no se van.

—¿Nunca se acaban, mami? ¿Las olas nunca se acaban?

—Las de hoy, no. Van a estar, por lo menos, por lo menos... hasta que nosotros nos vayamos.

Seguí embadurnándolo con una mano mientras lo sujetaba con la otra, solo

me faltaban por cubrir sus pecas, mucho más intensas desde que comenzara el verano.

—Tienes que ponerte tus manguitos, campeón —señaló María.

—Pero si yo sé nadar —protestó.

—¿Y si tienes que salvarme a mí? —le preguntó ella, abriendo los ojos al máximo—. Si me agarro a ti te hundiré, que yo peso mucho, mira qué culete tengo.

—Eso es verdad, María no tiene manguitos, tienes que vigilarla tú —apunté.

—¿Y la salvo? ¿Como los vigilantes de la playa?!

Daba pequeños saltos sobre la arena, por nerviosismo o porque se estaba quemando, incapaz de permanecer quieto bajo la sombrilla. Volvía a tener el pelo revuelto y las mejillas rojas.

—Ahá —contesté, asintiendo con exageración.

—¡Vale, vale, pónmelos, que yo la cuido! ¿Tú no vienes?

—Cuando me eche la crema y termine de sacar todo esto, ¿ok? Ve con María mientras.

Había más gente en la playa de la que esperaba, a los domingueros se le unían quienes habían aprovechado el puente de tres días para despedir la temporada estival. Mi amiga lo había intuido y llevaba razón, deberíamos haber llegado antes, pero mi charla con Chema se había extendido más de lo normal. Llevaba más de un mes sin hablar con él, lo cual era inusual, porque entre conversaciones telefónicas esporádicas intercalábamos chateos a través de Facebook y, sobre todo, wasaps con los que nos íbamos manteniendo al día de la vida de cada cual. El auténtico responsable de ese lapsus de incomunicación había sido un viaje de Chema a Londres para perfeccionar su nivel de inglés, un intensivo de un mes que le permitiría una mayor fluidez oral y comprensiva, básica en su currículo. Le aventuré antes de marcharse que tenía cosas importantes que contarle y no había dudado en llamarme nada más volver, con insistencia suficiente como para no resistirme a ponerle al tanto de mi situación tras varias negativas a confesarme por chat y en mitad de su vorágine viajera. No daba crédito a lo que escuchaba cuando le hice una exposición resumida metida en el baño, con la puerta cerrada a cal y canto para que no me oyeran. «No me fío de él, Blanca, aléjate. Aléjate de ese tío, por favor, no te busques más problemas». Varias veces me lo repitió, con afectación en la voz.

No le conté a Chema con detalle el par de encuentros que había tenido con

Patri entre finales de julio y el mes de agosto, ni lo que en ellos habíamos hablado; me habría extendido demasiado y mi hijo esperaba ansioso su momento de playa. Quedamos en que volveríamos a llamarnos en cuanto tuviéramos algo más de tranquilidad. A cambio, él me reveló que había conocido a una chica en las prácticas del máster y que llevaban dos meses conociéndose más a fondo. Se le notaba contento, con un entusiasmo especial al referirse a ella. Y no pude evitar alegrarme por él, por que su vida siguiera el curso natural que no había tenido la mía.

Me giré siguiendo el rastro de la voz de Álvaro. Reía a carcajadas y llamaba la atención de María para que fuera testigo de sus hazañas sorteando las olas. Mi amiga estaba rebozada en arena, tirada en la orilla para seguirle el juego, y él perdía fuerza a borbotones a través de su risa. Lo saludé con las manos, sacudiéndolas para demostrarle que me impactaba aquello de lo que era capaz.

—¡Mira qué hago, mami!

Esperaba encorvado la llegada de una ola y echaba a nadar cuando esta lo alcanzaba, impulsándose con ella de manera habilidosa. Era despierto y no le tenía miedo a nada. A su lado había un pequeño que debía de rondar su edad, saltando la cresta con ayuda de su padre. Álvaro llevaba tiempo sin hacer mención del suyo, sin preguntar nada acerca de él. Tuve entonces una reveladora sensación. Satisfacer la curiosidad de mi hijo respecto a su padre siempre me había producido ansiedad, nerviosismo, una cierta congoja de la que intentaba huir variando el rumbo de la conversación. A pesar de cuanto habíamos hablado, antes y después de saber quién era, imaginarlo allí con Patri no evitaba que siguiera sintiendo una emoción negativa similar.

—¿Por qué?! ¡Dime por qué lo hiciste! Necesito entenderlo o no podré seguir con esto, por mucho que te arrepientas.

Fue lo primero que le pregunté cuando lo tuve frente a frente en la cita siguiente a nuestra conversación por chat. Y lo hice sin preámbulos, sin un saludo previo, sin haber tomado asiento en el banco del parque en el que me esperaba. Él agachó la cabeza, apuntó sus ojos azules al suelo y pensó su respuesta. Se jugaba mucho y lo sabía. No solo debía convencerme lo que contestara, también su sinceridad. Si notaba una mísera mota de engaño en sus palabras, daría media vuelta y no volvería a verme más, al menos con mi consentimiento.

—¿Alguna vez has conocido de cerca lo que provocan las drogas? —me preguntó, entornando los ojos, como si fuera él quien me estuviera

cuestionando a mí en aquel instante.

—¡Vaya, la excusa perfecta! Tenía que habérmelo imaginado.

—¡No es una excusa, Jane, es la verdad! Quieres verdades, ¿no? Pues acéptalas.

—Es que no creo que un chute sea suficiente para justificar lo que hiciste. No fue un arrebato, fue mucho más —le recriminé.

—Es cierto, no fue solo un chute —admitió—. Las rayas de coca se mezclaron con alcohol, con una sesión de cine porno, con amigos degenerados y hormonas en revolución. Y en mitad de toda esa euforia apareciste tú, de aquella manera.

—No, no, perdona, te estás equivocando. No fui yo la que apareció, aparecisteis vosotros. Bajasteis por el puente y vinisteis a buscarnos. Chema y yo estábamos detrás de unos árboles y de unos setos, no era fácil vernos, ¡así es que no fui precisamente yo quien te provocó poniéndome en tu camino!

—El objetivo era la moto, no vosotros.

—¡Pues haber cogido la puta moto y haberos largado! Podría entender lo del robo, que necesitarais dinero para consumir esa mierda y quisierais venderla, pero no lo demás. ¡Abusar de una chica en contra de su voluntad es lo más... denigrante, rastrero y asqueroso que te puedes echar a la cara! Es humillante, hay que ser un auténtico cerdo sin escrúpulos para hacer eso. ¡Y sin una pizca de sentimientos, porque si no, no me explico cómo se puede disfrutar mientras ella está sufriendo!

Patri volvió a esquivarme la mirada. Iba y venía a mis ojos, que se debatían entre el dolor y la rabia. Y parecía empatizar conmigo, porque se mordía el labio y a ratos fruncía el ceño, como si todas mis acusaciones le pesaran en exceso. Pero no se desmoronaba, mantenía la entereza, el aplomo, consciente tal vez de sus propios errores y consecuente con ellos. O frío. También pensé que tal vez fuera demasiado frío y eso le permitiera mantener la calma.

—Te crees el rey del Universo —confesó, pensativo—. Cuando te metes todo eso en el cuerpo, te da un subidón que no te deja ser consciente de lo que haces ni de las consecuencias que trae. Vives el momento sin preocuparte de nada, te dejas llevar, no eres capaz de pensar en lo que vendrá después.

—¡En lo que vendrá después, no, no hables en general! ¡Di que no pensaste en lo que me vendría a mí, porque tú y tu amigo bien que os asegurasteis de no tener consecuencias! Nos amenazasteis para que no abriéramos el pico y poder irnos de rositas, eso sí que lo pensasteis.

Patri continuaba sentado en el banco, siguiendo mis pasos, que pateaban la tierra de arriba abajo al pasear frenéticamente por delante de él, deteniéndome de vez en cuando para acusarlo con el dedo, enjuiciándolo. Eso sentía estar haciendo. Y he de reconocer que me reconfortaba poder decirle abiertamente lo que pensaba de él y de cuanto ocurrió, hacerlo sentir culpable o, al menos, consciente de lo que él aseguraba no haber sido en aquel momento.

—No te haces idea de estar causando tanto daño, Jane, aunque te cueste creerlo. La edad también juega en tu contra.

—¡Déjate de historias! Yo tenía tu misma edad y no iba por ahí cometiendo maldades, sabía distinguir perfectamente el bien del mal —le dije, irónica—. Diecisiete años, Patri. ¡Tenía diecisiete años y me jodiste la vida! Tenía un futuro por delante, ¿sabes? Puede que tú no te plantearas hacer nada útil, pero yo quería estudiar, ser periodista, disfrutar de mi juventud, ¡vivir tranquila, joder! Y lo mandaste todo a la mierda... —Se me quebró la voz por un momento—. Pero eso no es todo —continué—. Cuando te roban puedes llevarte un mal rato, un susto de muerte quizás, pero al final se olvida. Esto no. Esto no se olvida porque te llevas el recuerdo pegado a la piel y no hay forma de deshacerte de él. —Yo me había parado próxima a él, lo miraba a los ojos con valentía, y Patri me sostenía la mirada sin pestañear, atento a mis palabras y al tono quejumbroso con que las decía—. Te afecta en las relaciones, en la forma de comportarte, hasta en la manera de mirarte. Sientes asco de ti misma. No se te ocurrió pensar nada de eso, ¿verdad?, que me quedaría marcada para toda la vida.

—No todos tienen tan pocos escrúpulos como piensas. Los hay que nunca se arrepentirían de lo que han hecho, pero no todos son iguales.

—No sirve de nada arrepentirse cuando el daño ya está hecho.

—Se pueden reparar las consecuencias.

—Todas no. Me quedé embarazada, Patri. Arrepentirte de lo que hiciste ya no serviría de nada, no me devolvería al estado en el que estaba.

Por un instante, lamenté haber sacado a mi hijo a colación. No había vuelto a decirme nada de él y me hubiera gustado seguir manteniéndolo al margen de todo. Pero ya estaba dicho.

—Tampoco eso fue normal, no es fácil que pase.

—Pero pasó. Y por culpa de todo aquello mi hijo nació en unas condiciones que no eran las más ideales, con una madre perdida durante cuatro años, un padre del que no le hemos hablado ni le hablaremos nunca para no crearle un trauma, y unos abuelos con el miedo metido en el cuerpo por lo que

pueda pasar, lamentando todos los días que no se hiciera justicia.

Las manitas frías de Álvaro sobre mis hombros me devolvieron a la playa, me había quedado absorta mirando a aquel padre junto a la orilla, con mis pensamientos nadando a la deriva en las confrontaciones que habíamos tenido Patri y yo en nuestros encuentros.

—¡Tengo frío!

Tiritaba y daba pequeños saltitos, frotándose los brazos con las manos. Lo arrojé con la toalla y lo senté entre mis piernas, mirando hacia el horizonte.

—María está haciendo un castillo, ¿nos ayudas? —me preguntó, con el mentón bailándole aún.

—¡Claro! También podemos hacer un túnel para que pase el agua hasta dentro.

—¿Y si se ahogan los soldados?

—Los soldados están arriba, en las almenas. Los que se ahogarán serán los malos cuando asalten el castillo —le contesté, con voz misteriosa.

—Pero no tenemos soldados ni hombres malos, están en casa.

—Pues buscamos piedrecitas o conchas de colores y nos imaginamos que son hombres... —sugerí.

—¡Tú los buscas, corre! Yo hago la muralla mientras vienes, ¿vale, mami?

No me dio tiempo a contestarle. Tiró la toalla hacia atrás y salió a correr en dirección a la orilla. Yo me levanté, cogí la pequeña bolsa de uno de los bocadillos y me dispuse, con toda mi paciencia, a recopilar conchas para crear un ejército medieval con el que jugar. La sonrisa, la energía positiva y el carácter efusivo y entusiasta de Álvaro me confirmaron que era feliz, que estábamos consiguiendo no hacer de él una víctima de las circunstancias, como lo había sido yo y como también Patri juraba y perjuraba haberlo sido.

—Hay muchos tipos de víctimas —me había dicho él, en nuestra última cita—. Algunas sufren por un hecho puntual, por algo que les ha pasado sin que quisieran, como a ti. Otras son víctimas de su familia, de su forma de vida, de la sociedad. Lo son durante años. Tanto, que acaban haciendo lo que no deben por lo que han visto y aprendido. Y en esos casos, no sé hasta qué punto se puede decir que son culpables.

—Esa es una manera muy fácil de escurrir el bulto, es más sencillo pensar eso que asumir tus cabronadas —le contesté, sin condescendencia alguna—. ¿Vas a decirme que fue tu familia la que te empujó a hacerlo? Ellos no tuvieron la culpa, salió de ti.

—Ellos también son culpables, aunque sea indirectamente, Jane. No te

empujan a cometer un delito, pero si ese delito es consecuencia de las drogas, entonces sí que son culpables, porque han sido ellos los que te han metido en ese mundo.

—Siempre puedes elegir, la droga no es la única opción que hay, por muy desgraciado que seas.

—¡No, no siempre puedes elegir! —Me levantó la voz por primera vez y pude ver el pulso en sus sienes, latiendo con fuerza—. Cuando a un niño le meten las chinas en los bolsillos para que las reparta..., cuando su padre lo lleva a las mesas de juego y delante de él, entre partida y partida, se esnifan una raya de coca..., cuando lo suben a un coche y se lo llevan a Algeciras para que pase mercancía en un camión de juguete..., cuando los únicos amigos que conoce son los hijos de los camellos con los que trafica su padre..., ese niño no puede elegir, ¡ya está sentenciado! ¡Ese niño es tan víctima como tú! —exclamó, apuntándome con el dedo, desencajado, herido.

—¡¿Y qué culpa tengo yo de que ese niño sea una víctima?!! —pregunté, gritando sin control. Sentía rabia, impotencia, frustración, ganas de llorar—. ¡¿Qué culpa tenía yo de que ese niño..., de que tú —rectifiqué, acusándolo— tuvieras ese padre y vivieras de esa forma?!! ¡Yo no hice nada, no tenía por qué pagar el pato de tus desgracias!!

Me desarmé. Me giré y le di la espalda para recobrar el oxígeno que me faltaba, me estaba ahogando.

—Tampoco ese niño hizo nada y fue víctima de su padre —contestó, de una forma más calmada, templando la voz.

—¿Y eso lo justifica? ¿Que te hagan daño ya te da derecho a hacerlo tú? Yo intento no hacérselo a nadie, no creo que tuviera disculpa.

—Tú no estás enferma, Jane.

Volví a tomar aire mientras lo miraba con detenimiento, me habría gustado abrirme paso dentro de su cabeza.

—Por mucha droga que lleves encima, me cuesta pensar que no sepas de verdad lo que estás haciendo.

—Sabes lo que estás haciendo —reiteró, mascando las palabras con un deje de resignación—, pero en ese momento no te importan las consecuencias, ya te lo dije.

Me froté la frente, estaba deshecha, confusa.

—No sé. Yo... no sé cómo se puede perder el control así, cómo no eres capaz de pensar en los efectos de lo que haces, en lo que puedes provocar, en lo que te puedes buscar... Y parar a tiempo.

Patri me miró a los ojos, a la espera de que guardara silencio y le devolviera la atención que tenía centrada en mí misma.

—¿Te paraste tú a pensar en lo que te podría pasar enrollándote con ese chico en plena madrugada, en un parque solitario, medio desnuda?

Se me cortó la voz. Escuché atentamente, tratando de adivinar a dónde quería llegar. No empleaba un tono de recriminación, sonaba a defensa. Continuó con su apelación, casi en un susurro:

—Seguro que tus padres te advirtieron más de una vez de los peligros de la calle y de la noche. Y seguro que a ti, en algún momento, se te pasó por la cabeza que lo que estabas haciendo no era lo más ideal. Pero no te importó, ¿verdad? Que aquello pudiera tener consecuencias no te importó, decidiste seguir y correr el riesgo, dando por hecho que no pasaría nada.

Fruncí el ceño y entorné los ojos, intentando pensar con claridad.

—No es comparable —dije, al fin.

—Ya sé que no. Tú no le hacías daño a nadie, si lo dices por eso. Pero te dejaste llevar igual. Decidiste pasarlo bien, hacer lo que sentías, lo que te pedía el cuerpo en ese momento, sin importarte nada. Cometiste un error. De mucha menos envergadura, sí, pero un error, al fin y al cabo, y seguro que te has arrepentido alguna vez. ¿O no?

Tardé en contestar. Podría haber apelado a mi libertad de acción, a mi derecho a mantener relaciones con quién, cómo y dónde quisiera sin que ello implicara riesgo alguno para mi integridad física y moral, a mi ausencia clara de culpabilidad, en contra de quienes me acusaban de no haber tomado precauciones, como si el mal estuviera dentro de mí por no haber sido precavida y no metido en el cuerpo y en la mente de quien toma lo que no le pertenece. Pero la triste realidad social estaba ahí y no podía obviarla basándome en el modelo de un mundo ideal que era casi una utopía.

Asentí. No porque creyera en el fondo haber cometido un error, sino porque era cierto que me había dejado llevar sin importarme nada, y porque había lamentado, en multitud de ocasiones, haber corrido voluntariamente un riesgo de consecuencias nefastas.

—¿Y tu amigo? —continuó, aprovechándose de mi silencio—. ¿Acaso no se arrepintió luego de haberte llevado hasta allí? ¿O de no haberte defendido como debía?

—¿Defenderme? ¿Con una navaja en el cuello?! ¡¡¿Cómo mierda querías que lo hiciera?!!

Me encendió de nuevo. No había recriminación en su voz, pero me dolió

que pudiera pensar mal de Chema, sentí una necesidad imperiosa de defenderlo.

—Hablo de la sensación que pudo tener después —concretó.

—¿Qué sensación? Explícate —le exigí con rabia, no quería perderme un ápice de lo que pensaba.

—La de haber pasado allí demasiado tiempo sin hacer nada, sin rebelarse, aguantando desde que el Tato sacó su navaja hasta que todo acabó. El miedo bloquea, lo sé. Pero cuando ya ha pasado todo, las cosas se ven de otra forma, y me juego el tipo a que se ha arrepentido más de una vez de haber actuado así, tan impasible.

Las palabras que me dijo Chema cuando estuvimos charlando en el Trillo desfilaron nítidas por mi mente: «El sentimiento de culpa me ha estado matando todo este tiempo. No puedo perdonarme no haber hecho nada por sacarte de allí». Puede que Patri llevara razón, pero me resistía a admitirlo abiertamente delante de él, preferí guardar silencio, mirándolo con el gesto contraído.

—Lo que pretendo decirte —continuó— es que todos hacemos lo que no deberíamos alguna vez. O dejamos de hacerlo. Y todos tenemos derecho a arrepentirnos y a tratar de reparar lo que se pueda, Jane. Todos.

Me terminaron de hacer mella esas últimas palabras. Yo abandoné a mi hijo, lo privé de la compañía de su madre haciéndole pagar las consecuencias de un trauma que no había provocado él. Lo convertí en otra víctima inocente. Y consciente de ello, llevaba un año y medio intentando paliar los efectos de ese error del que me había arrepentido.

Turbada, miré la bolsa. La había llenado de conchas sin darme cuenta, de todos los colores y tamaños, sin discriminación; era obvio que no había estado muy centrada en aquella tarea mecánica. Desanduve los pasos trazados sobre la orilla hasta alcanzar el castillo mastodóntico que habían levantado mi hijo y María. Lucía seis torres construidas con el cubito playero y una muralla bien forjada a todo su alrededor. Álvaro estaba emborrizado en arena, tardaríamos un buen rato en dejarlo limpio cuando llegara la hora de volver a casa, pero se lo estaba pasando en grande, no había más que mirar su cara.

—¿Te habías perdido? —me preguntó, apartándose el flequillo con el antebrazo mientras le caía sobre el pelo la arena que había en la pala.

—¡No, qué va! Es que he estado buscando los mejores soldados, porque tienen que defender muy bien ese castillo enorme que habéis hecho.

—¿Has visto? ¿A que está chulo? Mira qué torres tiene.

—Está chulísimo, pero le falta el pasadizo subterráneo para que entre el agua.

—¿No lo ibas a hacer tú?

—Sí, dame la pala, verás...

Comencé a escarbar y a construir una zanja que permitiera el paso del agua al subir las olas. La primera de ellas no tardó en llegar, abriéndose paso como un riachuelo hasta alcanzar el interior del castillo, donde se formó una piscina inundando las conchas. Álvaro comenzó a reír, dando vueltas alrededor de nosotras.

—¡Mira, mira, los malos se ahogan, mami!

—¿Ves? Te lo dije. ¡Y ya verás cuando llegue una ola gigante!

—¿Adónde has ido a por las conchas, al Rincón de la Victoria o a Almuñécar? —me preguntó María, jocosa, sentada junto a mí en la arena, observando la lucha de Álvaro por hacer entrar el agua.

Reí y le di un codazo leve, con mucha complicidad.

—Se me ha ido la olla pensando en el malnacido, no sabía ni lo que estaba cogiendo.

—¿A qué le das vueltas ahora?

—A todo lo que hablamos. Me jode que lleve razón en algunas de las cosas que me dijo, no quiero estar de acuerdo con él.

—¿Tienes miedo de que te convenza, o qué?

—No lo hará —dije, contundente.

—Yo no hablaría muy alto, con la labia que tiene es capaz de llevarte al huerto.

—Tú no sabes lo que siento cuando lo tengo delante, María, se me revuelven las tripas, por muy bien que me hable o muy dulce que pretenda ser. Si no lo veo, hay momentos en que me olvido de quién es; pero cuando estoy a su lado...

—¿Tú crees que estará arrepentido de verdad?

—Me da igual —afirmé, encogiéndome de hombros—. Todo esto es muy fuerte, no puedo perdonarlo. No puedo mirar a otro lado y estar con él como si no hubiera pasado nada, es... imposible.

—¿Y qué vas a hacer?

—Alejarme.

—¿Y te va a dejar? —me preguntó, con una razonable suspicacia.

—¿Te enseñé el último mensaje que me envió por *Face*? Después de la última vez que nos vimos...

—No.

Me levanté y fui a por el móvil. Entré en el chat de Facebook para mostrarle a María el último privado de Patri al que no había contestado. Yo lo había releído una decena de veces y no sabía si, como decía ella, hacía uso de una dialéctica envidiable con intenciones ocultas o no.

«Date la oportunidad de rehacer tu vida, Jane, no te cierres, no tengas miedo. Sigue adelante, pasa página, piensa en aquello como en un episodio pasado que no volverá. No dejes que siga influyendo en tu vida.

Déjame ayudarte, cargar con la culpa que me quieras echar. Yo quiero que sigamos viviendo».

—Que lo deje cargar con la culpa que le quiera echar —repetí entre dientes, tras dejar que María leyera el mensaje—. Será porque ya nos ha culpado a todos de lo que pasó. Habrá pensado que ahora le toca el turno a él.

—¿A quién te refieres con «todos»?

—A su padre, a sus amigos, a mí... Hasta a Chema.

—¿Chema también ha pillado rasca? ¿Por qué? ¿Por haber ido contigo al parque ese?

—Y por no haber hecho nada para defenderme. Dice que se quedó allí todo el tiempo, aguantando impasible hasta que todo... acabó.

Tardé unos cuantos segundos en completar la frase, con la mirada absorta en el vacío y la mente atando cabos de manera frenética. Fruncí el ceño y repetí:

—¿Hasta que todo acabó? Pero si Chema y el otro chico...

—¿Qué piensas, Blanca? ¿De qué hablas?

—Y la navaja... «Desde que el Tato sacó su navaja» —susurré, reproduciendo las palabras de Patri de forma literal.

—¿Estás bien? ¿Te ha dado un aire o qué?

Miré fijamente a mi amiga, con la contradicción dibujada en el rostro.

—¿Que me maten si entiendo algo! —exclamé, negando con la cabeza, confundida por completo.

Noviembre de 2013.

No sabía que María del Mar también vendría. La noticia había pillado a Fuensanta por sorpresa a mitad de la mañana, cuando sonó el teléfono y la voz emocionada de su hija surcó las ondas para anunciarle que sus padres, por fin, habían aterrizado en Málaga y habían podido abrazarla con la alegría de quien recupera un tesoro perdido. Se puso a dar vueltas, frotándose las palmas de las manos sobre el tejido del pantalón, e hizo cuentas de los años que la distanciaban de aquella última vez en que pudo ver a Pedro detrás del cristal. Todo cambiaba, no solo el lugar: su propia esencia, el cariz de la visita, el talante que ahora gastaban respecto al otro, sus vidas y su futuro. Había tantas cosas por decir, por saber, que apostaba a que terminarían divagando sin extraer del tintero cuanto llevaba guardado a la espera de confesión.

Pero no eran exclusivos de ella los nervios. Pedro y María del Mar eran conscientes de haber abierto la puerta a su vida, cerrada con celo hasta aquel momento, para permitir no solo la entrada de la familia que siempre estuvo a la sombra, sino también para aceptar la salida de la niña de sus ojos, con el riesgo consiguiente que pudiera acarrear.

Quedaron en verse esa misma tarde para no demorar un encuentro que era el motivo esencial de su visita al sur. Fuensanta recogió la cocina con premura inusitada. Podrían haberse citado en cualquier otro sitio, pero las normas de la buena educación practicadas por Herminia ensalzaban el valor de la hospitalidad; acogerlos en casa, aunque solo fuera para una charla y un café, era como adentrarlos en el seno mismo de la familia, todo un gesto con significado implícito.

Un vestido estampado fue el atuendo elegido por Fuensanta para alegrar y dar color a un semblante que seguía demacrado por la última desventura física y las sentimentales pasadas, revividas con fuerza en las semanas anteriores.

Sin saber por qué, se sorprendió preocupada por la decepción que su imagen pudiera causar en Pedro. No creía que la coquetería perdurara en ella, tal vez fuera dignidad, o la mera necesidad de aparentar que todo iba como debería, que todo estaba en orden de cara al futuro incierto que implicaba a Aroa. Se cepilló el pelo y puso una pizca de rubor en sus mejillas mientras Herminia preparaba café en la cocina y disponía en una bandeja unas pastas compradas a la desesperada en la tienda de ultramarinos de la esquina. Víctor trabajaba, no saldría hasta pasadas las siete de la tarde, por lo que era previsible que no pudiera asistir. Aroa llegaría con sus padres, actuando de guía hasta una casa cuya dirección se había aprendido de sobra durante su estancia allí.

Sonó el timbre de la puerta y Fuensanta despegó los pies del suelo en un brinco nervioso.

—¿Cómo estoy, Herminia? —le preguntó, estirándose la falda del vestido y alisando las arrugas de tela que circundaban su rolliza cintura.

La abuela se limpió las manos para acoger las mejillas de Fuensanta con dulzura.

—Como lo que eres, niña, como una gran mujer. —Le sonrió y la besó—. Y ahora abre, que van a pensar que somos unas maleducadas del demonio.

La emoción que desprendían las pupilas de Aroa inundó la entrada y la contagió. Se la veía temerosa, pero radiante. Detrás de ella, Pedro y María del Mar esperaban su momento de gloria, el de la presentación, el del intercambio de un saludo cordial hacia ella y más apretado hacia él del que Fuensanta había previsto instantes antes; el momento de las parquedades en palabras fruto de la distancia física y temporal. Un «Hola, Fuensanta» y el ofrecimiento diligente de un café quemaron en parte la tensión inicial, que también Aroa contribuyó a disipar con una conversación distendida referida al viaje, al almuerzo a base de pescado frito disfrutado en el puerto y al paseo de sobremesa por los alrededores de la catedral.

Antes de que tomaran asiento, Fuensanta los observó con disimulo, respondiendo así al impulso de adivinar el trato que les había deparado la vida. El aspecto jovial y elegante de María del Mar la sorprendió gratamente. Lucía el cabello liso y vetado por un tinte cobrizo, el rostro maquillado con discreción y un cuerpo bien cuidado, vestido con pantalón vaquero, camiseta ceñida, una chaqueta a cuadros blancos y azules y unas modernas botas de tacón grueso a juego con el cinturón. El porte de Pedro, estirado bajo una camisa de rayas y una chaqueta de sport, luciendo canas salpicadas por las sienes y pulcramente peinadas, le recordó al chico estiloso y de buenos

modales del que se embelesó en la Semana Santa sevillana esperando la procesión del Cachorro. Recordó el famoso dicho de que las apariencias engañan, pero no creyó que se cumpliera. La imagen que mostraban reflejaba una vida equilibrada y sin penurias, tal y como Aroa le había revelado en alguna de las charlas mantenidas durante su estancia en el hospital.

La abuela Herminia apareció en el salón portando una bandeja con las tazas de café y las pastas, interrumpiendo por unos minutos una conversación que ya apuntaba hacia terrenos menos firmes, no tan cómodos y superficiales como los de un sencillo almuerzo al sol.

—Me alegro mucho de que estéis aquí —les dijo Fuensanta, cambiando el tercio.

Le apetecía sincerarse, evitar los dobleces en los que tantos secretos habían quedado escondidos, confesarse y escuchar testimonios indispensables para construir porqués. Pero la incomunicación de tantos años pesaba. Se sintió cohibida, al igual que Pedro. Herminia distribuyó las tazas, observándolos con disimulo, y sirvió el café al gusto de cada cual. No se sentó.

—Bueno, yo os dejo que habléis de vuestras cosas tranquilamente, tengo por ahí unos trapillos que doblar —anunció, haciendo alarde de discreción—. Aroa, todavía no me has dicho en qué trabajas, ni lo que haces en Barcelona. ¿Quieres ayudarme y, ya de paso, me lo cuentas?

Pedro le dedicó una sonrisa, agradecido por cederles intimidad. Aroa, que había captado la intención de la abuela, se levantó al instante y la siguió; pero María del Mar no supo qué hacer, le pareció hallarse en tierra de nadie, sin conocer con exactitud qué papel debía jugar. Hizo amago de incorporarse.

—Quédate —se apresuró a decir Fuensanta, posando la mano en el brazo de ella—. Tú eres parte de su vida.

Sorbieron un trago de café, que a Pedro sirvió para aclarar su garganta. Mostraba un semblante apacible.

—¿Puedo serte franco? —preguntó él, mirando a Fuensanta.

—Para eso estamos aquí, ¿no? Bastantes engaños ha habido ya.

Carraspeó de nuevo.

—Tenía miedo a venir, no sabía con lo que me encontraría al llegar.

—¿Aroa no te había contado nada?

—Sí. Pero todo giraba en torno a ella y yo temía tu reacción hacia mí. Han pasado tantos años y tantas cosas... Algunas se olvidan, pero otras se quedan para siempre y nunca se perdonan.

—He aprendido a quitarme el rencor de encima, Pedro —confesó Fuensanta, hablando con pausa—. Mi abuela decía siempre que quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra. —Se encogió de hombros—. Yo hace tiempo que ya no tiro ninguna.

—Eso es digno de alabar. Pero no es tan fácil hacerlo cuando los afectados son los hijos. Se les quiere demasiado —dijo él, pensativo—. Recuerdo cómo te dejé cuando me llevé a Aroa, por eso siempre he dado por hecho que no me lo perdonarías en la vida.

—Viniste en el peor momento, cuando estaba más hundida. Pensé en lo cruel que habías sido. Me pareciste un buitre carroñero, aprovechando la primera oportunidad que tenías para arrancarme a la niña.

Pedro se removió.

—No te imaginas lo que sentí cuando vi aquellas fotos, Fuensanta. A tu marido, me dieron ganas de partirle la cara o algo peor, y a ti de gritarte que qué clase de madre eras consintiendo que se la llevara con él. Cuando luego me dijeron dónde estabas... —Cabeceó, afectado ante el recuerdo—. Vi a mi hija desamparada en manos de ese tipo y se me revolvió el estómago. No podía permitirlo, aquello me quitaba el sueño.

—Te la podrías haber llevado sin exigirme que renunciara a ella.

Pedro suspiró. Tomó conciencia de que la cualidad de un problema varía en función de la edad, de la experiencia, de la madurez, y que una solución jamás será exactamente igual a otra adoptada minutos después. La impulsividad de la juventud y la carencia de habilidades para manejar una situación tan controvertida como aquella lo hicieron ser drástico. Llegó a cuestionarse, con el paso de los años, si se había equivocado. Pero el tiempo no siempre nos da respuestas, porque no entiende de hipótesis, solo de hechos ciertos y de sus consecuencias.

—No podía creerme que estuvieras allí metida. Lo que yo había conocido de ti no me encajaba con esa imagen tuya que vi —confesó él, con honestidad en la voz—. Pero tengo que reconocer que me dio miedo, no sabía en lo que te podías haber convertido, ni el tipo de vida que llevabas. Quería alejar a la niña de todo aquello, pero para siempre —puntualizó—. ¿Y si te la devolvía cuando salieras y, por mano del diablo, tenías que volver a entrar?

Fuensanta esbozó una sonrisa de medio lado.

—El sello de delincuente —dijo, como si pensara en voz alta. Pedro compuso un gesto de perplejidad—. Como des con tus huesos en la cárcel te plantan el sello de delincuente y ya no te lo puedes quitar, como si una no

podiera cometer un error en su vida sin repetir.

—Fuensanta, yo...

Quiso justificar sus palabras.

—No, no, si no te culpo —aclaró con rapidez—, no eres el único que tiene prejuicios, los tenemos todos. Lo que pasa es que cuando nos toca a nosotros, parece que la cosa es distinta; pensamos mejor de nosotros mismos que de los demás. Por mucho que hayamos hecho algo igual que ellos, siempre encontramos una disculpa que en los demás no vemos.

—¿Y cuál es la tuya? Tu disculpa.

Pedro quería comprenderla, lavar la imagen turbia que de ella se le quedó aquel día, devolverle el brillo de juventud.

—Que fue una insensatez. Me perdió la confianza y la fe ciega que tenía en el hombre al que amaba. No pensé en las consecuencias, yo solo quería ayudarlo.

María del Mar la escuchaba absorta. Se le había enfriado el café, atrapada por unas vivencias testimoniadas con tal sentimiento que habían puesto sus esquemas del revés. Pedro reconoció en sus ojos a la mujer que lo conquistó, aunque esa tarde luciera mucho más segura y con la rebeldía segada. No pudo evitar sentir cierta pena al comprobar lo que el destino le había reservado sin esperarlo. Y ella lo intuyó.

—No me compadezcas —le advirtió, y Pedro sonrió—. Saldé mi deuda con la sociedad. Pagué por lo que hice, por el daño que le pudiera haber causado a jóvenes como mi hijo con esa basura. Ahora tengo la conciencia tranquila. Y además estoy feliz por haber podido recuperar a mi hija —añadió, iluminándosele el semblante. María del Mar se removió en la silla, como si la hubieran pinchado—. He pasado demasiado tiempo sin saber de ella, Pedro —le dijo, sondeándolo, incitándolo con sutileza a darle una explicación—, demasiado tiempo. Y todavía no sé por qué. Un buen día, dejaron de llegarme cartas, fotos. Fue como si os hubiera tragado la tierra.

—Tú estabas a punto de salir —contestó él, con voz queda—. Pensé que querías verla, estar con ella.

—No te la podía quitar, si es lo que temías.

—Legalmente no, pero el cariño no entiende de papeles, y si Aroa sabía quién eras...

—La niña todavía era pequeña.

—Pero iría creciendo y tú estarías en su vida. Te puede parecer cruel y egoísta, pero lo sentí así, lo siento —se disculpó, como si él mismo fuera

consciente de la dureza de su decisión—. Conforme fuera creciendo te iría reclamando y la curiosidad misma la empujaría a conocer tu vida, a sus hermanos. Y me daba miedo, Fuensanta, te lo vuelvo a repetir. Me daba miedo que a su edad, tan vulnerable, viera y conociera tu mundo de cerca.

—Que yo quisiera saber de ella no significaba que me acercara, que tuviera contacto con ella —le aclaró.

—Ya lo sé, pero no me fiaba —confesó, con sinceridad—. Para una madre debe de ser muy duro mantener la distancia con los hijos. Tarde o temprano querías hablar con ella, abrazarla... Y yo prefería que todo eso ocurriera cuando Aroa tuviera algo más de madurez, cuando pudiera entender de dónde venía y lo que había pasado sin que eso le supusiera un trauma.

—Ese momento ha tardado mucho en llegar.

—Es verdad. Pero es que la mentira se va alimentando de otras mentiras, y cuando acuerdas es tan grande que ya no sabes cómo deshacerla. —Desvió la mirada y siguió relatando cabizbajo—. Temes que todo se vuelva contra ti si la descubres, que el amor de tu hija se convierta en odio por haberla engañado y se vayan a pique los sentimientos que ha tenido por ti hasta entonces.

—Y para que eso no ocurriera, cortaste por lo sano. Te escondiste y la escondiste a ella.

—No fue premeditado. A María del Mar la ascendieron en el trabajo y le dieron el traslado a Barcelona. Entre los preparativos, la búsqueda de piso, la mudanza, el cambio de colegio... Fue caótico. Cuando ya nos hicimos a la rutina nueva y lo normalizamos todo, me di cuenta de que llevaba meses sin contarte ni enviarte nada. Entonces me planteé qué pasaría si te mantuviera alejada de ella y a ella de ti. Y solo vi ventajas. No pensé en lo que sufrirías, solo pensé en lo mejor para mi hija, lo siento. Lo siento mucho, de verdad...

Se le enturbiaron los ojos, a los tres, también a María del Mar, que seguía escuchando sin intervenir en una conversación que era, eminentemente, una cuenta pendiente entre los dos.

—Mientras estuve recibiendo noticias de ella, lo pude sobrellevar. Me tranquilizaba ver cómo iba creciendo, aunque solo fuera en fotos, conocer sus progresos, sus gustos... No sufría tanto por no tenerla conmigo. Pero cuando dejé de saber...

—¿Pensaste en buscarla? —preguntó él, pasa saciar una duda que lo había venido acosando como una sombra.

—Sí. Pero no sabía por dónde empezar. No tenía medios ni recursos. Y tú no me habías dejado ninguna pista. Hasta que una mañana me paré a pensar lo

que podía ofrecerle yo si la encontraba y lo que pensaría ella de mí, y entonces se me quitaron las ganas. Me dio pánico que se avergonzara, que se lamentara de que yo fuera su auténtica madre, que nos rechazara por vivir como vivíamos. Con lo feliz que se la veía con vosotros.

Se le escaparon las lágrimas mientras se estrechaba sus propias manos en el regazo para hacer frente a las emociones, y se hizo un silencio respetuoso, a la espera de que recobrarla la voz para seguir hablando. A Pedro, el nudo de su garganta no le permitía hacerlo.

—Ahora ya la tienes contigo, Fuensanta, ahora ya puedes disfrutarla —intervino María del Mar, mostrando una empatía hacia ella que en un principio ni sospechó que sentiría.

—Cuando la vi aparecer en el hospital y empecé a hablar con ella, ya me di cuenta de lo que habíais hecho por mi hija —contestó a María del Mar—. En esos días me fue contando cosas buenas de su vida, de su infancia, de los estudios, de su trabajo, con esa calma con la que habla y esa forma de expresarse y de razonar. Todo eso os lo debe a vosotros, yo no habría podido dárselo. Conmigo no habría tenido esa vida tan tranquila y tan equilibrada.

—Le habrías dado tu amor, tu cariño...

—Pero eso no basta. Eso está muy bien en las películas, pero en la vida real se necesita mucho más, y créeme que sé lo que digo. Los padres queremos lo mejor para los hijos, aunque suframos o tengamos que sacrificarnos por ellos. Yo he sentido dolor y mucha tristeza por no estar con mi hija, pero ahora pienso que ha sido lo mejor —admitió, con franqueza.

—Yo no quería adoptar a Aroa —apuntó María del Mar—. Quería ejercer ese papel de madre que le faltaba, pero sin usurpar tu sitio.

—No tienes que justificarte —le advirtió Fuensanta, con dulzura—. Solo puedo estarte agradecida por haber cuidado a mi hija y por haberla querido tanto. Ella ha vivido sin saber nada de mí, pero feliz.

—Le dije a Pedro muchas veces que la niña tenía derecho a conocer la verdad; aunque a mí también me daba miedo que me rechazara cuando supiera que no era su madre. Por lo que estoy viendo, nos hemos pasado la vida todos con el miedo pegado a la espalda. —Esbozó una sonrisa calmada, tranquila, pero le tembló el mentón al seguir hablando—. No quiero perderla, Fuensanta. Entiendo que deba compartirla, contigo y con la abuela Herminia, que parece haberle conquistado el corazón —rió—, pero no quiero perderla por nada del mundo.

Se abrazaron. Las dos mujeres más importantes en la vida de Aroa se

estrecharon compartiendo sentimientos, con Pedro como testigo de una unión familiar tan deseada como temida en el pasado.

—La vida de mi hija está en Barcelona, con vosotros —dijo Fuensanta, emocionada—. Pero no quiero que esa distancia nos siga separando, es lo único que pido. Recuperarla ha sido un bálsamo, no os podéis ni imaginar lo que ha supuesto para mí. Me ha dado una paz que no sentía desde hace tiempo.

—Puedes venir a casa cuando quieras —dijo Pedro—. Y Herminia también, por supuesto.

—¿Quién me nombra?! —preguntó la abuela, con gracejo malagueño.

—Decía que está usted invitada a venir a Barcelona cuando quiera.

—¡Uy! Eso está muy lejos, hijo, no tengo el cuerpo yo para viajes. Pero la niña que venga, que venga, que estaremos encantadas de tenerla con nosotros todo el tiempo que quiera.

—Siento el daño que te hice —se volvió a disculpar Pedro, cogiendo una mano de Fuensanta entre la suya.

Ella cabeceó, negando.

—No deberíamos lamentar lo que hacemos con buenos sentimientos y en nombre del amor —dijo, mirando a ambos—. Porque podrá ser un error, pero nunca una maldad.

Blanca.
Septiembre-Octubre de 2016.

«Vas a comérmela, princesa. Vamos. Seguro que ya lo has hecho antes con él».

Me agarró del pelo y me obligó a arrodillarme. Intenté resistirme, negando con la cabeza entre hipidos de llanto. Con la mano que tenía libre sacó su sexo y lo masajeó orgulloso, procurando que lo viera bien. Mientras aquel cabrón embestia mi boca sin dejarme respirar escuché el motor de la moto de Chema. No supe lo que estaba pasando, solo que el sonido se fue haciendo cada vez más débil hasta desaparecer en la lejanía. Esperé unos segundos a que se produjera un milagro: que el otro chico se hubiera largado en la moto y Chema apareciera de repente en escena para salvarme de aquella atrocidad, para evitar que aquel tipo continuara con una salvajada tan real como inimaginable. Pero no fue así, el silencio se hizo intenso... y nadie acudió. Me sentí tan sola, tan desvalida y desamparada que comencé a perder conciencia de lo que ocurría a mi alrededor, fue como si el mundo se hubiera circunscrito a nuestra reducida escena, como cuando un foco ilumina un elemento del escenario sumiendo en la ignorancia todo los demás. Sus jadeos ocuparon mi cabeza como una bandada de pájaros enloquecidos, fuera de sí. Entonces me tiró al suelo y me volteó, dándome en la frente contra una piedra...

—Chema se largó en la moto, María, amenazado por el otro chico. No se quedó hasta el final —le dije a mi amiga, tras haber recordado de nuevo la escena con sumo detalle—. Ya me lo confirmó en El Trillo y también ayer, cuando lo volví a comentar con él.

—¿Y si el malnacido no los oyó irse?

—Sí que los oyó, me acuerdo de sus palabras.

—¿Qué dijo?

—Que mi amiguito se había largado, que ya no quería a una puta como yo.

Había aprovechado un descanso de trabajo en el hotel para llamar a María y retomar una conversación que se nos quedó pendiente cuando estuvimos con Álvaro en la playa. Aquel día, tras recordar mis conversaciones con Patri y comentarlas con ella, me bloqueé de tal forma que no acerté a aclararle nada más, solo quería pensar, darle vueltas a un asunto que no me cuadraba. «Tengo que hablar con Chema primero y después te cuento, ¿ok?», le dije entonces, mientras secaba a mi hijo y guardaba las cosas de vuelta para celebrar con mi madre el día de su santo, tal y como ella quería.

No conseguí hablar con Chema hasta pasada una semana, teníamos los horarios trocados y yo insistía en hacerlo por teléfono; en parte, porque no me gustaba dejar impresa una conversación de ese tipo, me incomodaba, pero sobre todo porque su voz aliada y cómplice me reconfortaba, me hacía sentir más segura.

—¿Y qué fue lo otro que dijiste? Lo de la navaja... —me preguntó María, forzando el recuerdo.

—Que, según Patri, el Tato sacó su propia navaja.

—¿El Tato quién es?

—El chico que iba con él. Lo llamarán así, supongo —aclaré—. Pues eso, que yo creía recordar que fue el malnacido quien sacó la navaja y se la pasó luego al otro para que sujetara a Chema, y no como dijo él.

—¿Y fue así?

—Sí. Chema lo recuerda exactamente igual que yo. La navaja era de Patri, no del Tato.

—¡Joder! —exclamó María—. ¿Y entonces? ¿Miente o es que no se acuerda?

—Eso me pregunto yo, si estaba colocado y le falla la memoria o... no sé.

—Pues tendrás que averiguarlo.

—Para eso te llamo, para ver qué hago. Lo más fácil sería pasar de él, seguir manteniéndolo a distancia como estoy haciendo ahora, pero...

—Eres un imán de conflictos, hija. Tú no te conformas con que te violen y ya está, tienes que liar la madeja para complicarlo todo al máximo —dijo, de forma espontánea y jocosa, aligerando el peso de la situación con su vis cómica.

—¡Déjate de coñas, María! —exclamé, sonriendo algo nerviosa—. ¿Paso o lo aclaro?

—¿Qué es lo que te pide el cuerpo?

—Aclararlo.

—¿Aunque te metas otra vez en la boca del lobo?

—Sí.

—Entonces, ¿para qué me preguntas?

—Para que tú me digas que lo haga y yo no piense que estoy loca.

—Loca estás, pero hazlo.

—¿En persona o por chat?

—Si quieres aclararlo de verdad, tendrás que verle la cara; por chat es muy fácil que te siga engañando.

Guardé silencio unos segundos. Había escuchado lo que yo buscaba, lo que quería oír, pero eso no ahuyentaba mis nervios, los repuntaba.

—¿Sigues ahí, o te has ido a hacer las camas? —preguntó María, elevando la voz.

—Sigo aquí.

—¿Qué pasa con tus padres? ¿Ya le has echado valor al asunto o sigues callada como una...?

—¡Como lo digas, te mato! —me anticipé—. Sigo callada, pero ya no puedo dejarlo más. Buscaré el momento, antes de ver a Patri.

—Eso espero.

—Gracias, María.

—Anda, tírale.

Sonreí y colgué. Mi sándwich estaba intacto, pero ya no tenía tiempo ni apetito. Reanudé el trabajo siguiendo la misma tónica de los últimos meses, con las manos y la mente en diferente lugar, esta última centrada en idear el mejor momento y manera de saldar una conversación con mis padres que me resultaba complicada, sobre todo por el hecho de justificar por qué había tardado tanto tiempo en ponerlos al tanto de lo que pasaba.

Aproveché su alegría al conocer la noticia de que había aprobado mis dos asignaturas pendientes para soltar la bomba. Pasaron de un gesto relajado y feliz a otro circunspecto en décimas de segundo, me recordaron a la pareja de máscaras que, siempre unidas, simbolizan el teatro. Fui añadiendo detalles a medida que me preguntaban, aprovechándome de su temple propiciado por la perplejidad. Hasta que despertó su capacidad de reacción y acabaron las preguntas escuetas.

—A mí me va a dar algo, de esta no salgo —estalló mi madre—. Mira que cojo al niño y esta vez soy yo la que se va, ¿eh? —me amenazó—. ¡Como se acerque a él, lo ahogo!

—Deja de decir tonterías, Victoria.

—¿Tonterías? ¿A ti te parece una tontería que ese tío los esté rondando a los dos y quiera conocer al niño? Vamos, ¿dónde se ha visto eso?

—No me parece una tontería —señaló mi padre, con una templanza que yo admiraba—, pero no vamos a salir huyendo a ninguna parte. Si alguien tiene que alejarse es él.

—Pero ¿cómo va a alejarse si la niña ya ha estado dos veces con él y ahora está diciendo que quiere ir otra vez?!

Mi madre no terminaba de acomodarse en la silla, no encontraba una postura que le permitiera hablar con calma.

—Blanca, a mí no me parece buena idea que le sigas dando cuerda. Por mucha educación que haya tenido y muchas buenas palabritas que te haya dicho, no me fío de él, puede ser peligroso.

—Lo sé, papá —admití, con toda la sensatez que podía acaparar en aquel preciso instante.

—Entonces, ¿para qué quieres ir otra vez? Mientras más prolongues la situación, más difícil será cortar después, ¿no lo ves?

—Lo veo, claro que lo veo, y llevas razón. Pero necesito llegar hasta el final, papá, necesito saber lo que hay de verdad detrás de todo esto. Hay muchas cosas que no me cuadran y siento que si lo dejo pasar estaré toda mi vida haciéndome preguntas que nunca voy a poder responder.

—No hay por qué buscarle respuesta a todo, Blanca.

—A todo no, pero a lo que te incordia y te molesta, sí. Escúchame, papá. Volví de Marbella para arreglar mi vida, porque sabía que no podría recuperar la paz si no me enfrentaba a todo hasta que se acabaran los miedos y los fantasmas. He conseguido quitarme algunos de encima, pero siguen saliendo otros, y si no los espanto estaré en las mismas, no habrá servido de nada lo que llevo hecho hasta ahora, lo que ya he superado.

Mi padre me miró con el ceño fruncido, supongo que dándole vueltas a lo que escuchaba para analizar si era lo bastante racional para aceptarlo. Mi madre negaba con la cabeza y chasqueaba reiteradamente la lengua. En el fondo, la entendía; sus miedos eran tan fuertes o más que los míos propios y velaba ante todo y sobre todo por la integridad, la vida y un futuro equilibrado para su nieto.

—De acuerdo, pero voy contigo. Ahora que lo sé todo, no pienso dejar que vayas sola.

—¿Cómo vas a venir conmigo, papá?!

—Haré como hizo María. Queda con él en un lugar público y me mantengo a distancia, pero alerta. Además, quiero verle la cara. Quiero conocerlo.

Respiré hondo. Tras pensarlo un instante, no me pareció tan mala idea, yo me sentiría más segura ante cualquier reacción y él también, más confiado en que todo saldría bien.

—Los malos bichos se revuelven cuando se ven descubiertos o acorralados, Blanca, piénsalo —me advirtió, a la espera de mi contestación.

—Está bien —dije al fin—. Pero a distancia y con disimulo.

—Soy vigilante de seguridad, ¿lo recuerdas? —me dijo, envolviéndome en un abrazo—. Y no siempre hago mi trabajo vestido de uniforme.

En los días siguientes, entré en el grupo de las ratonas, pero lo hice a intermitencias. Quería hacerme ver y atraer de nuevo a Patri, que parecía haberse retirado de escena tras varios intentos infructuosos de contactar conmigo. Yo no quería responder a invitaciones antiguas, estaría fuera de lugar, y tampoco quería iniciar una conversación privada que buscara el contacto físico, temía delatarme. Él intervino en mis charlas con Estela y con María, pero de una forma comedida, con la precaución de quien pisa un lodazal. Luego desapareció sin dejar rastro en los primeros días de octubre hasta dar señales de nuevo preguntándome en privado si todo seguía bien. Volvió a insinuarme su deseo de conocer a Álvaro. Y aproveché la oportunidad. Quedamos en vernos el doce de octubre por la mañana, en Plaza Mayor, atendiendo, por supuesto, a una aparente iniciativa suya.

Circular por las proximidades de San Julián en aquella mañana de fiesta, y en compañía de mi padre, despertó en mí recuerdos entrañables. No pocas veces me había llevado allí siendo niña para que pudiera disfrutar de la vista de los aviones, que me extasiaban sin saber por qué. Cuando no teníamos tiempo de detenernos, disminuía la velocidad al recorrer el tramo de carretera próximo al aeropuerto, invocando a la suerte de que alguno de ellos se nos cruzara en vuelo bajo por el reciente despegue o el aterrizaje inminente. El sonido de sus motores surcando el aire me transportó a los muchos momentos de ocio vividos en aquel lugar desde su inauguración hacía una década; mientras mis padres disfrutaban de un tapeo al aire libre, yo soñaba mirando al cielo con la boca abierta.

Dejamos estacionado el coche a una distancia de la entrada principal lo bastante aceptable como para evitar ser vistos. Yo me adelanté mientras mi padre se quedaba rezagado para camuflarse entre la gente. Caminé a paso lento, iba bien de hora y no quería ser yo quien esperara. Al llegar, lo vi de

pie, recostado en la verja de la entrada, mirando a un lado y otro, nervioso tal vez. Llevaba unos vaqueros y una camisa de rayas celestes aflorando por la abertura frontal de su chaquetón, que combinaba a la perfección con sus ojos claros. Él sonrió al verme. A mí el escalofrío que de nuevo recorrió mi espalda no me permitió corresponderle. Un comentario superficial del tiempo y del bullicio que se preveía inminente sirvieron para que saliera airoso de la situación.

Echamos a andar con lentitud, manteniendo la distancia entre nosotros para no rozarnos. Mientras, él buscaba a Álvaro con disimulo.

—Creí que vendría el niño —dijo al fin.

Me puse aún más nerviosa. Y negué con la cabeza.

—He preferido dejarlo en casa, se ha pasado la noche tosiendo y esta mañana tenía unas décimas de fiebre. Los cambios de tiempo no los lleva muy bien.

—Qué pena, había pensado montarlo en los *kars*, seguro que le habrían encantado. —Guardé un silencio tenso que él se apresuró a cortar—. Y me habría gustado conocerlo. Porque esa era la razón de vernos hoy, ¿no?

No se anduvo por las ramas. Con un tono de voz de aparente timidez y extrema prudencia no dudó en preguntarme, de forma indirecta, para qué demonios había ido si yo seguía mostrándome esquiva con él y Álvaro no me acompañaba. Debió de sentirse violento por tener que mantener una cita sin fundamento. Y yo también lo sentí así. Me percaté de que era una auténtica gilipollez seguir con rodeos y prolongar todo aquello más de lo necesario, así es que hice acopio de valor y solté lo que había ensayado durante el trayecto.

—No creo que sea buena idea que te acerques al niño, Patri. He venido para decirte cara a cara que nos dejes en paz, esto no puede llegar a nada.

—Creía que ya te había explicado lo que necesitabas saber.

—Los sentimientos no atienden a explicaciones. No se puede mandar en ellos. Hasta que acepte quién eres y deje de sentir repulsa, no podré acercarme a ti. Y si yo no puedo hacerlo, mi hijo tampoco lo hará —expliqué, siguiendo la pauta de los silogismos categóricos estudiados en el instituto.

—¿Qué más tengo que hacer, Blanca?

—No me creo que hayas cambiado —le dije, ignorando su pregunta. Me estremecí al recordar las palabras de mi padre sobre la temeridad de provocar a un mal bicho—. No me encaja esa imagen que muestras de ti desde que te conocí por *Face* con la del tipo al que me encontré aquella noche de 2007. Ni lo que haces, ni lo que dices, ni cómo lo dices.

—Olvídate de aquello, ya te expliqué las circunstancias en las que pasó todo.

Me detuve para mirarlo con cierta agresividad.

—¿De qué quieres que me olvide? ¡¿Eh!? ¿De la cara y de las lágrimas de Chema cuando le dijiste «mira cómo me follo a tu novia» y lo hiciste delante de él, aprovechando que no podría evitarlo? ¿De tu risa de loco mientras yo lloraba y te suplicaba que pararas? ¿De las veces en que me llamaste puta? ¿O de tus amenazas de muerte a los dos si se nos ocurría abrir el pico y contar lo que había pasado allí? ¡¿De qué quieres que me olvide?!

Lo vi tragar saliva; incluso podría asegurar que el color de su rostro se había esfumado. Esperé su reacción y su contestación disimulando un temblor interno que me dominaba. Quería comprobar si lo negaba, si se extrañaba por la nueva versión de los hechos que acababa de mostrarle. Él bajó la cabeza. No vi signo alguno de extrañeza, ni siquiera una mueca que insinuara un intento de forzar el recuerdo de lo que realmente ocurrió.

—No sé qué decirte, Blanca.

No hubo más palabras. No hubo negación alguna. No me rectificó en lo más mínimo.

—¿Quién eres? Dime quién eres de verdad —le dije, alzando la voz.

Un chiquillo vino corriendo mientras miraba hacia atrás y cayó al suelo al tropezar con una de mis piernas. Se parecía a Álvaro. Me incliné para ayudarlo y vi que lloriqueaba, parecía haberse hecho daño en las manos. Entonces me arrodillé para ponerme a su altura y examiné sus palmas pequeñas y regordetas, las tenía arañadas y un poco ensangrentadas. Luego las giré para analizar también el dorso. La calcomanía de una araña que el niño llevaba pegada en la izquierda me dejó clavada en aquella misma postura. Comencé a sudar mientras evocaba con total nitidez una imagen en la que no había reparado antes. No sabía cómo había podido pasarme desapercibida, cómo ni siquiera en sueños había sido capaz de verla. El *tattoo* que el niño llevaba adherido a la mano y mi postura arrodillada debían de haber estimulado el recuerdo.

Me incorporé jadeando, el pulso me batía las sienes. Miré a Patri como si fuera la única persona, además de mí, que existiera en aquel instante en Plaza Mayor.

—Levántate la camisa —le dije, a modo de orden tajante y ruda.

—¿Que haga qué? —preguntó, estupefacto.

—¡Que te levantes la camisa! —grité.

—¿Pero tú estás loca o qué te pasa?!

En cuestión de segundos, eché mano a la tela, la empuñé y tiré de ella hacia arriba, sin darle margen a reaccionar. No había nada. No tenía tatuaje alguno alrededor del ombligo, la araña que el malnacido llevaba impresa en ese mismo lugar no existía. Levanté la vista y su mirada me lo dijo todo, supe con certeza que sabía lo que buscaba.

—Tú no eres él —afirmé, cabeceando al tiempo que caminaba hacia atrás.

—Blanca...

—¡Tú no eres quien me violó! —exclamé, alzando de nuevo la voz—. ¡Dime qué mierda está pasando aquí, porque yo no soy capaz de entender nada!

Unas chicas que pasaban junto a nosotros se nos quedaron mirando con descaro, supuse que hablar de violación provocaba miedo y un consiguiente rechazo ante quien pudiera haberla perpetrado.

—Soy Víctor —contestó, entornando los ojos como si le pesara la confesión—. Y no, no fui yo quien te violó —continuó diciendo, con pausa extrema—. Lo hizo Raúl, mi hermano.

Dejé mis pupilas enganchadas en las suyas por un lapso eterno, como si hubiera olvidado recuperarlas. Un maremagno de preguntas tendría que haberme asaltado, pero no fue así. Me quedé en blanco, incapaz de reconstruir de nuevo el organigrama del pasado, de reubicar los elementos que habían entrado en juego en mi vida en los últimos años y que habían quedado desmadejados de nuevo tras aquella declaración. Tan solo una cuestión imperiosa se abrió paso con urgencia dentro de mí:

—¿Dónde está él? —le pregunté, con el temor dibujado en mis labios.

—En prisión preventiva. Y no sé el tiempo que tardará en salir.

Me sentí como si una tormenta se hubiera desatado sobre mi cabeza, solo veía oscuridad y la amenaza inminente de que un rayo me partiera en dos.

Mi padre giraba la cabeza con sutileza para mirarme mientras conducía de vuelta a casa, concediéndome tiempo para ordenar el desastre mental que tenía antes de hablar. El parecido entre Víctor y su hermano era asombroso, las escasas diferencias que aprecié en sus rasgos siempre las achaqué a los cambios propios de la madurez, a la mutación de un rostro adolescente. Lo entendí todo. Su actitud, su forma de ser y de hablar, de tratarme, tan radicalmente distintas a las que yo presuponía en quien había sido capaz de cometer una afrenta hacia mí de tal magnitud. Patri era Víctor, no era el malnacido. Me obligué a pensar que por el hecho de ser de la misma familia

no tenía por qué ostentar igual vileza. Y me alegré. Pero caí en la cuenta de la proximidad de ambos; si me acercaba a Patri, también me acercaría a Raúl. Así se llamaba aquel hijo de puta. Raúl.

Mi confusión creció como una marejada. Había querido romper el vínculo con Patri porque me infundía temor, no confiaba en él a pesar de haberme demostrado, durante mucho tiempo, que podía contar con su ayuda para salir adelante venciendo obstáculos y quebraderos de mente. Creí haber abordado así una buena vía de solución. Pero entendí que a partir de aquello la situación era peor. El mal real estaba en otra parte y sin rehabilitar. Concretamente, en prisión. Imaginarlo me aterró. Me pregunté lo que habría hecho para que acabara allí. ¿Y lo de «preventiva»? Le pedí a mi padre que me lo explicara, sin comentarle nada más. Por el gesto que compuso, deduje que mi pregunta no le había gustado nada, pero se limitó a aclararme que consistía en la privación de libertad de un acusado a la espera de juicio y mientras se celebra el mismo. Tal vez para no asustarme, no ahondó entonces en el cariz de lo que Raúl habría hecho para que el juez la decretara en lugar de una fianza.

Al llegar la noche expiró la tregua que, de forma tácita, mi padre me había concedido para reorganizar mi caos ideológico y sentimental. Entró en mi cuarto con una sonrisa plácida, cordial, pero exigente, y deduje a partir de ella que quería saberlo todo.

Después de que yo hubiera expulsado cuanto sentía, de que lo hubiera hecho partícipe hasta del más mínimo detalle, una última cuestión se me quedó latente como una pesada e imborrable cantinela, provocándome una fuerte desazón: «¿Me buscará cuando salga?».

Noviembre de 2013.

Víctor pensó en ella. En Blanca. No habían vuelto a hablar desde su cita de octubre y no sabía si volverían a hacerlo. Su rostro de perplejidad al constatar el engaño se le había quedado grabado en un primer plano de la memoria; aunque sonaba duro llamar engaño a una prueba de amor. La quería, eso era cierto, y era evidente la nobleza de sus sentimientos hacia ella queriendo protegerla. Cuánto hubiera deseado poder abrazarla para hacerla sentir a salvo de sus miedos, de su incertidumbre, del temor a la sombra de un pasado que la amenazaba con volver y oscurecer su presente y su futuro también. Pero no había forma de convencerla, porque todo aquello que se cocina con engaños, jamás sabrá a verdad. De cualquier forma, nada entre ellos hubiera existido de no haberse iniciado la relación con una farsa; Blanca no habría dado opción alguna. No era la suya, por tanto, una amistad normal, sino abocada al fracaso desde el mismo instante en que él la engendró en su mente, condenada a no existir.

Discurrían los días y los ánimos de Víctor se apaciguaban con ingestas de resignación. Recordó las palabras de la abuela Herminia en una conversación mantenida con ella dos días después de aquella cita que él creía especial. Ella liaba croquetas en la cocina y le bastó una mirada rápida al rostro de su nieto para adivinar que no se encontraba bien.

—Qué carita tienes, niño. Anda, siéntate aquí a mi vera un poquito —le dijo, apartando la silla con el codo—. No te digo que me ayudes porque no quiero que te manches, pero al menos nos hacemos compañía. —Él se quitó el chaquetón y se sentó con pesadez—. ¿Y esa cita del otro día? ¿Cómo fue?

La abuela continuó su tarea, evitando clavar su mirada en Víctor para no intimidarlo.

—No muy bien —confesó él, con desencanto.

—¿Y eso? ¿Por ti?

—Por los dos.

—¿Estás saliendo con ella? Dame ese trapo.

—No.

—Pero te hace tilín...

Víctor esbozó una sonrisa tierna.

—Sí —contestó, con melancolía en los ojos—. Bastante tilín, abuela.

—Entonces, ¿qué problema hay? ¿Ella no te quiere a ti?

—Es un poco complicado, muy largo de explicar.

Herminia se limpió las manos en el trapo y acarició la mejilla de su nieto.

—¿Has intentado hablar con ella, aclarar las cosas? —le preguntó, con un tono de voz que derrochaba cariño—. ¿Tú ya le has dicho lo que sientes, o te da vergüenza?

—Sí, se lo he dicho. He hablado muchas veces con ella.

—Y nada, ¿no?

—No —contestó, tras cabecear unos segundos.

—Pues el amor no se puede forzar, niño, el corazón es libre —dijo ella, golpeándose el pecho al pronunciar las últimas palabras—. Pero no te desesperes, hay que darle tiempo al tiempo. A veces, tardamos en darnos cuenta de las cosas, ¿sabes?, el amor es así. —Hizo una pausa mientras cogía una nueva porción de masa—. Hay que dejar reposar los sentimientos para entenderlos; como estén revueltos... —chasqueó la lengua— no sabemos ni lo que pensar.

—Yo lo tengo claro, abuela.

—Pero ella parece ser que no. —Volvió a mirarlo fugazmente y luego reordenó las croquetas en el plato para hacer espacio—. Déjala, niño, dale su tiempo. Se tiene que dar cuenta ella sola de lo que siente. Por mucho que tú intentes pintarle las cosas de color de rosa, mientras ella no las vea, tontería que bregues, te lo digo yo.

Víctor guardó silencio por un instante. Le limpió unas motas de masa que tenía adheridas a la barbilla al haberse rascado con el dorso de la mano y le devolvió una caricia cómplice.

—¿Y tú por qué sabes tanto de todo esto, si solo has tenido un amor en tu vida? —le preguntó Víctor.

—Porque me gusta escuchar los programas que hablan de esas cosas. ¡Y por las novelas de Corín Tellado que he leído! —exclamó, soltando una carcajada jocosa.

Víctor volvió al presente. Sonrió al recordar cómo terminó la conversación y arrancó el coche con parte de aquellas palabras de Herminia navegando por su cabeza: «No se puede forzar el amor», «dale tiempo». Y llevaba razón. Blanca debía asimilar lo que había pasado, digerirlo y reconocer sus propios sentimientos cuando todo se hubiera asentado lo suficiente como para que fluyeran con claridad. A juzgar por el gesto que ella compuso cuando le desveló que Raúl estaba en prisión, el único sentimiento que tenía claro era el de un miedo atroz hacia su hermano, reavivado por la noticia. Supo entonces que mantenerlo alejado sería la mejor forma de ayudarla, de velar por ella. Y eso implicaba alejarse también él. Víctor no volvería a contactar con Blanca, ni personalmente ni a través de *Face*. Le costaría olvidarla, mantenerse al margen, pero si ella recuperaba así una parte de su felicidad, de su tranquilidad tan buscada, lo haría sin dudar.

Callejeó por la zona centro de Torremolinos en dirección a la autovía MA-20 para volver a casa; un compromiso del jefe lo había desplazado hasta allí para reparar un vehículo aquella tarde. Mientras circulaba, entreabrió la ventanilla del coche, apenas una ranura que cediera el paso a la brisa para sentir su caricia. Podía ver el mar a su derecha, con sus olas bravas e impetuosas acercándose a la costa; a su izquierda, el sol besaba la montaña, diciendo adiós con reflejos irisados, tiñendo las nubes. Una agradable sensación de calma lo meció, habría querido conducir hasta el fin del mundo si con ello pudiera haberla prolongado. Pero no fue así. A la altura de Los Álamos su teléfono móvil sonó obstinado. No lo cogió, no se permitía hacerlo conduciendo, además de que no estaba dispuesto a que algo intrascendente turbara su momento de paz. Continuó al volante y subió un poco el volumen de la música. Minutos más tarde volvió a sonar. Recordó entonces la última llamada recibida con insistencia, la que anunciaba el ingreso de su madre en el hospital, y un mal palpito lo sobrecogió. Tomó la salida que conducía al Centro Comercial Los Patios y estacionó en la primera plaza libre que encontró en el aparcamiento exterior. Miró el visor y consultó quién era el autor de las dos llamadas. Un calambre le sacudió la nuca. Era el Tato. Manoseó el móvil, nervioso, agitado, consciente de que algo nuevo relacionado con Raúl andaba detrás de esos intentos de comunicarse con él. Abrió por completo la ventanilla para tomar oxígeno, no sabía qué hacer. Estaba cansado. Cansado de canalizar los problemas ajenos, de actuar como diana de conflictos externos que no le competían de manera directa y que le

provocaban heridas de flecha que después debían sanar. Si todo se resolvía de forma satisfactoria a raíz de su intervención, su conciencia lo besaba en la boca. Pero ya no podía más. Necesitaba desconectar, preocuparse de sí mismo, vivir su vida y dejar que los demás empezaran a afrontar la suya tal y como la deparase el destino, las circunstancias o sus propias decisiones.

Miró el móvil abandonado en el asiento del copiloto como quien recela del que guarda un secreto por desvelar. Podía dejarlo allí y reanudar la marcha. O sacar pecho y devolver la llamada, invocando al mismo tiempo una oración para que fuera una idiotez lo que tuviera que escuchar. Las palabras de la abuela cuando su madre fue ingresada hurgaron en su cabeza, forzando su decisión: «No puedes quitarle el bastón a quien le fallan las piernas. Y el bastón eres tú, niño, aunque te pese».

Agarró el teléfono y pulsó el botón de llamada. Escuchó sus latidos, sonaban más fuertes que los tonos intermitentes del móvil. Después del tercero, una voz grave y quejumbrosa se abrió paso entre las ondas, sin saludo previo, sin templanza, sin edulcorar un mensaje asestado a bocajarro:

—¡A tu hermano se lo han cargado en el trullo, Víctor! Esos cabrones lo han matado, ¡lo han matado!

El corazón se le desbocó.

—¿Qué dices? —preguntó, alarmado, temblando, sin dar crédito a lo que estaba escuchando—. ¿Cómo lo sabes?! ¿Quién te ha dicho eso?!

—Un soplo. ¡Pero es verdad! ¡Créetelo, que es verdad!

Soltó el móvil y miró al horizonte con lágrimas aflorando a sus ojos, ya empañados. El sol se había marchado y apenas quedaba una estela de luz anaranjada extendiéndose sobre la ciudad. Un frío repentino atenazó su cuerpo. Su vida y la de su hermano desfilaron como fotogramas locos, como instantáneas veladas con diferentes colores: el de la felicidad, el del peligro, el de la esperanza, el de la paz, el de la tristeza, el de la muerte. Echó la cabeza hacia atrás, con las mejillas húmedas y los brazos y el cuerpo inertes, desplomados como también lo estaría Raúl; parecía habersele escapado el último aliento de fuerza que pudiera quedar dentro de él. Le habían arrancado una parte de su vida por la que había luchado sin descanso, a la que había amado y que lo había destrozado a partes iguales. Sintió sobre sí mismo la sombra del fracaso, tan palpable como la que a aquella hora dejara la ausencia de sol. Sintió ganas de salir del coche y gritar «¿por qué?» hasta quedarse sin voz, tirado en el suelo, deseando despertar al otro lado del mundo para no enfrentarse a lo que se avecinaba, para construir una vida nueva desde cero,

donde nada ni nadie pendieran de él, donde un nuevo amanecer le brindara la oportunidad de paliar el dolor encallado dentro de sí.

Arrancó a llorar con más fuerza, vociferando con amargura. A pesar de intuir que aquello, tarde o temprano, tenía que ocurrir, no pudo evitar que un reguero de lágrimas, acompasadas por el dolor, se derramaran sobre el volante largo tiempo. Hasta quedar exhausto. Roto.

El anuncio del locutor de radio prometiendo una buena noche de música lo devolvió al lugar en el que se hallaba. Se incorporó en el asiento y miró a su alrededor. Los vehículos del estacionamiento habían disminuido en número y el cielo se había oscurecido para mostrar las estrellas. Le dolían los ojos. Notaba una pesadez extrema en los párpados, como si hubiera cargado en ellos los problemas del mundo. Ni siquiera tenía idea de la hora que era, del tiempo que había pasado allí sentado, encerrado en el coche cual isla de la que no quisiera escapar. Le extrañó que su madre no lo hubiera llamado. Y también que no hubiera recibido aún comunicación alguna de la prisión. Aunque pudo entenderlo al comprobar que su móvil se había quedado sin batería y mostraba la pantalla negra, en consonancia con su duelo.

Respiró hondo y arrancó de nuevo, con el reto de la vuelta a casa sobre sus hombros. En el salpicadero del coche se dibujaban en rojo los dígitos de la hora: las once menos cuarto. Con un poco de suerte, su madre estaría acostada cuando él llegara. Tenía la noche por delante para pensar cómo abordarlo todo, el insomnio le había prometido compañía.

Abrió la puerta con sigilo. Una luz tenue procedente del salón le dio la bienvenida al amparo del silencio. Caminó de puntillas para no truncar el sueño plácido de quienes eran ajenos a una nueva tragedia familiar. Al pasar por la habitación de Aroa, la vio sentada al filo de la cama, con la maleta abierta en el suelo, repleta de ropa. Ella se percató de su presencia y se giró, saludándolo con diligencia.

—¡Víctor! No quería irme a dormir antes de que llegases, no sabía si te vería mañana o ya te habrías ido cuando me despertara.

—¿Te marchas? —le preguntó él, apocado.

—Mañana. Mi padre tiene un asunto urgente que atender en su trabajo y yo creo que ya he abusado demasiado de vosotros —confesó, con una sonrisa plácida ante el gesto apenado de su hermano—. Pero no pongas esa cara, seguiremos en contacto, te lo prometo, no volveré a perderme.

—Tenerte aquí ha sido de gran ayuda para mí en estos días, aunque no lo creas. Has sido un gran apoyo, Aroa, no quisiera que te marcharas.

—Vine para unos días y fíjate... Ya es hora de volver a la rutina, me van a echar de la empresa si sigo pidiendo días de permiso.

—Todavía nos queda mucho por contar.

Su voz tembló.

—Lo sé. Pero no podemos recuperar veinte años en unas pocas semanas. Lo importante ya está dicho, lo demás...

Él la miró a los ojos, negando, y su semblante se ensombreció aún más. No. No todo lo importante estaba dicho. Ella frunció el ceño con preocupación.

—¿Qué te pasa, Víctor?

Se encogió de hombros, ignorante y perpleja, al apreciar el brillo de una lágrima a punto de escapar. Lo agarró de la mano y tiró de él para adentrarlo y cerrar la puerta.

—Siéntate y dime. Algo ha pasado, ¿verdad?

Víctor asintió.

—Es Raúl. —Ella abrió aún más los ojos y lo alentó a seguir con una oscilación de cabeza—. Ha muerto, Aroa.

—¿Qué estás diciendo? ¿C... cómo que ha muerto?

—En la cárcel. Lo han matado.

Aroa se echó mano a la frente, con gesto circunspecto. No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿En la cárcel? Pero yo... creía que estaba en una clínica, en Barcelona. Eso dijiste.

Víctor negó para enmendar otro engaño, uno de tantos.

—No estaba en una clínica, esa es la versión que le conté a mi madre para no terminar de matarla. Por eso no quise que te ofrecieras a visitarlo, porque luego te habría preguntado por él.

—Voy a por un poco de agua, se me ha secado la boca.

Víctor se quitó su chaqueta y se sentó en la cama. Aroa no tardó en volver, con el color de la tez perdido. Le ofreció un vaso a su hermano y se acomodó junto a él.

—¿Puedo saber lo que hizo para acabar allí? —preguntó, en un susurro—. ¡Dios, creía que ya estaba todo dicho!

Él apuró hasta la última gota, parecía deshidratado. Tomó aire.

—Salió del centro de rehabilitación en abril del 2011, fue el último en el que estuvo. A pesar de no creer, yo rezaba todas las noches para que aguantara, a ver si de una vez por todas conseguía sentar la cabeza y vivir

como debía. Estuvo más o menos bien durante seis o siete meses, pero después volvió a las andadas, con las mismas juntas y en los mismos sitios. Ya no regresó a casa. Empezó a dar tumbos por ahí porque decía que aquí no se podía estar, que lo machacábamos con nuestras neuras y nuestras historias. No quería obligaciones, normas ni ataduras, quería ser libre, decía. De vez en cuando aparecía para pedirnos algo y se paraba a charlar conmigo. Me contaba sus andanzas como si a mí me interesaran, sin darse cuenta de que me dejaba hecho polvo durante un montón de días, dándole vueltas a todo y aventurando que no podía acabar bien.

—Pero ¿cometió algún delito? —insistió Aroa, ansiosa por saber.

—Hace unos meses, en junio, vino la policía con una orden de detención. Lo acusaban de haber violado a una chica entre él y tres amigos más en la feria de Málaga, el año pasado. Hacía casi un año que habían puesto la denuncia y lo estaban investigando. Se lo llevaron para someterlo a una rueda de reconocimiento en comisaría y la chica dijo que era uno de ellos. Delante de los policías, él amenazó con matarla en cuanto que saliera, había tomado bastante en los dos últimos días y estaba desquiciado. También había pruebas que parecían ser claras y apuntaban a él.

—Lo condenaron.

—Todavía no. Pero la jueza decretó prisión preventiva a la vista de todo. A la chica, además de violarla, la agredieron con una navaja. Todos tenían antecedentes penales.

—¡Dios mío!

Aroa lo abrazó con ternura, intentando aliviar su pena, mucho más profunda en Víctor que en ella misma, lo cual resultaba lógico; Raúl también era su hermano, pero no lo conocía de nada.

—Y ¿tú crees a Raúl capaz de hacer algo así?

Víctor se pasó ambas manos por la cabeza, queriendo despejarla.

—No sé qué pensar.

Obvió ponerla en antecedentes de lo ocurrido con Blanca. Durante mucho tiempo quiso pensar que todo había sido casual; encontrarse con una acusación así lo había hecho dudar, aunque su hermano le juraba no haber tomado partido activamente en la agresión, sino como mero espectador.

—¿Cómo puede haber pasado? —se preguntó Aroa, mirando a la nada—. ¿Cómo lo pueden haber matado?

—Los violadores no son bien vistos por los presos comunes, forman parte de su lista negra —advirtió él, con resignación—. Ahora falta esperar que nos

llamen. No sé qué trámites lleva esto, pero tampoco quiero pensarlo. Lo que más me preocupa es cómo se lo voy a decir a mamá y a la abuela.

—No podrás dejarlo mucho.

—Tendré que buscar el momento mañana.

—Siento no estar a tu lado.

—No te preocupes, bastante has hecho ya en tan poco tiempo.

—Despiértame antes de que te vayas a trabajar. Quiero despedirme del todo.

Volvieron a abrazarse. Sentir el calor mutuo los reconfortó, sobre todo a él, que necesitaba más que nunca un bastón en el que apoyarse.

—Intenta descansar un poco —le dijo ella.

Víctor salió de la habitación y entró en la suya. Cerró la puerta y se desvistió con parsimonia, previendo una noche larga en la que vería las horas pasar. Se tumbó en la cama y entornó los ojos, dejándose mecer por la música lenta que se deslizaba a través de los auriculares. La imagen de Blanca creció en su mente, al compás de la paz y el sosiego que infundía la melodía. Algo bueno resurgió entonces entre el dolor: el miedo de Blanca perecería junto a su hermano; Raúl se lo llevaría con él.

Se incorporó y buscó el portátil. Había decidido no volver a contactar con ella, pero debía hacérselo saber. Aunque solo fuera con un escueto mensaje en el chat:

«Ya no hay razón para que tengas miedo, Blanca, Raúl ha muerto en prisión.

Te deseo lo mejor».

Blanca.
Noviembre de 2013.

Releí unas cuantas veces el mensaje de Patri para asegurarme de que lo había entendido bien. Entonces me retrepé en la silla, me tapé la cara y me eché a llorar, dejando escapar la angustia nerviosa que arrastraba como la cadena de una condenada. Era libre. Me parecía un regalo caído del cielo, el mejor regalo que jamás pude soñar.

—¿Qué te pasa, mami? ¿Te duele la barriga?

—No, cariño, mamá llora de alegría. —Abracé a mi hijo y lo mecí, estrechándolo con fuerza contra mi pecho—. Ve con la abuela, anda...

Abrí la ventana de par en par. Todo relucía con un brillo especial. Respiré hondo y el aire puro inundó mis pulmones de oxígeno hasta hacerme daño, como si la atmósfera se hubiera limpiado en exceso. Quise pellizcarme para comprobar que no soñaba, que todo era real, que había despertado de mi pesadilla de una puñetera vez.

La puerta se abrió. Álvaro traía a mi madre de la mano, preocupada por su confidencia de haberme visto llorar. Ella entrelazó los dedos de ambas manos y miró al cielo, exclamando un «Gracias a Dios» nacido del alma cuando le di la noticia. Es curioso. En aquel instante ninguna de las dos pensamos que una muerte puede tener cara y cruz, que la desgracia de unos puede suponer la alegría de otros; ni pensamos que la alabanza de una madre podría neutralizar la maldición de la otra hacia un mismo Dios.

Volví al ordenador tras haber asimilado la parte leída del mensaje y me centré en la última frase, que me había pasado desapercibida: «Te deseo lo mejor». Era una despedida. Patri me estaba diciendo adiós y yo sentí algo extraño dentro de mí, un conflicto de sentimientos que me costó dilucidar. ¿De verdad quería que se fuera, que saliera de mi vida tal y como lo había deseado

hasta el momento? Él era Patri. Mi Patri. El auténtico. El mismo que había supuesto un bastión en mi vida en los peores momentos, el que me había levantado el ánimo hasta la saciedad, el que me había hecho sonreír cuando más lo necesitaba, el que me había alentado a pensar que en la vida todo tiene solución menos la muerte, tal y como decía esa abuela a la que él había nombrado varias veces y que yo desconocía si existía en realidad. Había confesado quererme. ¿Y si era verdad? Recompuse decenas de diálogos, incluyendo los que habíamos mantenido creyendo que era Raúl. Me pregunté cuánto de verdad habría en todo lo que me había contado, cuánta sinceridad habría en sus sentimientos al decirme que quería ayudarme. Después de un primer equívoco, seguí alejándolo de mí por el miedo que me provocaba su cercanía con el malnacido. Pero este ya no estaba, era pasado, había muerto. ¿Tenía entonces sentido seguir distanciada de él? ¿De verdad pensaba que pudiera estar hecho de la misma pasta que su hermano? Mi intuición decía que no. Se resistía a no darle la oportunidad que tantas veces me había pedido. ¡Dios mío, por qué todo tenía que ser tan complicado! Deberíamos llevar un cartel en la frente desvelando cómo somos, sin tapujos, sin engaños, sin falsos testimonios que nos hagan dudar.

Pinché en la ventana del chat, me dejé llevar por un arrebató y, sin meditar mi osadía o mi decisión acertada, escribí: «No te marches. ¿Me das tú ahora una oportunidad?».

Pulsé la tecla de envío y me retiré del portátil, como siempre solía hacer cuando temía una contestación inmediata, cuando la incógnita de lo que podría ocurrir a partir de aquel momento me inquietaba. La respuesta tardó días en aparecer. Llegué a pensar que Patri no volvería, que su despedida había sido definitiva, que se había cansado de tender puentes entre nosotros que yo me ocupaba de fracturar.

—¿Para qué?

Contestó con esa pregunta. Concisa, directa, escueta. Sin saludo previo. Había irrumpido en el chat, que yo había mantenido abierto de forma continua, como un estallido espontáneo. Se le veía a la defensiva.

—Necesito más respuestas —le dije de inmediato.

—Estoy muy cansado, Blanca. Ya no puedo más.

Sentí compasión. No sabía en realidad qué había detrás de él, en su vida, en su familia, en su entorno. No tenía ni la menor idea de a qué habría podido hacer frente a lo largo de los años. Fue en ese momento cuando me lo planteé. Patri..., Víctor en realidad, había tenido una vida propia que yo, centrada en

Raúl, desconocía por completo. Como desconocía lo que lo había llevado a comportarse así.

—Quiero saber por qué lo hiciste —escribí—. Por qué dejaste que te culpara como si tú fueras él.

—A veces se puede evitar que algo malo suceda. Sin embargo, cuando ya está hecho y no hay vuelta atrás, la única manera de quitarle peso es paliando las consecuencias. Eso es lo que yo he pretendido, aunque sin éxito.

—¿Pero por qué asumir la culpa tú? —insistí.

—Perdóname, Blanca, necesito que me dé el aire, hoy ha sido otro día duro. No estoy para dar explicaciones, ni tampoco para escuchar acusaciones, y menos por aquí, lo siento.

Me desconcertó que me cortara de aquella manera, no lo esperaba.

—No pretendo juzgarte.

—Lo estás haciendo. Pero ya no me importa, todo acabó.

Dejé de escribir por unos segundos, dando vueltas a la situación.

—¿Podemos vernos? —pregunté al fin.

—No quiero otra cita tensa.

—No lo será, al menos por mi parte —le aseguré—. Solo quiero aclarar ciertas dudas, no voy a arremeter contra ti.

Los minutos discurrieron sin que la pantalla del chat se inmutara. Por fin saltó su respuesta.

—Está bien. Dime dónde quieres que nos veamos.

—Podríamos tomar un café...

—¿Un café?

Se extrañó, como me extrañé yo ante mi propuesta. Después de sugerirla me pareció más íntima de lo que había pensado inicialmente, pero la mantuve. Me había dejado llevar de nuevo por un impulso y lo secundé.

—¿En el Monk? —sugirió él—. Te pilla cerca de casa.

—De acuerdo, ahí está bien. ¿Mañana?

—Sí, a las cuatro. Me han dado la tarde libre.

—*Okey*. Allí nos vemos.

Abordé la calle al día siguiente con una sensación extraña. Disfruté de cada paso, del roce de la brisa, del sol en mi rostro, observando el devenir de la gente sin buscar a nadie, sin temer a nada. Me recreé ante un futuro reluciente y limpio, como de aguas cristalinas, sin sombras ni claroscuros. Era capaz de ver el mundo de un tono distinto, prueba fehaciente de que nuestra mente se enturbia ante los problemas tiñéndolo todo de igual color.

Me senté en una mesa del Monk, a la espera de que Víctor llegara. No tardó en hacerlo. Se detuvo ante el quicio de la puerta y ojeó el local hasta encontrarme. Lo noté abatido. Lucía signos de cansancio en el semblante, evidenciados en las bolsas de sus ojos que no había apreciado en ocasiones anteriores. Y en sus hombros desplomados, parecía que llevara anclas en ambas manos. Avanzó con desgana y se sentó, apenas me dedicó una sonrisa. A pesar de no existir distancia física, la percibí enorme. Víctor estaba a kilómetros de mí.

—Hola, Blanca —me saludó, cortés.

No hizo amago de acercarse. Intenté ponerme en su lugar, porque desde el mío no podía sentir nada, y así se lo hice saber, con un tono de voz afable y sincero.

—No puedo decirte que lo siento, Víctor, no quiero ser hipócrita.

—No pretendo que lo hagas. Puedo entenderlo.

—¿Qué vais a tomar? —nos preguntó una camarero, con una jovialidad poco acorde con nuestro momento particular.

—Una Coca-Cola —contesté—. Con hielo, por favor.

—Yo, otra. ¿No dijiste de tomar café? —me preguntó, mientras se quitaba la cazadora.

—Lo de tomar un café es una forma de hablar. No me gusta demasiado, me pone nerviosa. Al final siempre acabo pidiendo otra cosa.

Se retrepó en la silla y me miró a los ojos, con calma.

—¿Hoy también estás nerviosa?

Pensé mi respuesta. Hube de analizar cómo me sentía para poder contestar. Acabé negando.

—Curiosamente, no. No mucho.

El impacto de las botellas en la mesa me sobresaltó. Llené mi vaso y bebí un sorbo, no sabía cómo empezar. Víctor lo intuyó al prolongarse un violento silencio.

—Vamos, Jane, suelta ya la pregunta. Lo estás deseando, te quema en los labios.

Su forma de expresarse... Lo sentí familiar, cercano. Lo conocía. Reconocía al chico que me hablaba así. Solté el aire al esbozar una media sonrisa.

—¿Por qué? —le dije, vocalizando sin apenas voz—. ¿Por qué te hiciste pasar por él?

—Fuiste tú, Blanca, no yo. Fuiste tú la que empezó a hablarme como si

fuera Raúl, la que estuvo culpándome todo el tiempo, como si estuvieras delante de él. Yo en ningún momento asumí su identidad.

—¿Cómo? Me contestaste haciéndote pasar por tu hermano, hablabas por él.

—No, Blanca. Yo nunca dije que fuera Raúl, nunca hablé en primera persona ni por boca de él. Traté de hacerte ver su postura, de que comprendieras el porqué de su actitud y de lo que hizo, te expliqué las circunstancias que desembocaron en aquello. Pero nunca me hice pasar por él.

Sus palabras me contrariaron, dudé de los términos en los que se habían desarrollado nuestras conversaciones, no era capaz de recordar tales matices.

—Bueno, pero... tampoco lo desmentiste, no me dijiste que estaba equivocada, que me estaba confundiendo de persona.

—No, eso no, es verdad. No lo desmentí. Tal vez sea esa una forma indirecta de asumir la autoría de los hechos, si quieres interpretarlo así, pero directamente no admití ser yo quien te hizo aquello.

—Pues ni siquiera así lo entiendo —confesé, extrañada—. No comprendo que te quedas impasible si te están acusando de algo que no has cometido. Cuando alguien arremete contra ti injustamente, saltas, te defiendes, pero tú...

—Cuando acudí a la playa no tenía intención de hacer nada de eso, no pretendía ocultar quién era yo.

—¿Entonces?

—Apenas me dejaste hablar. Estabas atacada, Blanca, ibas con la escopeta cargada, dispuesta a poner los puntos sobre las íes, a plantarle cara a Raúl. Cuando empecé a escucharte y vi cómo estabas me di cuenta de que necesitabas soltar toda esa mierda que tenías dentro.

—¿Pero para qué? ¿De qué me iba a servir, si él no se iba a enterar? Cuando nos fuéramos de allí, todo seguiría exactamente igual que antes —alegué, perpleja—. Perdona, pero no consigo entender tu postura, me parece absurda.

—¿No te quedaste más tranquila después de irte? ¿Más satisfecha?

—Sí..., pero... ¡todo te lo dije a ti! —exclamé, sin comprender a dónde quería llegar—. ¡Y la cosa no iba contigo, tú no tenías nada que ver, no tenías por qué intervenir! Haciéndote pasar por Raúl no resolvías nada, porque el problema no eras tú, sino él. Y él no estaba allí.

—Te equivocas, querida Jane. El problema no está en lo que hacemos, sino en las consecuencias de lo que hacemos. —Me sonrió con dulzura tras su afirmación—. En este caso, tu auténtico problema no era mi hermano, ni

tampoco lo que hizo, sino lo que eso provocó en ti. Paliar esas consecuencias es lo que de verdad importaba y eso es lo que intenté. Aunque yo fuera Víctor y no él.

—¿Paliarlas cómo?

Su explicación me estaba descolocando.

—Sentías la necesidad de acusarlo, de cantarle tus verdades, de recriminarle lo que había hecho, de mostrarte valiente delante de él para ganar fuerza, aunque solo fuese ante ti misma. Querías desahogarte, pedirle que se alejara de ti y de tu hijo y ver cómo él se achicaba. Necesitabas bajarlo del pedestal para perderle el miedo que no te dejaba vivir. ¿Podrías haber hecho todo eso de haber sabido que era yo?

Guardé un silencio sepulcral, procesando lo que había dicho. Con el vaso suspendido en mi mano, lo miré un lapso largo y él me sostuvo la mirada. Me estaba cuestionando, esperaba una respuesta.

—No.

—¿Cómo habrías reaccionado? Dime.

—Me habría marchado sin más, supongo...

—¿Esa cita habría tenido algún sentido para ti? ¿Habría cambiado algo?

Me mordí los labios y negué, con un sutil vaivén de cabeza.

—Pues eso fue lo que supuse —continuó—, por eso te dejé seguir. No quise engañarte, pero tampoco desmentirte. Tú tenías mucho que decir y yo tenía respuestas, las que tú querías saber. No hacía falta que mi hermano apareciese en escena para escucharte ni contestarte.

—¿Pero de qué me servían tus respuestas? ¿De qué me servía que yo ganara tranquilidad con lo que tú pudieras decirme si Raúl podría aparecer de nuevo en cualquier momento?

—Raúl estaba en prisión. No sabía por cuánto tiempo, pero si algo he aprendido en esta vida es a vivirla al día, a preocuparme del presente, porque el futuro ya no tengo idea de cómo se presentará. Para mí ha cambiado tantas veces, y de una forma tan radical, que ya me niego a pensar en él. Ya buscaría la forma de encargarme de mi hermano cuando lo pusieran en la calle; por lo pronto, solo quería devolverte la tranquilidad que habías perdido para que vivieras con tu hijo en paz, no pretendía nada más. —Rozó mi mano con la suya en lo que me pareció una caricia sutil—. Quería convencerte de que podías rehacer tu vida sin preocuparte más de él, quitarte la obsesión de que pudiera volver a hacerte daño. Por eso mantuve la farsa sin desvelar nada.

—Representaste un papel.

—No, no representé ningún papel. Actué tal cual soy yo, me comporté como Víctor. Si alguna probabilidad existía de que pensaras que Raúl había cambiado, era viéndolo con tus propios ojos. ¿Te habrías creído que mi hermano estaba ya rehabilitado o arrepentido si te lo hubiera dicho yo, sin comprobarlo tú misma?

Me eché hacia atrás y me pasé ambas manos por la cabeza, en un intento de asimilar todo aquello de forma lógica.

—No, supongo que no —admití—. Pero... es muy fuerte que seas capaz de hacer un sacrificio como ese por...

—Amor —me interrumpió—. Hacia él y hacia ti. —Me quemaron sus ojos, me traspasaron, querían tocarme dentro, y yo no sabía si utilizar escudo o dejarme hacer—. Me duelen las fechorías de mi hermano, porque lo considero una víctima, ya te lo dije. Me duele que se le acuse, aunque en el fondo sepa que pueden tener razón. Pero me hacen daño también las secuelas de sus actos en personas como tú; no puedo permanecer impasible. Si ves herido a alguien a quien aprecias, ¿no te entran ganas de curarlo? —me preguntó. Afirmé con un parpadeo lento—. Lo que sentía por ti era mucho más que aprecio, Jane, y creía tener en mis manos las herramientas necesarias para poder curarte. ¿Es tan reprochable que lo haya intentado?

Bajé la cabeza. No. Ya no me parecía que lo fuera. Pero había un punto débil en su planteamiento de la historia, y era yo.

—Te olvidaste de mis sentimientos. ¿O es que no pensabas que pudieran ser tan negativos? ¿De verdad diste por hecho que sería capaz de superarlo todo hasta el punto de mantener una relación contigo creyendo que eras Raúl? Con lo que hiciste, te arriesgaste a perderme. Por salvarme, te arriesgaste a perderme para siempre.

—¿Te habrías acercado a mí si te hubiera dicho que era Víctor desde un principio? Párate a pensar con calma, Blanca, y dime, sinceramente, si no me hubieras apartado de tu vida a mí también por ser su hermano.

Sellé mis labios con ambos índices y tragué saliva, pensando que eso era lo que había hecho a raíz de la última cita, del último descubrimiento. Acercarme a él suponía aproximarme también a Raúl, y decidí alejarlo de mí por esa precisa cuestión. Llevaba razón. De una forma u otra, igualmente lo habría condenado. Sonrió a la espera de mi respuesta, con tristeza.

—Tu silencio lo dice todo —advirtió—. Los prejuicios... Pero no te culpo, no es fácil aceptar que la maldad es algo estrictamente personal y no siempre familiar.

—No es eso, Víctor. —Traté de justificarme—. No es que pensara que tú fueras igual. Lo que me daba miedo era acercarme a ti sabiendo que él te rondaba también. Y la prueba está en que ahora estoy aquí, hablando contigo, tomando una Coca-Cola sin ganas de salir huyendo. Si creyera que hay maldad también en ti no habría venido.

—¿Lo has hecho porque él ya no está?

—Sí.

Pedimos una segunda ronda, mi vaso estaba vacío y a mí se me seguía secando la boca sin saber por qué. Observé el rostro de Víctor mientras gesticulaba al camarero, instándolo a acercarse. Se le veía relajado, más distendido. Esperamos a que nos sirviera, tomando aire, aventurando la siguiente cuestión que a mí me rondaba por la cabeza, mordiendo mi curiosidad.

—¿Quién me envió los anónimos? ¿Fuieste tú, o él?

Sentí temor. Aunque ya no había razón, noté una cierta agitación al anticipar su respuesta.

—Él. —Se me encogió el estómago—. Pero vinieron a buscarlo unos días antes y ya no pudo ir. Pensé entonces aprovechar la oportunidad de conocerte más de cerca y hablar contigo.

—¿Y tú sabes por qué me los envió? La verdad.

—Raúl te había visto un par de veces por el barrio con tu hijo de la mano. —Un ligero sudor frío brotó en mi sien—. Vino a contármelo. Me dijo que en una de ellas estuvo a punto de abordarte para preguntarte quién era el pequeño, porque se parecía bastante a él. Pero tu madre salió de una tienda y se unió a vosotros, así es que desistió. Aun así, le siguió picando la curiosidad.

—¡Oh, Dios mío! ¡Menos mal que no lo vi, si no...!

—Tranquilízate, eso ya es pasado.

—¿Sólo quería conocer a mi hijo? ¿No... quería nada más?

Víctor tardó en contestar, el tiempo suficiente como para aventurar que pudiera mentir en su respuesta.

—No, nada más.

—Dime la verdad, por favor.

—¿Para qué quieres ahondar en eso ahora, de qué sirve?

—Quiero saberlo todo, hasta qué punto llevaba yo razón en lo que pensaba, en los miedos que tenía, en mi forma de actuar. Quiero saber si he vivido asustada tontamente o estaba en lo cierto.

Víctor hizo equilibrios con la botella, haciéndola bailar entre sus dedos, pensativo. Suspiró.

—Me dijo que estabas muy guapa.

Mi respiración se aceleró. Me llevé una mano a la boca mientras notaba como la otra se sumergía entre las dos de Víctor.

—¡Pero no lo dijo con la intención que te imaginas, no te alarmes! Lo interpreté como un halago, no noté nada... sexual en el tono ni en la forma en que lo dijo.

Su aclaración me dejaba más tranquila. Sentí que no escatimaba en ternura hacia mí, denotada en el matiz de sus palabras, en el brillo de sus ojos y en su manera de apartarme un mechón de pelo que caía sobre mi frente.

Apuramos los vasos y un suspiro silencioso nos atravesó a los dos. Clavé mis pupilas en las suyas, dilatadas y expectantes, y volví a preguntarme lo que habría tras él. Yo le había contado gran parte de mi vida, pero no sabía cuánto de lo que me había revelado él en nuestro tiempo de chat era verdad y cuánto más le quedaba por contar. Intuía que la vida de Víctor, en realidad, era una perfecta desconocida para mí.

Miré el reloj y él supuso que tenía prisa. Se apresuró a ponerse la cazadora en completo silencio, con gesto esquivo, temiendo tal vez una despedida que no sabía por qué cauces discurriría. Vi que faltaba poco para las cinco y debía recoger a Álvaro a esa hora, terminaba el ensayo de la función de teatro que preparaban para Navidad. Me dirigí a la salida y Víctor caminó detrás de mí hasta detenerse en la misma puerta. No lo dejé hablar.

—Tengo que ir a por mi hijo al colegio, sale dentro de diez minutos. —Él asintió, con una sonrisa tibia en los labios que se acentuó al escuchar mi pregunta siguiente—: ¿Me acompañas?

Marzo de 2014.

Fuensanta dobló las citaciones judiciales dirigidas a ella y a Herminia y las guardó de nuevo en los sobres. Ambas eran llamadas a declarar en el juicio de Salvador, del que pendía una acusación por un delito de lesiones, a la que venía a sumarse otra causa pendiente por tráfico de drogas, abierta a raíz de la declaración de la abuela avalada por Fuensanta. No habían vuelto a saber de él. Incluso se preguntaban si la justicia conseguiría sentarlo en el banquillo o habrían de cursar una orden de busca y captura por fuga. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

Salvador nunca pudo sospechar que aquel atentado a la integridad física de su mujer terminara desembocando en una persecución judicial relacionada con drogas, lo cual agravaba sus problemas con la red; a las deudas económicas contraídas con ella debía sumarle una rencilla personal harto peligrosa, al haber puesto a la organización en el ojo del huracán a consecuencia de las investigaciones policiales iniciadas por la declaración de Herminia. Pero así lo quiso ella en un doloroso alarde de valor, cuando confesó en voz alta que la sangre no podía constituirse como excusa suficiente para disculpar males de tal calibre.

Con la sola intención de tener los sobres a buen recaudo, Fuensanta abrió el armario y extrajo de él la caja de galletas en la que guardaba sus secretos más preciados. Al desprender la tapa, una foto de Raúl a corta edad la sorprendió en un primer plano, mirándola, como si la hubiera estado esperando. Se emocionó. La cogió con suavidad, temiendo que se le deshiciera en las manos, y acarició la imagen con la yema de los dedos, sin poder contener unas lágrimas incipientes que amenazaban con bañar sus ojos. Se sentó en la cama y dejó a la vista la fotografía, de la que pareció escapar un susurro advirtiéndole que había llegado el momento.

Rebuscó en el cajón de la mesilla y extrajo unas cuantas hojas de papel para plasmar en ellas lo que durante tiempo había estado bullendo en su alma. Se acomodó, respiró hondo, miró a su hijo y comenzó a escribir.

Querido Raúl:

Qué difícil es cerrar una puerta sin decir adiós, sin ver salir por ella al que se va después de darle tu beso de despedida. Te quedas esperando para siempre a que vuelva, a que aparezca en cualquier momento y te dé un abrazo, como si nada hubiera pasado, como si hubiera muchas más oportunidades de empezar de nuevo.

No pude despedirme de ti, las circunstancias y el dolor tan fuerte que sufría por dentro no me dejaron. Y desde entonces siento que me falta algo, esas palabras que no nos dijimos, esa última charla en la que una saca los perdones, los agradecimientos, los te quiero..., las explicaciones guardadas durante tanto tiempo sin saber por qué.

Intento, cada día, hacerme a la idea de que te he perdido. Aunque la verdad es que nunca te tuve. No hay dolor más grande para una madre que perder a su hijo en vida. No hay pena más grande en la vida que amar a un hijo y no poder acercarte a él. Pero no voy a culparte de nada, no soy quien para juzgarte cuando yo misma tengo de lo que arrepentirme, cuando yo soy la primera que te debe pedir perdón.

Siento no haberte tenido conmigo, hijo. Sé que nunca pudiste perdonarme que te alejara de mi lado, pero lo hice por tu bien, créeme, pensando en lo mejor para ti. Mi error fue confiar en los brazos en los que te dejé. Creí que sabrían cuidarte y no fue así. Intenté enmendarlo todo cuando regresé, pero hay heridas tan profundas que ya no sanan jamás, por más que quieras. Y la tuya era como un pozo negro que quise llenar de amor, pero no supe hacerlo. Me faltaron manos, o una habilidad de madre que no tenía, qué se yo. Cuántas veces he deseado retroceder en el tiempo, despertar de todo como si fuera un sueño y emprender el camino por otra parte para no acabar así, a kilómetros de distancia tú y yo, viendo cómo te me escurrías de las manos sin poder sujetarte, sin poder alcanzarte, sin que me escucharas, porque mi voz no existía para ti.

Me costó tiempo y lágrimas comprender que habías decidido vivir tu vida, que habías elegido quien te acompañara y que yo no entraba en tus planes. Me costó aceptar que por mucho que yo quisiera estar en ella, tú

tenías derecho a elegir y a equivocarte. O a acertar, quién sabe, porque nadie puede asegurar de antemano que su decisión sea la mejor. Pero es muy difícil rendirse, hijo, tirar la toalla cuando los sentimientos son tan fuertes como los de una madre, que siempre será madre, hasta el final. Por eso tu hermano no me dijo dónde estabas, me dejó seguir con la ilusión de verte otra vez recuperado, como ya habías estado antes. Quiso ahorrarme el sufrimiento de verte entre rejas como un delincuente, acusado de un delito tan grave como el que decían que habías cometido. El pobre mío no podía imaginar que todo acabaría así, y que el dolor se multiplicaría hasta el infinito.

Pero empiezo a pensar que Dios existe, o que siempre ha existido y que se está cansando ya de hacerme daño, porque ha puesto en mi vida dos dulces para quitarle amargor. Uno de ellos, tu hermana. Aroa. Habría dado cualquier cosa por que la hubieses conocido. Estuvo aquí cuando me ingresaron en el hospital por esa pelea entre tu padre y yo que casi me lleva al otro mundo. Sí, ya sé que de eso tampoco sabes nada, pero para qué contarte; quiero alejar de mi vida todo lo que me siga haciendo daño, de obra y de pensamiento, porque en estos meses también he aprendido que tengo derecho a vivir, hijo, a pesar de todo. Aroa me ha seguido llamando después de marcharse. Hablamos, me cuenta y le cuento, estamos al tanto de lo que ocurre en nuestro día a día y su voz me llena de ánimo. Me ha prometido vernos siempre que su trabajo la deje y yo la creo. No la tengo cerca, pero la siento cerca, aquí, dentro de mi corazón. Y el otro dulce es una personita que me ha hecho llorar de emoción, alguien que lleva en los genes una parte de ti y de mí, Raúl. Lo he conocido hoy, por casualidad. He ido con Víctor al centro comercial y nos hemos topado con Blanca. Sí, esa Blanca a la que conociste hace años. Celebraba el cumpleaños de su hijo y había una fiesta con globos y muchos amigos, pequeños como él. Conté seis velas en la tarta, seis años, Raúl. Se llama Álvaro, quizá no lo sepas. Vino corriendo a buscar a su madre cuando hablaba con nosotros y me quedé impresionada al verlo, casi sin respiración. Eras tú, hijo. Eras tú a su edad, con el mismo pelo lacio y los mismos ojos, con el mismo gesto al sonreír. Se me saltaron las lágrimas y le di un beso fuerte y un abrazo apretado. Pensé que estaba tonta por comportarme así y se lo comenté a tu hermano. Pero él lo negó, y luego me confesó quien era, cuando ya no estaban. Me dijo que era mi nieto. ¡Mi nieto! ¿Imaginas, Raúl? Tuve que sentarme porque se me

aflojaron las piernas. El destino me arrebató a un hijo pero me devuelve una parte de su ser para congraciarse conmigo. O quizá sea para que le dé el amor y los abrazos que no pude darte a ti.

Víctor quiso darme una explicación sin que yo le preguntara nada. Me dijo que habías tenido con Blanca una relación muy corta hace casi siete años y que fue un desliz tonto en una noche de discoteca. Que tú no sabías nada del niño porque ella se lo había callado todo. ¡Ay, hijo...! ¡Lo que daría yo por que todo hubiera ocurrido así, por que fuera cierta la mentira de tu hermano, por que el gesto de Blanca al pronunciar tu nombre no hubiera sido el que vi! Aquella noche te escuché. «Dile a la vieja que no me despierte, que me ha sentado mal la cena». A mí se me cerró el estómago y no pude comer nada durante días, negando que lo que había escuchado antes de esas palabras fuera lo que imaginaba. Ahora creo que la cabeza es sabia y cuando ve que no puedes soportar más noticias desastrosas te pone una venda en los ojos, te engaña, te enreda para que pienses lo que no es y puedas calmarte. ¡Que Dios me perdone si existe por haber callado, y también esa madre que tanto debe de haber sufrido! Se llama Victoria. La madre de Blanca. Pude reconocerla en la fiesta de cumpleaños, era una de las auxiliares que me atendieron en el hospital, una mujer encantadora que me hizo la estancia más fácil, que me habló de un pequeño de cinco años al que cuidaba, sin que ninguna de las dos supiéramos que ese niño era tan mío como suyo. El mundo da vueltas, Raúl. La vida es un carrusel que gira y te deja subir y bajar, encontrando caras conocidas y también desconocidas con las que algún día puedes tener una relación especial, como esta.

Papá ya no está conmigo, el amor de mi vida me traicionó. Pero siempre le estaré agradecida por haberme dado la oportunidad de teneros. A ti también, hijo. Tu sufrimiento y el mío nos une, la culpa por no habernos dejado vivir como debíamos nos atará para siempre. Pero ya no quiero seguir penando, Raúl, necesito vivir. Contigo en mi corazón, pero tranquila y en paz, con una sonrisa, abriéndole los brazos a tu hijo, a tu hermano, a tu abuela que te quiere hasta el fondo de su ser. A una nueva vida...

Te echaré mucho de menos, cariño.

Hasta siempre.

Mamá.

Fuensanta dobló las hojas humedecidas y las refugió en su pecho. Se

acurrucó en la cama y dejó que la venciera el sueño de madrugada, con el anhelo de que el amanecer la vistiera para siempre de una luz distinta.

Epílogo

Blanca.
Septiembre de 2016.

Habría resultado difícil vaticinar, hace un par de años, todo lo que sucedería en mi vida después; de haberlo hecho alguien, le hubiera dicho que estaba loco. No habría creído lo que estaba aún por llegar. Nos ahogamos en charcos sin saber que podemos aguantar a flote en pleno océano si las circunstancias nos obligan. Pero hay que echarse al agua para conseguirlo. Como hice yo.

En aquel junio de 2014, terminé mi segundo curso de Periodismo. Limpia. Lo celebré con cervezas y risotadas en la compañía de María y de quien se había convertido en un amigo muy especial, Chema, a quien secuestraba por unas horas cada vez que tenía oportunidad. Me sentía orgullosa y a la vez satisfecha, estaba contenta con lo que hacía y me gustaba lo que auguraba para el futuro, aunque debiera continuar trabajando en el hotel para costear la vida de mi hijo y la mía propia. No sabía cómo conseguía compaginarlo todo, de dónde sacaba una fuerza que me había fallado en el pasado, cuando más la necesitaba. Y todavía me lo pregunto. Ahora que tengo el título de periodista enmarcado frente a mí y que solo ejerzo como becaria en un diario local, me pregunto cómo pude haber multiplicado los minutos para poder abarcarlo todo. La conciencia, supongo. El instinto de madre responsable. La necesidad de demostrar, a mis padres y a mí misma, que una mente de veinte y pocos es capaz de adelantar su madurez para actuar como lo hago ahora a mis veintiséis.

El regalo de mi padre por alcanzar con éxito al ecuador de la carrera fue ayudarme a conseguir mi independencia, como yo tanto deseaba, a pesar del rostro compungido de mi madre, que se negaba a sacar a Álvaro de su realidad cotidiana. La asignación de mi padre me aseguraba el alquiler de un piso con dos pequeños dormitorios, unos cuantos edificios más allá de nuestra casa.

Aunque mantuviéramos a diario un contacto necesario, aquello suponía para mi vida un giro en una nueva dirección, la de mi solvencia personal, la de mi propia identidad familiar junto a mi hijo y, de seguir así, junto a «Patri», que había terminado pintando mariposas en mi estómago que amenazaban con hacerme volar. Para ello contaba con el beneplácito de Álvaro, que había encontrado en «tío Víctor» a un ángel protector en quien confiar. Yo también.

Víctor nos acompañaba cuando sus quehaceres se lo permitían, jugaba con Álvaro y le ayudaba en sus deberes escolares. Y me prestaba oídos cuando mi ánimo lo necesitaba, como en los años de *Face*, pero con unos cuantos grados de mayor intimidad. Me sentía a gusto a su lado, amparada y protegida. Segura. Y empezaba a haber momentos en que lo miraba y se me perdía la vista adentro, deseando de él algo más mientras mis labios callaban para no alentar aquello de lo que seguía sintiendo miedo.

El sábado 12 de julio, de aquel 2014, inauguré mi nueva etapa con una mudanza que necesitó bastante más que una simple maleta. Me marchaba de nuevo, pero de una forma radicalmente distinta. Y mi hijo venía conmigo. Trasladamos su cuarto íntegro y replicamos la decoración para que no apreciara cambio. Yo, además de mi ropa y mis enseres personales, trasladé todos mis libros, sin olvidar aquellos que me habían acompañado de un lado a otro formando parte de mí, de mi esencia.

Intentamos colocar lo más posible a lo largo de la tarde, pero no hubo forma de acabar, los tornillos de una estantería se nos habían resistido y tuvimos que esperar a Víctor para que empleara maña y fuerza en ensamblarlas. A las nueve de la noche, a mi madre se la veía cansada y Álvaro comenzaba a dormirse, no había parado de saltar cajas y de jugar a los trenes de mercancías como si no hubiera tenido mejor ocasión en su vida.

—Me voy a casa y mañana seguimos, ¿te parece? Me llevo a Álvaro, está hecho polvo —me dijo mi madre, mirando a mi hijo con una tierna sonrisa.

Asentí y no tardaron en salir, cerrando la puerta tras de sí. Víctor esquivó unos cuantos bultos para aproximarse a mí.

—¿Tú no te marchas? ¿Vas a seguir? Aquí todavía hay faena, no pienses que te lo vas a dejar todo colocado esta noche... —me advirtió.

Dos hoyitos se marcaron en sus mejillas al componer un risueño gesto, y yo me quedé embobada, mirándolos, sin atender a la pregunta que él esperaba impaciente que contestara.

Pero no respondí.

—Quédate conmigo —le dije al fin.

Mi voz sonó especial. Y él debió de apreciarlo porque guardó silencio, con sus pupilas clavadas en las mías, haciendo un esfuerzo por leer lo que decían. Pero no le aclaré nada. No me atrevía.

Me dejé caer hasta sentarme sobre un cartón en el suelo, con las piernas flexionadas, los brazos apoyados en las rodillas y la espalda y la cabeza sobre la pared. Vi cómo Víctor hacía lo mismo en la pared contigua, a escaso medio metro de mí.

—Estás cansada...

—Pero contenta —añadí. Barrí la estancia con la vista—. Me parece mentira haber llegado hasta aquí.

—Eres más fuerte de lo que crees, siempre lo dije.

—Han pasado muchas cosas...

—Pero ahora no es momento de mirar atrás, Jane. —El corazón me dio un pequeño vuelco—. Es hora de vivir el presente y dejar que el futuro llegue cómo y cuando quiera.

—Me da miedo pensar en él.

—¿Por qué?

—No quiero equivocarme, no quiero que se estropee nada de lo que he conseguido hasta ahora.

—Todo irá bien. Pero si algo falla, aquí estaremos para solucionarlo.

Víctor. Patri. Siempre en la retaguardia, con sus manos tendidas para levantarme y empujarme.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —le pregunté. Él se encogió de hombros—. Que en todo este tiempo, nunca te he dado las gracias por haber estado ahí, por todo lo que has hecho por mí.

Bajó la vista unos segundos, con semblante agradecido, y luego volvió a mirarme a los ojos.

—No me des las gracias, no tiene mérito hacer las cosas... por amor. —Le costó terminar la frase—. No suponen un esfuerzo, créeme.

La voz y el gesto eran nostálgicos, como si aludiera a un amor platónico, imposible de conseguir. Yo no estaba segura de ello. En absoluto.

—Creo que sé a lo que te refieres.

Frunció el ceño, analizando sin éxito mis palabras.

—No me andes con rodeos, Blanca —me advirtió con dulzura—, quiero saber el terreno que piso. No sabes el miedo que me da hundirme por poner el pie donde no debo.

—No creo que pueda darte más que a mí —dije, esbozando una sonrisa

nerviosa—. Estoy aterrada.

Se inclinó hacia adelante, aproximando su rostro al mío para mirarme aún más de cerca.

—¿De qué tienes miedo? ¿De mí? Blanca, yo...

—¡Chsssss! —Puse un dedo sobre sus labios para hacerlo callar y que escuchara cuanto tenía que confesar—. Tengo miedo de lo que siento porque no sé hasta dónde seré capaz de llegar. Tengo miedo de hacerte perder el tiempo estando conmigo, cuando alguna otra chica podría hacerte más feliz que yo. Tengo miedo de no llegar a darte todo lo que tú estás dispuesto a dar por mí... y a sacrificar por mí. Le tengo miedo al amor, así de sencillo.

Lo vi tragar saliva.

—Lo sé. Lo sé y por eso no voy a exigirte nada. Confío en el tiempo.

—Pero yo no. No quiero dejar en manos del tiempo lo que me compete a mí. No es solo amistad lo que quiero tener contigo, Víctor —le confesé, temblándome la voz—. Este de aquí —me golpeé el corazón— me está pidiendo algo más.

Le habría gustado besarme, lo sé. Hizo amago de acercar sus labios a los míos para sellar un sentimiento que era mutuo y que lucía cada vez más nítido dentro de mí. Pero no se atrevió. Se contuvo para no pisar donde no debía, ya me lo había advertido antes.

Contraje la boca y eché hacia atrás la cabeza varias veces para golpear la pared, con los ojos cerrados, lamentando mi acto de cobardía. Él se levantó.

—Hoy estamos a 12 de julio. Llevan toda la semana anunciando una superluna para esta noche. ¡Ven, vamos a verla, sé que te gusta!

Tenía la sorprendente habilidad de disipar las tensiones con cualquier excusa. Sonreí y me levanté yo también al observar que me tendía la mano para que lo acompañara hasta la puerta del balcón. Subió la persiana y recorrió la cortina. No podíamos apreciarla en su totalidad, un edificio la ocultaba parcialmente, pero aun así nos inundó de luz. Avancé un paso y me coloqué delante de él para verla lo más posible. Me embelesaba sin saber por qué, tenía para mí un embrujo difícil de definir. Me hipnotizaba. Mientras le pedía un deseo, noté el aliento de Víctor en mi nuca y me contraje asustada, con un leve escalofrío. Cerré los ojos, apreté los puños y respiré antes de girarme para mirarlo, frente a frente. Extendí el brazo y apagué la luz del salón, sin moverme del sitio. La luna bañó su rostro y su pelo con matices plateados, perfilando sus facciones, su boca, sus labios. Mi respiración se aceleró por una mezcla de miedo y amor, anudados en un mismo

sentimiento. Quise llorar de impotencia, atenazada por el temor a lo que podría pasar si seguía adelante. No quería defraudarlo, no quería privarlo de la emoción de sentirme, de sentirnos, pero me aterraba el rechazo que mi cuerpo y mi mente pudieran mostrar sin poder evitarlo.

Me acerqué aún más a él, en un acto de valentía.

—Blanca... —Víctor me adivinó—. No tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo —confesé, en un susurro—. Pero abrázame primero. Abrázame fuerte.

Sus brazos me rodearon con calma, con ternura infinita. Y me apretaron contra su cuerpo, hundiendo mi rostro en su cuello.

—No dejes de hablarme, por favor —le pedí.

—Te quiero —me susurró, afectado—. No voy a hacerte daño, jamás lo haré, Blanca. —Me besó en el pelo—. Y tampoco haré lo que no desees. Nada que tú no quieras.

Se me aguaron los ojos al escuchar su voz templada, dulce. Elevé mi rostro y lo besé. Y él me besó también, rozando mi boca sin ansia, sin prisa, haciendo suyos mis labios como si temiera romperlos. Con sus manos en mi cuello. Con una mirada calmada y profunda que aún llevo grabada en mi mente.

Dos lágrimas emocionadas bañaron mis pupilas. Y decidí seguir adelante, mostrándole lo que más me asustaba.

Desabroché los botones de mi escote, temblando, y me abrí el vestido para dejar mis senos al descubierto. Víctor bajó la vista y la clavó en ellos, inmóvil, con su capacidad de reacción mermada. Yo miraba su gesto, me aferraba a él para infundirme templanza. Cogí sus manos y, extendidas, las deslicé por mi cuerpo hasta posarlas en ellos largo rato, aferrándolas para sentir su calor en mis pechos. Lejos de lo que esperaba, me invadió una sensación de tranquila euforia al notar deseo dentro de mí. Aparté mis manos y Víctor siguió tocándome, acariciándome, pero era su tacto un bálsamo para mí, una cura para mis heridas más profundas. Noté el cambio en mi respiración. Comencé a desterrar el miedo y una emoción nerviosa tomó su lugar. Él se quitó la camiseta y me despojó del vestido, sin que apenas me diera cuenta, con una sutileza absoluta.

Tiró de mí hasta el colchón que habían dejado en el suelo, no sin antes preguntarme con los ojos si me encontraba bien. Yo no podía hablar, el nudo de mi garganta me lo impedía. Me tumbó despacio sobre él y regó mi piel con besos diminutos. «Pararé cuando quieras, cuando me digas», me advirtió. Pero

no lo hice, no lo detuve. Paseó sus labios por mis piernas, mis muslos, mi vientre, mis pechos..., mientras me regalaba palabras dulces para que pudiera escuchar su voz, para que reconociera en ella el sentimiento puro que lo llevaba a adueñarse de mi alma y de mi cuerpo aquella noche. Hizo un alto en el camino al llegar a mi boca. Y volvió a preguntarme con los ojos mientras se rozaban nuestros labios, mientras me abrazaba. Le regalé la misma mirada calmada y profunda con la que él antes me había obsequiado, permitiéndole seguir. Víctor me sonrió. Perfiló mis facciones con la yema de su dedo, depositó un tierno beso en la punta de mi nariz y se abrió paso dentro de mí. Hasta enredar los suspiros. Hasta deshacer nuestro abrazo.

Hasta despedir a la luna.

Sobre la novela

Hay novelas cuya gestación está programada por completo desde el comienzo y no se separan un ápice del camino trazado. Otras nacen con una razón de ser y, cuando inician su crecimiento, chocan frontalmente con la personalidad de quien las escribe. Entonces todo se desmorona. O cuanto menos, pide a gritos su reconstrucción, una reorientación que congracie a su autor con el tipo de historia que en realidad desea contar. En resumen: clama por que este, una vez más, siga siendo fiel a sí mismo. En mi caso, seguir siendo fiel a mí misma implica complicarme la vida. Ya lo tengo más que claro.

«Aquello que fuimos» partió de una historia sencilla que pretendía calmar mi necesidad de escribir en un momento un tanto complicado para las letras; un solo hilo argumental, sin apenas giros, aportando una visión de fondo en relación con uno de los temas tratados en la novela definitiva. Todo iba bien hasta llegar, aproximadamente, al cuarto o quinto capítulo, en el que comencé a plantearme el porqué de la fluidez, como si un presentimiento anómalo me rondara el cuerpo sin alcanzar a darle nombre. Yo estaba acostumbrada a revolver papeles, hacer anotaciones por doquier, reestructurar argumentos, introducir ideas nuevas, apuntar sorpresas que debía ir programando con antelación... En definitiva, a quebrarme la cabeza, cosa que no estaba ocurriendo con esta novela. Y entonces dije —como si me hubiera sobrevenido una revelación—: «Se me queda corta».

Y paré.

Fue una sentencia espontánea, propia de masoquistas, de quienes se embarcan en complicaciones que, a priori, saben que les costará sudor y lágrimas poder solventar, pero que no pueden evitar porque forman parte de su personalidad de ‘escritor’. Aun así, en un intento desesperado de resistirme — porque no acompañaban las circunstancias— se la envié a mi asiduo lector cero, Alberto González, y recé por que me desmintiera el presentimiento que yo tenía. Pero no. Para mi suerte (o mi desgracia en aquel momento) no lo

hizo. Conociendo de sobra los jardines con los que disfruto, vino a confirmarme que aquel tenía pocas flores para mí, así es que me hizo parar el carro, e intentó convencerme de que me tomara el tiempo necesario para plantar otras cuantas y enredar sus raíces hasta crear algo más grande, de lo que me pudiera sentir satisfecha. Torcí el gesto ante el esfuerzo que suponía. Pero un convencido «si te lo propones, puedes, a ti no hay nada que se te resista» fue su consigna animosa, la que me incitó finalmente a decir «¿por qué no?» e introducir, a pesar de los pesares, un segundo hilo argumental con visiones contrastadas, múltiples reflexiones más, unos cuantos personajes adicionales que han terminado acaparando un protagonismo precioso y diversos giros sorprendidos, salpicados por la trama, que me hicieron quebrarme la cabeza como venía echando de menos.

La historia copó entonces mi mente por completo, sin darme respiro alguno. Y mi entusiasmo creció, señal de que todo marchaba. Pero la complejidad de la misma y, sobre todo, de algunos de sus personajes, hicieron que entrara en escena mi segundo lector cero, lectora en este caso, para que, junto a Alberto, me acompañara capítulo a capítulo velando por el buen desarrollo de la trama y por el equilibrio y la consistencia psicológica y conductual de los personajes, fundamental para la verosimilitud de la historia. ¿Y quién mejor que María José Moreno para garantizar al máximo, sobre todo, esto último?

Los tuve a mi lado durante la escritura de la novela entera, recibiendo, como un regalo, sus consejos, matices e incluso palabras de ánimo en los momentos difíciles. Disfrutando de nuestros debates en relación con la trama y asumiendo, con humildad y buen humor, las sentencias tajantes de mi bruja blanca: «¡Esto no fluye!», ¡ja, ja, ja!, que me obligaron a rehacer párrafos, diálogos, páginas y hasta algún capítulo entero cuando hizo falta. No saben lo que les agradezco que estuvieran ahí durante todo el proceso. O sí. Tal vez sí, pero se lo recuerdo de nuevo, por si la memoria les falla.

Cuando puse la palabra «Fin» había que obtener una visión de conjunto. Los personajes tenían que convencer; las reflexiones, hacer pensar; los giros, sorprender; y la narrativa tenía que ser lo suficientemente fluida —y perfecta gramaticalmente— como para leer sin tropezar y, a ser posible, disfrutando de la construcción de las frases, emocionándose con las escenas. Tampoco debía haber incoherencias en la historia.

Mi segunda bruja, la rosa, estaba ahí. Preparada.

Mayte Esteban, que estuvo siempre al tanto de los progresos de la novela

aunque desconociera sus detalles, se prestó a la lectura final, la de conjunto, la que aporta una visión global de todos sus elementos, la que desvela errores que pasan desapercibidos a quienes conocen la trama antes de verla narrada sobre el papel, la que es capaz de hacerte sentir emociones que tan solo una lectura de corrido provoca. Mi Mayte, con sus análisis formales sobre las piezas que constituyen el armazón de una novela. Si María José es el fondo, Mayte es la forma. Un tándem perfecto.

También a ella le recuerdo cuánto le agradezco que siempre esté a mi lado y, por supuesto, durante la creación de esta novela, cuyo proceso no termina hasta su publicación.

Pero no queda ahí la cosa, porque busqué alguna crítica más. La de los escritores es de las que más me convencen y si estos, además de ser amigos, son buenos en el «oficio», mejor que mejor. Víctor Fernández Correas también se prestó a ello con su opinión final, traducida en forma de halagos que no reproduzco porque me ruborizo. También le doy las gracias al «Maestro», una vez más, por estar disponible cuando lo necesito y por habérsela leído en poquísimo tiempo a pesar de sus múltiples obligaciones. ¡Ah! Y por hacerme utilizar los puntos suspensivos con mesura y no a paladas, ¡ja, ja, ja!, una especie de muletilla inconsciente que me alegro de haber desechado gracias a él.

Antes de su envío a las editoriales para probar una suerte que no he tenido, me puse en contacto con Yolanda Rocha Moreno, amiga, implacable lectora crítica y bloguera, cuya opinión me inspiraba la confianza suficiente como para pedírsela para esta novela. También resultó favorable. Gracias por acceder.

Y a esta última, sumo las de algunas otras lectoras empedernidas — Cristina Ortiz, Isabel Muñoz, Almudena Gutiérrez, Mari Carmen Galisteo...— a quienes agradezco el entusiasmo con el que siempre abordan mis letras.

Como colofón, solo me queda dar las gracias a quienes también han formado parte de mi vida en un proceso literario que abarca mucho más que la escritura de la novela en sí. Para mí, cuenta la convivencia diaria con quienes «sufren» la merma de tiempo por dedicarlo a las letras, sus palabras de aliento, las impresiones y las decisiones compartidas con ellos en relación con el futuro de la obra, las alegrías y decepciones por las expectativas cumplidas o incumplidas, que provocan cambios de ánimo inevitables, los debates en relación con los entresijos de este mundillo, tan excitante como endiablado. Gracias a mi marido, a mis hijos, a mi familia, a mis amigos por

acompañarme, por hacerme sentir que mi esfuerzo vale la pena.

Y por supuesto, gracias a vosotros. Siempre gracias a vosotros, a quienes me leéis, porque si no estáis conmigo todo esto no tiene sentido.

Sobre la autora



Nacida en Pozoblanco (Córdoba), en 1967, aunque reside en la capital cordobesa desde su infancia. Es licenciada en Psicología –Especialidad de Psicología Clínica- por la UNED y funcionaria de la Administración General del Estado (Ministerio de Empleo y Seguridad Social). Aficionada a la escritura desde corta edad y apasionada de la vida, la psique y las relaciones sociales y humanas, hace de la literatura un medio de entretenimiento con el que transmitir, además, la realidad de nuestro tiempo y las emociones, reflexiones y sentimientos que suscita en quienes la viven.

En 2011, irrumpe en el mundo literario con una recopilación de relatos de ficción de corte intimista, «Ellas También Viven. Relatos de Mujer» (Editorial Círculo Rojo), al que sigue la publicación en abril de 2014 de su primera novela de Ficción Contemporánea, titulada «Los colores de una vida gris» (Amazon). En octubre de ese mismo año, publica «¿A qué llamas tú amor?» (Editorial Palabras de Agua), con la que se adentra en el ámbito de la literatura erótica, sin perder por ello el carácter intimista y reflexivo que hace de esta una obra que va mucho más allá del sexo.

En octubre de 2015, se alza como ganadora del Concurso de Post Solidarios 2015, organizado por la Fundación Mutua Madrileña con motivo de los III Premios al Voluntariado Universitario, con el relato de ficción «Algo más que un buen amigo», publicado —entre otros medios— en el blog literario que administra.

En julio de 2017, sale publicada su tercera novela, de corte romántico e igualmente intimista, titulada «Un café a las seis» (Amazon).

También ha formado parte de diversas antologías de relatos y microrrelatos: «Divergentes —20 miradas sobre Pedroche—», editado por el

Excmo. Ayuntamiento de Pedroche (Córdoba); «Sensaciones y sentidos II» (Diversidad literaria); «Porciones del alma» (Diversidad literaria); «Deseo eres tú» (Kelsonia Editorial); «La librería más bonita del mundo» (Editorial Playa de Ákaba); y «Kilómetro cero», editado por el Excmo. Ayuntamiento de Villanueva de Córdoba (Córdoba).

En varias convocatorias, ha formado parte del jurado del premio de narrativa «Antonio Porras», convocado por el Excmo. Ayuntamiento de Pozoblanco (Biblioteca Municipal).

Paralelamente, gestiona el «Blog literario de Pilar Muñoz» —en el que publica relatos cortos de su autoría—, así como la «Página literaria» de su mismo nombre en Facebook.

Enlaces:

Correo electrónico: ellastambienviven@gmail.com

Blog: www.ellastambienviven.blogspot.com

Página de facebook:

<https://www.facebook.com/paginaliterariapilarmunoz/?ref=hl>

Twitter: <https://twitter.com/PILARMUOZALAMO>